

IDAD-AU...O...ADI...E...  
CCIÓN GE...O...UR...O...

BX2186

C5

v. 2

c. 1

— Con esto —

el hel m as pusill

mpaces a tota y s

lead a e 36 g a

III



1080042459

844694



# COLECCION DE OPÚSCULOS

por el Excmo. é Ilmo.

**Sr. D. Antonio María Claret,**

*Arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba.*

REVISADOS POR ÉL MISMO.

110461

TOMO II.

*Varios Prelados de España han concedido 2,000 días de indulgencia á todas las ediciones de la*  
LIBRERÍA RELIGIOSA.

Con aprobacion del Ordinario

BARCELONA.—1860

**LIBRERÍA RELIGIOSA PUBLICA**

IMPRENTA DE PABLO DE LA ROSA NUEVO LEON

calle den Robador, n.º 24 y 26.

37993



Bx 2086

CS

V. 2



Bendita sea tu pureza,  
Y eternamente lo sea,  
Pues todo un Dios se recrea  
En tan graciosa belleza.  
A ti, celestial Princesa,  
Virgen sagrada María,  
Te ofrezco desde este día  
Alma, vida y corazón;  
Mírame con compasión,  
No me dejes, Madre mía.

Tiene concedidas esta décima 39,600 días de indulgencia; y diciendo Ave María purísima, se ganan otros 2,380 días, y los mismos respondiendo: Sin pecado sois concebida.

## AVISOS

A

### UN MILITAR CRISTIANO.

#### PRÓLOGO.

Mucho debe interesar á un ministro de Jesucristo la salvacion de las almas de unos hombres que, al paso que son tan necesarios á la sociedad política, son los que mas sufren por el bien de la misma. En todas las ocasiones de su vida, ya en sus marchas ó en sus alojamientos, ya peleando ó en guarnicion pacífica, ya sanos en los cuarteles, ó enfermos ó heridos en los santos hospitales, siempre han sido el objeto de mi atencion. Y á la verdad, ¿quién será el que no aprecie á los militares, viendo que son tan necesarios al Estado, y el sacrificio tan grande que por el bien y seguridad de la nacion hacen de su vida; de sus juveniles años y de todas las comodidades ó dulzuras que podrian disfrutar en el seno de sus familias, al lado de sus padres, de sus hermanos y de sus amigos?

He dicho que son necesarios á la sociedad; y en efecto, porque si no tuviera la nacion un respetable ejército, ¿no seria la risa de los extran-

Bx 2086

CS

V. 2



Bendita sea tu pureza,  
Y eternamente lo sea,  
Pues todo un Dios se recrea  
En tan graciosa belleza.  
A ti, celestial Princesa,  
Virgen sagrada María,  
Te ofrezco desde este día  
Alma, vida y corazón;  
Mírame con compasión,  
No me dejes, Madre mía.

Tiene concedidas esta décima 39,600 días de indulgencia; y diciendo Ave María purísima, se ganan otros 2,380 días, y los mismos respondiendo: Sin pecado sois concebida.

## AVISOS

A

### UN MILITAR CRISTIANO.

#### PRÓLOGO.

Mucho debe interesar á un ministro de Jesucristo la salvacion de las almas de unos hombres que, al paso que son tan necesarios á la sociedad política, son los que mas sufren por el bien de la misma. En todas las ocasiones de su vida, ya en sus marchas ó en sus alojamientos, ya peleando ó en guarnición pacífica, ya sanos en los cuarteles, ó enfermos ó heridos en los santos hospitales, siempre han sido el objeto de mi atención. Y á la verdad, ¿quién será el que no aprecie á los militares, viendo que son tan necesarios al Estado, y el sacrificio tan grande que por el bien y seguridad de la nación hacen de su vida; de sus juveniles años y de todas las comodidades ó dulzuras que podrian disfrutar en el seno de sus familias, al lado de sus padres, de sus hermanos y de sus amigos?

He dicho que son necesarios á la sociedad; y en efecto, porque si no tuviera la nación un respetable ejército, ¿no seria la risa de los extran-

jeros, y el juguete de enemigos externos é internos? ¿No son los militares los que con su presencia ahuyentan á estos mismos enemigos, disipan los discolos y tienen á raya á los alborotadores? ¿Quiénes sino los militares nos traen la paz, esa paz que es madre de todos los bienes? pues que en tiempo de paz es cuando prosperan las artes y oficios, se aumentan los caudales, florece el comercio y la agricultura, al paso que la guerra todo lo destruye, y trae consigo todos los males, como una bien triste experiencia lo hace palpable.

Y unos sujetos que tan grandes sacrificios hacen, ¿no merecen todo el amor, atencion y cuidado? ¿Y no interesarán el corazon de un sacerdote, que por razon de su deber apostólico es deudor á todos de los desvelos de su santo ministerio? Sí, nobles militares, sí: yo quisiera que todo el mundo os obsequiara, os amara como merecis, por los beneficios que haceis al público, cuando prestais vuestros servicios; pues mientras vuestros compañeros y coetáneos estarán bailando, jugando y alegrándose en sus diversiones juveniles, vosotros estais sudando en vuestras tareas marciales, ó velando en una noche tempestuosa para la seguridad de una plaza, y quizás derramando la sangre en el campo del honor, prodigando vuestras vidas para salvar la de los demás.

Muchos de vosotros sois testigos de las pruebas que siempre he dado de este amor que os profeso, y será igualmente un testimonio de este amor en Jesucristo este librito que os dedico, para que siendo como sois valientes y fieles, seais buenos cristianos, y podais sacar un grande merecimiento espiritual de los mismos trabajos que con

heroismo tolerais en el desempeño de vuestros deberes, á fin de que si no hallais la recompensa en la tierra, la halleis allá en el cielo.

Espero que el tiempo que empleo en beneficio de vuestras almas, redimidas con el precio inestimable de la sangre de Jesucristo, no será perdido. Ya sé que el ejército español abunda de hombres virtuosos, fieles á su Dios, de corazones justos y magnánimos, de Centuriones y Cornelios por su fe<sup>1</sup>, en cuyo corazon impera la santa ley del Evangelio; por esto no retrocedo en mi propósito, y espero que esos hombres no desdenarán mi ofrenda, ni inutilizarán mi trabajo. Quiera Dios que sea este librito una semilla pequeña que produzca abundantes frutos de piedad, y haga revivir en el ejército católico español la piedad y la religion, que tanto practicaron los esforzados soldados de Recaredo y de san Fernando.

## DIÁLOGO.

P. ¿En la milicia se puede trabajar para la salvacion eterna?

R. Si por cierto. La profesion militar nada tiene que sea contrario al santo Evangelio. En la sagrada Escritura Dios se llama el Dios de los

<sup>1</sup> Estos dos militares son célebres por lo que de ellos cuentan los Evangelistas. Del Centurion, hombre gentil, perteneciente al ejército romano, y que algunos criticos le hacen tambien español, cuenta san Mateo en el cap. VIII, que habiéndole oido Jesucristo las tiernas expresiones de su fe, fue tanta su admiracion, que vuelto á los circunstantes, dijo: *Os aseguro que no he hallado una tan grande fe en todo Israel.* De Cornelio, noble militar, refiere san Lucas en los Hechos apostólicos, cap. x, que fue el primero de los gentiles que entró con toda su familia en el Catolicismo.

ejércitos; en varias ocasiones se lee que el mismo Dios ordenó á los israelitas declarasen la guerra á sus enemigos: la Iglesia ordena oraciones por la prosperidad de las armas cristianas, y en el Evangelio leemos expresamente que el santo Bautista aconsejaba á los soldados vivir santamente en su profesion. ¿Ann podria decirte que en la milicia mas que en otra profesion alguna hay ocasiones mejores para salvarse; pues las penalidades, los trabajos, las privaciones á que está sujeto el soldado, le abren un ancho campo para trazar el camino del cielo, camino que está por lo común sembrado de espinas y abrojos.

P. ¿El militar puede santificarse en su estado como el religioso en el suyo?

R. Sin duda. En todos tiempos ha habido Santos entre la gente de guerra, tan distinguidos por su piedad como por su valor. El rey David se hizo célebre en toda la tierra por sus combates y por sus victorias, y sus Salmos nos dan un testimonio de su amor á Dios, y de cuán heroicamente practicó todas las virtudes privadas y reales. Los santos reyes de Judá fueron el terror de sus enemigos; los emperadores romanos no tenían tropas mejores que los soldados cristianos, y la historia de todos los siglos y pueblos cristianos nos presenta una gran lista de héroes insignes que hermanaron la virtud con el valor militar. Tales son un san Fernando rey de Castilla, un san Luis de Francia, un san Jorge, un san Mauricio, un san Eduardo, un san Enrique, un san Estéban, un san Casimiro, y otros infinitos; y aun de nuestros dias hemos visto muchos valientes alletas practicar en la guerra las mas sublimes virtudes del

Cristianismo, cosa muy fácil en verdad; pues solo consiste en cumplir los propios deberes por conciencia, desechar los respetos humanos, y no hacer caso de los dicterios del mundo contra la virtud.

P. ¿El hombre de guerra debe trabajar para santificarse y ganar el cielo?

R. Decir lo contrario seria afirmar que el hombre en ser soldado deja de ser miembro de la santa Iglesia, á quien pertenece por el Bautismo, y que cesó desde entonces el fin de su creacion. ¿Quién dirá que el soldado no es hombre? ¿Que no es bautizado? luego debe aspirar á obtener su último fin que es Dios; luego participa de los santos Sacramentos, y es llamado á la recompensa de los Santos, recompensa que se nos da, trabajando por los medios que la Providencia nos ofrece. *Alius sic, alius vero sic*, dice san Pablo; quién gana el cielo en la soledad de un desierto, quién en medio del tumulto de las ciudades, quién empuñando la cruz, quién la espada.

P. ¿Se ha de contentar el soldado con ser reputado por hombre de bien, sin serlo en realidad?

R. El soldado debe tener la reputacion de hombre de bien y serlo verdaderamente: la apariencia no basta, es necesario la realidad; porque el hombre sin religion no puede ser hombre de bien. El hombre de bien es aquel que sigue siempre la recta razon, gusta de cumplir con sus obligaciones, y las desempeña fielmente así en la luz, como en las tinieblas; así cuando le condenan, como cuando le aprueban; así cuando no consigue ventaja alguna, como cuando le es útil y glorioso el trabajar. El que de religion carece, no es cons-



tante en seguir los dictámenes de la razon: y poco se debe fiar de un hombre que cree poder hacer una accion malvada, quando nadie le mira; de consiguiente tampoco se podria descansar sobre la fidelidad de un soldado, si este no obra-se, no obedeciese sino por fuerza y por salvar las apariencias. No; sin religion verdadera no hay verdadera bondad; sin verdadera bondad no hay seguridad, y el orden moral está expuesto á mil trastornos.

P. ¿En qué consiste la santidad de un militar?

R. Consiste en desempeñar fielmente todas las obligaciones de cristiano y de valiente soldado. Lo esencial de la santidad en todos los estados es uno mismo, esto es, la voluntad sincera y eficaz de observar todos los divinos mandamientos. Así en la guerra como en el claustro obliga la observancia de la ley de Dios: toda criatura ha de obedecer á su supremo Criador. Los mandamientos de Dios imponen obligaciones comunes á todos los cristianos de cualquiera condicion que sean, y las imponen propias y particulares á cada estado: cumplir estas y aquellas esto es ser santo. La Iglesia da culto á muchos excelentes soldados únicamente porque fueron buenos cristianos y buenos soldados. El hombre militar no será buen cristiano si no es buen guerrero, y nunca es mejor guerrero que cuando es buen cristiano.

P. ¿Cuáles son las obligaciones cristianas de un oficial militar?

R. El oficial á mas de los tres deberes de amor á Dios, á la patria, y al monarca, está obligado en conciencia á mantener en su tropa la disciplina militar; hacer observar escrupulosamente las

leyes de la guerra y las ordenanzas del rey; con- tener al soldado en los limites de su deber; animarle con su ejemplo, vigilancia y firmeza al fiel cumplimiento de todas las obligaciones que su grado le impone, y hacerse hábil y diestro en la profesion que ha abrazado. Seria un gran mal y de tristes consecuencias tener el soldado que obedecer rigurosamente las ordenanzas que ve infringe su jefe, y miraria con poco respeto á aquel superior que ó la experiencia ó la fama le mostrase inepto ó poco cuidadoso de saber y aprender sus obligaciones.

P. ¿Cuáles son las obligaciones cristianas de un simple soldado?

R. Son tres: amor y respeto á Dios, amor á la patria, y amor y obediencia al rey y á sus jefes.

1.º— Amor y respeto á Dios.

Todo buen soldado debe tributar homenaje, gratitud y amor á aquel Ser supremo que ha criado y conserva el universo. Si el soldado tiene obligacion de venerar y respetar á su general ó gobierno superior, ¿cuánto mas obligado estará á venerar y respetar á Dios, que es mas que todos los generales y gobernantes del mundo, quienes de él han recibido el poder que tienen? *Per me reges regnant*, dice el Señor en los Proverbios, cap. viii, v. 15.

No debe dudar el soldado que existe este Dios que nos hizo el ser, y que gobierna esta máquina admirable del universo. En todas las historias antiguas y modernas no se halla pueblo alguno, por bárbaro y estúpido que sea, que no reconoz-

ca la existencia de este supremo Señor. No hay duda que la ignorancia, barbarie y desmoralización han ofuscado con sus negros vapores la luz del entendimiento humano, que no llega á formarse la verdadera idea de Dios; mas nunca han podido borrar del todo el conocimiento de él. Se habrá oído tal vez algún impío hacer alarde de un ateísmo insensato<sup>1</sup>, pero no es el entendimiento el que abriga esta convicción, sino el corazón depravado que quisiera no existiese un acusador y un juez inexorable de sus delitos. La ignorancia y la corrupción son las fuentes del afectado ateísmo; pero ni la corrupción ni la ignorancia podrán prevalecer contra el sentido común, el consentimiento universal de los hombres, y los argumentos que proceden de la armonía y constante orden de este sorprendente universo. Se sabe que no hay efecto sin causa, no hay criatura sin Criador, ni hay orden sin una inteligencia ordenadora.

Esta causa suprema, este Criador, esta inteligencia ordenadora es el que ha puesto ley á todas las cosas, y estas inviolablemente la observan, sin olvidarse jamás de su exacto cumplimiento. El fuego no se olvida de quemar; el agua de mojar; los graves de ir al centro; los cuerpos

<sup>1</sup> Quiero referir una anécdota sucedida en Francia no há mucho tiempo. Un famoso incrédulo se esmeró en una escogida reunión de damas en predicar el ateísmo. Mas conoció que sus fanfarronadas no caían en gracia á aquellas señoras, y pensó vengarse diciendo: *Perdonen Vds., señoras, me he equivocado: creía que en una casa en que el talento disputa á las gracias, no tendría yo solo el honor de no creer en Dios. — No sois solo, señor, repuso la dueña de la casa, mis caballos, mi perro y mi gatito tienen también ese honor; con la sola diferencia que estas pobres bestias tienen el talento de no gloriarse de ello. — Bofeton bien merecido!*

celestes de girar y recorrer constantemente sus órbitas. ¿Y esto no manifiesta al hombre que existe un Dios? ¿y el hombre no reconocerá y no alabará á este Dios, magnificando su gloria? ¿no observará por tanto sus preceptos de amor, que ponen al hombre en la dulce necesidad de optar entre la bienaventuranza eterna y la eterna desdicha?

Los preceptos de Dios dados al hombre son los del Decálogo, preceptos que nadie ignora; porque á mas de haber sido grabados en dos tablas de piedra lo fueron al propio tiempo en nuestros corazones, á fin de que si el hombre no quisiese libremente leer sus deberes en aquellas, los lea en estos por fuerza. Desde los tiernos años de nuestra infancia se nos instruyó en estos deberes; nuestros corazones recibieron lecciones muy análogas con sus sentimientos, y el hombre ya maduro conoce que no puede ser feliz ni en esta vida ni en la otra, sin practicar lo que Dios manda y lo que la naturaleza impone.

Pero no acaban aquí sus obligaciones. El soldado nació por la gracia de Dios en el seno de la Iglesia, en país católico. En su bautismo contra-jo otra no menos indispensable, la de arreglar sus costumbres á los preceptos sublimes de Jesucristo y á los de la Iglesia su esposa, columna y fundamento de la verdad. En su consecuencia debe observar cuanto la Iglesia prescribe á sus hijos, y condenar cuanto ella condena.

No puede dispensarse el militar de creer los dogmas que ella enseña revelados, de confesarse, de comulgar, de oír misa, y de las demás obligaciones que son compatibles con su estado. El

militar está obligado á todo esto, y á practicarlo como la Iglesia quiere que se practique.

2.º— *Amor á la patria.*

Además de los deberes que tiene el militar para con Dios, tiene otros no menos sagrados hácia la patria y hácia sus superiores ó jefes. En primer lugar la razon dicta que todos hemos de tener afición particular á nuestra patria. El Cristianismo nos manda la amemos, cada uno debe servirla conforme á las obligaciones de su estado, y particularmente el soldado está empeñado á defenderla aun á expensas de su propia vida. Es acción tan gloriosa como cristiana el morir por la patria. Si, militar mio, la patria necesita de tí para defender y conservar sus derechos y aumentar su felicidad, y tú la debes este servicio; y este amor patrio y no otras miras particulares y egoistas deben mover tu corazón. El amor patrio fue el que dió tan grandes capitanes y tan valientes soldados á los lacedemonios, á los atenienses y á los romanos. ¿De dónde nació aquel entusiasmo, que admiran los historiadores griegos, de tantas madres que no satisfechas de haber conducido á sus hijos con alegría á las tiendas de campaña, iban solícitas despues de las batallas, y salían al encuentro á sus hijos, y sentían con vivo dolor que estos no hubiesen quedado ó victoriosos ó muertos? Todo esto nacia del amor sólido, fuerte y constante que tenían al bien de su patria. Este amor patrio debe ser el que ha de animar á todo buen soldado. A buen seguro que si este amor reinara, no se conocerían las traicio-

nes, ni deserciones, ni otros crímenes que con horror oímos decir.

3.º— *Amor y obediencia al rey y á los jefes.*

No basta tener amor patrio para ser buen militar, es además indispensable amor, respeto y obediencia ciega á sus superiores; pues que ya se sabe que donde no hay obediencia, no hay union, y donde no hay union la dispersion y la perdicion son inevitables. El amor al rey inspira aquel noble entusiasmo que no permite retroceder ante los mas grandes peligros; aquel respeto á la majestad, aquella obediencia á sus órdenes, que es el mas firme garante de la victoria y de la pública seguridad. ¡Cuántos hechos se leen en las historias de grandes ejércitos que han sido vencidos ó derrotados por falta de obediencia! Por esta razon los grandes capitanes de todos los siglos han mirado esta obediencia como uno de los principales puntos de la disciplina militar, y han castigado con las mas terribles penas á los transgresores. El hijo del gran Torcuato, capitán romano, embistió al enemigo contra las órdenes de su padre, y aunque salió victorioso, sin embargo su padre le hizo matar, diciendo que antes se olvidaria de ser padre que de ser militar. Todas las naciones tienen esta gran máxima, que sin obediencia ciega, el soldado de nada sirve á la seguridad del Estado. Obediencia ciega debe tener el soldado, porque el que dirige el batallón ó el ejército sabe sus planes y no debe comunicarlos á cualquiera; obediencia en las marchas, obediencia en guardar los puntos y las consignas,

obediencia en atacar y en retirarse, obediencia hasta morir. El soldado fiel y generoso está siempre pronto á sacrificarse para la conservacion de su principe ó general y de sus oficiales; este soldado es la gloria de un ejército.

P. ¿Cómo debe portarse el soldado con sus compañeros?

R. Debe sobre todo estudiar en mantener la paz y la union con ellos. La division y la discordia, funestas en todos los cuerpos, tienen consecuencias aun mas formidables en las tropas. Dadme un ejército cuyos soldados se amen, se estimen y estén unidos, y la victoria es segura: dadme al contrario otro, cuyos individuos se odian, riñan y no tengan paz y amor entre si, y los veréis sucumbir delante de un puñado de enemigos. El egoismo y el desprecio será lo único que reinará entre ellos; maquinará el uno contra el otro, no se auxiliarán en los apuros de la guerra, antes bien se abandonarán mutuamente, y el exterminio es inevitable. Esta union empero no debe tener lugar con los malos y perversos: con estos el buen militar se porta con disimulo, con caridad, mas sin participar de sus extravíos.

P. ¿En qué debe ocuparse el soldado en tiempo de paz ó en cuartel de invierno?

R. En dedicarse á aprender los ejercicios de la guerra. El soldado está obligado á conocer sus obligaciones, debe hacerse capaz de la táctica militar, debe, en una palabra, prepararse para cuando la necesidad exija de él esfuerzos y habilidad. La negligencia en este punto podria tener muy graves resultados, y el militar que en tiempo de paz ó en cuartel de invierno, cuando el tiempo

le sobre, no adquiere todos los conocimientos necesarios y no cuida de la disciplina, en tiempo de guerra faltará, y podrá contribuir á la derrota de su cuerpo. ¿No es muchas veces la impericia que hace que fuertes columnas sucumban ante poca gente aguerrida y disciplinada?

P. ¿Cómo se portará el soldado en casa del paisano ó en el alojamiento?

R. El soldado debe hacerse amar, y no temer nada del paisano que le aloja; procurar serle lo menos molesto que pueda, no dar mal ejemplo en su casa, no cometer atropellos; sino estar siempre en ella pacífico, discreto, honesto, oficioso y fiel. Oiga y practique lo que mandaba el emperador Aurelio: «Nadie toque el pollino de otro, ni la oveja, ni la viña, ni perjudique las mieses; á nadie exija aceite, sal ó leña; cada uno se contente con su paga, y cuide que vencedor en las armas, no sea vencido por los vicios.» (*Flavio Vopisco*).

P. ¿Cuáles son los deberes del militar en tiempo de guerra?

R. Jamás la disciplina militar debe ser mejor observada que en este tiempo: la negligencia del soldado puede causar la pérdida de un ejército entero. La razon y la Religion piden que el soldado y el oficial estén en campaña mas atentos á su obligacion, mas asiduos, mas vigilantes en sus puestos, mas exactos en ejecutar las órdenes de sus superiores, siempre en estado de defenderse y atacar, y sobre todo en estado de gracia por el peligro en que se hallan de morir. No olvide tampoco el soldado las reflexiones que conducen á suavizar los horrores de la guerra. Está dicho

que: *Bellum omne malum: la guerra trae todos los males*; y esta verdad está comprobada por una amarga experiencia. El azote mas terrible de la humanidad es la guerra, y aunque en estos últimos siglos, por la gracia del Señor, las guerras se hacen arregladas á una ley de humanidad y derecho público, que no se conocia en los tiempos antiguos, en que las ciudades y las provincias se entregaban sin piedad al fuego, y se pasaban á cuchillo jóvenes y viejos; hombres y mujeres sin distincion de clases, edad ó carácter; sin embargo son inevitables un sin fin de calamidades por el furor con que se acomete ó por la obstinacion con que se defiende. El medio mas poderoso para impedir muchas desgracias es conocer que si el soldado combate, combate con sus semejantes aunque enemigos, y que si la justicia tiene sus derechos, la humanidad tiene tambien sus fueros.

De aquí se sigue que es obligacion de conciencia del general, por ejemplo, conseguir la victoria del enemigo, pero por los medios mas humanos: antes se debe hacer prisionero, que matar al enemigo, porque se ha de procurar conseguir el fin de la guerra con el menor mal que sea posible; y el soldado enemigo que rinde sus armas, deja desde aquel momento de serlo, y se hace acreedor á la proteccion de aquel otro soldado á quien se rinde. La guerra sin cuartel es un medio bárbaro; y el que la autoriza, dará una cuenta terrible á Dios de toda la sangre que se hubiere derramado.

Al entrar en un país enemigo, debe el militar de honor no solo respetar, sino tambien proteger

el honor de las mujeres, la inocencia de los niños, la flaqueza de los ancianos y todos aquellos que no quieren ó no pueden hacer algun mal. Esta era la orden que intimaba á todos sus soldados al entrar en un país enemigo el gran general francés Bertrando de Guesclin, porque es conforme á la humanidad, y se hace mas fácil la conquista: sino hasta la piedras se levantan contra el ejército que se entrega al hurto, á la rapiña y al atropellamiento de todo lo sagrado.

Si esto se debe observar en un país conquistado; ¿cuáles serán los deberes del militar estando ó pasando por tierras fieles ó leales? Aquí es donde los militares deben hacer brillar la humanidad, fidelidad y honor militar, si quieren ser bien recibidos, bien hospedados y bien tratados.

P. ¿Será lícito en alguna ocasion al soldado desertar, ó huir y abandonar el puesto por cobardía?

R. Una accion mala nunca es permitida: la desercion es una accion infame y detestable; todas las naciones la han mirado siempre como crimen digno de castigo. El puesto que ocupa el soldado, le ocupa por un solemne juramento; abandonarle es incurrir en el perjurio; es una injusticia que hace á su rey y á su patria. Si la desercion se hiciese por pasar á los enemigos, es todavía mas infame, y merece los mayores castigos. Es un rebelde, un traidor que se arma contra su principe y su patria: es un hijo perverso que va á hacer la guerra á su madre.

Pero ni tampoco debe el soldado huir ó abandonar su puesto. Semejante fuga es pecado grande, es mucho mas criminosa delante de Dios que

vergonzosa delante de los hombres. El temor de la muerte nunca ha de impedir á un cristiano el cumplimiento de su obligacion. El guerrero por los empeños de su estado está obligado á dar su sangre, exponer y sacrificar su vida, cuando así lo exige la patria y en su nombre los jefes. Muchas veces la salvacion de un ejército depende de la defensa de un puesto, de la vigilancia de un centinela, de la intrepidez de un subalterno. Tenga el soldado cristiano viva la fe, y ella le dará valor é intrepidez, que jamás desmenirá; no hay cosa mas propia para infundir el verdadero ánimo como las grandes verdades del Evangelio. El soldado que las tenga bien presentes, jamás cesará; la buena conciencia no teme la muerte; pero los remordimientos del pecado hacen siempre al hombre cobarde. Por lo tanto el militar debe procurar tener siempre libre de pecado la conciencia, y entonces será valiente, y su valor no será ni loco ni temerario.

P. ¿Hay algun vicio que autorice la milicia?

R. La licencia de las armas no puede autorizar algun vicio, que en cualquier estado es detestable. El pecado es en todas partes digno de eternos suplicios; y es condenable así en un hombre de espada, como en un hombre de toga. El soldado es un cristiano; el cristiano tiene una ley, de cuya observancia no puede dispensarse, cualquiera que sea su profesion.

P. ¿Cuáles son los vicios que se deben temer mas por el soldado?

R. Cinco son principalmente los vicios que degradan á un militar, y contra los cuales debe tomar serias precauciones: 1.º el de la blasfemia;

2.º el de la embriaguez; 3.º el de la impureza; 4.º el de la ociosidad; 5.º el de la cólera y venganza.

### 1.º — Blasfemia.

Ningun crimen es mas horrendo que el de la blasfemia, ni ninguno otro atrae tanto la divina venganza; como ni tampoco hay otro que tanto envilezca al hombre que la profiere. La ley de Moisés condenaba á los blasfemos á ser apedreados; por derecho positivo tambien está señalada pena de muerte; por derecho de Castilla está señalada la pena de cortar la lengua al blasfemo, y á mas darle cien azotes en público; por derecho de Cataluña enclavar la lengua y ser azotado públicamente; y por las ordenanzas actuales se castiga al blasfemo con ocho dias de mordaza, y la reincidencia con pasarle la lengua con hierro ardiendo por mano del verdugo, y la expulsion ignominiosa del regimiento.

Advierta el militar la gravedad de este crimen, cuando las leyes humanas son tan severas para castigarlo. ¿Y cuán grande no será el castigo que recibirá de Dios? Será correspondiente á la gravedad de la ofensa que se le hace. En presencia del general no se atreveria nadie á proferir palabras indecentes, y mucho menos expresiones contra el mismo general; y lo que no se atreveria á decir delante de un hombre ¿tendrá la insolencia de decirlo delante de Dios y contra el mismo Dios?... ¡blasfemar de su santo nombre!... ¡conculcar sus divinos atributos!... ¡Oh cielos, cómo no desprendeis vuestros rayos contra el impío! ¡oh in-

fiernos, cómo no tragais á ese hombre peor que el demonio!

Es tan grande este pecado que cualquiera otro no es sino una comparacion respecto de él; porque con los otros se ofende un atributo de Dios, mas este de la blasfemia ofende á Dios en todo cuanto es, en su esencia y en sus atributos. Cuidé bien el militar honrado de no manchar su boca y su reputacion con un lenguaje semejante, y tema que si profana tan vilmente el sagrado nombre del Señor, en justo castigo le faltará tiempo en su muerte para invocarlo.

2.º — *Embriaguez.*

En segundo lugar debe el militar honrado no entregarse á la embriaguez. Este vicio es uno de los mas criminosos, mas infames y mas funestos; hace este vicio inútiles á los mas bellos talentos; entorpece al hombre; le asemeja al bruto, y le hace alguna vez aun mas estúpido y mas feroz. No hay cosa que no se pueda temer de un hombre sujeto al vino: no se le puede fiar ni secreto, ni puesto, ni empleo. Es un vicio que destruye la salud, debilita el entendimiento, precipita á todo género de disoluciones, y en los soldados sobre todo la mayor parte de sus desgracias les nacen del vino. Tanto mas se ha de temer este vicio, cuanto que es uno de los mas difíciles de corregir. El soldado cuerdo, honrado y cristiano se ha de guardar con cuidado á no dejarse dominar por el vino, sobre todo si es de genio violento y querrelloso.

3.º — *Impureza.*

Poco diré del vicio de la impureza, por ser cosa delicada. Un cristiano que quiere salvarse debe tomar muchas precauciones contra este infame vicio, que tiraniza al hombre mas que otro alguno; que le precipita en los mayores abismos, y que es la causa principal de la reprobacion de casi todos los condenados. Pasion es esta que hace al hombre feroz é inhumano; que todo lo profana; que rompe los vínculos mas sagrados; que ciega el entendimiento; que endurece el corazón; que extingue la fe y atropella los respetos debidos á la Religion. Herejía, blasfemia é impureza van casi siempre juntas. Y ¿qué males no causa aun en el cuerpo y en la fortuna? ¡Ah, si se pudiesen revelar las abominaciones de esos hombres disolutos, como nos taparíamos el rostro de vergüenza, al ver á esas víctimas impuras, devoradas en su espíritu por el fuego de la deshonestidad, y su cuerpo por enfermedades infames, asquerosas, y que ni la naturaleza ni la mano del hombre jamás ha tenido que curar en el animal!... ¡Cuántos soldados jamás vencidos en el campo del honor, lo son tristemente en el de la impura Venus!...

Si para vencer los otros vicios es necesario acometer al diablo, para vencer este es preciso huir. Huir se deben los objetos peligrosos; huir los malos libros y láminas provocativas; huir las compañías disolutas; huir sobre todo el trato con aquel sexo que ha traído siempre la perdicion y la muerte. Frecuencia de Sacramentos, y una tierna de-

vocion á María santísima, hé aquí las dos armas poderosas para vencer la carne.

4.º — *Ociosidad.*

Mucha malicia enseñó siempre la ociosidad, y el vicio de que acabo de hablar debe su nacimiento á la vida ociosa, holgazana y afeminada. Mas peligro corre un militar de ser victima de todos los vicios en tiempo de paz que en tiempo de guerra; porque mas estragos hacen en los ejércitos los vicios que se crían en una paz ociosa, que las balas, espadas y lanzas de la guerra. En testimonio de esta verdad podría citar muchos pasajes de las antiguas y modernas historias. El historiador de la república romana dice que mientras esta floridísima república tuvo los soldados ocupados en las conquistas y fatigas marciales, se conservaron los ejércitos invencibles y leales; mas apenas se entregaron al descanso y ociosidad, al instante se afeminaron, se llenaron de todos los vicios, y echaron por tierra aquel grande imperio que sus antepasados levantaron con sus virtudes. ¿Quereis derrotar un ejército? dejadle gozar dias tranquilos, alegres y ociosos. Bien conoció esto el famoso rey Ciro, cuando para que los lidios, á quienes habia subyugado, no pudiesen rebelarse contra él, ni prevalecer si lo intentasen, les obligó á que dejadas las penosas faenas de la vida militar se entregasen al descanso, comodidad y regalo. El ejército de Aníbal pereció por haberse habituado á las delicias y comodidades de los habitantes de Capua, y nuestra España bien lo lloró, cuando en el año 1100,

reinando en Castilla D. Alonso el VI, fue vencido su ejército y muerto en él desgraciadamente su hijo el infante D. Sancho, por Aly emperador de los moros en estos reinos, siendo el motivo de tan lamentable desgracia la ociosidad y la vida holgazana, regalada y viciosa de los soldados, por la que se habian deslizado en la sensualidad y en otros vicios; lo que entendido por aquel Monarca, mandó quitar y destruir todos los sitios, teatros é instrumentos públicos de diversion y entretenimiento. Ya he hablado arriba de los males causados por el vicio sensual, añadiendo ahora que Julio César no exigia menos de sus ejércitos la honestidad y la modestia, que el valor y la intrepidez en el combate. Valerio Máximo decia que en la tropa era indispensable una rigida y exacta disciplina militar en las costumbres, porque de lo contrario se perderia el vigor que en ella tanto se necesita.

De la ociosidad viene el vicio del juego, del que debes apartarte por los excesos que de él provienen, como son las blasfemias, juramentos, maldiciones, reniegos, riñas, desaños, hurtos y otros.

5.º — *Cólera y venganza.*

Si todó hombre está obligado á no dejarse rebatar de la ira, mucho mas debe hacerlo el hombre de espada. La cólera es criminal cuando procede de principio malo, y precipita á arrojos, á violencias y venganzas. El hombre poseido por la ira no es hombre; el furor le hace perder la razon; le ciega el entendimiento, hasta hacerle



olvidar los derechos mas sagrados de la sangre y de la religion. Es esta pasion enemiga del orden, que disminuye la autoridad de los superiores é inspira la rebelion en los inferiores. Mode-re, pues, el soldado la cólera con templanza cristiana; porque á él mas que á otro conviene tener con sus compañeros mútua afabilidad, atención y respeto. Y cuando tenga algun motivo de airarse, acuérdesese de esta máxima: *El que no sabe disimular, no sabe vivir.*

No por llevar á su lado la espada está autorizado el militar para vengarse de la injuria que ha recibido: no debe usar de la espada sino por una causa pública; por una injuria personal debe dirigirse á un juez, y mucho mejor haria en perdonar la injuria por amor de Jesucristo. Si la guerra es legitima y aun necesaria cuando una nacion ó un monarca se ven ofendidos, entre particulares está prohibida la venganza; porque los particulares pueden y deben defenderse con la autoridad de las leyes y de sus superiores. En fin, el soldado cristiano combate valerosamente á los enemigos de su patria, pero perdona con generosidad á los suyos propios.

P. ¿Es cosa loable desafiar ó aceptar el desafío?

R. Muy al contrario, es cosa digna de vituperio; porque desafiando, se pierde el honor, muy léjos de vengarle, y porque es contrario á la razon, á la humanidad, á las leyes divinas y humanas, civiles y eclesiásticas. El honor estriba en la virtud, y en el duelo no hay mas que un vicio condenado por Dios, por la razon y por las leyes. El que desafía es un loco, que no teme

perder su alma por una afrenta leve; es un bárbaro, que quiere degollar á un prójimo por una ofensa recibida. El verdadero honor consiste en obedecer á Dios y al rey, y en evitar lo que prohiben las leyes. Es tambien el desafío contrario á la razon, porque no es un medio útil ni necesario; muy al contrario, es perniciosísimo. ¿Qué utilidad saca del desafío el que lo propuso, si vence? la infamia y el destierro; ¿y si es vencido? la muerte. Tampoco es necesario, porque hay tribunales, hay jueces que tutelan el honor; y es muy ridiculo que al paso que por cosas de fortuna acudimos á los medios que nos ofrece la sociedad civilizada, por lo que toca á un honor tal vez imaginario, se constituye el hombre parte y juez al mismo tiempo. ¿Y cuántos estragos no causa finalmente el desafío? Muerte del cuerpo, muerte del alma, desgracias en las familias, llanto en las esposas, y la paz de la sociedad turbada. Todas las leyes se han armado contra ese uso detestable inventado por el diablo, como dice el sagrado concilio de Trento. Los Pontífices lo han proscrito, y últimamente el gran Benedicto XIV confirmó contra los duelantes las penas fulminadas por el dicho concilio de Trento de excomunion, infamia, confiscacion de bienes, inhabilidad para testar, sepultura vil, y todas las penas contra los homicidas y reos de lesa majestad. Las leyes humanas están acordes. El emperador Leopoldo en 1658 estableció la pena de muerte contra el que hubiese muerto á otro en desafío. Luis XIV mandó entre otras penas, que al muerto en desafío se le ahorcase por los piés, y al otro por la cabeza ó en estatua. Las leyes

españolas son tambien terminantes en este particular; pues lo prohiben la ley 10, tít. 8, lib. 8 del Código antiguo; los tít. 3 y 4 de las Siete Partidas; la ley 1.<sup>a</sup>, tít. 28, lib. 12, y la ley 2.<sup>a</sup>, tít. 20, lib. 12 de la Novísima Recopilacion.

Por tanto, ó militar mio, nunca invites al desafio por las razones sobredichas, y si alguna vez eres desafiado, no lo admitas, pues que el despreciar ó no aceptar el desafio, no es cobardía, sino valor, prudencia y caridad; es tener compasion de un loco que ha perdido la razon por la ira; despreciar un monstruo humano; es no hacer caso de un irracional, porque á tener razon no invitaria al duelo. Un hombre de corazon muestra infinitamente mas grandeza de animo rehusando el desafio, que aceptándolo; perdonando la injuria por amor de Jesucristo, que hatiéndose contra las leyes, contra la razon, contra la humanidad.

P. ¿Cuáles son las virtudes que debe tener un militar cristiano?

R. Subordinacion y valor, además de las de que se ha hablado hasta aquí de templanza, honestidad, amor á la disciplina y amor á la patria. Si: es menester que haya grande subordinacion en la tropa, del soldado al oficial, del subalterno á los superiores; de todos los oficiales á su comandante, del comandante al general, y de este al soberano, uniendo en un solo cuerpo tantos divididos miembros bajo una sola cabeza. Esto hace la fuerza principal de los ejércitos y de los Estados. La independenciam pronto los destruiria por floridos que fuesen. Así es que todo inferior debe obedecer á su superior por deber

de conciencia; y peca mortalmente el soldado, si su inobediencia es en materia considerable. El oficial revestido de la autoridad régia, manda de parte del rey; la potestad del rey viene de Dios; desobedecer al oficial, es desobedecer al rey, y por consiguiente es ofender á Dios. Ni al enemigo se puede atacar sin orden para ello, aunque la victoria fuese cierta, porque esta seria criminal á los ojos de Dios. Vale mas perder la ocasion de derrotar al enemigo, que contravenir á las órdenes del jefe.

El soldado subordinado debe ser tambien valiente, con un valor prudente, y sujeto á la disciplina militar. El valor no consiste en exponerse temerariamente á la muerte, sino en hacer frente generosamente á la misma, cuando la obligacion lo ordena; ponerse sin razon en peligro de morir es locura, es un crimen. En fin, el valor ha de ser una virtud, y se ha de confiar mucho en el auxilio del cielo.

P. ¿La devocion debilita el valor?

R. La devocion en vez de debilitar el valor, muy al contrario le aumenta y fortalece. De dos guerreros igualmente valerosos, el que tenga sólida devocion será mucho mas valiente que el que no tenga devocion alguna; porque este ve á sus piés dos abismos, la muerte y el infierno, y aquel uno solo, la muerte. El impío no es valiente sino por motivos humanos; el verdadero devoto va animado al combate por los mismos motivos humanos, y además por los poderosos de la Religion. La piedad cristiana da seguridad en los mayores riesgos de la guerra; porque el piadoso guerrero tiene razon de esperar el auxi-

lio del Dios de los ejércitos. Al contrario la impiedad amedrenta al guerrero, que siente tener al mismo Dios por enemigo. Por mas valeroso que sea naturalmente un soldado cristiano, si va al combate en estado de pecado mortal, es imposible que no tenga muy vivos remordimientos y temores de morir y condenarse, capaces de alterar la audacia mas intrépida. ¡Cuántos ejércitos no ha desbaratado Dios por los crímenes de los soldados!

P. ¿Qué respeto debe tener el soldado cristiano á la Religion y á sus ministros?

R. El mayor; los soldados paganos respetaban á sus sacrificios y á sus sacerdotes, á sus templos y á sus altares, y á todo lo que tenia relacion con sus falsas deidades. ¿Nuestros soldados tendrán acaso menos religion que los paganos? ¿menos respeto por el verdadero Dios? Nunca debe hablar de materias de religion sino con gran respeto y discrecion, ni atreverse á condenar lo que no entiende, ni censurar lo que la Iglesia aprueba ó autoriza. Los ministros del altar deben ser por ellos respetados; jamás debe profanar las cosas sagradas, y debe asistir con modestia y edificacion á los actos de religion, singularmente en los tremendos misterios de la misa.

P. ¿Qué devociones debe practicar el soldado?

R. El soldado cristiano debe rezar por la mañana y por la noche, antes y despues de comer, aquellas oraciones que están en uso entre los cristianos, oír misa, si puede, cada dia; rezar alguna oracion en honra de María santísima,

de su santo Patron y de su Angel de la guarda; ofrecer á menudo sus trabajos, sus fatigas, sus ejercicios á Dios; asistir á los oficios divinos en los dias de fiesta, y rogar por la paz y por su rey. Sobre todo cuando es tentado ó preve que está en peligro de serlo, es cuando debe redoblar sus oraciones. Las tentaciones no pueden vencerse sino con el socorro de la gracia, y este socorro ordinariamente no se da sino con la oracion.

El buen soldado no debe olvidar que su vida está en peligro en tiempo de guerra; que la eternidad depende de la muerte, y que por consiguiente en este peligro debe sobre todo pedir á Dios su misericordia y la gracia de morir bien.

Debe asimismo confesarse y comulgar á lo menos una vez al año bajo pena de pecado mortal; y si tiene la desgracia de cometer un solo pecado mortal, arrepentirse de él al instante, y formar la intencion de confesarse tan pronto como le sea posible; haciendo firme propósito de no volverle á cometer, pues sin esto la confesion de nada serviria: tambien cuando está en peligro de morir, como por ejemplo, en la vispera de un asalto ó batalla, pero todo se entiende sin faltar en cosas del servicio. Peleará sin duda con mas denuedo y gloria, si va al combate con el Dios de los ejércitos.

No hay virtud, en fin, que no pueda practicar un hombre de armas en muchas ocasiones. Puede frecuentemente hacer obras de paz previniendo, componiendo y terminando las querellas; obras de paciencia, soportando con resignacion las fatigas de la guerra; obras de celo, conteniendo los excesos de los soldados compañeros ó

súbditos, reprendiendo al impío y licencioso, ó aconsejándole la virtud; obras de religion, defendiendo los lugares santos y personas consagradas á Dios; obras de justicia y caridad, impidiendo la muerte de algun infeliz que cae en sus manos; obras de obediencia, observando la disciplina militar; obras de mansedumbre, perdonando á los que le han ofendido; actos de humildad, soportando las altiveces de sus superiores; obras de penitencia, haciendo frecuentes actos de contrición en los riesgos de la guerra; actos de reconocimiento, atribuyendo á Dios el suceso de la batalla; actos de fe, esperanza y caridad, poniendo en Dios toda su confianza.

Las tropas españolas serian invencibles, si su devocion fuese igual á su valor.

Hasta aquí el Diálogo. ¡Ojalá que todos los militares se aprovechen de él! Si esto sucediese, quedaria satisfecho mi amor, y recompensados abundantemente mis trabajos; creyendo hacer un grande servicio á los militares, he traducido la siguiente vida de un soldado.

#### **Advertencia.**

*Al ver el grande aprecio que tiene en Francia e Italia la presente historieta, me he movido á traducirla, esperando que no solo tendrá la misma acogida entre los españoles, sino que tambien producirá iguales efectos; librito á la verdad pequeño en volumen, pero grande en la sustancia y admirable en la historia: encargo mucho se lea con detenimiento, y despues se experimentará lo que si ahora dijera, podria no ser creído.*

## **VIDA DE FRANCISCO FILIBERT,**

LLAMADO

### **LA FEUILLADE,**

ESCRITA POR EL CÉLEBRE ABATE CARRON EN IDIOMA FRANCÉS; TRADUCIDA EN ITALIANO POR L. Z., Y ÚLTIMAMENTE EN ESPAÑOL POR EL

**Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Maria Claret,**

*Arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba.*

Nació Francisco Filibert en el siglo décimo-séptimo, de padres artesanos, en el barrio de San Lorenzo de Nevers. Desde sus primeros años se ocupó en el oficio de zapatero, aunque no continuó, porque la sublimidad de su ánimo, superior á su condicion, le hizo abrazar el arte militar; y alistado en la compañía de Milan del regimiento de Vexin, fue enviado á su regimiento, que en aquel entonces estaba de guarnicion en Cassale de Italia. No tardó mucho en dar pruebas de valeroso soldado, por lo que uniendo á la adquirida fama la belleza de su persona, aire marcial y estatura no comun, fue agregado á la compañía de granaderos. ®

Los tres primeros años del servicio los pasó en el libertinaje, cosa tan fácil en los militares. Vencido desde un principio del respeto humano,

súbditos, reprendiendo al impío y licencioso, ó aconsejándole la virtud; obras de religion, defendiendo los lugares santos y personas consagradas á Dios; obras de justicia y caridad, impidiendo la muerte de algun infeliz que cae en sus manos; obras de obediencia, observando la disciplina militar; obras de mansedumbre, perdonando á los que le han ofendido; actos de humildad, soportando las altiveces de sus superiores; obras de penitencia, haciendo frecuentes actos de contrición en los riesgos de la guerra; actos de reconocimiento, atribuyendo á Dios el suceso de la batalla; actos de fe, esperanza y caridad, poniendo en Dios toda su confianza.

Las tropas españolas serian invencibles, si su devocion fuese igual á su valor.

Hasta aquí el Diálogo. ¡Ojalá que todos los militares se aprovechen de él! Si esto sucediese, quedaria satisfecho mi amor, y recompensados abundantemente mis trabajos; creyendo hacer un grande servicio á los militares, he traducido la siguiente vida de un soldado.

### Advertencia.

*Al ver el grande aprecio que tiene en Francia e Italia la presente historieta, me he movido á traducirla, esperando que no solo tendrá la misma acogida entre los españoles, sino que tambien producirá iguales efectos; librito á la verdad pequeño en volumen, pero grande en la sustancia y admirable en la historia: encargo mucho se lea con detenimiento, y despues se experimentará lo que si ahora dijera, podria no ser creído.*

## VIDA DE FRANCISCO FILIBERT,

LLAMADO

### LA FEUILLADE,

ESCRITA POR EL CÉLEBRE ABATE CARRON EN IDIOMA FRANCÉS; TRADUCIDA EN ITALIANO POR L. Z., Y ÚLTIMAMENTE EN ESPAÑOL POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Maria Claret,

Arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba.

Nació Francisco Filibert en el siglo décimo-séptimo, de padres artesanos, en el barrio de San Lorenzo de Nevers. Desde sus primeros años se ocupó en el oficio de zapatero, aunque no continuó, porque la sublimidad de su ánimo, superior á su condicion, le hizo abrazar el arte militar; y alistado en la compañía de Milan del regimiento de Vexin, fue enviado á su regimiento, que en aquel entonces estaba de guarnicion en Cassale de Italia. No tardó mucho en dar pruebas de valeroso soldado, por lo que uniendo á la adquirida fama la belleza de su persona, aire marcial y estatura no comun, fue agregado á la compañía de granaderos.

Los tres primeros años del servicio los pasó en el libertinaje, cosa tan fácil en los militares. Vencido desde un principio del respeto humano,

y de aquí corrompido cuanto puede decirse, se abandonó á la carrera del vicio, aunque no se dejó arrastrar de la impiedad, ni del robo, ni del asesinato, que tanto desdoran á una persona aun á los ojos del mundo. Tenia tal horror al delito de abandonar sus banderas, que lo miraba como una traicion infame hecha al príncipe y á la patria: y decia «que una tal vileza merecia «los mas severos castigos.» Como su valor y su excelente espíritu le daban tanto ascendiente sobre todos sus compañeros, el regimiento le debió el haber impedido á muchos la fuga con sus exhortaciones y ejemplo.

En la campaña de la Hogue <sup>1</sup> en Normandía, se hallaba acampado su regimiento sobre la costa del mar, y como hubiese desaparecido el enemigo, que amenazaba un desembarco, gozaba de algun reposo. Una tarde nuestro soldado estaba en una tienda de campaña con otros muchos soldados amigos suyos, que sabian leer (cosa de que él carecia, por haber sido sus padres negligentes en procurarle una instruccion tan útil), y algunas veces le procuraban el dulce consuelo de escuchar la lectura. Habiendo, pues, uno de ellos sacado de la faltriquera un libro intitulado, *Conversion de un soldado*, que un hombre de bien habia procurado diseminar en el ejército, se lo puso á leer; y como si el contenido de este libro fuese únicamente escrito para Filibert, escuchólo atentamente, aplicando á su persona todo lo que oia. Despues de esta lectura, muy pensativo

<sup>1</sup> La Hogue ú Hougue, *Oya*, es una hermosa rada de Francia, en la provincia de Normandía, y á dos leguas sur de Barbeur.

se marchó solo, y paseándose por largo rato en un campo vecino, se sentia atormentado de su propia conciencia, por lo que unas veces se herria el pecho de dolor, otras veces se postraba en el suelo, y muy á menudo levantaba al cielo los ojos bañados en lágrimas. Al toque de retreta, se retira á su tienda; pero aquella interna pugna continúa; los profundos suspiros no le permiten el sueño; un amargo dolor le oprime, y habiéndose sus compañeros dormido, pudo dejar correr libremente sus lágrimas y suspiros. Al rayar la aurora, se fué á su capitán, pidiéndole el permiso de ir á Valoñes para consultar á un famoso médico acerca de un mal que el dia antecedente le habia sobrevenido, el que le hacia sufrir agudísimos dolores. El capitán viéndole pálido y desfigurado, le dijo: «¿Que te ha sucedido, mi querido Filibert?... Vete con Dios «y no tardes en volver sano; porque si el enemigo hace su desembarco, estás aquí, pues te «necesitamos.»

Andando por el camino de Valoñes, decia entre sí: «¡Ah, si mi comandante supiese la naturaleza de mi mal, de otro modo se compadeceria de mí!...» Entonces el Señor se dignó darle tal conocimiento de sus pecados, y esto con tanta amargura de corazón, que creia morir de dolor; y muchas veces como si llevase un gran peso, le era preciso pararse, sin poder dar ni siquiera un paso adelante: llegado finalmente á Valoñes, y reparado algun tanto de la fatiga del camino, entró en la iglesia de los Padres Capuchinos en que habia determinado confesarse. Pero el enemigo de su eterna salvacion le embiste de ma-

nera, que, perdida enteramente la memoria, se le huyeron de la mente todos sus pecados, y con una interna voz le decia: «¿Qué te servirá el tomar otro rumbo de vida?... ¿No vives como los demás? ¿no son por ventura los otros personas honestas, honradas y gente de bien?... pues ¿qué pretendes tú reformar en tu conducta?... Tú eres soldado y puedes en buen hora gozar de las delicias y placeres de tu profesión... el ser devoto déjalo para las mujeres y hombres apocados... ¿No ves que no es posible hacer otra vida en la carrera militar?... por fin, aunque comenzases esa soñada nueva vida, ¿cómo podrás ser constante en ella y resistir al ejemplo de tantos compañeros que no son mejores que tú?...» Estos pensamientos le detienen... se avergüenza y aun se irrita contra sí mismo por haber tenido deseo de confesarse... de allí á poco le volvía el mismo deseo de confesarse, pero luego le desaparecía tal pensamiento y quedaba fluctuando, ya cediendo á la tentación, ya resistiendo con valor.

Pasó algunas horas de rodillas en esta cruel incertidumbre sin poder pronunciar el nombre de Dios, nombre de salud, que disipa todas las tentaciones, y en su lugar le vienen á la memoria los reniegos y palabras impúdicas que en su libertinaje habia proferido, estando casi á punto de repetir las. Finalmente, no sabiendo resistir mas á tan horroroso combate, salió de la iglesia y se fué al campo. Tres dias enteros pasó en esta violenta situación, yendo á Valoñes con el designio de confesarse, y volviéndose al campo sin haberlo efectuado; no comia, ni bebia, ni des-

cansaba; solamente el dolor y las lágrimas le traian siempre ocupado. En tan horrible aflicción le vino este consolante pensamiento: «¡Oh Dios mio! un pecador como yo, que he merecido millares de veces el infierno, merece bien que le abandoneis: despues de haberse resistido tantas veces á vuestras santas inspiraciones, es justísimo que Vos le volvais las espaldas y le abandoneis á sus malos hábitos; pero suceda lo que sucediere, yo confesaré todos mis pecados á Vos ¡oh Dios mio! y á vuestro ministro...» «Sí; confesaré mis pecados, aunque me hubiese de costar la vida.»

Al dia siguiente marcha muy de mañana á la misma iglesia, en donde hallando un buen sacerdote, le dió parte de la mortal agonía á que le tenia reducido el deseo de convertirse. El hombre de Dios le consuela y le anima para hacer una confesion general. Filibert la empieza al momento; la hace exacta y circunstanciada, interrumpiéndola muy á menudo con sus dolorosos suspiros. Enternecido el confesor, mezclaba sus lágrimas con las del penitente. Concluida, por último, la acusacion de todos sus extravíos, conoció el confesor las extraordinarias disposiciones de su penitente, y sabiendo por otra parte lo próximo de la batalla que se esperaba en el desembarco del enemigo, pronunció las palabras de reconciliacion. Pero ¡oh cuán eficaz y pronto fue su efecto, y cuán al vivo sintió el nuevo penitente el fruto de la sangre y de los méritos de Jesucristo que por medio de este santo Sacramento se le habian aplicado! La calma sucedió á la tempestad, y la unción de la gracia llenó

de alegría su corazón. Retirado y solo en una capilla, puesto de rodillas con las manos juntas, se sintió desde el principio como fuera de sí; pasó muchas horas en un profundo recogimiento hasta perder los sentidos; finalmente vuelto en sí, se levantó penetrado de este santo sentimiento, que quedó vivamente impreso en su alma, á saber: que en adelante debía ser un servidor fiel y celoso de Jesucristo, ya que este buen Padre le había perdonado tantos pecados.

Lleno de gratitud por el beneficio inestimable que acababa de recibir, nuestro convertido soldado se fué por la tarde al campo, del todo cambiado en otro hombre, y tan alegre y contento, que al verle sus compañeros le dijeron: «Hola, Filibert, estás muy contento, ¿qué buena fortuna te ha acontecido?» A lo que respondió: «La mejor fortuna que puede acontecer á un cristiano y que yo quisiera poder procurar á todos.» Y rodeándole todos sus compañeros solícitos de oír contar la causa de tan extraordinaria alegría, les dijo: «Camaradas míos, la grande fortuna que me ha acontecido, es que he hecho confesion general con un santo sacerdote, y si quereis creer á un amigo que os quiere tanto como sabeis, mañana haced vosotros lo mismo: en prueba de que os digo verdad, me ofrezco á conducirlos, y estoy bien persuadido que tendrá con vosotros la misma caridad que ha tenido conmigo.» A tales palabras contestaron todos con risa y decían: «¡Filibert se ha convertido!... Si esto es verdad, también podemos nosotros esperar que con el tiempo nos convertiremos.»

Una noticia tal suscitó cierta especie de persecucion contra Filibert. Sus compañeros viéndole orar á menudo, y que con vivo fervor asistía todos los dias á la santa misa con una postura edificante; que del todo abandonaba el juego y la embriaguez; que no miraba jamás la cara á mujer alguna, y que las palabras que decia, eran siempre palabras de paz y de dulzura, desde luego miraron su conducta como una oculta y callada, pero enérgica censura de su libertinaje. Por lo que indignados contra él, trátanle de fanático y de hipócrita; llenanle de insultos y ultrajes, esforzándose de mil modos por inducirle á alguna querella; pero siempre fue en vano; léjos de irritarse por estas injurias, aun interiormente se alegraba: «¡Ah! decia algunas veces, yo no me he avergonzado de seguir el libertinaje, y ahora me avergonzaria de seguir la virtud? A un tan grande pecador como yo jamás se le dará demasiado que sufrir para expiar sus pecados.»

Su constante firmeza en no entibiarse en la práctica de sus piadosos ejercicios, en ayunar, en abstenerse aun de aquello que tuviese la mas pequeña apariencia de mal, en no dejar pasar ocasion alguna de practicar el bien; su invencible paciencia en sufrir los insultos, sarcasmos y dieterios malignos y continuos de sus compañeros, y su generosa franqueza en sostener el primer propósito; todo esto junto desconcertó y desvaneció aquellos viles detractores de la virtud. Luego cesaron de insultar y afear á un compañero que se avergonzaban de no seguir; le comenzaron á estimar, y aun no habian pasado



seis meses de su conversion, que ya le admiraban todos, y era el objeto de una veneracion universal.

Habiéndose terminado la campaña de la Hogue, al regimiento de Vexin se le señaló por cuartel de invierno la ciudad de Valoñes, y entonces Filibert confirmó la obra de su conversion en la misma ciudad en que habia tenido la suerte de comenzarla. Iba á visitar á su confesor, y ayudado de sus consejos, se impuso por sus pecados una regla de satisfaccion, que cumplió exactísimamente hasta la muerte. Hacia vida de religioso bajo las insignias militares; ayunaba con la mayor austeridad todos los miércoles, viernes y sábados, como tambien todo el Adviento y Cuaresma, y á mas de esto muy á menudo no tomaba sino pan y agua; muchas veces á la semana traia cilicio y usaba tambien un cinturon compuesto de puntas de hierro que abrian en su carne sangrientas llagas. Se valia aun de otro género de mortificaciones con que castigaba su cuerpo como culpable, y el santo odio que le profesó, dispuso su alma para recibir las extraordinarias gracias que Dios le tenia preparadas.

Conociendo que la ociosidad le habia abismado en tantos pecados, se ocupó en aquel antiguo oficio que el orgullo le habia hecho abandonar, de modo que todo el tiempo que le dejaban libre las obligaciones de soldado y fervoroso cristiano, lo empleaba en su cuarto, haciendo y componiendo zapatos para poder con esto socorrer á los pobres, ejerciendo su profesion como un ministerio de penitencia y caridad. Siendo de cuerpo ágil y expedito, diestro como el que mas en el

manejo de las armas, de espíritu vivo y cortés, bien hablado, á pesar de no tener estudios, de natural fuerte y magnánimo, llevaba hasta entonces escondido bajo un aspecto noble lo oscuro de su origen; pero ahora quiere ser tenido por lo que es, diciendo públicamente ser un pobre zapatero y un miserable pecador. Amaba extraordinariamente la lectura, que habia sido causa de su conversion, conociendo que ninguna cosa le podria ayudar mejor á mantenerse en aquellos buenos sentimientos de que Dios le habia penetrado, que el leer cada dia alguna cosa edificante. «Yo quiero, solia decir, aprender á servir á Dios.» Para esto, durante el tiempo de invierno escogió un maestro á quien visitaba todos los dias muchas veces, aprendiendo con la sencillez y docilidad de niño los primeros elementos de lectura. Con tan buenas disposiciones adelantó de tal suerte, que en pocos meses supo leer perfectamente los libros que le prestaban sus confesores. En todos los lugares en que hizo alguna detencion, procuró siempre con sumo cuidado elegir buenos guias para su conciencia, descubriéndoles toda su alma, y estos en cambio procuraban adelantarse en la perfeccion, franqueándole las obras mas propias para iluminarle santamente y alimentar su piedad. El libro de los santos Evangelios, la Imitacion de Cristo y las Obras de santa Teresa eran su cotidiana lectura; leyéndolas continuamente y siempre con nuevo empeño.

Los auxilios de una particular gracia y la constante fidelidad con que á ella correspondia,

le dispusieron á sublimarse poco á poco hasta al mas encumbrado grado de oracion. Comenzó á orar con el modo mas sencillo y mas comun, á saber: se ponía en la presencia de Dios, á la que se tenía por indigno de presentarse, y adoraba la soberana majestad de Dios; luego hacia un acto de contricion á fin de purificar su conciencia; acabado esto, se representaba una de las verdades de nuestra santa fe, ó bien se proponía alguna parte de la Oracion dominical, y reflexionando acerca de ella y aplicando su sentido á sí mismo, se penetraba de ella, se esforzaba á sacar algun fruto, formaba sus resoluciones, y concluía pidiendo á Dios las gracias necesarias para su ejecucion. Gustaba mucho de la santa meditacion, porque conocia bien no haber cosa mas propia que esta para poderle mantener en la vida penitente que habia abrazado.

Segun los consejos de sus confesores se habia prescrito dos horas de oracion al dia, una por la mañana y otra por la tarde. Jamás faltó á este santo ejercicio, procurándolo siempre cumplir en la iglesia si podia, ó por el camino cuando su regimiento estaba de marcha, y aun en las ocasiones mas peligrosas y en presencia del enemigo. De su mismo recogimiento era fácil notar estas dos horas de oracion, y entonces echaban todos de ver que hablaba con Dios y Dios con él. Una hora antes y otra despues de la oracion se ponía en silencio, el que no rompía sino por cosas absolutamente necesarias. Este piadoso ejercicio le ocupaba casi seis horas del dia, sin contar con la lectura y súplica, alimentos ordi-

narios de su alma. Se sustentaba en la práctica del bien obrar con el Pan de los fuertes que recibía al principio todos los domingos, y despues tuvo la dichosa suerte de poderle recibir todos los dias. Estando en Dunkerque, descubrió el estado de su alma y sus internos afectos á un religioso, quien le aconsejó que no angustiase su espíritu empeñándose en seguir su método ordinario de hacer la oracion, siempre que observase qué sentimiento se le inflamaba desde que la empezaba y le llevaba á Dios y á sus perfecciones, como con frecuencia le sucedia.

Filibert hacia sus súplicas con la mas fervorosa piedad: estas eran seguidas mañana y tarde de media hora de lectura; asistía á todas las misas que se decían en el campo, si no se lo impedían sus deberes. Aunque estaba tan aficionado á sus ejercicios, sin embargo lo dejaba todo, cuando se trataba del servicio militar, persuadido que el bien solamente es bien, cuando se hace sin faltar á los deberes del propio estado, y que servir al soberano y á la patria en la presencia de Dios, es lo mismo que servir al divino Padre en el modo que á él le es mas agradable. Sus dias santamente ocupados, sus pasiones domadas, las consolaciones siempre nuevas y las gracias que el Señor derramaba en su alma, le hacían gozar las delicias de una santa paz, cuando hé aquí que de improviso una horrorosa tempestad echa su espíritu en medio de las mas espantosas tinieblas; apenas ve á Dios, ni menos se conoce á sí mismo; la oracion de que antes tanto gustaba se le convierte en suplicio; se tiene por uno del número de los réprobos, y un tal infeliz estado

que duró muchos días le redujo á una especie de desesperacion.

Uno de los primeros oficiales del regimiento con quien estaba intimamente unido con lazos de piedad, observó su interna turbacion, y le dijo: «Filibert, ¿qué tienes?... Conozco que estás en «grandes trabajos... ven á mi casa y me dirás lo «que te sucede...» Fuése el buen soldado á encontrar al oficial su amigo, y le descubrió el desolado estado de su alma; este le condujo á su confesor, hombre muy experto en la via interior, por lo que habiendo este sábio director oido la relacion del penitente, juzgó que lo que Filibert padecía, era una prueba que Dios hacia de él, para despues levantarle á un grado de oracion mas sublime, y por esto le dijo: «Vos que «habeis leído las Obras de santa Teresa, ya tendréis presente aquel caso que trae casi del todo «igual al vuestro; imitad, pues, su fidelidad, y «esperad que tras esta tormenta Dios restituirá «la calma á vuestro corazon.»

Estas palabras hicieron resolver á Filibert á sacrificarse todo para agradar á Dios; las tentaciones se redoblaron, pero otro tanto se redobló tambien su valor, de suerte que un dia estando solo en su aposento, sintiéndose muy molestado de pensamientos de impureza, entró de improviso una mujer con un aire el mas desenvuelto, diciendo palabras tan licenciosas, que Filibert agobiado ya con la rebelion de las propias pasiones ni siquiera se atreve á mirar aquella impudente, sino que sacando de su maleta una de sus mejores camisas, la dijo, teniendo siempre los ojos bajos: «Toma, véndela y cómprate pan.»

Desapareció al momento la infame mujer, y el fervoroso soldado salió para siempre victorioso de los pensamientos de impureza.

Algún tiempo despues de esta victoria, hallándose en una iglesia, y habiendo recibido la divina Eucaristía, se estuvo largo rato al pié del altar lleno de las mas dulces y consolantes ideas de la majestad y bondad de Dios, sin poder explicar suficientemente lo que le acababa de suceder; sin embargo, lo contó todo á su confesor con la mayor fidelidad, temiendo siempre los crueles artificios del fingido ángel de luz. El confesor le preguntó: «Hijo mio, decidme, ¿al «terminar la oracion os habeis sentido mas fervoroso, mas recogido, mas dispuesto á humillaros y á servir á Dios? — ¡Ah, Padre mio! «respondió, todas las cosas de la tierra desde «aquel momento me parecen insípidas, y me he «olvidado de todo lo del mundo, excepto lo que «pertenece á mi obligacion. Le confieso ingenuamente que me he sentido tan encendido en «el amor de Dios, que he dado el poco dinero «que tenia al primer pobre que se me ha presentado, sin pensar que me haria falta para «mis necesidades, y aun estoy pronto á dar la «propia vida por Jesucristo si se me presentase «ocasion. — Está muy bien, hijo mio, respondió «el director, y os suplico que aprendais de aquí «á juzgar de la bondad y eficacia de una oracion «por los efectos que produce en el alma. Esta os «parece extraordinaria, porque no es segun las «reglas; pero ¿sabeis vos que la oracion es un «don de Dios, y que Dios obra con sus amigos «del modo que mas le gusta? Está muy bien

«que conversemos con él algunas veces para exponerle nuestras necesidades, cual pobrecitos que vivimos de sus misericordias; pero cuando él solo quiere hablar á nuestra alma, conviene escucharle en silencio y recibir con humilde gratitud el don extraordinario de la oracion.»

A lo que respondió Filibert: «Os escucho, Padre mio, como al mismo Dios; pero permitidme, por caridad, el que os diga que he leído y he oído decir muchas veces, que no se debe fiar mucho en aquellas contemplaciones en que el alma queda ociosa.—No hay duda, contestó el director, que se han de huir ciertas contemplaciones puramente pasivas, que conducen las almas á una ociosidad peligrosa. Estas almas se presentan á Dios sin hacer antes preparacion alguna, imaginándose que Dios ya lo hará todo, y saliendo de la oracion mas llenas de sí mismas que antes, se van adormeciendo en la carrera de la virtud, dejando correr y aun despreciando el uso de los santos Sacramentos y del bien obrar, con el pretexto de que teniendo un puro amor, han llegado ya al supremo grado de la perfeccion. Esta es la especie de contemplacion que debe despreciarse; pero no aquella contemplacion que tan eminentemente han poseído santa Teresa y tantos otros Santos, y que los ha movido á hacer acciones heroicas y á ejercer todas las virtudes; antes bien debemos tener por dichosos aquellos á quienes ha querido Dios conceder un tan precioso don. Pedid incessantemente á Dios el que no deje nunca de tratarlos de una manera tan favorable, y que sus dones y gracias os estimulen en

«el porte de una vida angelical, que os hace gozar sobre la tierra algun tanto de aquel reposo que los bienaventurados gozan en el cielo. Andad con Dios, y comulgad todos los dias, si podeis.»

Esta instruccion le produjo una viva alegría y el goce de una perfecta paz; pero como muy á menudo mudaba de domicilio su regimiento, le era preciso tambien mudar de director, lo que le originaba nuevas incertidumbres. Un buen director es muy difícil de hallarse, dice santa Teresa, y esto lo tenia por sí misma probado la ilustre virgen. Muchos por desgracia poco instruidos y poco iluminados en la via del espíritu, á quienes se comunicó en los diversos puntos en que estuvo, tuvieron por sospechoso su modo de vivir. ¡Un soldado, decian, comulgar todos los dias! un soldado, presumir tener contemplacion ignorada de muchos solitarios!... A un soldado le basta que asista á la misa y haga sus oraciones de mañana y tarde, y que rece con devocion la Corona ó el Rosario. Al oír tales discursos, quedó como fuera de sí de espanto, y dijo: «¡Oh Dios mio! será posible que yo me pierda en aquel mismo camino por el cual me esfuerzo por salvarme?... Yo, á la verdad, me puedo engañar; pero, Dios mio, Vos sabeis que desconfío de mí mismo; dignaos por tanto iluminar á vuestros ministros, á fin de que estos me iluminen.» Estaba revolviendo en su entendimiento estas dudas, cuando por su dicha vino á verle el oficial, su especial amigo, y hallándole en tal laberinto, le condujo á uno de los mas célebres teólogos de la universidad de Lovaina. Habiendo el soldado

referido todo ingénuamente á este teólogo, ya el modo de hacer oracion, ya la frecuencia con que comulgaba, le respondió: « Vos, amigo mio, sois «soldado, ¿y no reparais en comulgar todos los «dias?» A lo que contestó Filibert: « Yo soy soldado, y el mas grande pecador que hay sobre «la tierra.» Y le refirió todos sus antiguos extravíos, el modo con que se convirtió, su plan de vida, sus ejercicios de piedad y penitencias; y le contó toda esta historia con los sentimientos tan vivos ya de dolor, ya de alegría, que el sacerdote al escucharle se sintió tan conmovido, que sus ojos quedaron bañados en lágrimas, postrándose á sus piés, pidiéndole perdon de haberle tratado tan ásperamente, y por último le dijo: « ¡Ay hermano mio, comulgad en buen hora todos los dias, «pues mas digno sois vos que yo que todos los «dias sacrificio en el altar! La oracion hacedla tambien como Dios se digne inspirárosla, pues no «debemos nosotros arreglar las operaciones de «Dios.» Desde aquel momento el buen penitente siguió sin turbacion alguna el atractivo que le guiaba.

Mas ¿quién dudaria que un siervo de Dios levantado á tan alto grado de perfeccion no fuese destinado á otra carrera que á la de soldado? En efecto aun sus mismos directores así lo pensaban: por lo que siguiendo sus consejos, despues de la publicacion de la paz, pidió la licencia, á fin de poder terminar sus dias en alguna soledad. Su comandante antes de licenciarle, quiso consultar con sus oficiales acerca la demanda del pio soldado. No le pareció mal á Filibert esta proposicion, antes bien dijo: « Ustedes son mis superio-

«res, y estoy bien persuadido que aquello que res-  
«olvieren será para mí lo que quiera Dios.» Y fue decidido que para el bien del regimiento, y para modelo de valor y de piedad, debia continuar en el servicio. A tal noticia respondió sin queja alguna y con la mayor serenidad: « Ben-  
«dito sea Dios; si quiere que yo viva y mue-  
«ra soldado, sea únicamente para mas amarle y «servirle y para que sea amado y servido de to-  
«dos los otros.» Y así continuó asociando siempre los deberes de su profesion militar con los de la vida cristiana. Naturalmente era valeroso, pero despues de convertido manifestó un valor el mas intrépido en los peligros de la guerra, y acostumbraba decir: « Yo no sé comprender, como un «soldado que se siente en pecado y se cree en des-  
«gracia de Dios, pueda á sangre fría arrostrar los «peligros. Desde que el Señor me ha hecho la «gracia de frecuentar los santos Sacramentos, no «hay cosa sobre la tierra que tema menos que la «muerte.»

No hubo circunstancia en que no se señalase y sirviese de ejemplo á sus compañeros. Aunque generalmente era reputado por uno de los mas valerosos soldados del ejército, jamás se alabó; y nunca se valió de aquel ascendiente que la fama y buena opinion le daban sobre el ánimo de sus compañeros, sino para apartarlos del mal, y especialmente de los duelos. Apenas tenia conocimiento de alguna riña, cuando al momento hacia todos los esfuerzos á fin de que no llegasen á las manos, antes bien volviesen en amistad. « ¿No «veis, les decia, que este furor que os transporta «es un artificio del demonio, que quiere robar

«vuestras almas? ¿No es una vileza la mayor el  
«dejarse arrebatar así de la cólera, y cometer un  
«delito del que, calmada la pasión loca, os arre-  
«pentiríais al momento, y que tal vez este arre-  
«pentimiento desesperado lo sentiríais aun en me-  
«dio de las llamas del infierno? Sabed que Dios  
«amenaza y castiga de un modo el mas terrible  
«á los sanguinarios. Habiendo Jesucristo muerto  
«por todos, quiere que conservemos á todo trance  
«una alma que le costó su sangre adorable. El  
«rey tambien prohibe los duelos; y no penseis que  
«la ley del honor exija el duelo para vindicarse;  
«nada de esto, amigos míos, porque hay muchos  
«otros modos para hacer ver el valor, y no es ne-  
«cesario recurrir al vil atentado del duelo.» Pero  
si á pesar de estas y otras reflexiones que le su-  
geria la caridad y prudencia, no conseguia lo que  
deseaba, recurria á la autoridad de los oficiales  
superiores, y estos le daban orden de velar so-  
bre la conducta de los delinquentes.

¡Y qué esfuerzos no hizo para desarraigar el  
maldito vicio que tenian los soldados, de jurar  
aun por frioleras!... Decíales á veces con indigna-  
ción: «¡Oh gran Dios!... ¿Conoceis vosotros  
«aquél por quien tan fácilmente jurais? Cierta-  
«mente que no, porque si tuviéseis la fortuna de  
«conocer su bondad, omnipotencia y demás atri-  
«butos, no tendríais la insolencia de ultrajarle  
«tan fácilmente?»

La memoria del grande daño que el horrible

<sup>1</sup> ¿Qué diria este buen soldado, si estuviese entre los ejér-  
citos españoles, cuando oyera á los soldados no solo jurar, sino  
tambien las mas execrables blasfemias contra el adorable nom-  
bre de Dios y de sus Santos?

vicio de la impureza habia causado en su alma,  
le armaba del mas ardiente celo para extirparlo  
del corazón de sus compañeros de armas; y como  
era cabo, tenia sobre este punto tan importante  
para las costumbres una firmeza inexorable, ex-  
clamando á veces con el mas vivo dolor: «¡Ah, si  
«de algun tiempo á esta parte no derrama Dios  
«sus bendiciones sobre nuestras armas como lo ha-  
«cia antes, nosotros tenemos la culpa, por haber  
«dejado entrar esos abominables pecados de la  
«impureza que tienen ensuciado el ejército! Y así  
«no solamente Dios pelea contra nosotros, sino  
«tambien la naturaleza misma; porque la lasci-  
«via corrompe los soldados, y estos cuanto mas  
«lascivos y afeminados, mas flacos: de lo que se  
«sigue que si han de hacer cara al enemigo, co-  
«mo viles cobardes abandonan el campo con la  
«mas negra y vergonzosa fuga...» Decia tam-  
bien á veces llorando: «Perder el cielo y preci-  
«pitarse en el infierno por una vil y momentá-  
«nea satisfaccion, es por cierto no saber lo que  
«vale el cielo ni lo que es el infierno. Mejor seria  
«que el cuerpo fuese abrasado por un rayo, y que  
«quedase convertido en un horrible monstruo cual  
«jamás se ha visto en la naturaleza, antes que de-  
«jarse arrastrar del vicio de la concupiscencia y  
«servir un solo instante de instrumento á este in-  
«fame pecado. Solamente en los eternos castigos  
«del infierno se comprende cuán grave sea este  
«pecado.»

Hacia Filibert tan cruda guerra al vicio, que  
parecia un apóstol bajo las insignias militares. Y  
en efecto, para el ejército lo era; por lo que da-  
ba señales de amistad á los mas libertinos, á fin

de ganar su confianza, inspirándoles sentimientos de arrepentimiento; decía á uno de estos: « Pon « fin, ó amigo mio, á tu modo de vivir disoluto; « pues quiero hacerte gustar placeres mas veraces « que los que con tanto ahinco buscas, ven... em- « pieza... no te costará mas que hacer el corto ca- « mino que va de aquí á la iglesia vecina... ven « conmigo... » Cuando los habia ganado usaba de inocentes artificios para asegurar la posesion de ellos. Uno de los mas eficaces era el valerse de los mismos para inducir á otros á la penitencia, ó solicitarlos á lo menos á hacer mejor vida: de lo que se seguía que estos nuevos convertidos se avergonzaban de recaer en sus primeros desórdenes y de no seguir un partido que ellos mismos aconsejaban á los otros. A veces jugaba con los jugadores de profesion, valiéndose de todas las ocasiones, á fin de hacerles conocer los peligros del juego, apartando con todo cuidado lo que conocia que podia acarrear alguna division. Muy á menudo entraba tambien en las tabernas, mezclándose con los mas grandes bebedores, á fin de contener con su presencia y ejemplo á los que se hallaban en ellas en los límites de la conveniencia, é impedir que no bebiesen con exceso.

Con su humor agradable y alegre tenia como cautivados en dulce paz á sus compañeros. Solamente era áspero y terrible con los libertinos y pendencieros, á quienes con toda libertad decia, que no se iba á la taberna para batirse, ni para escandalizar con palabras disolutas á los que en ellas se hallaban. Cuando iba con sus camaradas, si alguno queria beber mas de lo que era necesario, decia: « Basta, amigo mio, basta... nos-

« otros no vivimos para beber, buscamos única- « mente el honesto divertimento y el dulce pla- « cer de hallarnos juntos para beber como amigos « un vaso de vino. » Como desde su conversion ayunaba regularmente una parte de la semana, tenia el derecho de predicar la templanza; por lo que no solo detestaba la embriaguez, como hemos dicho, sino que tambien sabia á tal vicio inspirar horror, y decia: « Llenarse el estómago de « vino hasta perder la razon, es degradarse á sí « mismo; es bajarse hasta la condicion de los bru- « tos, y aun hacerse mas vil que estos; porque « los brutos solamente beben lo necesario para « apagar la sed, pero los gulosos los exceden. »

Como la virtud se sabe hermanar con todos los estados y condiciones, de aquí es que Filibert, aunque simple soldado, sabia hallar medio para convertir á sus mismos oficiales. En aquellos tiempos se hallaba muy viva la fe, y los principios religiosos y las buenas costumbres ocupaban el primer lugar en el ejército, y una gran parte de los oficiales eran muy hombres de bien y religiosos: á estos con la fuerza de sus palabras procuraba encender en el fuego de la piedad. Habia tambien otros, que no queriendo conocer los dones de una benéfica Providencia y las máximas de una sábia educacion, pisaban las mas santas verdades, procurando ahogar la voz interna con que eran reprendidos con los gritos de las pasiones que querian saciar. Filibert lloraba amargamente á la vista de un espectáculo tan deplorable, y expresándose con aquella libertad que está tan bien en boca de un viejo y buen soldado, decia á los oficiales jóvenes: « Señores, nosotros servimos

«á un amo que sirve á otro mas grande y poderoso que él, á quien nosotros debemos tributar y rendir nuestros homenajes. Nosotros sacrificamos para el rey todo lo que mas amamos: «no hay cosa alguna que pueda detenernos para dar cumplimiento á sus órdenes, hasta volar á los peligros de la vida, y esto para un rey de la tierra: y para el Rey de cielos y tierra, para el Rey de reyes, ¿qué hacemos? ¿tenemos el mismo ardor en cumplir sus santas leyes? ¿somos tal vez nosotros menos deudores á este que á aquel? ¿esperamos acaso menos de Dios que del monarca?...»

Si veía que le escuchaban con atencion, como casi siempre sucedia, les añadia: «¿De qué servirá á los mas valientes capitanes el haberse distinguido tanto conduciendo su ejército, reportando de las batallas las mas completas victorias, si finalmente quedan prisioneros, atados y amarrados con los pesados grillos y cadenas en las mazmorras encendidas de los infiernos? ¿De qué les servirá á Vds., señores míos, el ver sus nombres escritos en las gacetas y papeles públicos; el ser nombrados con alabanza en toda la Francia y fuera de ella, si al último tienen la desgracia de ser borrados del libro de la vida? Y cabalmente esta desdichada suerte espera á aquellos que no quieren dejar el pecado.» Conocia muy bien nuestro buen soldado lo que perdian delante de Dios, para expiar sus culpas y pecados, aquellos guerreros que se quejan de las fatigas que trae consigo la guerra; por esto cuando les veía en camino expuestos á la lluvia, á los abrasadores rayos del sol en el estío, ó en peno-

sas marchas, les animaba á la paciencia, y les enseñaba el modo de santificar sus penas, uniéndolas con las que sufrió nuestro adorable Salvador. «Hagamos penitencia, hijos míos, les decia; otras penas mas terribles que estas tenemos bien merecidas.» Procuraba tambien que reconociesen en los oficiales la autoridad que Dios les habia dado, y por esto decia: «Sujetémonos gustosos á sus órdenes, imitando el ejemplo de aquel, que siendo el primero de los señores, se sujetó á los hombres mas furiosos é injustos, para enseñarnos á obedecer.»

En los lugares en donde eran alojados, procuraba no causar molestia alguna á los patrones, antes bien los ayudaba en los quehaceres de casa, instruía en sus obligaciones á los hijos, y atraía á todos á la piedad. Por esto era bendito en todos los lugares por donde pasaba su regimiento, porque su autoridad y buenos ejemplos hacian cumplir los deberes á los soldados, é impedían que se cometiesen desórdenes y violencias. Un dia una pobre mujer de un lugar por donde pasaba, lloraba en la puerta de su casa, porque no tenia cosa alguna con que poder dar de comer á los soldados que tenia alojados en casa; movido á compasion el buen soldado, le dió dinero suficiente para darles de cenar. No se ha visto quizá caridad mas fervorosa que la suya: daba á los pobres todo lo que tenia; iba á los hospitales á visitar y consolar á sus compañeros enfermos, y cuando veía á los enemigos prisioneros de guerra sin vestido y sin dinero, hacia una colecta entre el ejército, y los vestia y alimentaba.

En cualquier lugar que hiciese cuartel de in-



vierno hacia abundantes frutos; todos corrían á la Iglesia en que sabían hacia oracion ó comulgaba; su fervor y modestia eran unos atractivos tan fuertes que su solo aspecto era bastante para mudar los pecadores é inducirles á la penitencia. Apenas le oían hablar de Dios, cuando al momento se sentían encendidos de aquel amor de Dios que animaba sus discursos. Los principales señores de cierta ciudad en que su regimiento habia estado tres meses, afirmaron que nuestro fervoroso soldado habia hecho mas fruto con su ejemplo y buenos discursos, que no habrian hecho en igual tiempo los mas celosos misioneros.

Como estaba muerto para sí mismo, vivia únicamente para Jesucristo y para sus hermanos: estaba tan lleno de Dios y tan penetrado de su divino amor, que no podia pensar en otra cosa que en él, ni podia hallar felicidad en otra cosa fuera de él. ¡Oh cuán grave y penoso es el comercio de las cosas del mundo á una alma que no suspira sino por ir al cielo y se halla próxima á salvarse!... Así estaba nuestro soldado, cuando el Señor se dignó coronar sus trabajos. Todos se persuadieron que tenia alguna noticia de su muerte, porque en el dia de la Asuncion de la santísima Virgen en el año 1705 su ejército á marchas dobles se dirigia hácia Cassano, y como el calor era excesivo y los soldados se morian agobiados de la fatiga del camino y molestia de la sed, les dijo: «Tened paciencia, amigos míos; sabed que «quien sufre hoy, no tendrá que sufrir mañana: «esto lo digo por mí.» Por la noche llegaron á Cassano, y en el dia siguiente, que era la fiesta de san Roque, comulgó con doblado fervor en la

iglesia de Padres Capuchinos. Marchó su regimiento directamente hácia el enemigo, que ya habia empezado á atacar al ejército francés. La accion se empeñó un poco distante de la brigada del regimiento de Vexin; y como el siervo de Dios estuviese sobre las armas rogando y leyendo en un libro, en que despues hallaron la hoja vuelta, una oracion para todos aquellos que mueren en batalla, el regimiento de Perche se vió precisado á abandonar su posicion por el horroroso fuego del enemigo, y el regimiento de Vexin tuvo que acudir á su auxilio. Adelantándose entonces Filibert con su acostumbrado ardor á la primera línea que tenia señalada, fue herido de una bala de cañon y cayó en tierra; á uno de sus compañeros, queriéndole levantar para socorrerle, le dijo con moribunda voz: «No, no, caro amigo, «véte á tu lugar, ruega á Dios por mí, y á mis «compañeros diles de mi parte que les pido á todos perdon, y que en sus oraciones se acuerden «de este pobre pecador.»

La batalla duró mucho tiempo, y avanzando por último el ejército francés, obligaron al enemigo á retirarse en un bosque. Concluida que fue, el oficial intimo confidente de Filibert volvió acompañado de cuatro soldados al lugar en que le habian dejado. Pero no tuvo el consuelo de hallarle vivo, porque acababa de espirar en los brazos de un sacerdote que la Providencia divina habia conducido á aquel lugar, y este ministro del Señor quedó extrañamente edificado de los piadosos sentimientos en que le habia visto morir. Le registraron, y hallaronle los instrumentos de penitencia que muy á menudo usaba, como tam-

bien un libro de piedad, de los que se apoderó el oficial y los guardó como preciosas reliquias. Era tan grande la belleza de su alma, que aun separada del cuerpo, pareció se la habia dejado impresa, pues en su rostro se veia resplandecer tal hermosura, que era fuera del orden regular de nuestra naturaleza.

No tardó mucho en manifestar el Señor la gloria de su siervo con el siguiente caso: Estando el superior de los capellanes del ejército en cama por cierta enfermedad de apoplejía, sabida la muerte de Filibert, le invocó, y al instante se sintió sano; de manera que al dia siguiente se fué á celebrar la misa en la tienda de un teniente general, quien viéndole le dijo: «¡Hola, señor! yo creia que estábais muy malo. — Lo estaba en efecto, respondió, pero luego que he invocado á un santo soldado que murió en la batalla de ayer, al instante he recobrado la salud. — El soldado, respondió, será Filibert; ya le conocia, era verdaderamente un santo.» Tal fue el testimonio de todo el ejército: muchos le lloraron y otros le invocaron, persuadidos que á una vida tan santa se le habria dado el cielo.

¡Oh cuán consolante y preciosa es la verdad que naturalmente se sigue de la historia de semejante vida! Y es que si el piadoso Filibert ha podido ofrecernos un modelo del mas tierno fervor en medio del tumulto de las armas y expuesto á todos los peligros de la guerra; si ha conocido el arte de juntar un valor á toda prueba con la observancia fiel de los consejos evangélicos, todos se pueden salvar en cualquier condicion y estado permitido de la divina Providencia. Por tanto, no

hay estado ni condicion por espinosa ó peligrosa que sea, en que se pueda suponer imposible el salvarse, si se conoce que Dios nos ha colocado en ella. Aprended, ó soldados, vosotros que ejercéis una profesion tan noble y que la gratitud pública altamente os llama los salvadores de la patria; sabed que á este título tan noble podeis añadir otro título aun mas noble y mas digno de desearse, cual es el ser héroes de la Religion. Es verdad que no todos los soldados son llamados á aquel grado de perfeccion que fue llamado Filibert; sin embargo deben todos morir cristianamente, y para conseguir tal felicidad, ¿sabeis qué exige de vosotros el Dios de las misericordias? Escuchad la eterna Sabiduría, que habla por boca del Precursor ilustre del Salvador de los hombres, quien queriendo disponer á los pueblos para recibirle, les estimulaba á hacer frutos dignos de penitencia. De todas las clases de la sociedad se le presentaron, deseando saber y conocer lo que debian obrar; tambien acudieron soldados, demandándole qué debian hacer; y san Juan les respondió: *Guardaos de hacer vejacion é injuria á persona alguna, y contentaos con vuestra paga.* (Lucæ, III, 14).

Ahora me dirijo á vosotros, pecadores, que afeais y deshonorais la primavera de vuestra vida, que desde la mañana ya manchais la inocencia de vuestro corazon; á vosotros, pues, digo, ¿qué cosa os detiene, qué motivo puede justificar el retardo de entrar en el camino seguro de la penitencia? A la sola idea de aquellas obras de satisfaccion que os impone la necesidad de calmar la divina justicia, ya os estremeceis; pero pre-

gunto yo: ¿no es el estado de un verdadero penitente el estado mas feliz que hay sobre la tierra? Preguntádselo á un Agustino convertido, y os responderá que en la carrera de la penitencia se hallan inexplicables delicias. Es verdad que los primeros pasos son algo penosos; pero despues todo es paz, dulzura, alegría y amor. No hay duda que un humilde penitente de Jesucristo debe llorar hasta el sepulcro la locura de haber dejado reinar en su corazon la iniquidad; pero este dolor mismo es un sentimiento tan tierno y el corazon se halla tan bien con él, que con mayor propiedad se puede llamar efusion de amor y gratitud, que pena y dolor; porque este dolor se confunde con la alegría de la virtud. Esta pena no es otra que un dolor filial de haber conocido tarde á un Padre que nos ensalza á un tan grande y alto grado de felicidad y de gloria. Y así nuestra pena es perfeccion de nuestra alegría, del mismo modo que el encuentro y goce de una gran privacion forma el encanto y la dulzura de una perfecta felicidad: esta verdad la sentirán mas vivamente aquellos que han tenido la desgracia de ser deplorables víctimas del amor profano.

De todo esto que habeis leído, se ha de sacar por fruto y poner en práctica los tres puntos siguientes:

1.º En una profesion peligrosa, pero legitima, en la que, maduramente consultado, se conoce que Dios me ha colocado desde jóven, no tendré por imposible el salvarme.

2.º Sin embargo me persuadiré que voy por un

camino resbaladizo, y que estoy rodeado y amenazado de grandes peligros.

3.º Pondré la mayor atencion en considerar y ver en dónde pongo los piés. Tendré tambien grandísimo cuidado no solo de cautelarme á mí mismo, sino tambien de preservar á mis hermanos de vergonzosas caidas, concurriendo con todo mi poder para levantarlos.

## DEVOTOS EJERCICIOS DE UN SOLDADO

CRISTIANO.

Si todos los dias la divina Providencia extiende sus miradas benéficas sobre sus miserables criaturas, y llena, como dice la santa Escritura, á todo animal de sus bendiciones; si su misericordia nos preserva de tantos males, nos libra de tantos peligros, nos socorre en tantas necesidades, nos da vida, salud y alimento, es justo tambien, es un deber que todos los dias el hombre eleve sus manos al cielo para dar gracias á Dios, para implorar su auxilio, y para obligar su amorosa bondad á continuar sus beneficencias.

La oracion es uno de los principales deberes que impone la naturaleza y la Religion. Por lo tanto no descuide el soldado cristiano dirigirse á Dios á menudo, y en particular al comenzar y acabar el dia. Para ayudarle, y facilitarle estos santos ejercicios he estimado oportuno, por remate de su educacion cristiana, poner las siguientes piadosas oraciones:

gunto yo: ¿no es el estado de un verdadero penitente el estado mas feliz que hay sobre la tierra? Preguntádselo á un Agustino convertido, y os responderá que en la carrera de la penitencia se hallan inexplicables delicias. Es verdad que los primeros pasos son algo penosos; pero despues todo es paz, dulzura, alegría y amor. No hay duda que un humilde penitente de Jesucristo debe llorar hasta el sepulcro la locura de haber dejado reinar en su corazon la iniquidad; pero este dolor mismo es un sentimiento tan tierno y el corazon se halla tan bien con él, que con mayor propiedad se puede llamar efusion de amor y gratitud, que pena y dolor; porque este dolor se confunde con la alegría de la virtud. Esta pena no es otra que un dolor filial de haber conocido tarde á un Padre que nos ensalza á un tan grande y alto grado de felicidad y de gloria. Y así nuestra pena es perfeccion de nuestra alegría, del mismo modo que el encuentro y goce de una gran privacion forma el encanto y la dulzura de una perfecta felicidad: esta verdad la sentirán mas vivamente aquellos que han tenido la desgracia de ser deplorables víctimas del amor profano.

De todo esto que habeis leído, se ha de sacar por fruto y poner en práctica los tres puntos siguientes:

1.º En una profesion peligrosa, pero legitima, en la que, maduramente consultado, se conoce que Dios me ha colocado desde jóven, no tendré por imposible el salvarme.

2.º Sin embargo me persuadiré que voy por un

camino resbaladizo, y que estoy rodeado y amenazado de grandes peligros.

3.º Pondré la mayor atencion en considerar y ver en dónde pongo los piés. Tendré tambien grandísimo cuidado no solo de cautelarme á mí mismo, sino tambien de preservar á mis hermanos de vergonzosas caidas, concurriendo con todo mi poder para levantarlos.

## DEVOTOS EJERCICIOS DE UN SOLDADO

CRISTIANO.

Si todos los dias la divina Providencia extiende sus miradas benéficas sobre sus miserables criaturas, y llena, como dice la santa Escritura, á todo animal de sus bendiciones; si su misericordia nos preserva de tantos males, nos libra de tantos peligros, nos socorre en tantas necesidades, nos da vida, salud y alimento, es justo tambien, es un deber que todos los dias el hombre eleve sus manos al cielo para dar gracias á Dios, para implorar su auxilio, y para obligar su amorosa bondad á continuar sus beneficencias.

La oracion es uno de los principales deberes que impone la naturaleza y la Religion. Por lo tanto no descuide el soldado cristiano dirigirse á Dios á menudo, y en particular al comenzar y acabar el dia. Para ayudarle, y facilitarle estos santos ejercicios he estimado oportuno, por remate de su educacion cristiana, poner las siguientes piadosas oraciones:

EJERCICIO DEL CRISTIANO POR LA MAÑANA.

*En despertando hará la señal de la cruz, diciendo:* Por la señal de ✠ la santa cruz, de nuestros ✠ enemigos libranos, Señor ✠ Dios nuestro. En el nombre del Padre, del Hijo, ✠ y del Espíritu Santo. Amen Jesús.

*Después dirá:* Jesús y María, yo os doy el corazón y el alma mía.

*Levantado y vestido, se arrodillará y dirá:* Dios y Señor mio, en quien creo y espero, os adoro y amo con todo mi corazón. Os doy gracias por haberme criado, por haberme redimido, hecho cristiano y conservado en esta noche. Ofrezcoos y consagro á vuestra honra y gloria todos mis pensamientos, palabras, obras y trabajos. Humilmente os pido perdón de mis pecados, y me pesa de lo íntimo de mi corazón de haberos ofendido, y por los méritos de Jesucristo y de la Virgen santísima os suplico me deis gracia para no ofenderos de nuevo.

*En seguida rezará la oración del Padre nuestro, Ave María y Credo; y dirigiéndose á la santísima Virgen, la dirá:* O Virgen y Madre de Dios, yo me entrego por hijo vuestro: y en honor y gloria de vuestra pureza os ofrezco mi alma, cuerpo, potencias y sentidos, y os suplico me aleanceis la gracia de no cometer jamás pecado alguno. Amen Jesús. *Tres Ave Marías.*

*Ahora invocará al santo Angel custodio, diciendo:* Angel santo, bajo cuya tutela y custodia Dios me ha colocado por su infinita bondad, iluminadme, defendedme, regidme y gobernadme. Amen.

*Al dar principio al trabajo dirá:* Ofrezcoos, Dios mio, esta obra: echad benigno sobre ella vuestra santa bendición.

*Entre día levantará con frecuencia el corazón á Dios con alguna de estas ó semejantes aspiraciones:* En Vos creo, Dios mio, en Vos espero; os adoro, os amo sobre todas las cosas. Jesús mio, habed misericordia de mí. Asistidme, Salvador mio, con vuestra gracia, para que nunca os ofenda.

*Antes de comer dirá:* Echad, Dios mio, vuestra santa bendición sobre nosotros y sobre estos alimentos que vamos á tomar para conservarnos en vuestro santo servicio. *Padre nuestro y Ave María.*

*Después de comer dará gracias, diciendo:* Os damos gracias, Señor, por el alimento con que nos habeis favorecido; concedednos que usemos de él santamente. *Padre nuestro y Ave María.*

*Al dar el reloj la hora rezará el Ave María y dirá:* Ofrezcoos, Dios mio, todos los instantes de esta hora, y concededme que los emplee en cumplir vuestra santa voluntad.

*Cuando le moleste alguna tentación se santificará ó rezará una Ave María, y dirá:* Señor, dadme gracia para no ofenderos jamás.

*Si cayere en pecado, ó dudase si ha consentido, arrepíentase al instante y diga de corazón:* Misericordia, Dios mio; pésame de todo corazón de haberos ofendido, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas: pésame, mi buen Jesús, de haber pecado: y con vuestra gracia propongo morir mil veces antes que ofenderos.

*En los trabajos dirá:* Dadme paciencia, Dios mio, y aceptad este trabajo que me aflige, en

satisfaccion de mis pecados.— Bendito sea Dios.  
— Sea todo por Dios.

*Estas ú otras palabras buenas dirá guardándose de malas, pues que tan pronto se dice una buena como otra mala.*

*Al toque de oraciones dirá: Angelus Domini nuntiavit Mariæ, et concepit de Spiritu Sancto: Ave María.*

*Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum: Ave María.*

*Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis: Ave María.*

*A la noche, al hacer señal para la oracion de las ánimas, dirá el De profundis, si lo sabe; y si no un Padre nuestro y Ave María.*

*Cuando se lleva el santísimo Viático á los enfermos le acompañará, si puede, y así ganará las indulgencias; y si no puede, se arrodillará, le adorará, rezará un Padre nuestro y Ave María, y dirá: Dad, Señor, á ese hermano nuestro enfermo las gracias que necesita para su salvacion y gloria vuestra.*

EJERCICIO PARA LA NOCHE.

*Antes de acostarse se arrodillará, y hecha la señal de la cruz, dirá: Señor Dios mio, en quien creo y espero, os adoro y amo con todo mi corazon; os doy gracias por haberme criado, por haberme redimido y hecho cristiano y conservado en este dia. Dadme gracia para conocer mis pecados y arrepentirme de ellos.*

*Aquí examinará si ha cometido entre dia algun pecado, y arrepintiéndose de todos dirá con pro-*

*fundo dolor: Misericordia, Dios mio, como en la página 61.*

*En seguida dirá: Conservadme sin pecado en esta noche, Señor; y libradme de todo mal.*

*Procurará ponerse en el estado en que quisiera hallarse en la hora de la muerte, y pensará un rato sobre lo inútiles que le serán en aquella hora las riquezas, honras, placeres y pasatiempos; cuánta pena han de darle los pecados cometidos, y cuánta satisfaccion las buenas obras, y dirá: ¡Qué seria de mí, Dios mio, si en esta noche hubiera de morir y comparécér á vuestro tribunal á rendir cuentas! ¿Estoy en gracia ó en pecado mortal? ¿He hecho buenas confesiones ó malas? ¿En qué estado me hallo? ¿Tengo odio á alguno ó retengo lo ajeno? ¿Tengo el vicio de jurar, de murmurar, de trabajar en dias festivos ó de cometer acciones impuras? ¿Cumpló con mis deberes y empleo el tiempo santamente? ¿Qué respuesta doy á estas preguntas? ¡Ay de mí! ¡cuán riguroso es el juicio á que he de ser presentado, y cuánto debo temer, si no me arrepiento y enmiendo mientras se me da tiempo!*

*Despues dirá á lo menos el Padre nuestro, Ave María, Credo, y la oracion al santo Angel, página 60.*

*Puesto en la cama dirá: Muera yo en vuestra gracia, ¡oh Trinidad santísima! Jesús y María, os doy el corazon y el alma mia.*

*Finalmente pedirá á Dios su bendicion, haciendo sobre si la señal de la cruz, y diciendo: La bendicion de Dios omnipotente Padre, é Hijo y Espíritu Santo, venga sobre mí y habite eternamente. Así sea.*

ORACION PARA S. M.

Ó Dios omnipotente, que elevásteis á nuestro monarca sobre el trono, os suplicamos le adorneis de todas las virtudes reales y cristianas; á fin de que creciendo siempre en santidad y en gloria, triunfe de todos los vicios y de sus enemigos, y que llegue al reino eterno, para gozaros á Vos que sois el medio, el camino y la verdad, que reinais en los siglos de los siglos. Amen.

ORACION PARA ANTES DE LA BATALLA.

¡Oh Dios mío! Vos que no necesitais la muchedumbre de los soldados para que alcancen victoria, pues la dáis á quien quereis, dádnosla hoy á nosotros aunque seamos menos en número que nuestros enemigos, y así se verá ser Vos quien nos protege: nosotros como leones vamos á atacarlos, sin temer al que únicamente puede quitar la vida del cuerpo: solamente os tememos á Vos que teneis poder sobre alma y cuerpo.

Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios de todo mi corazón, y me pesa de haberle ofendido.

¡Oh Jesús mío! Vos para hacer la voluntad de vuestro Padre, aceptásteis las heridas y muerte de cruz: yo para imitaros acepto también heridas y muerte, si esta es vuestra voluntad, la que os ofrezco en remision de mis pecados.

Virgen y Madre de Dios y madre mía, rogad por mí ahora y en la hora de mi muerte.

Madre mía, en vuestras santísimas manos me entrego; cuidad de mí.

MÁXIMAS IMPORTANTÍSIMAS

DISTRIBUIDAS POR LOS DÍAS DE LA SEMANA, QUE TODO BUEN MILITAR DEBE TENER MUY PRESENTES.

*Domingo.*

1.<sup>a</sup> ¿De qué me servirá la gloria militar, si pierdo el alma para siempre?

2.<sup>a</sup> Un solo pecado mortal, aunque no sea mas que de pensamiento, es bastante para condenarme eternamente en los infiernos.

*Exámen.* — ¿Cómo me guardo de los pecados especialmente graves?

Propongo evitarlos de aquí adelante y arrepentirme de haber pecado.

*Lunes.*

1.<sup>a</sup> La muerte es cierta.

2.<sup>a</sup> El tiempo, el lugar y las circunstancias inciertas.

3.<sup>a</sup> El punto de la muerte es el punto del destino eterno del hombre.

*Exámen.* — ¿Cuándo y cómo pienso yo en morir? ¿Me libraré de la muerte por no pensar en ella? ¿serán por ventura menos funestas las fatales consecuencias de la muerte, por no haber pensado en ella?

*Martes.*

1.<sup>a</sup> Dios penetra todos mis pensamientos y ve todas mis acciones.

2.<sup>a</sup> Dios juzgará todos mis pensamientos, palabras y obras por ocultas que sean.

*Exámen.* — ¿Cuáles son mis pensamientos, palabras y obras? ¿Son dignas de premio ó de castigo?

*Miércoles.*

- 1.ª Perdida el alma, todo está perdido.
- 2.ª Salvada el alma, todo está salvado.
- 3.ª ¿Me salvaré ó me condenaré?

*Exámen.* — Mira cómo vives y lo sabrás; porque tal es la muerte segun haya sido la vida.

*Jueves.*

- 1.ª La fe me enseña que el infierno es un lugar de todos los tormentos.
- 2.ª La fe me dice que este infierno es eterno.

*Exámen.* — ¿Lo he merecido alguna vez?... ¿Cuántas veces?...

*Viernes.*

- 1.ª Si el infierno es el centro de todos los males, el paraíso es el centro de todos los bienes.
- 2.ª Dos son los caminos del paraíso: inocencia y penitencia.

*Exámen.* — ¿Cuál de los dos ando yo?...

*Sábado.*

1.ª El infierno está lleno de hombres que no se querian condenar, que prometian convertirse, pero difirieron su conversion y murieron en sus pecados.

2.ª El diferir su conversion los ha precipitado por toda una eternidad al abismo de todos los males sin remedio.

3.ª ¿Qué será de mí?

*Exámen.* — ¿Cuántas veces he dado palabra á Dios y á los hombres de convertirme de veras? ¡y aun no lo he hecho!... ahora voy á hacerlo.

*Remedios de los males morales que predominan en los tiempos presentes contra la impureza, vicio abominable, y que hace condenar mas almas el solo, que todos los otros vicios juntos.*

1.º Por la mañana y á la noche saludarás con tres *Ave Marias* á Maria santísima, pidiéndole la pureza de cuerpo y alma en honor de su pureza.

2.º Al venirse algun mal pensamiento, apártalo luego, y dí: *Virgen santísima, asistidme.*

3.º Te apartarás de malas compañías, de bailes, de amoríos, de leer libros y papeles deshonestos, y de mirar pinturas ó láminas y otras cosas provocativas, y sobre todo te guardarás de hacer signos y acciones escandalosas.

4.º Vestirás con modestia; comerás y beberás con templanza; no tendrás ni escucharás conversaciones malas, y guardarás con cuidado los ojos; porque son las puertas por donde entra la muerte en el alma.

5.º Piensa que Dios te está mirando, y que tiene poder para hacerte caer muerto y echarte á un infierno eterno, como sucedió entre otros á Onan, que estando cometiendo un pecado deshonesto quedó muerto, y se condenó. (*Genes. xxxviii, 10*).

6.º Frecuentarás los santos Sacramentos.



*Remedios contra la blasfemia, que es pecado de demonios.*

1.º Por la mañana resuelve no blasfemar : y para esto pedirás la gracia al Señor por la intercesion de Maria santísima , rezándola tres *Ave Marias*.

2.º Si te enfadas , calla ; ó bien di : *Virgen santísima , asistidme : válgame Dios : maldito sea el pecado : pues que tan pronto se dice una palabra buena como una mala.*

3.º Si se te escapa alguna blasfemia , pide luego perdon á Dios , y di una *Ave Maria* , y si cómodamente puedes , haz una cruz con la lengua en el suelo.

4.º Apártate de los juegos y de los que hablan mal ; y si oyes palabras malas di *Ave Maria purísima* , y encomiéndalos á Dios , como hacen los individuos de la Sociedad de Maria.

MALICIA Y DAÑOS DEL PECADO MORTAL.

1. Cuando pecas , pensarás  
Que á Cristo estás azotando,  
Y que te dice llorando :  
¡ Hijo , no me azotes más !
2. La sangre de Dios vertida ,  
Que hoy te convida al perdon ,  
Si no mudares de vida  
Será tu condenacion.

3. Los que están en el infierno ,  
Allí no pensaron ir :  
Tú que imitas sus costumbres ,  
¿ En qué piensas ? ¡ ay de tí !

4. Ni el adúltero , ni el jóven  
Que tiene pecados feos  
Ha de entrar , dice san Pablo ,  
En el reino de los cielos.

5. El ganar á todo el mundo ,  
Honras , deleites , riquezas ,  
¿ Al hombre de qué le sirve ,  
Si su alma se condena ?

6. Mira bien cómo ahora vives ;  
Que una de dos ha de ser :  
Ó sin fin despues reinar ,  
Ó sin fin despues arder.

7. ¡ Oh qué poco que gocé !  
¡ Oh qué mucho he de penar !  
¡ Para siempre , para siempre ,  
Por toda una eternidad !

8. Pecador endurecido ,  
Que á Dios no quieres oir ,  
Teme su justa venganza ;  
Si no temes , ¡ ay de tí !

9. Mira , pecador , que tienes  
Tantas culpas contra tí ,  
Y no tienes mas que una alma ;  
Si la pierdes , ¡ ay de tí !

10. Si tu vida es tan perdida  
Y tan cierto es el morir,  
¿Cómo no haces penitencia?  
Si no la haces, ¡ay de tí!

11. ¿Dónde corres, alma ingrata,  
Ofendiendo á Dios así?  
A las olas de la muerte;  
Si te anegan, ¡ay de tí!

12. Si un pecado por vergüenza  
Te dejaste sin decir,  
Tu confesion te condena  
A eterna muerte, ¡ay de tí!

Por lo mas santo y sagrado te suplico, militar mio, que observes estos avisos, sin hacer caso de las burlas, dictérios y mofas que quizás algunos locos harán de tí; ya ves que el amor que te profeso y el deseo que tengo de la salvacion de tu alma me los ha inspirado. Créme, militar mio, que te quiero bien; observa los mandamientos del Señor; cumple tus deberes y sé devotísimo de Jesús y de María, y te prometo la felicidad eterna que tanto te deseo, en donde nos veamos todos. Amen.

FIN DE LOS AVISOS Á UN MILITAR.

AVISOS

A UN SACERDOTE.

1. El primero de los avisos que voy á darte, ó amadísimo hermano en Jesucristo, es que ames á Dios, ya porque es infinitamente amable, ya porque él primero te ha amado: y este amor no debe ser únicamente de palabra, sino de obra y de verdad.

2. Acuérdate á menudo de tu vocacion al estado sacerdotal; que de Dios has recibido tan grande dignidad, la que te hace superior á los Angeles del cielo y reyes de la tierra, y venerable á todos: debes, pues, dar las correspondientes gracias á tan liberalísimo bienhechor.

3. Considera el poder divino que se te ha dado sobre el cuerpo real y místico de Jesucristo; porque se te ha confiado un triple poder, y este muy sublime: á saber, el ministerio del sacrificio, el ministerio de la reconciliacion de los pecadores con Dios, y el ministerio de la divina palabra. En esto está tu mayor gloria; pero de esto dimanen tambien tus obligaciones.

4. Para desempeñar dignamente tus ministerios, no basta una santidad cualquiera, sino que es indispensable una santidad excelente: ya,

10. Si tu vida es tan perdida  
Y tan cierto es el morir,  
¿Cómo no haces penitencia?  
Si no la haces, ¡ay de tí!

11. ¿Dónde corres, alma ingrata,  
Ofendiendo á Dios así?  
A las olas de la muerte;  
Si te anegan, ¡ay de tí!

12. Si un pecado por vergüenza  
Te dejaste sin decir,  
Tu confesion te condena  
A eterna muerte, ¡ay de tí!

Por lo mas santo y sagrado te suplico, militar mio, que observes estos avisos, sin hacer caso de las burlas, dictérios y mofas que quizás algunos locos harán de tí; ya ves que el amor que te profeso y el deseo que tengo de la salvacion de tu alma me los ha inspirado. Créme, militar mio, que te quiero bien; observa los mandamientos del Señor; cumple tus deberes y sé devotísimo de Jesús y de María, y te prometo la felicidad eterna que tanto te deseo, en donde nos veamos todos. Amen.

FIN DE LOS AVISOS Á UN MILITAR.

AVISOS

A UN SACERDOTE.

1. El primero de los avisos que voy á darte, ó amadísimo hermano en Jesucristo, es que ames á Dios, ya porque es infinitamente amable, ya porque él primero te ha amado: y este amor no debe ser únicamente de palabra, sino de obra y de verdad.

2. Acuérdate á menudo de tu vocacion al estado sacerdotal; que de Dios has recibido tan grande dignidad, la que te hace superior á los Angeles del cielo y reyes de la tierra, y venerable á todos: debes, pues, dar las correspondientes gracias á tan liberalísimo bienhechor.

3. Considera el poder divino que se te ha dado sobre el cuerpo real y místico de Jesucristo; porque se te ha confiado un triple poder, y este muy sublime: á saber, el ministerio del sacrificio, el ministerio de la reconciliacion de los pecadores con Dios, y el ministerio de la divina palabra. En esto está tu mayor gloria; pero de esto dimanán tambien tus obligaciones.

4. Para desempeñar dignamente tus ministerios, no basta una santidad cualquiera, sino que es indispensable una santidad excelente: ya,

pues, que por el sagrado Orden eres sublimado sobre la plebe, debes ser superior al pueblo en méritos y santidad.

5. La santidad supone dos cosas, limpieza de pecado y eminencia en la virtud. A fin de adquirirla, debes tomar por modelo á Jesucristo, primer sacerdote y pontífice; meditando su vida, y procurando tenerle siempre presente en los pensamientos, en los afectos, en las palabras, en las obras y en el padecer por su amor.

6. Aborrece en gran manera toda suerte de pecado; pues que en el sacerdote es mas deforme y criminal, estando como está obligado á mayor santidad que los demás, y á ser mas rico de gracias, y resplandecer mas en virtud que los otros.

7. No será coronado sino el que legítimamente habrá peleado; por tanto ármate de fortaleza en las tentaciones, ora sea que vengan de tu misma naturaleza, ora del demonio ó del mundo. Y cuando te sientas tentado, recurre á Dios con toda prontitud, con humildad y con confianza filial.

8. Combate el desorden de tus pasiones, y particularmente de la soberbia, de la avaricia, de la intemperancia, de la incontinencia y pereza, etc. Para ello es muy del caso que tengas conocimiento de los medios de que te has de servir para vencer; estos son: la oracion, la penitencia, y el multiplicar los actos de las virtudes opuestas.

9. Arranca de tu corazon toda soberbia, que es la raíz y el principio de todos los pecados. El sacerdote debe hacer profesion de humildad, pues

to que á ninguno mejor le cuadra, como al sacerdote, aquel dicho del Sábio: *Quanto magnus es, humilia te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam.* (Eechi. iii, 20).

10. No aspire á las dignidades y beneficios eclesiásticos, si Dios no te llama á ellos como á Aaron; y si la divina Providencia en ellos te ha colocado, considera con mucha frecuencia el grande peso que gravita sobre tus hombros, tanto respecto de Dios, como respecto de tí mismo y de los demás que son tus súbditos. Ten presente el día de la cuenta, y que tal vez está mas cerca de lo que piensas. Acuérdate que, aunque llamados por Dios al sacerdocio Nadab y Abiú, se perdieron; y Judas tambien llamado de Dios perdió la grande dignidad del apostolado.

11. Huye todas las ocasiones de pecar, singularmente contra la pureza, evitando mayormente las ocasiones próximas y aun las que sean remotas. Jamás vayas á casas sospechosas, ni frecuentes mucho las otras, á no ser por necesidad ó caridad; porque la mucha familiaridad trae el desprecio. Guárdate de conversar por pasatiempo con las mujeres, aunque sean parientas ó hijas espirituales; y si por urbanidad y política alguna vez te hallas obligado á ello, seas breve y grave, y muy remirado en la vista. No fies de tu virtud y saber, porque las mujeres hacen caer á los virtuosos Davides y á los sábios Salomones.

12. No te familiarices con los secuaces del mundo, ni tomes parte en sus costumbres y divertimientos, como son teatros, bailes, festines, juegos de suerte, cacerías estrepitosas, etc.; en una palabra, guárdate de todo lo que reprueban

los sagrados cánones de la Iglesia y los estatutos de tu diócesis.

13. Resplandezca tu modestia delante de Dios y de los hombres; y entiendas que si esta no te acompaña en el ejercicio de tu ministerio, aunque este sea santo, será para ti un lazo: por tanto guarda con suma diligencia los sentidos corporales, particularmente los ojos, los oídos y la lengua. Ama el silencio; y cuando hayas de hablar sean tus palabras de edificación. Cuida de la compostura de tu rostro, de la gravedad en el andar, y que todos los movimientos de tu cuerpo correspondan á la santidad de tu grado.

14. Seas moderado con tu cuerpo, y huye toda delicadeza y refinamiento mundano; porque desdice mucho, y aun es monstruoso, un miembro delicado bajo una cabeza coronada de espinas. Con todo seas prudente, y no suceda que las muchas mortificaciones impidan otras cosas que son de mayor servicio de Dios. Tu habitación sea decente, sencilla y limpia, y tu vestido por la calidad, por la forma y color, modesto, grave y canónico.

15. Abomina la avaricia, porque el avaro cae en la tentación y en el lazo del diablo, dice el Apóstol. No seas demasíadamente rígido en tus derechos, ni te entrometas en negocios seculares, porque desdícen mucho del soldado de Cristo, dice el mismo Apóstol. Procura que el pueblo no te vea factor, secretario, mayordomo, procurador de grandes, y que vas andando por las plazas, mercados y ferias, á no obligarte una grande y cierta necesidad de tu oficio. (*Conc. IV Cartag.*).

16. En los casos adversos guarda tu ánimo en paz. El justo vive de la fe, y Dios prueba á aquel que ama. Esta vida es el tiempo de la guerra, de la tribulación y del llanto: á su vez ya vendrá la felicísima y tranquila inmortalidad. Entonces quien habrá padecido mas por la justicia, mas grande consuelo recibirá de la liberalidad del Señor, y su luz resplandecerá mucho mas en la perpetuidad de los siglos.

17. No te dejes arrastrar del demasiado afecto á tus parientes ó á tu casa: en lo que con sumo cuidado has de procurar ayudarlos, es en el espíritu, velando sobre sus almas, poniendo y conservando el buen orden en la casa, y sobre todo siendo modelo de toda virtud para los habitantes de ella.

18. Seas mas fácil en dar que en recibir, porque las dádivas y regalos que se reciben, muchas veces manchan las manos mas limpias. Ama socorrer á los pobrecitos de Cristo, porque tienen derecho á lo que te sobra del comer y vestir. Si socorres al indigente, á mas de cumplir con ello una estrecha obligación, darás un realce al honor sacerdotal, tendrás grande paz y alegría de corazón, te harás rico de tesoros para el cielo, y tendrás grande estima y amor en el pueblo.

19. Honra como verdadero hijo á la santa madre Iglesia; ama á su cabeza visible el Sumo Pontífice, y reconócele por piedra y fundamento de la fe, obedece á él y á tu obispo ó vicario general con las obras y corazón, ora sea que te manden, ora que te adviertan ó exhorten.

20. Ama el decoro de la casa del Señor en los ornamentos y alhajas; sobre todo la gravedad

de los divinos oficios, en la administracion de Sacramentos, de la divina palabra, etc., haciéndolo todo con tal reverencia que avive la fe y fomenta la piedad en el pueblo.

21. Arda en tu corazon el celo de la salvacion de las almas, que será fruto y argumento del amor de Dios en la tuya. ¿Me amas? dijo Jesucristo á san Pedro; apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Para que crezca mas este fuego de santo celo en tu pecho, piensa á menudo cuánto Dios las ha amado y las ama aun; cuánto cuestan á Jesucristo; cuán lacerado le ponen todos los días los pecados de los hombres, en cuanto está de su parte, tornando á crucificarle; cuánto siente su perdicion; la mayor gloria accidental que Dios reportaria de su salvacion, y el empeño que ponen tanto los demonios como sus agentes los hombres malos, para su perdicion y eterna ruina, revolviéndolo y agitándolo todo, con tal que puedan conseguir lo que pretenden.

22. Tu celo debe ser eficaz; pues que, si no obra, no es verdadero celo. Ea, que se dilate tu corazon; que desee siempre la gloria de Dios y de la Virgen santísima, y que procure salvar á todo el mundo. Todos los días has de rogar entre el vestibulo y el altar con suspiros del corazon por las almas cautivas del vicio y del error. Vela en cuanto puedas de dia y de noche sobre los libros, para instruccion del ignorante y para confusion del impio soberbio, que cual otro Goliath provoca al desaffo á los ministros del santuario, aunque no sea sino con el sofisma y con su desvergüenza é insolencia.

23. En el ejercicio de tu celo confórmate siem-

pre con el divino Maestro, y así tendrás las calidades que exige el Apóstol escribiendo á los de Corinto. Él será sencillo y puro en su fin, universal en su objeto, suave en ganar los corazones; al propio tiempo que fuerte en las contradicciones, benéfico hácia las almas y cuerpos, incansable en las fatigas, prudente en los medios, constante en los sucesos y perseverante en la duracion.

24. En la presencia de Dios no hay diferencia de personas; puesto que él no se para en las apariencias ni vestidos de sus hijos, sino en sus almas que á todas crió iguales, redimió con el mismo precio infinito de su pasion y muerte, y quiere que todas se salven. Si en alguna cosa hizo diferencia el divino Maestro, fue en amar con afecto especial á los pecadores, á los enfermos, á los pobrecitos y á los párvulos. Sigue, pues, sus pisadas; ama con preferencia á todos estos; búscalos en cuanto buenamente puedas, en el confesonario, en la enseñanza de la doctrina cristiana, en los hospitales, en las cárceles, etc.

25. Si la caridad, la necesidad ó el mandato de tu superior te llama al ministerio de la divina palabra, retírate antes como tu divino Maestro á orar un poco en la soledad, para adquirir, meditando en las penas de Jesús crucificado, aquella ciencia del corazon, sin la cual tu palabra sería como el sonido de la campana. Guárdate de contaminar la palabra de Dios, no poniendo en su predicacion mas tu cuidado en la sublimidad del estilo, en las flores y en otras persuasivas palabras del humano saber (de las que solo hace pompa y vanidad quien se predi-

ca á si mismo), sino en los efectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios, como lo hacia el Apóstol, *in ostensione spiritus et virtutis*; y no como para agradar á los hombres, sino solo á Dios, que sondea el corazon. Sobre aquellas palabras del Apóstol: *Non sumus sicut ceteri, adulterantes verbum Dei*, dice san Anselmo: Esta es la diferencia que hay entre el padre y el adúltero, que el padre pretende hijos, pero el adúltero no mas que el gusto y el deleite. Debes imitar al mismo Dios, quien dice por Isaias: *Ego Dominus Deus tuus docui te utilia: non subtilia*, añade san Jerónimo, y el P. Alápide sobre este mismo verso dice: *Notent hoc prædicatores, si velint esse præcones veritatis et non vanitatis*. Asimismo tendrás presente lo que sienten doctores graves acerca de aquellos predicadores, que cuidan mas del adorno de la oracion que de la reforma de las costumbres, predicando cosas fútiles, aéreas, sin sustancia, de juegos de palabras y de cláusulas retumbantes y términos escogidos y poco inteligibles. El P. Miranda los llama *azotes de la Iglesia*: el P. Jerónimo Lopez *peste de la cristiandad*: el P. Diez *verdugos del Evangelio*: el venerable Gaspar Sanchez *los mayores perseguidores de la catolica Iglesia*; y de este sentir es el P. Vivaldo, quien añade que en los últimos tiempos del mundo abundarán mas dichos predicadores, y que servirán para autorizar las abominables doctrinas del Anticristo. Y lo que mas debe atemorizar, es lo que resuelve el P. Alápide: *Prædicator, qui ex concione sibi plausum quærit, non conversionem animarum, atque hanc vanam gloriam suæ concionis, velut fructum et mercedem, præstitit et*

*captat, hic damnabitur*: por tanto si no te quieres perder, antes bien si quieres mucho merecer, imita al divino Redentor, lee el santo Evangelio, y hallarás las materias que trataba y con qué estilo las proponia, y no solo en las aldeas, si que tambien en la ciudad y ante los sábios de Jerusalem, á quienes hace la comparacion de la gallina como reune sus polluelos debajo sus alas; y ¿si así á los sábios, cuánto mas se debe al vulgo? Por esto dice el Crisólogo: *Populo populariter est loquendum*. De aquí comprenderás, que debes poner cuidado en preparar las materias, y que el estilo y modo de tratarlas debe ser inteligible, adaptándole á la capacidad de los oyentes, y sobre todo agradable. Procura instruir en la fe y en la ley; pinta amabilísima la virtud y abominable el vicio; estudiando á mover el corazon empedernido de los pobres pecadores, con toda especie de argumentos de razon y de fe, y mas aún con la llama del amor y del santo celo. Despues del sermón has de procurar con fervorosas oraciones suplicar al Autor de la mies que guarde y haga fructificar con su divina gracia la semilla que por tu medio se ha servido sembrar en el corazon de tus hermanos y sobre todo confirmar con el ejemplo de una vida santa aquello que hayas dicho de palabra, enseñándoles así á que las obras correspondan con las palabras.

26. En espíritu de caridad ofrécete espontáneamente á oír las confesiones sacramentales, siempre que buenamente puedas; y haz que el pueblo te vea que, como buen pastor, buscas y estás esperando á las ovejuelas, para recogerlas en el divino tribunal, como en un lugar, que lo

es, de gracia, y verás como por tu caridad se aumentará la frecuencia de los santos Sacramentos, y como se salvarán muchas almas.

27. Como elegido que eres por Dios en aquel asilo de misericordia, vístete de entrañas paternales. Padre te llama el pobrecito penitente, y como á padre te descubre con toda confianza las llagas de su alma. ¡Oh qué gusto y qué alegría le darás, si tú te portas como padre suyo en su situación! Si viene á tu presencia cual otro hijo pródigo, desnudo de todo bien espiritual, feo, asqueroso y abominable, por Dios no le echés de tí, antes al contrario, cuanto es mas miserable, tanto mayor debe ser el afecto con que le debes acoger y abrazar; sufriendo con paciencia su rusticidad, su ignorancia y sus imperfecciones; abrazándole y aprelándole contra el seno de tu alma; limpiándole sus inmundicias; vistiéndole el ropaje de la divina gracia, y haciéndole sentar en la mesa del comun Padre celestial. Asi no pocas veces sucederá lo que á todos los Obispos del mundo católico escribia el papa Leon XII, *que los indispuestos para la absolucion, se dispondrán por la caridad del confesor, que con ellos se sepa portar con todo amor, mansedumbre y paciencia.* (V. P. Leo. XII, encicl. jubil.).

28. Pastor que sea solamente bueno de corazon, pero no de entendimiento, este poco ayudará á las ovejas. El debe unir á la caridad de padre la pericia de médico. Has de ser muy diestro, pero mas cauteloso aun, en buscar la enfermedad espiritual de tu penitente, cuidando que el demonio, el cual con sus artes se dará la mano con el orgullo humano y procurará ocultarla, no

consiga su intento. Descubierto que hayas el mal, júzgale con recto y maduro juicio; distinguiendo la lepra de otra lepra; una fiebre de otra fiebre; una llaga de otra llaga; y segun la índole del mal y la calidad y condicion del enfermo, échale sobre sus heridas el bálsamo del aceite y del vino, en mayor ó menor graduacion, segun conocieres ser mas ó menos necesario; esto es, aplicándole remedios é imponiéndole mayores ó menores penitencias.

29. Si el penitente ignora la doctrina de la fe y de la ley, las obligaciones de su estado, las culpas, sus principios y los medios necesarios y útiles para evitarlas, tú que eres maestro, debes disipar las tinieblas de su entendimiento con la luz de la santa doctrina, á fin de que así se quite el pecado y se impidan las caidas. Con fuertes impresiones é imágenes vivas sugeridas por la fe, has de procurar compungir su corazon; excitándole á odio del vicio y del pecado, y animándole con confortativos cristianos; dándole al propio tiempo un método de vida acomodado á su estado. La uncion del Espíritu Santo, las consultas en libros ascéticos y morales, el celo industrioso y benéfico, el consejo de los sábios y prácticos en el ministerio, deben ser tu guía para estas instrucciones, exhortaciones y consejos. *Así, pues, no cumplen con su obligacion, antes se hacen reos de un gravísimo delito aquellos confesores, que, sin solicitud alguna, oida la confesion de sus penitentes, sin preguntarles nada, ni avisarles de nada, les dan luego la absolucion.* (Bened. XIV, encicl. jub.).

30. Como juez pronunciarás el juicio ó sen-



tencia de Dios y no de hombre; siguiendo con toda rectitud el camino del medio, que no declina ni á la derecha del rigor que desespera, ni á la izquierda de la laxitud que engendra presuncion. Te guardarás muy mucho de la inconsideracion, de la impaciencia, de la precipitacion y de fines torcidos ó menos puros, como acepcion de personas, tierna tendencia á otras de otro sexo y á parientes; no fuera caso, que no curándote de estas y de otras semejantes flaquezas humanas, salieses reo de tu propio juicio delante de aquel divino Juez que escudriña los riñones y lo mas recóndito de nuestro corazon. Te portarás, si, como guiado por una doctrina sana y recta, que mirando por el honor de Dios y por la salud de las almas, atempera tus sentencias á aquella rectitud y pureza de intencion, que está santamente hermanada con una caridad prudente é ilustrada. Si el pobrecito que tienes á tus piés, es un consuetudinario, un reincidente ó está en ocasion próxima, á quien por entonces no te sea dado el poderle desatar, no le riñas por Dios, ni le exasperes; antes bien procura con buenos modos y con mucho amor hacerle ver los vivísimos deseos que tienes de que se salve; que conozca el infeliz estado en que se halla, y los medios que debe practicar, si quiere salir de él; y así verás como vuelve, y como le has ganado para el cielo.

31. No solo has de ser buen ministro del sacramento de la Penitencia, si que tambien de los demás Sacramentos; poniendo en la administracion de cada uno de ellos todo esmero, para que Dios sea glorificado, y quien lo recibe santificado. Así quedan edificados los circunstantes, y

tú como buen ministro lleno de merecimientos.

32. Finalmente te acordarás que eres vicario de Jesucristo en la tierra, puesto entre los hombres, para continuar aquella divina mision que él comenzara al descender de los cielos, no solo con el triple ministerio que se te ha confiado, sino tambien con el buen ejemplo. Presentate, pues, á los fieles, á imitacion de tu divino Maestro, como un dechado perfecto de santidad y virtud, que vean en ti una viva imágen de aquel divino ejemplar los secuaces del mundo, y así se avergonzarán de su vida disoluta y sensual; los buenos se sentirán animados y estimulados á perfeccionarse en la virtud, y los enemigos del nombre cristiano, cuando no se conviertan, respetarán á lo menos nuestro estado sacerdotal... *O quanta bonorum et malorum seges à clero!* Las palabras *Reforma* y *Protestantismo* tal vez no se hubieran jamás oido en el mundo, á lo menos en el sentido de los herejes, si el escándalo de algunos eclesiásticos no las hubiese introducido en la rebelion de muchos millares de católicos separados del gremio de su madre la verdadera Iglesia de Jesucristo la católica romana; puesto que en donde el sacerdocio fue modelo al pueblo de virtud y de religion, allí por lo regular se conservó intacto el puro depósito de la fe, no degeneraron las costumbres, antes bien se manifestó todo aquel esplendor que tanto brilla en las virtudes morales.

## FRUTO

que de los ejercicios de san Ignacio sacara, en los que en el año 18... hizo el R. sacerdote D. N. N., propuesto para modelo é imitacion en la parte que cada uno buenamente pueda, á los RR. sacerdotes que por unos cuantos dias se han retirado á hacerlos.

*Omnia... honeste et secundum ordinem fiant. (I Cor. XIV, 40).*

Una de las causas principales porque caen tantas almas en el infierno, es el vivir al acaso; por esto los Santos, especialmente san Gregorio Nazianceno, creen tan importante y necesario un reglamento de vida, que dicen ser el fundamento y la base de las buenas ó malas costumbres, y por consiguiente la causa de la salvacion ó condenacion eterna.

Viendo esta necesidad un buen sacerdote, deseoso de su salvacion, hizo los santos ejercicios de san Ignacio, y en ellos su reglamento de vida del tenor siguiente :

### REGLAMENTO DE VIDA

#### Ó PROPOSITOS HECHOS EN LOS SANTOS EJERCICIOS.

1. *Benedicam Dominum in omni tempore.* Siempre daré gracias al Señor por el beneficio de haberme proporcionado hacer los santos ejercicios, y he quedado de ellos tan prendado, que todos los años los haré, si puedo.

2. Cada mes tendré un dia de retiro espiritual, y leeré estos propósitos.

3. Tres veces la semana, esto es, en el lunes, miércoles y viernes tomaré una disciplina ó haré otra penitencia de consejo del confesor.

En el martes, jueves y sábado me pondré el cilicio ó cadenilla con aprobacion del confesor.

En el viernes y sábado ayunaré, y cada dia me privaré de alguna cosa.

4. Todos los dias haré una hora de oracion mental por la mañana, ó media hora por la mañana y media por la tarde, ó cuando me sea posible.

5. Por esto todos los dias me levantaré á hora determinada segun el tiempo, é inmediatamente ofreceré á Dios todos mis pensamientos, palabras y obras.

Luego me ocuparé en la oracion mental; despues celebraré la santa misa con toda la gravedad y devocion que me sea posible, daré gracias, y me pondré en el confesonario.

Rezaré Horas con toda devocion, y me ocuparé en el estudio hasta mediodia. Un poco antes de comer haré el exámen particular.

6. En el mediodia comer y descanso hasta las dos, en que rezaré Visperas, y á su hora Maitines delante de alguna imágen para conservar la atencion.

Por la tarde y noche me ocuparé en el estudio. Todas las tardes una hora de paseo, y visitas del santísimo Sacramento y de la Virgen Maria.

Todos los dias tendré un rato de lectura espiritual de los Ejercicios de Rodriguez, menos en los sábados que será del Anuario ó Glorias de Maria.

A las nueve rezaré el santo Rosario y cenaré.

Al mediodía y en la noche haré el examen particular de la virtud de la humildad; y á mas por la noche haré el general de todas las faltas del día.

7. Procuraré andar siempre en la presencia de Dios, haciéndolo todo *ad maiorem Dei gloriam*: sufriendo todo lo que da pena por su amor y en remision de mis pecados; pensando que si Dios me hubiese echado al infierno, como tengo bien merecido, mucho mas tendria que sufrir y sin mérito, cosa que si ahora sufro con paciencia mereceré grande gloria.

8. Me entrego del todo por hijo y sacerdote de María, y por esto todos los dias le rezaré la corona de antífonas *Gaude M.*, etc. *Dignare me*, etc. María será mi madre, mi maestra y directora, y de ella será todo cuanto haré.

Me ocuparé del todo en confesar, catequizar y predicar pública ó privadamente segun la oportunidad.

9. Jesús es y será mi capitan, yo le quiero seguir, y con su gracia le seguiré vestido de su misma librea de las virtudes, pobreza, desprecios y humildad.

*Pobreza*: vistiendo con decencia y limpieza, pero tan pobremente como me sea posible. No me quejaré, antes me alegraré, si me falta alguna cosa, y en cuanto esté en mi mano, escogeré para mí lo mas vil y despreciable en el vestido, en la comida, en el lugar y en todo.

*Desprecios*: si me desprecian y persiguen, sufriré, callaré, me alegraré de tal dicha, y encomendaré á Dios los perseguidores.

*Humildad*: haciendo cuanto haga únicamente por Jesús y María: por tanto no me alabaré, ni

hablaré de mí, ni de lo que he hecho, ni de mi patria, parientes, estudios, libros, etc. Si me alaban, callaré é interiormente diré: *Non nobis Domine*, etc.; y procuraré mudar la conversacion.

10. Tambien propongo no perder jamás un instante de tiempo, sino que lo emplearé todo en la oracion, en el estudio y en obras de caridad para con los prójimos vivos y difuntos.

Con la ayuda del Señor y de la Virgen María cumpliré todo lo propuesto, y si alguna vez faltare en algo, lo que Dios no permita, por penitencia rezaré la oracion del Ave Maria con los dedos debajo las rodillas.

Día año

N. N.

NOTA. Estos avisos se han puesto para que cada uno cual abeja industriosa saque de estas flores la miel, y forme el panal á su gusto, y lo escriba y firme, á fin de que no se olvide; pues que, segun san Agustin: *Quod os loquitur, sonat et transit; quod scribitur vero, permanet.*

### ORACION Á MARÍA SANTISIMA.

Ó santísima María, concebida sin mancha original, virgen y madre del Hijo de Dios vivo, reina y emperatriz de cielos y tierra: ya que sois madre de piedad y misericordia, dignaos volver esos vuestros tiernos y compasivos ojos hácia este infeliz desterrado en este valle de lágrimas, angustias y miserias, que aunque desgraciado, tiene la dichosa suerte de ser devoto vuestro. ¡Oh Madre mia, cuánto os amo!... ¡cuánto os aprecio!... ¡Oh cuánta es la confianza que en Vos tengo, de que me daréis la perseverancia en vuestro santo servicio y la gracia final! Al propio tiempo,

Madre mia, os suplico y pido la destruccion de tantas herejías que están devorando el rebaño de vuestro santísimo Hijo; acordaos, piadosísima Virgen, que Vos teneis poder para acabar con todas ellas: hacedlo por caridad, por aquel grande amor que profesais á Jesucristo hijo vuestro: mirad que estas almas redimidas con el precio infinito de la sangre de Jesús vuelven otra vez en poder del demonio con desprecio de vuestro Hijo y de Vos. Ea, pues, Madre mia, ¿qué falta? ¿quereis acaso un instrumento, del que valiéndoos, pongais remedio á tan grande mal? Aquí teneis uno, y al mismo tiempo que se conoce el mas vil y despreciable, se considera el mas útil á este fin, para que así resplandezca mas vuestro poder, y se vea visiblemente que sois Vos la que obráis y no yo. Ea, amorosa Madre, no perdamos tiempo, aquí me teneis: disponed de mí; bien sabeis que soy todo vuestro. Confío que así lo haréis por vuestra grande bondad, piedad y misericordia, y os lo ruego por el amor que teneis al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo. Amen.

OTRA ORACION.

O inmaculada Virgen y Madre de Dios, reina y señora de la gracia, dignaos por caridad dar una compasiva mirada á este mundo perdido; reparad como todos han abandonado el camino que se dignó enseñarles vuestro santísimo Hijo, se han olvidado de sus santas leyes, y se han pervertido tanto, que se puede decir: *Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* Se ha extinguido en ellos la santa virtud de la fe; de suerte

que apenas se encuentra sobre la tierra. ¡Ay! extinguida esta divina luz, todo es oscuridad y tinieblas, y no saben dónde caen; sin embargo, agolpados van con paso apresurado por el ancho camino que les conduce á la eterna perdicion. ¿Y quereis Vos, Madre mia, que yo, siendo un hermano de estos infelices, me mire con indiferencia su fatal ruina? ¡Ah! no: ni el amor que tengo á Dios, ni el amor del prójimo lo puede tolerar; porque ¿cómo se dirá que yo tengo caridad ó amor de Dios, si viendo que mi hermano está en necesidad, no le socorro? ¿Cómo tendré caridad, si sabiendo que en un camino hay ladrones y asesinos que roban y matan á cuantos pasan, no obstante no advierto á los que se dirigen allá? ¿Cómo tendré caridad, si viendo como los carnívoros lobos están degollando las ovejas de mi amo, callo? ¿Cómo tendré caridad, si enmudezco al ver como roban las alhajas de la casa de mi Padre, alhajas tan preciosas que cuestan la sangre y vida de un Dios; y al ver que han pegado fuego á la casa y heredad de mi amadísimo Padre? ¡Ah! no es posible callar, Madre mia, en tales ocasiones; no, no callaré, aunque supiese que de mí han de hacer pedazos; no quiero callar: llamaré y gritaré; daré voces al cielo y á la tierra, á fin de que se remedie tan grande mal; no callaré, y si de tanto gritar se vuelven roncás ó mudas mis fauces, levantaré mis manos al cielo, espeluzaré mis cabellos, y los golpes que con los pies daré al suelo, suplirán la falta de la lengua.

Por tanto, Madre mia, desde ahora ya comienzo á hablar y gritar, ya acudo á Vos; sí, á Vos que sois madre de misericordia: dignaos dar so-

corro á tan grande necesidad ; no me digais que no podeis ; porque yo sé que en el órden de la gracia sois omnipotente : dignaos, os suplico, dar á todos la gracia de la conversion ; pues sin esta no haríamos nada, y entonees enviadme, y veréis cómo se convertirán. Yo sé que daréis esta gracia á todos los que de veras la pedirán ; pero si ellos no la piden, es porque no conocen su necesidad, y tan fatal es su estado, que ni conocen lo que les conviene ; y esto cabalmente me mueve aun más á compasion ; por tanto yo como primero y principal pecador la pido por todos los demás, y me ofrezco por instrumento de su conversion : aunque esté destituido de todo dote natural para este objeto, no importa, *mitte me*, asi se verá mejor que *gratia Dei sum id quod sum*. Tal vez me diréis, que ellos como enfermos frenéticos no querrán escuchar al que los quiere curar, antes bien me despreciarán y perseguirán de muerte ; no importa, *mitte me* ; porque *cupio esse anathema pro fratribus meis*. O bien me diréis, que no podré sufrir tantas impertinencias de frio, calor, lluvias, desnudez, hambre, sed, etc., etc. No hay duda que de mi parte nada puedo suportar ; pero confio en Vos, y digo : *Omnia possum in ea que me confortat*. O María, madre y esperanza mía, consuelo de mi alma, acordaos de las muchas gracias que os he pedido y todas me las habeis concedido, ¿y cabalmente ahora hallaré agotado ese manantial perenne? No, no se ha oido, ni se oirá jamás, que ningun devoto vuestro haya sido reprochado de Vos ; ya veis, Señora, que todo esto que os pido, se dirige á la mayor gloria de Dios y vuestra y al bien de las almas ; por

esto la espero alcanzar, y la alcanzaré, y para que os movais á concedermela pronto, no alegaré méritos míos, porque no tengo sino deméritos ; os diré, sí, que, como á Hija que sois del eterno Padre, Madre del Hijo, y Esposa del Espíritu Santo, es muy conforme que celeis el honor de la santísima Trinidad, de la que es viva imágen el alma del hombre bañada con la sangre preciosísima de un Dios humanado. Habiendo Jesús y Vos hecho tanto por ella, ¿ahora la abandonaréis? Es verdad que de este abandono es merecedora ; mas por caridad os suplico que no la abandoneis ; os lo pido por lo mas santo y sagrado que hay sobre el cielo y la tierra ; os lo pido por aquel mismo á quien yo, aunque indigno, hospedo todos los dias en mi casa, le hablo como amigo, le mando, y me obedece, bajando á mi voz del cielo ; este es el mismo Dios que os preservó de la culpa original, que se encarnó en vuestras entrañas, que os colmó de gloria en el cielo, y os hizo abogada de pecadores ; y este, á pesar de ser Dios, me oye, me obedece cada dia ; pues oidme Vos á lo menos esta vez, y dignaos concederme la gracia que os pido ; confio que lo haréis, porque sois mi madre, mi alivio, mi consuelo, mi fortaleza, y todas las cosas despues de Jesús. Viva Jesús, viva María. Amen.

JACULATORIA.

Ó Jesús y María : el amor que os tengo me hace desear la muerte, para poder estar unidos en el cielo ; pero es tan grande este amor, que me hace pedir larga vida para ganar almas para el cielo. ¡ Oh amor ! ¡ oh amor ! ¡ oh amor !

## APÉNDICE.



Explicacion de la parábola de los talentos.

(Matth. xxv, 14).

El primer siervo significa un misionero apostólico á quien el Señor á mas del talento de la dignidad sacerdotal le ha encomendado otros cuatro, que son los cuatro ángulos de la tierra cuando dijo: *Euntes in universum mundum, prædicate Evangelium omni creaturæ.*

El segundo significa un párroco á quien el mis-

mo Señor á mas del talento de la dignidad sacerdotal le ha confiado el otro de la parroquia.

El tercero es cualquier sacerdote á quien el Señor ha entregado el único talento de la dignidad sacerdotal. ¡Ay de él si no negocia! ¡ay de él si lo esconde por temor ó pereza! ¡ay de él! como criado malo será echado á las tinieblas exteriores, esto es, al infierno, como dicen los expositores sagrados. *Sufficit mihi anima mea*, dice san Agustin en boca de este mal sacerdote: lo que yo quiero es salvar mi alma, no sea que la pierda, queriendo salvar la de los otros; y le responde el mismo santo Padre: *Eia, non tibi venit in mentem servus ille qui abscondit talentum?* ¡Ay de tí! que si no da fruto este árbol de la dignidad sacerdotal, se te dirá: *Ut quid terram occupat?* y se mandará cortarlo y echarlo al fuego del infierno.

El concilio de Colonia á este sacerdote le trata de lobo y de ladron, asegurando que infaliblemente experimentará un grande castigo: *Quod ingens ultio tandem certo subsequetur.* Claro está que un tal sacerdote es lobo de las ovejas de Jesucristo, pues que las mata directamente con sus escándalos ó vicios, indispensable consecuencia de su ociosidad, ó indirectamente dejándolas perecer de hambre, como el Epulon que dejó víctima de la miseria al pobre Lázaro. Los pobrecitos piden pan, y no hay quien se lo reparta: este pan es la santa instruccion en la ley del Señor, y la administracion de los Sacramentos. Además un tal sacerdote es ladron, porque la Iglesia lo mantiene y él no trabaja por ella; como ladron es aquel criado que mantenido por su

amo para que trabaje, se está mano sobre mano. Sabemos que Jesucristo nos ha llamado á su santa casa para trabajar como él: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*. Si, todos debemos trabajar segun los talentos y gracias que hemos recibido del Señor, y quien no pueda por los achaques ó vejez, que lo supla con la oracion.

Es tan importante el trabajo de cada uno segun su talento que sin él todo se pierde. Por ejemplo, ¿qué será del fruto de las misiones, si despues de convencidos los pecadores, y puestos con el auxilio del Señor en estado de gracia, los sacerdotes que viven en cada parroquia no trabajan? Como no es posible que estén siempre allí los misioneros, es preciso que los sacerdotes del país vayan fomentando con el pábulo del sagrado ministerio el divino fuego que aquellos hayan encendido: de lo contrario natural é insensiblemente se extinguirá la santa llama. La buena semilla sembrada en un campo, si se abandona, será sofocada de las malas yerbas: de poco servirá que los misioneros engendren en Cristo á muchísimos, si despues los otros sacerdotes no procuran como buenas amas conservar y aumentar la vida espiritual de estos hijos con el pecho lleno de santo celo.

Copiaré aqui las fulminantes palabras del apóstol san Pablo á Timoteo: *Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo que ha de juzgar vivos y muertos al tiempo de su venida y de su reino: predica la divina palabra oportuna é importunamente; reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que teniendo*

*una comezon extremada de oír doctrinas que lisonjeen sus pasiones, recurrirán á una caterva de doctores propios para sus desordenados descos, y cerrarán sus oídos á la verdad y los aplicarán á las fábulas: tú entre tanto invigila en todas las cosas del ministerio: soporta las ofensiones: desempeña el oficio de evangelista; cumple con todos los cargos de tu ministerio. (II ad Tim. iv).*

Sobre esta doctrina del Apóstol quiero añadir especialmente para los párrocos los siguientes avisos:

1. Pondrás tu principal mira en cuidar bien tu conciencia y la de los feligreses, y para esto te ocuparás algunas veces entre dia en pensar en asunto de tanta importancia.

2. Ya sabes que *nemo dat quod non habet*; por cierto no podrás dar luz á los feligreses, si primero no pides á Dios que te ilumine, ni los encenderás en la caridad, si Dios no te enciende á tí primero con aquel fuego que comunica en la meditacion, la oracion y lectura espiritual, para lo cual no te faltará tiempo, si con un método prudente lo tienes distribuido, y arregladas todas las cosas.

3. Procurarás catequizar y predicar á tus feligreses, no solo con el buen ejemplo, si que tambien con la divina palabra, usando mas de la suavidad que del rigor, y del rogar y persuadir mas que del mandar.

4. Procurarás encender en tus feligreses la llama del divino amor; para esto haz que en todos los dias, á lo menos en los domingos, se tenga oracion mental en la parroquia: inculcales esta ciencia divina, manifestándoles su excelencia,

utilidad, necesidad y facilidad, como que pueden practicarla en medio de sus ocupaciones: enséñales el modo de hacer jaculatorias. Inspíralas la devoción al santísimo Sacramento, á la beatísima Trinidad, á la purísima Virgen, á los santos patronos y á los Angeles custodios. Exhórtales á la frecuencia de los santos Sacramentos, y para esto les darás ocasion, poniéndote muy de mañana en el confesonario; si no vienen un dia vendrán otro, viendo la proporción que les ofreces todos los dias: los cazadores, aunque no pasan pájaros á todas horas, no se mueven del lugar, esperando que vengan. ¡Ah, si nosotros los sacerdotes fuéramos todos muy fervorosos, qué otro sería el pueblo!

5. Cumplirás lo que todos los dias dices al Señor en la santa misa: *Domine, dilexi decorem domus tue*; ama la limpieza del templo y de los ornamentos, y ofrece siempre al Señor lo mejor á imitación de Abel; no seas como Cain, que lo mejor se lo quedaba para sí y lo mas despreciable lo sacrificaba á Dios: ¡ay de tí, si tienes mas cuidado de las cosas de tu casa que de las de la Iglesia! ¡ay de tí, si lo bueno, precioso y limpio lo reservas para tí, y lo malo, vil y sucio lo ofreces al Señor! ¡*Væ tibi!!!*

6. No solo procurarás con todo esmero la limpieza y aseo del templo, sí que tambien guardarás y harás se guarde en él un religioso silencio: aprende del celo del divino Maestro, que sufrió calumnias, azotes, espinas, clavos y muerte de cruz sobre sí; pero no sufrió ni toleró á los que profanaban el templo.

7. Desterrarás de tí aquellos vicios que tú re-

prendes ó debes reprender en tus feligreses, y adornado con las virtudes que les persuades, pórtate de manera que les puedas decir como el Apóstol: *Imitatores mei stote, sicut et ego Christi.*

8. Nunca jamás trates mal de palabra ni de obra á tus feligreses, eligiendo antes penar que darles que sufrir: y cuando tengas que reprender, mezclarás siempre la dulzura con la correccion, teniendo presente, que se cogen mas moscas con una golita de miel que con un barril de vinagre; que ha curado mas llagas el aceite y vino del samaritano, que todo el vino agrio de los fariseos: y que aquellas acrimonias y palabras fuertes que á veces salen de la boca de algunos sacerdotes, les parecerá que salen de puro celo, pero en verdad no salen del celo sino de la passion: no saben de qué espíritu están animados y que poco imitan la mansedumbre de Jesucristo nuestro divino Maestro: *Bienaventurados los mansos; que ellos poseerán los corazones terrenos, y por último la tierra de promision ó la gloria.*

9. Procurarás que en la misa te vean devoto, en la mesa templado, en la calle modesto, en las palabras cuerdo, en las obras casto, en las operaciones del santo ministerio diligente; y en todo cuanto mira al servicio de Dios, fervoroso. Mal cumplirías con estos deberes, si no tuvieses bien arreglada tu casa: *Si quis autem domui sue præesse nescit, quomodo Ecclesie Dei diligentiam habebit? (I Timoth. iii, 5).* Pondrás, pues, todo cuidado en escoger gente de bien para el servicio de tu casa, y si con el tiempo viene alguno á ser motivo de escándalo á tí ó á tus feligreses, arráncalo, échalo luego de casa, aunque sea tan



útil y necesario como los ojos, manos y piés, como dice el Evangelio. ¡Ay de tí, si en lugar de edificar escandalizares! mejor te fuera que colgasen una piedra de molino á tu cuello y te anegasen en el profundo del mar. Por esto procurarás que todos tus domésticos vistan modestamente, no hablen mal, ni anden en tratos, bailes y otras diversiones mundanas, antes bien que sean amantes del retiro, de la oracion y lectura espiritual; que frecuenten los santos Sacramentos, en una palabra, que posean aquellas virtudes que tú persuades á los otros, y que ninguno de ellos tenga los vicios que tú reprendes en los feligreses. *Si quis autem suorum, et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit et est infidelis deterior.* (I Timoth. v. 8). Por ningún motivo permitas que tus domésticos se entrometan en negocios parroquiales ó en las personas que tú diriges: ni tampoco seas fácil en hablar con ellos de tales asuntos. Mira bien qué gente viene á tu casa: á los que vengan por asuntos del ministerio, recíbelos con toda urbanidad y amor; si lo que te piden lo debes hacer, hazlo tan pronto como puedas y tan bien como sepas; si no lo puedes hacer, no por esto te alborotes ni les riñas; consuélos con buenas razones, que así no les agraviarás. Si los que acuden á tu casa son gente ociosa, húyeles luego el cuerpo, diciendo que tienes que hacer, porque algunos de estos todo lo que ven lo publican con no poco perjuicio de la edificación de los fieles: estas gentes además son muchísimas veces causa de sospechas, de celos y rivalidades, y de otros gravísimos males, como he visto en algunas parroquias.

10. Anda con mucho tiento en órden á visitas, tertulias ó reuniones, convites y actos semejantes, que de vez en cuando podrá exigir la prudencia, urbanidad ó caridad; todos los extremos son viciosos: si un sacerdote se familiariza demasiado con algunos, se atraerá el desprecio de estos y el odio de los demás, y si nunca se deja ver ni en los actos indispensables, incurre en la nota de grosero é incivil. Quisiera que no faltases á ninguna de aquellas atenciones que exige la prudencia y el desempeño del sagrado ministerio; pero te suplico por lo mas santo y sagrado, no seas fácil en hacer visitas, mayormente á personas de diferente sexo. ¡Ay qué males y desgracias he visto seguirse de aquí! ¡ay qué escándalos!... Ni hasta decir son gente de bien, son personas piadosas; á lo que responde san Agustín: *Nec tamen quia sanctiores sunt minus cavendæ: quo enim sanctiores sunt, eo magis alliciunt, et sub pretextu blandi sermonis immiscent se vitii impuissimæ libidinis: crede mihi, episcopus sum, in Christo loquor, non mentior: cedros Libani, id est, altissimæ contemplationis homines sub hac specie corruisse reperi, de quorum casu non magis præsumebam quam Hieronymi et Ambrosii.* Lo mismo advierten santo Tomás, san Ignacio, san Francisco de Sales y san Buenaventura, con el cual concluyo: *Sequamur consilium B. Hieronymi dicentis: Fœminam quam vides bene conversantem, mente dilige, non frequentia corporali, quia initium libidinis est in visitatione mulierum.*

11. Guárdate tambien de los juegos de naipes, dados, etc., teniendo presente lo que dicen de ellos los sagrados cánones y santos Padres;

especialmente el segundo concilio de Constantinopla, y el cuarto de Letran prohíben á los clérigos los juegos de azar. San Juan Crisóstomo dice: *Diabolus est qui in artem ludos digessit*; y san Ambrosio escribe: *Non solum profusus, sed omnes jocos declinandos arbitror... licet interdum honesta joca sint, tamen ab ecclesiastica abhorrent regula*. No es menos impropio de los sacerdotes el ejercicio de la caza. San Jerónimo dice: *Nulum sanctum legimus esse venatorem*: almas quisiera que cazasen y no bestias. Dirá alguno: lo hago para pasar el tiempo. ¡Válgame Dios! no saben cómo pasar el tiempo, y á mí no sé cómo se me pasa. Otro alegará que es para recrearse ó aliviarse un poco de la carga del espíritu: en tal caso que se vaya un rato á paseo, ó que se ocupe en otra honesta recreacion, y que se deje de visitas, juegos y cacerías.

12. Tendrás particular cuidado en todo cuanto digas y hagas de mirar por el bien de tus feligreses, manifestándoles el deseo que tienes de su bien espiritual y temporal, y cuánto sientes sus trabajos, mientras procuras su socorro; así los ganarás de tal suerte que te mirarán como su estimado padre y vigilante pastor; y serás tan dueño de su corazón, que les merecerás toda su confianza; muy al contrario te saldrá, si te portas de otra manera: créeme, lo sé por experiencia.

13. Estarás siempre prevenido con la templanza y la modestia para cualquier lance que te pudiera dar que sufrir, advirtiéndole que entonces serás mayor, cuando tolerarás mas, y que vence y convence con doblada fuerza la pacien-

cia que la ira: lo que rehusarán los feligreses cuando se lo digas colérico, lo ejecutarán despues gustosos cuando se lo propongas sufrido y apacible.

14. No te desconsueles ni desconfies aunque no consigas lo que deseas en el aprovechamiento espiritual de los feligreses; pues aunque no consigas aprovechando, consigues mucho cumpliendo, y si no los salvas á ellos, te salvas á tí mismo. Obremos nosotros lo que conviene, que Dios obrará lo que mas nos convenga: hasta el último punto de la vida se ha de agonizar por lo bueno, dejando á Dios lo demás.

15. Ten presente en la vida, la muerte: en lo que haces, la cuenta que se te espera, corona ó pena eterna: lo de este mundo dura un soplo, y el gozar de Dios ó padecer, para siempre jamás.

## LISTA

*de los mejores libros que los confesores podrán prescribir á sus penitentes, no todos juntos, sino segun el espíritu de cada uno.*

### PARA LA ORACION.

Villacastin.  
Camino del cielo.  
El Manual de Meditaciones.  
Granada.  
Arnaúto.  
Bon día.

### PARA LECTURA ESPIRITUAL.

#### *Para hombres.*

La Instruccion de la juventud.  
Las Confesiones de san Agustin.  
Granada, Guia de pecadores, y todas sus obras.  
Obras de san Francisco de Sales.  
Rodriguez.  
Nieremberg, Temporal y eterno.  
Kempis.

#### *Para mujeres.*

Vida devota de san Francisco de Sales.  
El Combate espiritual.  
La Monja santa.  
Rodriguez.—Quadrupani.  
Virginia, ó la Doncella cristiana.

## GALERÍA DEL DESENGAÑO.

### PRÓLOGO.

¡Oh mortales, hermanos amadísimos en Jesucristo! escuchadme por caridad y provecho vuestro, y respondedme á la pregunta que voy á haceros. ¿Qué diríais, si embebecido un ciego en buscar una joya preciosa en un lugar donde es imposible encontrarla, le viéseis que iba á caer en un precipicio abierto allí mismo donde él pensaba hallar la tan deseada prenda? Sin duda alguna, si teníais amor ó compasion del prójimo, le avisaríais y le gritaríais: ¡ay hermano mio! vas equivocando; no está ahí lo que buscas, en otro lugar lo hallarás: alto ahí; si pasas adelante, te despeñas. ¿Y no debo yo, hermanos míos, clamar lo mismo? Veo que muchos como ciegos buscan en los honores, deleites y riquezas de este mundo la suspirada joya de la felicidad, donde cabalmente no está: lo que sí hallarán, cuando menos piensen, será el precipicio y la muerte. La felicidad por cierto está en solo Dios; en solo Dios debe bus-

carla quien por ella suspire. Mas como los hijos de Adan están tan aferrados en sus propios caprichos, para desengañarlos no quiero valerme de palabras ni de clamores, sino de vivas imágenes, donde puedan ver con los ojos del cuerpo, ya que tienen ciegos los del alma, y aun tocar con las manos la vanidad de las cosas de la tierra, aprovechándose del golpe de vista que en la *Galería del desengaño* les ofrezco para su ameno y saludable recreo.

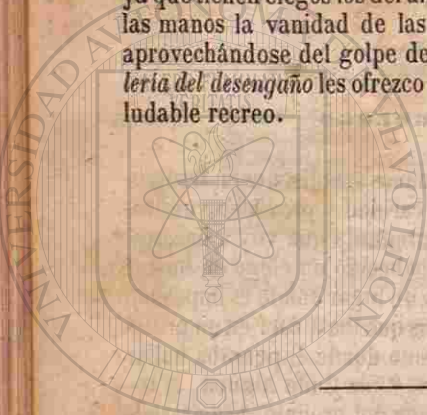


Figura 1.<sup>a</sup>

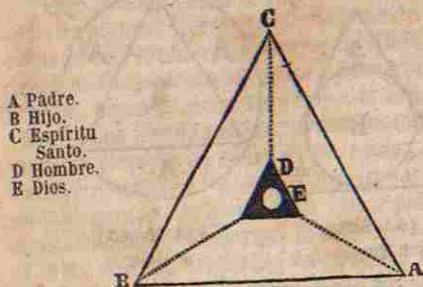


Figura 2.<sup>a</sup>

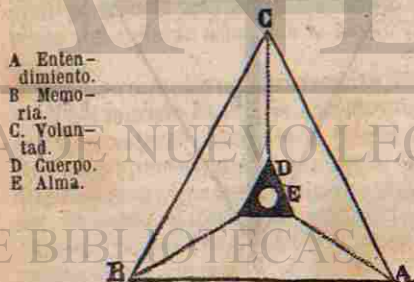
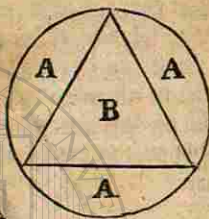


Figura 3.<sup>a</sup>



AAA Alma.  
B Mundo.

Figura 4.<sup>a</sup>



AAA Mundo.  
B Alma.

Figura 5.<sup>a</sup>



AAA Alma.  
B Cruz.

¡Qué lástima causa el ver á los mortales en sus inútiles afanes! Corren precipitadamente tras las cosas de este mundo, sin pararse en lo lícito ó ilícito de los medios, atropellando las leyes divinas y humanas, pisando, si se les antoja, la sangre y la vida de sus hermanos, sacrificándolo todo al temerario empeño de salir con su gusto. ¡Ah bárbaros é insensatos! ¿Qué os aprovechará ganar todo el mundo, si por último vais á parar á las eternas llamas del infierno? Esta reconvencion no es mía, sino de Jesucristo en su santo Evangelio. Asi como en todo reino bien ordenado hay recompensa para el heroísmo y castigo para el transgresor de la ley, del mismo modo en el reino de Dios preside un Juez justísimo y rectísimo, que premiará con la gloria del cielo á los que han cumplido su santa ley, y castigará con la cárcel y suplicio del infierno á los que la hayan quebrantado.

No ignoro que los mundanos se rien de esta doctrina del sagrado Evangelio, dictada tambien por la razon natural, como lo confesaba el mismo Rousseau: pero que rian ó que lloren; que crean, que no crean; que piensen en ello, que no piensen, lo cierto es que serán juzgados con todo el rigor de esta ley: cual ladrones y asesinos que se burlan de los tribunales, cárceles y suplicios de la tierra, hasta que viene un dia en que caen en manos de la justicia, y experimentan en su propia cabeza lo que antes miraban como meros es-

pantajos. ¡No me lo pensaba, ni creía posible, que viniese á parar así!!! me decía un día cierto reo que estaba en capilla para ser conducido al cadalso, y á quien yo asistía espiritualmente en tan crítica situación. ¡Ay! ¡á cuántos mundanos sucederá lo mismo! Ahora no creen ó no piensan en la justicia de Dios, ni en las penas y suplicios eternos; y los experimentarán á pesar suyo, porque ya se sabe que quien mal anda mal acaba, y estas verdades son independientes de su fe; quiero decir, que tanto si las creen como no, no dejan de ser la palabra de aquel Dios que ha dicho: *El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán, ó no dejarán de cumplirse.* (Matth. xxiv, v. 35).

Pero no nos cansemos en presentar la luz á los que cierran los ojos del entendimiento por no verla: apelemos al testimonio de sus propios sentidos, que tanto se embelesan en las riquezas, honores y deleites de este mundo. ¿Qué hace el gusano de seda? Se afana por mucho tiempo, y á costa de sus entrañas va labrando la seda, hasta que despues de tan costoso trabajo, es víctima de su labor; de manera que el edificio que se habia labrado para su palacio, le sirve de sepulcro; entonces vienen las gentes, echan fuera el gusano, y se visten con fausto y vanidad de las preciosas hebras que con tanto afan habia producido. Así un hombre se fatiga en atesorar riquezas, en edificar casas, á costa de mil disgustos é injusticias: entre tanto el continuo afanar le consume las fuerzas, y el que pensaba tener una vejez feliz habitando un hermoso palacio, se halla víctima de sus propios desvelos en los horrores del sepulcro; por-

que apenas muere le sacan de su casa, le echan en una hoya, y sus herederos se adornan y engalanan con los ricos despojos que al pobre gusano le costaron tanto trabajo, fatiga é injusticia. ¿No conoces tu retrato, ó amador del mundo, en esta pintura?

Pues ven acá, y te mostraré otra. Mira una araña, repara como de sus tripas va fabricando su criba ó zaranda; en medio ha colocado su palacio: y ¿por qué tantos hilos? ¿tan grande criba? ¿y á tanta costa de sus propias entrañas? ¡ay! me avergüenzo de decirlo, para coger moscas. ¿Para coger moscas? Sí; ¡qué locura!!! ¿Y no es mayor locura la vuestra, ó mundanos, cuando de vuestras tripas, de vuestra conciencia, y de la sangre de vuestros hermanos os fabricais la rueda de la fortuna? Y ¿esto para qué ¡ay miserables! para coger cuatro moscas de gustos asquerosos, de deleites momentáneos. Y ¿de esos alimentais?... ¡ay miserables!... Y ¿para eso tantos gastos, tantos sudores y fatigas? ¿por ventura quedaréis saciados con esas viles moscas? No, cristianos, no; no son los placeres del mundo el alimento propio del corazon humano, solo Dios le puede saciar; en solo Dios ha de buscar el hombre su felicidad, si quiere alcanzarla. Que los brutos busquen su felicidad en las cosas de la tierra, no es de admirar, porque en ellas la tienen: como irracionales de cosas sin razon deben saciar su apetito; por eso les ha dado el Criador la cabeza inclinada hácia la tierra: pero el hombre es racional, tiene una alma inteligente, espiritual, incorruptible, inmortal, y cuyo apetito solo puede llenar el mismo Dios, que la ha cria-

do, y que la ha unido á un cuerpo, cuya postura derecha hácia el cielo le indica que no en la tierra sino en el cielo, en solo Dios hallará la felicidad ó el último fin á donde debe dirigirse con toda rectitud.

Esta verdad salta á los ojos, y aun puede tocarse con las manos en las figuras que de golpe se presentan á la entrada de esta *Galería*. La primera figura es un triángulo, con que se acostumbra dar alguna idea de la santísima Trinidad: por esto ponen la forma de triángulo en la cabeza de la imágen del Padre eterno. Y á la verdad, hay alguna semejanza; pues el triángulo es una figura que consta de tres ángulos distintos entre sí, cada uno de los cuales, vulgarmente hablando, es una figura; pero los tres juntos no son mas que una sola figura: las tres personas de la santísima Trinidad son distintas entre sí; cada una es Dios; pero no son mas que un solo Dios. Este Dios es invisible, impasible, y se hizo visible, pasible, humanándose: *Verbum caro factum est. Passus et sepultus est*. Aquí, pues, en la primera figura el triángulo blanco significa un solo Dios en tres personas, el triángulo negro la humanidad de Jesucristo, y el punto blanco de en medio la divinidad.

La segunda figura es del todo semejante á la primera, y representa el hombre hecho á imágen y semejanza de Dios, como consta del Génesis (1, 26): *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. En efecto, así como un solo Dios es tres personas con el nombre de Padre, Hijo y Espíritu Santo, así tambien tiene el hombre una alma con tres potencias; entendimiento, memoria

y voluntad: y como Dios hecho hombre es un solo Cristo, asimismo el alma y el cuerpo es un solo hombre: con que en la segunda figura el triángulo blanco denota las tres potencias del alma, el triángulo negro el cuerpo, y el punto blanco de en medio la misma alma que anima á este cuerpo. Tanto la divinidad como el alma se figuran con el punto blanco de en medio del triángulo negro, porque el punto matemático no tiene partes; así como Dios, sustancia simplicísima, no tiene partes, así el alma del hombre, que es sustancia tambien simple, y por lo mismo incorruptible, inmortal, como se demuestra en sana filosofía <sup>1</sup>.

Sentados estos principios y verdades innegables, pasemos á la explicacion de la tercera figura, cuyo objeto es hacer ver como todo cuanto hay en el mundo no puede saciar al hombre. Es esta un triángulo que tiene en su seno un círculo: el triángulo es imágen del hombre, ó mejor del alma con sus tres potencias, y el círculo lo será del mundo entero, que se considera casi esférico. Aquí se ve como el triángulo no se aviene con el círculo, ni puede cuadrar con él: pues tampoco puede cuadrar ni avenirse el alma del hombre con el mundo: por manera que si posee parte del mundo, no quedará saciada, y si lo posee todo ente-

<sup>1</sup> Son dignas de leerse las palabras de Ciceron sobre este punto: *In animi autem cognitione dubitare non possumus, nisi plane in physicis plumbei simus, quin nihil sit animus admixtum, nihil concretum, nihil copulatum, nihil coagmentatum, nihil duplex. Quod cum ita sit, certe nec secerni, nec distrahi potest: nec interire igitur. Est enim interitum quasi discessus, et secretio, ac diremptus earum partium, qua ante interitum junctioe aliqua tenebantur.* (I Tuscul., quest. c. 29).

ro, menos; antes bien se hallará fatigada de mayores ansias y congojas. Como el alma en su tendencia á las cosas de este mundo sigue la inclinacion del cuerpo por un trastorno de la naturaleza humana, nacido del pecado original; experimentará tambien la ley de los cuerpos en la gravedad ó tendencia de estos al centro de la tierra. Se aumenta la gravedad en razon directa de la masa é inversa de la distancia; quiero decir, que cuanto mayor es la masa y menor la distancia del centro, es mayor la fuerza de la gravedad ó llámese atraccion: del mismo modo el hombre cuanto mas posea y cuanto mas cerca tenga lo que posee, tanto mas sentirá el peso de aquella carga. ¡ Cuánta seria la ansiedad y fatiga de un hombre que fuese dueño de todo el mundo! Grande seria la mole de la cosa poseida, siendo esta nada menos que el mundo entero; y la tendria tanto mas cerca, con cuanto mas ahinco la poseyera: aqui seria de ver lo del proverbio: *Quien mas tiene, mas quiere*; á semejanza de la mar, que cuanto mas tiene, mas brama. Reparad, sino, como el triángulo, que tiene en su seno el círculo, se queda con los ángulos vacíos, los cuales cuanto mas de cerca miran el círculo, parece que tanto mas se afanan por tocarlo, sin que nunca puedan conseguirlo.

La cuarta figura sirve para responder á una objecion que podria hacerse: consiste en un círculo con un triángulo en su seno, á cuya vista le parecerá á alguno que todos los ángulos quedan saciados, esto es, todos los apetitos del alma representada en el triángulo. Mas si bien se observa, esto es alterar y confundir las ideas: aquí el triángulo, imágen del alma, no posee al círculo,

figura del mundo, sino que el círculo posee al triángulo, es decir, el mundo al alma del hombre, lo que léjos de destruir, corrobora y aclara mas la verdad propuesta. Porque si siendo el alma dueña de todo el mundo no queda saciada, ¿cuánto menos estará contenta y satisfecha, si es ella la poseida del mundo? Siendo el mundo señor y ella la esclava, ¿cómo podrá serle esto agradable? Díganlo, si quieren hablar de buena fe, los avaros, los ambiciosos, los libidinosos, esclavizados por el interés y por la tiranía de las pasiones. Respóndanme: ¿qué han encontrado en este valle de miserias, que sea capaz de satisfacer sus apetitos, ó de llenar la boca de su corazon?

Todo lo que hay en el mundo, dice el apóstol san Juan, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida (I Joan. II, 16), esto es, segun los sagrados intérpretes, amor á los deleites sensuales, amor á las riquezas y amor á los honores. Todas estas cosas, como explica santo Tomás en la primera de la segunda parte, cuestion segunda, es imposible que hagan al hombre feliz, ó que sacien su apetito; porque el objeto de la voluntad, que es el apetito humano, es el bien universal; y por lo tanto la voluntad no puede hallar sosiego en ninguno de estos bienes particulares, sino en el bien universal que es solo Dios, su verdadera y única felicidad. Ya habia dicho el Profeta que Dios, y no otro, es el que llena de bienes nuestro deseo: *Qui replet in bonis desiderium tuum* (Ps. CII, 5); y en otro lugar se consolaba con la dulce esperanza de que con la gloria del Señor quedaria enteramente



saciado. (*Ps. xvi, 15*). ¿Por qué te cansas, hombrecillo, buscando las cosas de acá? Si quieres tener hartura y contento, ama á Dios, y esto basta; porque en él están todos los bienes, y él solo es el que puede hablar y llenar el deseo de tu corazón; así se expresa san Agustín. Como el alma es la vida del cuerpo, dice el mismo (*Lib. xix de Civit. Dei, c. 26*), Dios es la bienaventurada vida del hombre: ahora bien, si de un hombre se separa el alma, queda muerto ó cadáver, que quiere decir *caro data vermibus*; de la misma manera si de un hombre se aparta Dios, ó si alguno busca fuera de Dios su felicidad, vedle ya un infeliz, dado á los gusanos de los remordimientos y miserias.

¿Dónde halla el pez su vida y su felicidad? en el agua, que es su propio elemento: si le sacan del agua, palpita y muere luego; del mismo modo separado el hombre de Dios, que es el objeto propio de su voluntad, palpitará y hallará luego desgracias de muerte. Cuando el pez se halla fuera del agua, forcejea por volver á ella: mucho mas inquieto está el corazón humano, hasta que llegue á descansar en Dios, segun aquella expresion del citado Padre: *Irrequietum est cor nostrum, donec requiescat in te*. Inquieta está la brújula hasta que ha dado con el norte: nuestro norte, nuestro último fin es Dios; por esto estará inquieto el corazón hasta que le encuentre y quede unido con él. Va y viene la péndula del reloj excitada de las pesas; si no fuesen estas, seguiria su natural direccion y tendencia al centro: esto mismo nos sucede á nosotros: los bienes terrenos son las pesas que nos separan de nuestro centro que es

Dios, y nos tienen en oscilacion continua como á la péndula. ¿Sabeis por qué las cosas de este mundo no sacian al hombre? Porque no son el manjar natural del alma; responde san Bernardo. El aire es el natural alimento del camaleon; y ¿qué risa no causaria un hombre que, muriéndose de hambre, se pusiese con la boca abierta para alimentarse del aire atmosférico? Mas digna de risa y de compasion es el alma que pretende hartarse con los bienes caducos, que son comida de bestias. Ellos, segun la expresion del mismo san Bernardo, podrán ocuparnos, mas no llenarnos; porque como somos capaces de poseer á Dios, solamente Dios nos puede saciar. Llenas están las historias, así sagradas como profanas, de ejemplos que confirman esta verdad. ¿Cuántos hombres se han visto, que colmados de riquezas y honores han dado á su cuerpo todos los deleites? Y al cabo, despues de haber probado, como Salomon, todo lo que hay debajo del sol, han debido exclamar con aquel Monarca: *Todo es vanidad de vanidades y asficción de espíritu.* (*Ecles. i, 14*).

Pero no hay necesidad de acudir á la historia; basta la experiencia de cada uno de vosotros, ó amadores del mundo; bastará que registrando los varios cuadros de esta *Galería*, sepais cotejarlos con las tristes huellas que dejó impresas en vuestra alma la alegría pasada, ó con el insondable vacío que dejan en vuestro corazón los bienes, los honores y deleites que estais disfrutando. A no haber perdido enteramente el juicio, de vez en cuando daréis un suspiro, repitiendo aquellas palabras del Espíritu Santo: *Nos hemos can-*

sado en el camino de la iniquidad. (Sap. v, 7). Ó sino, decidme: ¿cómo os halláis con las riquezas? ¿No son espinas, como las llama Jesucristo (Matthæi, XIII, 22), que os punzan y penetran el corazón? No lo podéis negar; os punzan, antes de poseerlas, con mil cuidados, desvelos, ansiedades, y quizás con el remordimiento de mil injusticias. Y cuando las poseéis, ¿no os dan penetrantes punzadas con los temores de perderlas y anhelo de aumentarlas? Pero las mas crueles heridas que os atraviesan el corazón, son al tiempo de perderlas. ¡Qué sentimiento! ¡qué amargura! ¡qué desesperacion! ¡Cuántos al perder las riquezas han perdido con ellas el juicio y hasta la vida!

¿Sabréis explicarme qué solaz habeis encontrado en los honores? Os veo atascados... pues yo os lo diré. ¿Veis aquellos dos colosos que se llaman el gigante y la gigantea? ¡Qué aparato! ¡qué bizarría! ¡qué vanidad es la suya! Pero reparad allá dentro á dos pobres hombres que están sudando á maresal enorme peso de figuras tan descomunales. Y vosotros, que arrebatáis los ojos de la multitud, cuando os presentáis al público cargados de títulos y honores, ufanos con la púrpura y con el oro, ¿no sois unos verdaderos gigantes? Mas ¡ay! ¡quién pudiera penetrar en el retiro de vuestra alma! Veria allá dentro de vuestro pecho un pobre hombre, y no más, un corazón oprimido de cuidados, herido de emulaciones, y casi muerto de fatigas y disgustos. ¡Oh caballeros! ¡oh damas del mundo! si por un momento saliéseis al balcón de vuestros dorados palacios, y nos abriéseis vuestro pecho, ¡qué corazones veríamos!

¡cuán negros quizás de tristeza, de rencor, de envidia!!!

Pero ¿no me diréis algo de la satisfacción de los sentidos? ¿Se os ha saciado el ojo de ver? ¿ó la oreja de oír? ¿ó el olfato de oler? ¿ó el paladar de gustar, aun cuando traspasais los límites de la templanza? ¿Cuántas veces os hicisteis inferiores á las bestias? Estas, por mas instadas que sean, se abstienen de comer y beber, cuando su natural instinto les dice que tienen lo bastante: vosotros con toda la luz de la razon no acabais de conocerlo, ó dado que lo conozeais, no os deteneis, llegando á perder el uso de la misma razon y aun de los sentidos entre los excesos de la gula, entre los espesos humos de la embriaguez. ¡Qué miseria!

Y del deleite carnal, ¿qué fruto habeis sacado? no otro sino aquella tristeza que, sin saber cómo, os consume las entrañas. Léjos de quedar satisfechos, venís á parar como los hidrójicos ó calenturientos que, cuanto mas beben, mas sed tienen. Aquí es donde se verifica aquello del Profeta: *El hombre, cuando estaba en honor, no lo entendió; ha sido comparado á las bestias insensatas, y se ha hecho semejante á ellas.* (Ps. XLVIII, 13). ¿Y no os avergonzais de sacrificar la razon á los brutales excesos de una pasión que os pone al nivel de los jumentos? He dicho poco; aun os degradáis y envileceis mas que las mismas bestias; estas obran solamente en ciertos tiempos del año á impulsos de su natural instinto, para conservar y aumentar su especie. Mas vosotros obráis en todos tiempos y en todos los instantes del tiempo, no para la conservacion ó aumento de la es-

pecie humana, según el orden establecido por el Autor de la naturaleza, sino para satisfacer vuestros mas que bestiales apetitos; estrujando la salud, consumiendo las fuerzas, destruyendo el equilibrio de los humores, abriendo la puerta á una hueste de enfermedades que, obligándoos á arrastrar una vida achacosa, aceleran el vuelo de la muerte.

Nada digo de la pérdida de la hacienda, del honor, de la paz... pues eso es nada en comparación del alma que, perdido el cielo, queda perdida para siempre jamás. ¡Oh! ¡dichoso aquel que sabe mantenerse casto en su estado virginal, conyugal ó vidual! Este es un ángel, dice san Ambrosio; mas el deshonesto es un diablo encarnado: *Qui castitatem servavit, angelus est: qui autem perdidit, diabolus*. Porque si el demonio es llamado en las sagradas Escrituras asesino y matador de las almas, en mayor número las mata el lascivo con el veneno de su lengua, con la peste de su mal ejemplo, con solo su fétido aliento. ¡Ay de aquellos que llegan á rozarse con tal apestado! víctimas del contagio, servirán de cebo para atraer otras mil víctimas: que de esta manera el capital enemigo de la sociedad, el infame destructor del linaje humano, el lujurioso llena de cadáveres los cementerios y de almas el infierno. ¡Qué ceguedad! ¡qué locura! ¡qué crueldad! ¡qué desgracias!

Tan funesto cuadro presentan los mortales afeitados en coger una vana sombra que como aire se desvanece entre sus brazos, corriendo unos en pos de las riquezas, otros de los honores, otros de los placeres sensuales, empeñados todos en lograr

un imposible, la felicidad fuera de Dios. Dignóse el Señor echar sobre ellos desde el cielo una mirada compasiva: *Dominus de caelo prospexit super filios hominum, ut videat si est intelligens aut requirens Deum* (Ps. XIII, 2): y viendo que todos se habian extraviado y hecho á una inútiles; que no hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno; resuelve bajar el mismo desde el trono de su gloria á la tierra: el Verbo eterno se hizo carne, para que fuese salva toda carne; vestido de nuestro lodo, hecho semejante á los hombres en todo, menos en el pecado, habitó entre nosotros para enseñarnos el camino que debemos seguir, y por donde hemos de llegar á la posesion de aquella gloria, de la cual dijo David, que con sola su vista quedaria enteramente saciado: *Satiabor cum apparuerit gloria tua*. (Ps. XVI, 15). *Yo soy, dice, el camino, la verdad y la vida* (Joan. XIV, 6): *si alguno quiere venir en pos de mí, nieguese á sí mismo, tome su cruz, y sigame*. (Matth. XVI, 24).

Pero mirad por qué senderos nos conduce el Maestro de la divina sabiduría: nacido en las estrechuras de un pesebre, pasa una vida tan pobre, que no tiene, como lo asegura en su Evangelio, donde reclinar la cabeza (Matth. VIII, 20): ved ahí sus riquezas; todo su honor le cifra en la forma de siervo que ha tomado, humillándose, anonadándose, agotándose á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte ignominiosa de cruz (Philip. II, 7, 8); y aquí, aquí es donde nos enseña la delicadeza y regalo con que conviene tratar nuestro cuerpo. Elevado en el árbol de la cruz, arroja del trono de su imperio al príncipe del mundo, atrayendo á sí todas las co-

ras (*Joan. xii, 31, 32*), vencíendole en sí mismo, despojándose de su carne, con hacerla pasar por las mas duras aflicciones y tormentos. Como Gedeon triunfo de los madianitas, dando golpes sobre su cántaro de barro, y mandando á sus soldados que hicieran lo mismo; así Jesucristo, simbolizado en aquella prodigiosa victoria, triunfa de los mas poderosos enemigos á fuerza de durísimos golpes descargados sobre su delicada carne, conforme lo habia anunciado el profeta Isaias: *Superasti, sicut in die Madian. (Isai. ix, v. 4)*. Y así como Gedeon animaba con su ejemplo á sus soldados, diciéndoles: *Haced lo que viéreis que yo hago*; de la misma manera Jesucristo, de quien justamente está escrito, *que fue atormentado por nuestras maldades (Isai. liii, 5)*, despojando los principados y potestades en el madero de la cruz (*Colos. ii, 15*), nos exhorta y convida á todos con su ejemplo á que castigemos nuestra carne, cargándonos la cruz de la penitencia, si queremos vencer gloriosamente los obstáculos que se nos oponen en el camino de la virtud, que es el de la verdadera felicidad: *Quod me facere videritis, hoc facite. (Judic. vii, 17)*.

¿Cómo os atreveréis, nos dice, á hacer frente á vuestros enemigos, si vestidos de una carne frágil é inclinada al pecado, no la mortificais y venceis, habiendo yo mortificado con una cruz tan pesada mi inocentísima carne, antes de dar la batalla á las potestades del infierno, antes de destruirlas con aquel completo triunfo que habia de ensalzarme á la diestra de mi Padre con un nombre que es sobre todo nombre? (*Philip. ii, 9*). Si antes de entrar en los tabernáculos de mi glo-

ria, convino que yo padeciese y triunfase de mis enemigos en mí mismo, ¿cómo pretendéis vosotros ceñir la corona que está reservada á los que pelearen segun la ley, sino venciendo los muchos y poderosos enemigos que os combaten, triunfando de ellos en vosotros mismos, esto es, mortificando vuestras pasiones, castigando vuestra carne, crucificándola con todos los vicios y concupiscencias? *Quod me facere videritis, hoc facite.*

Tal es la cruz con que nos brinda Jesucristo, y en la que dejó vinculada la felicidad eterna, que ha de saciar algun dia todos nuestros deseos, y aun la temporal, tal cual puede conseguirse en esta vida con el desprecio del mundo, con el sacrificio del corazon, de las pasiones y de los sentidos, con una total abnegacion y entera conformidad con la voluntad divina. Así está simbolizado en la figura quinta, que es un triángulo (imágen del alma) con una cruz que llena todos los ángulos, y por lo mismo el triángulo entero, puesto que en cada uno de los ángulos están comprendidas y terminadas todas las líneas que vienen del respectivo lado opuesto; á la manera que en un abanico todas las varillas ó radios se unen por el extremo inferior con un clavillo. De un modo semejante el árbol de la cruz reune en cada uno de los tres ángulos, en Dios trino y uno, todos los pensamientos y afectos del hombre; así le consuela con la esperanza de su último fruto, que es la eterna bienaventuranza, la vista y posesion de Dios en el cielo; y le hace tambien feliz en cuanto cabe acá en la tierra, poniendo coto á sus deseos con la mortificacion interna y externa, y regulándolos todos por la voluntad de Dios. Así

es como el Apóstol hallaba toda su gloria y todas sus delicias en la cruz, repitiendo á cada paso: *No permita Dios que yo me glorie, sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me está crucificado para mí, y yo para el mundo.* (Galat. VI, 14).

En este árbol de vida hallará el hombre el remedio de todas esas enfermedades del alma, que haciéndole infeliz en este mundo, acaban por precipitarle en la infelicidad de una muerte eterna. Ellas nacen del amor á las riquezas, del amor á los honores, y del amor á los deleites del cuerpo: pues ved ahí el remedio escrito con caracteres indelebles en los brazos de la cruz: *la meditacion de las verdades eternas.* Como estas son muchas, he resuelto notar al través de los cuadros de esta *Galería* los cinco mas eficaces para desengañar á los mundanos, que como sensuales no viven sino segun los cinco sentidos: aquí podrán recapacitarlas y aun apuntarlas en el librito de memoria para tenerlas siempre delante de los ojos, y á fuerza de leerlas, imprimirlas en las telas de su corazon.

1.<sup>a</sup> *verdad.* Estamos en este mundo, no para vivir segun el mundo, sino para servir á Dios y salvar nuestra alma; pues todo el mundo entero nada nos aprovechará, si tenemos la desgracia de perderla.

2.<sup>a</sup> Un solo pecado mortal basta para condenarnos; el pecado es el único mal que se debe temer, porque es el único que puede perdernos eternamente.

3.<sup>a</sup> Algun dia morirémos, y no tenemos un instante seguro, pues que cada momento puede ser el último de nuestra vida.

4.<sup>a</sup> En el mismo instante en que muriéremos, serémos presentados al tribunal de Jesucristo, justísimo juez, que nos pedirá estrecha cuenta de todos nuestros pensamientos, palabras y obras.

5.<sup>a</sup> Despues de la vida presente, que fenecerá presto, vendrá la eternidad que jamás tendrá fin: ó eternidad dichosa, que es la reunion de todos los bienes en el premio de los escogidos, ó eternidad desgraciada, que es el cúmulo de todos los males en el castigo de los réprobos.

Estas son, ó mortales que paseais por esta *Galería*, las cinco verdades que presento á vuestra vista: bien seguro es que si las meditais con la detencion que se merecen, producirán todo el fruto que deseo. En efecto, ¿quién es el que pensando con madura reflexion que ha sido puesto en la tierra, no por otro fin que para servir á Dios y salvar su alma, pase su vida ocupado en las bagatelas y tonterías de este mundo, echando en olvido el único negocio que debe ocupar toda su atencion, y del que depende toda su suerte? ¿Quién habrá que persuadido de que un solo pecado mortal basta para condenarse, no se horrorice de la sola sombra de pecado? ¿Ó si alguna vez tuviere la desgracia de cometerle, no corra al instante á confesarse para salir de tan fatal estado de perdicion eterna? ¿Quién es el que considerando que en cada momento puede morir, no esté siempre preparándose para morir bien? ¿Quién es el que creyendo que en acabando de morir ha de ser presentado al divino Juez, no procure desde ahora arreglar cuentas, y poner bien las cosas de su alma? ¿quién será el hombre que reflexionando que despues de esta vida

momentánea le espera una eternidad feliz ó infeliz, no ponga todos los medios para conseguirla dichosa?

¡ Oh hombres ciegos é insensatos! ¿ qué haceis si no os ocupais de estos grandes objetos? ¡ Almas inmortales, criadas á imágen y semejanza de Dios! reflexionad siquiera por un momento de dónde venís y á dónde vais á parar: de quién habeis recibido el ser, y á quien debeis el corazon; mirad que nada habeis traído á este mundo, y nada os llevaréis al salir de él sino una pobre mortaja, ó como decia Job: *Solum mihi superest sepulchrum.* (Job, xvii, 1). Por mas que hayais nadado en las riquezas, por mas honores que hayais obtenido, y por mas regalos que hayais dado á vuestro cuerpo: nada os valdrá en la hora de la muerte: solamente os servirán estas cosas para haceros mas amarga aquella hora, mas severa la cuenta, y mas terrible la condenacion, como al rico Epulon, y para obligaros á exclamar con el rey Agag: *Siccine separat amara mors?* ¿ Así me separa de todo la amarga muerte? (I Reg. xv, 32). ¡ Oh! ¡ si os acordáseis de tan tremendo trance! ¡ cuán cierto es que no pecaríais jamás, como lo asegura el Espíritu Santo: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis!!!* (Eccli. vii, 40).

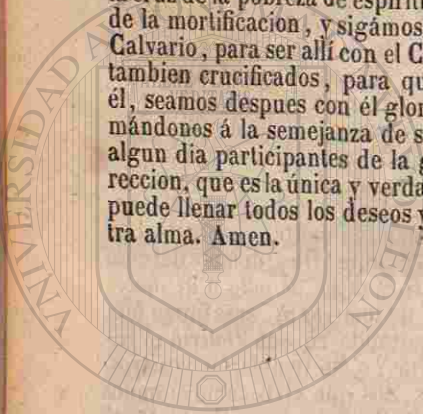
¿ No veis como la sanguiuela que está hinchándose de sangre humana, con solo ponerle un poco de ceniza en la cabeza, suelta la piel, y no solo desiste de chupar, sino que tambien suelta la sangre hurtada? Pues de la misma manera la ceniza en que ha de venir á parar el cuerpo del hombre, y que una vez al año aplica la Iglesia

en su cabeza, es decir, la memoria de la muerte, será el medio mas eficaz para separarle de las riquezas, honores y deleites que con tanto anhelo va chupando, y aun para obligarle á restituir lo mal adquirido, y á compensar con la penitencia los regalos con que haya cebado sus pasiones.

Así se ha verificado en muchos hombres de quienes nos refiere la historia, que al considerar la nada de las cosas de la tierra, y lo grande de los bienes del cielo, dieron de mano al mundo engañoso, se internaron en los desiertos, se escondieron en las cavernas, y viviendo allí ocupados en la meditacion de las verdades eternas, entre la oracion, el ayuno, el cilicio, las vigiliass, las sangrientas disciplinas y todo género de austeridades, aun temian la muerte, aun temblaban de los justos juicios de aquel Dios, delante del cual *no sabe el hombre si es digno de odio ó de amor.* (Eccli. ix, 1). ¿ Y no temerás tú, seas quien fueres, el que estás mirando en esta Galeria el retrato de tus miserias? ¿ No temblaréis vosotros, hombres sensuales, los que vivís como si nunca hubiéseis de morir? ¿ Por ventura teneis otro Dios? ¿ Habeis recibido otro Evangelio? No, por cierto, *un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo,* dice el Apóstol (Eph. iv, 5): un mismo cielo para todos los buenos; un infierno para todos los malos: estas son en resumen las inmutables verdades, cuya contemplacion hizo tantos Santos penitentes y anacoretas; si á vosotros no os causan apenas impresion alguna, es porque teneis ojos y no veis, y como ciegos os precipitais en los abismos infernales.

Parad, hermanos míos, abrid los ojos de una

vez; mirad dónde poneis el pié, porque os engañan vuestros enemigos, el mundo, el demonio y la carne. No, no salgais de esta *Galería*, sin reconciliaros antes con Jesucristo; y desde luego tomando por guía al que es el camino, la verdad y la vida, abracemos todos y cada uno de nosotros la cruz de la pobreza de espíritu, de la abyeccion, de la mortificación, y sigámosle hasta la cima del Calvario, para ser allí con el Crucificado nosotros tambien crucificados, para que padeciendo con él, seamos despues con él glorificados, y conformándonos á la semejanza de su muerte, seamos algun dia participantes de la gloria de su resurreccion, que es la única y verdadera felicidad que puede llenar todos los deseos y apetitos de nuestra alma. Amen.



FIN DE LA GALERÍA DEL DESENGAÑO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EL RICO EPULON EN EL INFIERNO.

### PRÓLOGO.

Muy amado lector y hermano en Jesucristo: nos aseguró san Gregorio Magno que no hay cosa que tanto mueva los corazones de los hombres como el ejemplo de los demás: diciendo, que el de los buenos mueve á imitarlo, y el de los pecadores castigados infunde temor y les aparta del mal, para no incurrir en la misma Verdad eterna, Jesucristo Señor nuestro, quien no contento de haber muchas veces predicado las penas que los pecadores padecen en los infiernos, á fin de que los mortales se enmendasen de sus pecados y no tuviesen que experimentarlas; para mas moverlos les contó el estado infeliz y desgraciado del rico Epulon, cuya historia nos refiere el evangelista san Lucas en el capítulo xvi de su Evangelio, historia de que, por ser tan reciente, se valió el divino Maestro, segun dice Eutimio, para causar mas impresion en el ánimo de los oyentes, y para desprenderlos mas del apego á las riquezas y deleites breves y engañosos de este mundo.

El infeliz desgraciado Epulon vivia segun aquella máxima brutal de Epicuro, que dice: *Ede, bibe, lude; post mortem nulla voluptas: Come, bebe, diviértete; que con la muerte todo se acaba.* Sí, se aca-



*Confutatis maledictis,  
Flammis acribus addictis,  
Voca me cum benedictis.*

### DÉCIMA.

Con iguales contrapesos  
Juzgaréis á los mortales;  
Con suertes muy desiguales  
Fulminaréis los procesos:  
Y cuando por sus excesos  
Aterrados los malditos,  
Leyendo allí sus delitos,  
Reciban eterna muerte,  
Tenga yo dichosa suerte,  
Llamadme con los benditos.



ban, no hay duda, las riquezas, felicidades y deleites mundanos; pero no se acabarán las penas y tormentos del infierno, si se tiene la desgracia de morir en pecado mortal, y cabalmente empezarán en el momento en que menos se piense, como se lee en el libro de Job, quien en el capítulo XXI, 13, 15, hablando de los malos, dice: *Pasan en delicias los días de su vida, y en un momento bajan á los infiernos; estos son los que dijeron á Dios: Apártate de nosotros, que no queremos saber la ciencia de tus caminos. ¿Quién es ese Omnipotente, para que nos empleemos en su servicio? ¿qué provecho hemos de sacar de implorar su auxilio?... ¡Oh! cuán á menudo se apaga de un golpe la antorcha de las riquezas, honores y deleites de los pecadores mundanos, y viene sobre ellos un diluvio de males, y Dios en el furor de su ira les reparte buena porcion de dolores correspondientes á sus pecados!*

Así lo experimentó el rico Epulon; entregado á los deleites del cuerpo, se olvidó de su último fin y de sus esenciales obligaciones para con Dios, para consigo mismo, y para con el prójimo; y en la hora en que menos pensaba, se vió sepullado en el infierno. Allí entre lamentos y suspiros pedía que se enviara á Lázaro á casa de su padre, á fin de que previniese á sus cinco hermanos, y estos se guardasen de caer en aquel lugar de tormentos. Pero se le contestó que ya tenían á Moisés y á los Profetas, y que si no escuchaban á estos, aun cuando uno de los muertos les avisara, tampoco le darian crédito: á tal grado de ceguera de entendimiento y dureza de corazón llevan los vicios. Mas aquellos, de quienes habla el Evan-

gelista, eran hebreos, gente de dura cerviz y de corazones incircuncisos, como dice san Estéban; pero con los cristianos me parece que no ha de valer esta razon: pues que han aprendido de su divino Maestro el ser mansos y humildes de corazón, y por lo mismo el ser dóciles, no digo á los avisos de Lázaro, sino aun á las voces del mismo Epulon. Escúchalas, pues, ó benévolo lector, y yo te prometo, que si lo haces con la atencion y disposicion de ánimo que se merecen, si eres pecador, te convertirás, y si justo, aun te justificarás mas. Así te lo deseo.

VOCES Ó AYES

**DEL RICO EPULON,**

GRANDE Y PODEROSO DEL MUNDO.

En esta mansion de horror  
Y de sempiterno llanto,  
Es inmenso mi quebranto,  
Es inmenso mi dolor.

¡Ay de mí, que atormentado  
Con suplicios infinitos,  
Aquí pago mis delitos,  
Entre llamas sepultado!

Soy aquel rico gloton  
Que viví cual fiera hiena,  
Y que á la miseria ajena  
Cerré siempre el corazón.

Yo que en el mundo viviendo  
De mi deber olvidado,  
Saltaba precipitado  
Tras de los vicios corriendo.

En banquetes temulentos  
Dado á deleites brutales,  
Y á las torpezas carnales  
Consagraba los momentos.  
Mi descaro é insolencia  
Cerró siempre los oídos  
A avisos muy repetidos  
Que me daba la conciencia.  
Y era tanta mi dureza,  
Que al pobre en su desventura  
Insulté con saña dura,  
Me refé de su pobreza.  
Aquel triste desvalido  
Lázaro infeliz un día  
Limosna á mí me pedia  
Muy postrado y abatido.  
Decía con tierno acento:  
Ten de mí, Epulon, piedad,  
Mira mi mendicidad,  
Alárgame algun sustento.  
Yo que regaladamente  
Estaba entonces comiendo,  
Asco de Lázaro haciendo,  
Le respondí bruscamente:  
¿A dónde vas, andrajoso?  
Mucho atrevimiento tienes;  
Mi placer á turbar vienes  
Con tu semblante asqueroso.  
Véte, apártate de aquí,  
Que aunque deploras tu suerte  
Cási en brazos de la muerte,  
Nada alcanzarás de mí.  
Y Lázaro sollozó,  
Viendo el duro pecho mio;

Epulon, dijo, sé pio,  
Por el Dios que nos crió.  
Una migaja siquiera,  
O rico, para aliviarme,  
A lo menos puedes darme  
Lo que tu perro no quiera.  
Yo á Lázaro repliqué:  
Aparta, mendigo insano;  
Que solloces es en vano,  
Para que limosna dé.  
Qué, ¿por fin tú te decides  
Por Dios limosna á clamar?  
¿Y así piénsasla alcanzar  
De mí, que por Dios la pides?  
Yo del mundo entre caricias  
Vivo, y otro Dios no quiero,  
Que mi vientre que venero  
Con regalos, con delicias.  
Dije, la vista apartando  
De Lázaro mendigante,  
Quien se retiró al instante  
Triste y á mares llorando.  
Mas ¡ay! que aquí la medida  
De mis crímenes se llena;  
Luego la hora fatal suena  
De mi última partida.  
¡Ay de mí, triste Epulon!  
Dejé aquel breve contento,  
Salí del mundo al momento  
A eterna condenacion.  
Al mismo tiempo murió  
Aquel Lázaro andrajoso,  
Y para el eterno gozo  
Del breve penar partió.

La mayor felicidad  
Ha de ser su recompensa;  
Para mí una pena inmensa  
Por toda la eternidad.

Desde aquí en mi grande afán,  
Para desdicha mayor,  
Se me permitió ¡oh dolor!  
Verle en el Seno de Abrahán,

Mientras que alegre esperaba  
De Cristo el advenimiento,  
Para ir á aquel contento  
Y gran bien que nunca acaba.

Lázaro, al punto exclamé,  
Mira mi enlutado anhelo;  
Dame, dame algún consuelo,  
Aunque yo te lo negué.

Dame ¡ay! algún lenitivo,  
Socorro, algún refrigerio;  
Mírame en tanto improprio  
Y estado tan afflictivo.

Y una voz me respondió:  
«Epulon, en vano llamas;  
«Pues ninguno en estas llamas  
«Jamás consuelo alcanzó.

«Tú en el mundo fuiste rico,  
«De tu riqueza abusaste,  
«Y así al fin te condenaste  
«Por tu proceder inico.

«Dos sendas hay, y se ofrecen,  
«Para que elija el mortal,  
«Estas son el bien y el mal:  
«Por el mal todos perecen.

«El mal camino elegiste,  
«Tu perdición tú buscaste;

«Cuando en el mundo moraste,  
«Ya el galardón recibiste.  
«¿No tuviste libertad  
«Como cualquier otro hermano?  
«Pues ¿por qué corriste afano  
«En pos de la iniquidad?

«Para tu mayor desdoro  
«Despreciaste, hombre perverso,  
«Al que crió el universo;  
«Solo amaste tu tesoro.

«Necio, ser un Dios creías,  
«Tú la moral insultabas,  
«Y sin freno tripudiabas,  
«Y al mendigo escarnecías.

«Con un proceder tan ruin,  
«Todo mortal que así vive,  
«Epulon, no, no consigue  
«Otra cosa que un mal fin.

«¡Ojalá que escarmentaran  
«Con tu ejemplo los mortales,  
«Y esas sendas infernales  
«Con todo esfuerzo evitaran!»

Así se expresó la voz,  
La vision desaparece,  
Contra mí se encrucelece  
Un remordimiento atroz.

El siempre me representa  
El bien que dejé de hacer;  
Y por mi mal proceder,  
Mas me angustia y me atormenta.

Un eco triste ¡infeliz!  
Dice: *pudiste salvarte,*  
*Preferiste condenarte*  
*Con tu culpable deslíz.*

¡Oh! ¡qué azarosa memoria,  
Que por un breve placer  
Haya venido á perder  
Una eternidad de gloria!  
¿Por qué me dejé engañar  
En mi loco frenesi?  
No he conseguido ¡ay de mí!  
Sino un amargo penar.  
Se abrasa mi corazón  
De llamas en un diluvio:  
Soy un Etna, soy Vesubio,  
Todo desesperacion.  
Tempestuoso mar de ardores  
Es esta mansion horrenda,  
Do siento pena tremenda,  
Los mas terribles dolores.  
Clamo, grito, en vano ruego,  
Sin alivio estoy sediente;  
Soy mas que una pira ardiente,  
Todo un ascua, todo fuego.  
Y en tan horrible penar,  
Aun exceden mis penas  
Al sinnúmero de arenas  
De playa y fondo del mar.  
Y este mi fiero tormento  
*Siempre, siempre* durará,  
*Jamás, jamás* cesará,  
Ni por un solo momento.  
Inútil aquí el llorar,  
Pues que nada hay de terneza;  
Crueldad todo es, dureza,  
Y penar y mas penar.  
¡Cuántos, ay, aquí se ven  
De rabia llenos y de ira,

Y el uno al otro se mira  
Con el mas brutal desden!  
¡Oh! ¡y qué horrendas visiones!  
¡Ay qué gritos espantosos,  
Plañidos muy dolorosos,  
Y crujidos de prisiones!  
El padre al hijo impropere;  
El hijo maldice al padre;  
La hija á su propia madre  
Con terrible saña fiera.  
La esposa contra el marido  
Maldiciones mil vomita;  
Contra la esposa este grita  
Con furibundo alarido.  
Despechado, ardiente clama  
El hermano aquí rabiando,  
A su hermano impropereando,  
Y cual toro herido brama.  
Se ven que encrudelecidos  
Los amigos se maldicen,  
Mil impropérios se dicen  
De furor, de rabia henchidos.  
Se oye aquí horrible voceo;  
Se ven escenas atroces,  
Acciones las mas feroces,  
Todo es triste clamoreo.  
¿Y acaso no habrá algun medio  
De tantas penas salir?  
No: por *siempre* he de gemir  
Sin alivio, sin remedio.  
¿Por *siempre*? ¿nunca piedad  
Habrá para un condenado?  
¿He de sufrir malhadado  
Por toda una eternidad?  
Sí, por *siempre* eternamente;

Sí, sí, sin ningun consuelo,  
Eterno será mi duelo,  
Atormentado cruelmente.

¡Si la excelsa Omnipotencia  
Me permitiera algun día  
Volver al mundo! yo haria  
Rigurosa penitencia.

Llevaria muy gustoso  
Cuantas penas padecieron  
Los mártires, que sufrieron  
Suplicio el mas horroroso.

Yo cargado de cadenas,  
Yo vestido de cilicio,  
De mí haria un sacrificio,  
Abriendo todas mis venas.

¡Si pudiera aprovecharme!  
¡Si algun tiempo se me diera!  
¡Cuánto, cuánto bien hiciera,  
O cielos, para salvarme!

Mas son vanos mis gemidos,  
Pues los que están en infierno  
Sufrirán tormento eterno,  
Y jamás serán oídos.

¡Oh tú, eternidad terrible!  
Tú sola memoria espanta,  
Sí, me angustia y me quebranta  
En situacion tan horrible.

¿Quién eres? Yo aquí me pierdo...  
Tu siempre, tu siempre ¡ay triste!  
En mi mente fijo existe;  
Tu jamás siempre recuerdo.

¿Nunca, nunca finirás?  
¿Siempre, siempre has de durar?  
¡Qué! ¿nunca te has de acabar?  
No: ¡jamás, jamás, jamás!!!

### RESOLUCION.

A consecuencia de lo que has leído, ¿qué es lo que resuelves, hermano mio? Ya ves que puedes morir en cualquier hora y tal vez en la que menos pienses, como sucedió al desgraciado Epuilon. ¿Qué le aprovecharon á este infeliz todas las riquezas, todos los honores, y todos los gustos que dió á su cuerpo, habiendo perdido á su alma por toda la eternidad? ¿y qué te aprovecharán á tí esas mismas cosas, si como él te pierdes? Tú, para no poner acibar á tus deleites, no quieres pensar en la muerte, juicio é infierno; mas no por esto dejarán de ser las mismas estas verdades, ni dejarás de experimentarlas.

Tal vez para engañarte á tí mismo dirás: Yo ya creo que he de morir; pero no creo que Dios me eche á los infiernos, porque es mi padre, ¿y quién seria el padre que tuviera corazón para echar á su hijo á un fuego como el del infierno? A lo que respondo: No hay duda, Dios es tu padre, pues que él te ha criado y ha impreso en tí su imágen y semejanza, y te quiere hacer heredero del patrimonio celestial; para este fin, es verdad, te ha criado, mas tambien quiere que tú te portes como buen hijo; pero si no cumples como tal, esto es, si quebrantas sus preceptos y mueres en pecado, no lograrás el fin para el que te ha criado. Valgámonos de una semejanza: supongamos que hay un padre que tiene un hijo muy amado y que le quiere hacer heredero de su rico patrimonio; este hijo tiene la desgracia de caer en una enfermedad mortal. ¡Ay! ¡qué pena,

qué sentimiento para aquel buen padre! ¡qué solicitud! ¡qué cuidados! No perdona medio alguno, ni se para en gastos los mas excesivos; no obstante, si á pesar de tantas diligencias en facultativos y remedios al fin se muere, ¿qué hace entonces el padre? muerto ya el hijo, ¿fétido y asqueroso le tendrá en casa? ¿se le pondrá á su lado en la mesa? ¿le constituirá heredero del patrimonio? ¡Oh! no... otro que quede vivo, le sustituirá aunque sea menor, y aquel, aunque mayor y muy amado de su padre, será entregado á los sepultureros ó enterradores de muertos, y estos le colocarán en medio de otros muertos para comida de gusanos. Hagamos la aplicacion: Dios es tu padre, no lo niego, y que te ama muchísimo; este amor que te profesa le ha obligado á enviar á su Hijo para ser tu maestro y médico, el cual, para curar tu mortal enfermedad, ha dado por medicina la sangre de sus venas, disponiendo las dosis de este divino medicamento en los santos Sacramentos. Como si esto aun fuera poco, se ha valido de inspiraciones, de libros espirituales, de predicadores celosos y de buenos confesores, de suerte que no perdona medio, gasto ni diligencia, en una palabra, no puede hacer mas: no obstante si con tantos medios te pierdes, se te dirá: *Perditio tua ex te*: si te has perdido es por tu culpa; si á pesar de tantos medicamentos espirituales te mueres en pecado, ya no podrás habitar en la casa de tu Padre celestial: ya no te sentarás á su lado en su mesa divina, ni podrás jamás participar de aquel rico patrimonio que te tenia preparado en la gloria; sino que te sucederá lo mismo que al rico Epulon, de quien dice el Evangelio: *Sepul-*

*tus est in inferno*: que fue sepultado en el infierno. En efecto lo propio experimentarás tú, si mueres en pecado: serás sepultado en el infierno, serás colocado entre otros condenados, y serás el pábulo de aquel fuego devorador y el juguete de los demonios.

Ea, hermano mio, no seas loco; ten prudencia... ¿Qué pierdes en creer estas cosas y en conformar tus obras con esta creencia? Por cierto que nada perderás sino tus vicios. Resuélvete de una vez; haz una buena confesion general, y Dios de todo te perdonará. Y sino dime: si estuvieras mortalmente enfermo, y te dijese, si tomas esta medicina te curarás infaliblemente, ¿con qué ahinco la tomarías aunque fuese algo amarga? Pues mira, si tomas esta medicina de la confesion con las debidas disposiciones, te aseguro quedarás curado de esa enfermedad mortal de tu alma. ¿Y no la tomarás? ¡Ah! ¡si á Epulon y á cualquier otro condenado se les ofreciera el tiempo y el remedio que á tí, cómo lo aprovecharian! Si tú le desprecias, cuando estés allá, será para tí el gusano que siempre te roerá y nunca jamás morirá, como dice el Evangelio.

Por Dios te suplico, que hagas una buena confesion; que establezcas un nuevo plan de vida; que seas devoto de María santísima; y si así perseveras, te prometo que no irás á aquel lugar de tormentos, sino que serás feliz en el cielo por toda una eternidad, que es lo que te deseo. Asi sea. ®

Aunque las siguientes poesias sean de diverso autor, se insertan á continuacion por ser adecuadas al anterior asunto.



*Considera lo que ha sido de mí: porque lo mismo será de tí: hoy por mí, mañana por tí. (Ecclí. xxxviii, 23).*

**Desengaño de la vida humana,  
y memoria de la muerte.**

Si quieres ver el triste fin que espera  
A todas nuestras vanas fantasías,  
Abre los ojos, mira y considera  
El miserable fin de nuestros días:  
Mira en este retrato y calavera  
En qué paran los gustos y alegrías,  
¡Ay! (aunque me ves en tal retrato),  
Vi, palpé, gusté, oí y usé de olfato.  
Observa en mi figura repugnante  
El desengaño de la humana vida,  
El monarca en su trono rutilante,  
Y el mendigo en su choza carcomida:  
Contemplan todos, pues me ven delante,  
La ley terrible de morir cumplida;  
Ley que á todos con miseria y luto  
Desde al súbdito al rey pagan tributo.

Estos áridos, huesos fríos, secos,  
Esta funesta sombra, esta figura,  
Estas quijadas, cuyos tristes huecos  
Dientes llenaron de sin par blancura,  
Recuerdo son y penetrantes ecos  
De la humana miseria acerba y dura:  
Todo me falta; vida, sentimiento,  
Memoria, voluntad y entendimiento.

Ni un solo instante vivas descuidado:  
Huye el ocio, lisonjas y mentiras,  
El vicio deshonesto acibarado,  
El odio, las venganzas y las iras:  
Huye la vanidad, huye avisado  
Esos placeres á que necio aspiras;  
Mira, que es el sepulcro tu enemigo,  
Y en él tus gustos se hundirán contigo.

Ajusta bien la cuenta, que es forzosa,  
Y ten por cierto, no te escandalice,  
Que te la han de tomar tan rigurosa,  
Que de horror el cabello se te erice:  
Porque será tan triste y espantosa,  
Que el mas osado, mas se atemorice,  
Viendo puesto sus culpas por asiento  
Hasta el mas escondido pensamiento.

¿Qué sirvió el pelo al oro semejante,  
Frente, ceja, nariz, menudo diente,  
De blanca nieve y púrpura el semblante,  
Y ojos cual sol que brilla en el oriente?  
¿Qué el labio de coral? si en un instante  
Dientes, labios, nariz, ojos y frente,  
Cejas, cabello, púrpura y blancura,  
Todo lo consumió la sepultura.

Quando por el camino de la vida  
Segura al parecer iba yo andando,

Con mi hermosura plácida engreida,  
De oro el vestido y perlas arrastrando,  
Asáltóme la muerte, que atrevida  
A mi encuentro salió, y me fue quitando  
Oro, perlas, vestido y hermosura;  
Quedando, como ves, en tal figura.

**DÉCIMAS**

**PARA DESPERTAR AL PECADOR.**

Piensa bien que has de morir,  
Piensa que hay gloria é infierno,  
Bien y mal, y todo eterno,  
Y qué á juicio has de venir:  
Ponte luego á discurrir  
Tu vida y modo de obrar,  
Y que ahora sin pensar,  
Si te diese un accidente,  
Y murieses de repente...  
¿Dónde irías á parar?

Medita lo que te digo,  
Trata de enmendarte fiel,  
Mira que aun este papel  
Será contra tí testigo:  
A que no olvides, te obligo,  
Muerte, juicio, infierno y gloria;  
Deja toda vana gloria,  
Y con cristiano talento,  
No hagas loco pensamiento  
De una tan cuerda memoria.

El tener, has presumido,  
En la postrera ocasion  
Un dolor de contrición...  
Muy pocos lo han conseguido:

Y aunque algunos le han tenido,  
¿Quién, di, tan loco será,  
Que en tal riesgo se pondrá,  
Y cosa tan importante  
Dejará para un instante,  
Que no hay otro, si se va?

Si de una gran cantidad  
Con cuenta errada te hallaras,  
¿Para ajustarla aguardaras  
A estar con enfermedad?  
Pues ¿cómo tu voluntad  
Mal entendida se advierte,  
Y de un negocio tan fuerte,  
Que te importa eterna vida,  
Quieres la mayor partida  
Dejarla para la muerte?

Cierto no puedes saber  
Lo que es del mundo salir,  
Harto harás en resistir,  
Sin que tengas mas que hacer;  
En un momento has de ver,  
En un libro de verdad,  
Escrita tu corta edad  
Entre una y otra congoja,  
Donde al volver una foja,  
Verás una eternidad.

El tacto, gusto y oído,  
Olfato, vista y conciencia  
Llevan (entre la dolencia)  
Su ejercicio confundido:  
Inobediente el sentido,  
Torpe le hallarás y vano;  
Pues ¿cómo quieres, cristiano,  
Estando en la enfermedad,



Mover á la voluntad,  
Si no puedes una mano?  
Dime, ¿qué importa te dén  
El Sacramento y la Uncion,  
Y que hagas tu confesion,  
Si no te confiesas bien?  
¿Cuántos serán los que estén,  
Con tus mismos pensamientos,  
En los eternos tormentos?  
¿Cuántos, cuántos habrán sido  
Los que al infierno habrán ido  
Con todos los Sacramentos?...

Aprisa no se han de hacer  
Cosas que importantes son:  
Y una buena confesion  
Tiempo, tiempo ha menester.  
Sobrado tendrás que hacer,  
Cuando enfermo hayas caído,  
En cuidar de tu sentido:  
Sin que mas vivo tu amor,  
Ande á buscar un dolor,  
Que en su vida no ha tenido.

¿Qué loco engaño recibes,  
Cuando mucha vida quieres,  
En el tiempo que te mueres,  
Aun muriendo lo que vives!  
En tal ocasion no estribes;  
Considera el mal que obraste,  
Y pues sin susto pecaste,  
A Dios dale sin zozobra,  
Contra un olvido que sobra,  
Una memoria que baste.

Si en la hora de la muerte,  
Aun sin pecado mortal,

Lo que divierte hace mal,  
No mas de porque divierte:  
¿Cómo, cuando el daño es fuerte,  
Has de buscar la virtud?  
¿Cómo podrá tu inquietud,  
Desasosiego y violencia,  
Arreglar una conciencia,  
Que no pudo en la salud?...  
Ofender á Dios viviendo,  
Y morir á Dios amando,  
Engaño... pues que aguardando  
Está en juicio muy tremendo.  
¿Cómo no vas advirtiendo,  
Que sobre nunca quererle,  
Toda una vida ofenderle,  
Y un solo instante buscarle,  
Mas que en su bondad amarle,  
Será en tu riesgo perderle?  
Aquel que llegó á vivir,  
Como si piedad no hubiera,  
Jamás la justicia espera,  
Cuando se debe morir:  
No hay aquí que discurrir,  
Porque, á la verdad, entiendo,  
Que aquel que temió viviendo,  
Ha de morir confiando:  
Y ha de morir recelando  
El que vivió no temiendo.  
Tus culpas se han de saber,  
No las quieras encubrir;  
O tú las has de decir,  
O en público se han de leer:  
Si se leen, ha de ser,  
Viendo á tus piés el averno

Para tu castigo eterno.  
Pues ¿no es mejor con victoria  
Decirlas para la gloria,  
Que oírlas para el infierno?

La justicia y la razon,  
Segun fuere tu conciencia,  
Han de fallar la sentencia,  
De que no hay apelacion:

Eterna condenacion  
Sufrirás por tu pecado:  
Hombre que estás bautizado,  
Te pido por el Señor,  
Que medites con temor  
En tu venidero estado.

Fácil se cree un dolor,  
Propósito y confesarse,  
Y luego al punto pasarse  
Desde un olvido a un amor:  
No es fácil, que aunque el favor  
De la gracia es tan valiente,  
Aun está de tí pendiente;  
Mira que es necia ignorancia,  
Cosa de tanta importancia  
Fiarla en un accidente.

Una sentencia, una muerte  
Habrà solo; el juez es Dios;  
Si los fallos fuesen dos,  
Podría cambiar tu suerte.  
¡Jesús, qué lance tan fuerte!  
Mira que es para temblar,  
Que remedio no has de hallar  
Ni en el cielo ni en la tierra;  
Si solo una vez se yerra,  
¡Ay qué terrible penar!

Mira que has perdido el juicio,  
Pues de tí propio homicida,  
Te vas quitando la vida  
Con uno y con otro vicio:  
Porque del loco artificio  
Temporalmente te ves  
Lleno y de humano interés,  
Ahora estás muy ufano;  
Pero repara, cristiano,  
Esto es *ahora*, ¿y *despues*?

Este *despues* considera,  
Que este *ahora* ha de fallar,  
Y el *despues* ha de durar  
Eternamente á cualquiera:  
Este *despues* que te espera,  
Es el que cuidado da,  
Que este *ahora* claro está  
Que es ligero movimiento  
Nacido de un corto aliento,  
Que cuando viene, se va.

Dispon tu cuenta ajustada,  
Que aun asi cuando enfermares,  
Del tiempo que allí encontrares,  
Aun no ha de sobarte nada,  
Mira que de esta jornada  
No se ha de volver jamás,  
Mira el paraje en que estás,  
Que es cosa para aturdir,  
El saber que has de partir  
Sin saber á dónde vas.

REFLEXIONES

**A TODOS LOS CRISTIANOS,  
Y LOS DOS ÁRBOLES.**

En todas tus obras acuérdate de tus novisimos ó postrimerias  
(que has de morir), y no pecarás jamás. (Eccli. vii, 40).



Carísimo cristiano ó cristiana que este escrito lees, sabe que ha sido el amor que te profeso, quien me ha inspirado lo que voy á decirte... Séame Dios testigo de que es verdad cuanto te digo y que deseo tu felicidad. ¿Quieres ser feliz en este y en el otro mundo? Hé aquí el secreto: no peques, y lo alcanzarás. ¿Quieres no pecar? Hay para esto un medio infalible, acuérdate de la muerte, que has de morir, y no pecarás; al efecto te presento esta lámina... ¡qué excelente espejo!!! Así como el que se mira en un espejo ve en él su imágen, tambien tú hallarás en el que te ofrezco diferentes y multiplicadas imágenes de tí mismo. ¿Ves esa calavera? ella es tu imágen<sup>®</sup>: no pasará mucho tiempo, y serás lo que ella es: no tendrás ojos ni narices, labios ni orejas, carne en el rostro ni en las demás partes de tu cuerpo; todo desaparecerá, lo habrán comido los gusanos, pues que á su voracidad serás entregado. Este es el significado de la palabra *cadáver*, carne dada á los gusanos; y de ahí es, que aun

cuando seas la persona mas hermosa, quedarás hecha cebo y pasto de gusanos, fea cual esta calavera.

Y no pienses que has de tardar mucho en hallarte como esta calavera; pues que ya te estás muriendo. Mira de nuevo la lámina; y en ella echarás de ver tres figuras ó imágenes de tu vida: el reloj de arena, una vela ardiendo, y un velon ardiendo tambien; pues bien, repara como sin cesar se escurre la arena, y como el aceite y la cera se consumen, y reflexionando sobre tí mismo verás que tu vida va gastándose en cada instante, y como por momentos vas muriendo. Pero no eches en olvido, que asi como un soplo puede apagar la bujía y velon, por mucha cera y aceite de que estén provistos; así tambien por robusta y gallarda que sea tu juventud, aun cuando reboses salud, si cual un soplo descienso sobre tí un rayo, si te pica un animal venenoso, si se precipita sobre tí un homicida, si das una caída, etc., etc., te quedarás muerto. ¿Y de qué te servirá todo el mundo, si pierdes tu alma, como nos dice el Evangelio?

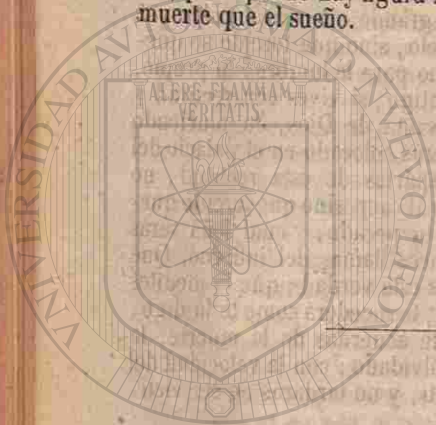
Pero aun hay algo mas que ver en la lámina, vuévela á mirar, y una palma, una espada y una culebra enroscada que forma un círculo, es lo que se presenta á tu vista, y ninguna de estas cosas carece de significado: la palma es el símbolo del triunfo y gloria que te aguardan en el cielo, si vives virtuosamente: la espada el símbolo de la pena que en los infiernos te está preparada, si vives mal; y la culebra formando círculo simboliza la eternidad, y que te recuerda que tu felicidad ó tu desdicha no tendrá fin.

Y has de tener entendido que tu muerte será cual hubiere sido tu vida. Piensa y medita que en cierta manera eres como un árbol; el cual si crece derecho y hermoso, al cortarlo, hállase ser útil para madera, y para ser colocado en un palacio; pero si se cria torcido, cuando le cortan no se endereza por grande que sea el golpe que da al caer en el suelo, sino que torcido se queda, no sirviendo sino para la lumbre: lo propio, pues, sucederá contigo, si vives con rectitud y conforme á la ley santa de Dios, en muriendo acabarás bien, y serás colocado en el palacio del cielo; pero si te apartas de esta rectitud, no pienses enderezarte al caer, sino que torcido quedarás, morirás en tu pecado, y cual leña serás arrojado á las voraces llamas del infierno. Que creas ó que niegues esta verdad; que la medites ó eches al trezado, te sucederá como te lo digo; pues que si tú no te acuerdas de la muerte, la muerte no te tiene olvidado; con la velocidad del rayo corre tras de tí, y no tardarás en ser víctima de su guadaña.

Atiende, pues, á mis avisos; el deseo de tu bien me los dicta;... arregla tus cosas ó negocios, y ponte ya en el estado en que quisieras hallarte en la hora de tu muerte. Haz una sincera y dolorosa confesion; huye del mal; haz acopio de buenas obras, pues que ellas son lo único que podrás llevar de este mundo; lo demás acá se queda; otros se holgarán con tus intereses y hacienda, te cubrirán con una pobre mortaja, con lo peor que hallen quizás en tu casa, te echarán fuera, y tu memoria perecerá.

Por lo tanto acuérdate muy á menudo de la

muerte; pero con especialidad cuando urja alguna tentacion ó te halles en peligro de pecar; y para dar mas importancia á este pensamiento, di: *Este cuerpo se podrá jay! y del alma ¿qué será?... á lo menos dílo á la noche cuando te acuestas, pues que no hay figura mas expresiva de la muerte que el sueño.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Bienaventurado el hombre que me oye y que vela á mis puertas cada día... quien me hallare, hallará la vida y sacará salud del Señor. (Prov. viii, 34, 35).



Esto es lo que promete María á sus verdaderos devotos : y no en balde, porque en ella está toda esperanza de vida y de virtud ; está llena de gracia, y Dios quiere que todos participemos de su plenitud. No sin razon te presento, pues, cristiano ó cristiana, esta imágen de María en una fuente de agua viva, que es el modo con que se dejó ver de aquella su devota Maria Villani, la cual vió que la gente se acercaba á esta fuente, quien con vasija grande y que llevaba gran cantidad de agua; quien con una pequeña, y pequeña cantidad se llevaba, y quien, por fin, que por ir con vasija quebrada, perdía al momento cuanta llevaba : y entendió que los que llevaban vasija grande eran figura de los que se acercan á María con gran confianza ; los que la llevaban pequeña, figuraban los que van con pequeña confianza, y que los de la vasija quebrada, que vertía al momento el agua, eran los que alcanzan gracias de María en las necesidades, enfermedades, etc. ; pero que luego de haber alcanzado lo que pedían, olvidaban las devociones, propósitos y promesas que hicieron á María.

Acudamos todos á María con grande y perseverante confianza : grande, digo, y lo será si nos persuadimos de que Dios por medio de su santísima Madre nos quiere conceder todas las gracias que le pidamos ; que en ella ha depositado todos sus méritos, que son de infinito valor, y que por esta razon la hizo Madre de piedad y de clemen-

cia, y abogada de pecadores; queriendo tambien que se llamase *Maria*, que es lo mismo que *señora de las gracias*, lo mismo que *mar de gracias*.

Autores hay que en cada una de las letras de que se compone el nombre de *Maria* hallan un grande significado. La *M*, que es la primera, quiere decir *Madre nuestra*: *A*, la segunda, quiere decir *Abogada nuestra*: *R*, la tercera, *Refugio de pecadores*: *I*, la cuarta, *Illuminadora de los pecadores que yacen en las sombras de la muerte*: *A*, la quinta, *Arca mistica de Noé*: en la inteligencia que así como en el arca de Noé se salvaron del naufragio personas y animales, así tambien por medio de *Maria* nos salvaremos todos, justos y pecadores, con tal que acudamos á ella: y si del arca salieron brutos los que brutos habian entrado en ella, no sucederá lo mismo en la mistica arca *Maria*; pues que si de veras acudimos á ella, aun cuando hubiéremos llevado una vida carnal, ella nos alcanzará gracia para hacer una verdadera confesion, y nos salvaremos, porque ella ha asegurado que es *Madre de los pecadores que quieren enmendarse*.

Y hemos de acudir á ella tambien con perseverancia y constancia. Personas hay que por algunos dias se consagran á ciertas oraciones y devociones; pero desgraciadamente hoy dejan una, otra mañana; y por último lo dejan todo: ¿Y cuál será la suerte de estos volubles é inconstantes? La del que hoy dejase de comer, mañana no cenase, y por fin no comiese cosa alguna, que infaliblemente moriria; así tambien perderá la vida de la gracia el que no sea devoto de *Maria* santísima.

Al efecto, pues, rezaremos las oraciones del *Angelus Domini* á la mañana, mediodía y noche; el santo Rosario, una *Ave Maria* al dar la hora el reloj, etc., etc.

En honor de la santísima Virgen nos absten-dremos de proferir malas palabras, de hacer obras malas ó de pecar, y hasta por su amor nos absten-dremos de ciertas cosas que por otro lado nos fueran licitas.

En honor de la misma Virgen y á su imitacion, practicaremos las virtudes, v. gr. la humildad, la castidad, la paciencia, la limosna, el amor de Dios y del prójimo.

En honor de *Maria* frecuentaremos los santos sacramentos de la Confesion y Comunión.

Finalmente, cuanto hagamos, hagámoslo á mayor gloria de Dios, poniéndolo en manos de *Maria*, y cuanto nos moleste, sufrámoslo por amor de Dios y de *Maria*, y procuremos atraer á todo el mundo á la devocion de tan bondadosa Madre.

¿Quién de vosotros podrá habitar con el fuego devorador?  
¿quién de entre vosotros habitará con los ardores sempiternos? (Isai. xxxiii, 14).



Ven, cristiano, te diré, á imitacion del Ángel á san Juan, y te haré ver la condenacion de un alma... mira esa lámina; mira tu retrato: tal debias ser tú hace ya mucho tiempo.

Ven, cristiana, te diré como el Ángel á santa Teresa, mira el lugar donde habias de venir á parar... mira esa lámina, mira tu retrato.

¿Qué os parece?... ¿quién de vosotros podrá allí habitar? ¿quién habitará en un horno encendido? Si ahora cae sobre vosotros una chispa de fuego, una gota de agua ó de aceite hirviendo, no podeis sufrir el dolor que os causa, ¿cómo podréis sufrir aquel fuego devorador, si teneis la desgracia de morir en pecado? Dirá quizás alguno: Tal vez no es cierto... ¡Qué es lo que dices, infeliz!... ¡ah! es un dogma de fe! Jesucristo lo asegura en el Evangelio, y para escarmiento nos pone de manifiesto la condenacion del rico Epulon: esta verdad consta tambien de la santa Escritura del Viejo Testamento.

Y no solo esto, hasta la misma razon natural lo dicta. No hay reino bien ordenado en que no se premie el heroismo y no se castigue el delito: instituyéronse al efecto cruces de honor para condecorar, y cárceles y suplicios para castigar. Lo propio, pues, sucede en el reino de Dios, aunque con mayor rectitud: ahora, mientras vivimos, nos deja en libertad para obrar bien ó dejarlo de hacer, ó para obrar mal; pero dia vendrá en que nos llamará á dar cuenta de nosotros



mismos, y si hemos obrado bien, nos dará el premio de ello en el cielo, y si hemos hecho el mal, nos dará el castigo en el infierno, que es el lugar de los tormentos, como nos dice el santo Evangelio.

Estas penas y tormentos del infierno son y deben ser eternas: además de afirmarlo el mismo Dios en muchos lugares de la sagrada Escritura, lo dicta también la misma razón natural; pues que la persona cuando peca, comete una culpa infinita, por cuanto ofende á un Dios infinito, y hé aquí por qué merece un castigo infinito. Además de que mientras vivía en el mundo la persona pecadora, Jesucristo por un efecto de su misericordia la ofrecía sus méritos, que son de un valor infinito, para que se salvase; pero esta ingrata los despreció y quiso condenarse, y ahora allí ya no entrará la redención; se obstinará en su pecado, y Dios continuará el castigo por toda una eternidad, y la dirá, como está escrito: *Sabrás que yo soy un Dios que se castigar; y es muy justo que quien no quiso hacer brillar la misericordia de Dios humillándose y pidiéndole perdón, haga brillar su justicia en el castigo y rigor.*

Quién sabe si á pesar de estas pruebas de la eternidad de las penas del infierno, y de otras muchas que podrían alegarse, habrá todavía alguno que diga: Eso no lo creo yo; porque Dios es nuestro Padre, y ¿qué padre habrá tan desalmado que tenga valor para arrojar al fuego á un hijo suyo? Atiende, es cierto que Dios es nuestro Padre, y que nos quiere hacer herederos del cielo: pero así como un padre que tiene un hijo que es la niña de sus ojos, si este enferma, no perdona medios para volverle la salud, y si á pe-

sar de ello muere, lo lleva al sepulcro, sin intentar jamás sacarlo de allí para llevarlo de nuevo á su casa, y dejarle sucesor de sus bienes, sino que allí lo deja para siempre, y llama á otro á la herencia; lo mismo hace Dios: sin embargo de que es tu padre, que te llama á la herencia celestial, quien mientras vió enferma tu alma no perdonó medios ni diligencias para curarte; pero si tú por no tomar las medicinas, que son la santa penitencia con la aplicación de sus méritos, mueres, te sepultará en los infiernos; en tu lugar pondrá otro que herede el cielo, y tú no saldrás jamás del infierno.

Y ya que con un padre instituyes la comparación, dime: ¿reputarías justo que un padre violentase la voluntad de su hijo? ¿que le retuviese en su casa con la fuerza física, cuando con halagos, caricias y delicias no lo pudiese conseguir? ¿que le hiciese heredero de sus intereses y honores, á pesar de renunciar él la herencia delante la ley, y del modo más solemne y con el mayor desden? ¿que se empeñase en sentarle á la mesa, al paso que él se desatase en injurias las más groseras contra el padre, hasta el exceso de arrojarle á la cara los platos?... Digo más aun: ¿sería justo que le amase el padre, si el hijo con toda malicia y conocimiento se levantase contra los derechos, honores y persona de su padre, coligándose con sus más encarnizados enemigos, y mucho más si habiendo tentado el padre todos los medios imaginables de reducir de su perfidia al hijo, hubiese contestado este, que jamás volvería á la obediencia, antes bien que así quería exhalar su postrer suspiro, y que aun en la tumba

daria voces contra él? Y si al poner en ejecucion el hijo los inícuos medios de llevar á cabo su perfidia, cayese en el lazo ó sima que para defenderse hubiera abierto su padre, en vez de ceder á las amorosas indicaciones del que compadecido de la infeliz suerte de una porcion de sí mismo, intentaba librarle, él no solo se negase á recobrar su libertad, sino que jurando antes morir en su desgracia que humillarse, insultase y aun intentase ahogar entre sus brazos ó desgarrar con su furor á los que pretendian sacarle de allí, ¿reputarias injusto al padre que á tan soberbio como infeliz hijo le dejase abandonado á su propia necesidad? Creo que no me contestarás con un sí. Debo hacerte justicia: alabarias al padre, y aun cuando agotases el diccionario no hallarias términos con que vituperar la conducta de quien, mas bien que hijo, llamarías un mónstruo: todo un código penal se te haría insignificante para castigar tamaños ultrajes.

Ahora bien: ¿no es el hombre quien abandona á Dios? ¿no es el hombre quien insulta y atenta contra Dios, y desprecia con un orgullo el mas feroz cuantos medios de reconciliacion le ofrece, y esto por la continuacion de muchos años? ¿no es el hombre quien con el mayor desprecio renuncia la herencia de este Padre? ¿Y no es Dios quien, cual cariñoso padre, alarga una mano bienhechora á este infeliz hijo que ve caido en la sima? ¿no es el hombre quien á este nuevo rasgo de cariño responde con insultos, sarcasmos y blasfemias, prefiriendo descaradamente su desgracia á la amistad de Dios su padre? ¿Seria justo, seria digno de un Dios, que usando de su

omnipotente poder violentase á su ingrato é insolente hijo, y que con su poder irresistible le tuviese amarrado junto á su retrete solo para oírle como sin cesar vomitaba blasfemias contra su adorable persona? No temo que digas que sí. Confiesa, pues, que la justicia está de parte de Dios; que todo castigo es poco para tanto orgullo y desacato: y que para suplir esta falta, es indispensable apelar á la duracion de ellas; á que duren tanto como la perversidad de la voluntad; y como esta, en el que exhala en pecado mortal el último aliento, es eterna, justo y muy justo es por consiguiente que tambien lo sea aquella.

Y si á pesar de estas reflexiones aun no lo quieres creer, te preguntaré: ¿qué pierdes creyendo? Aun cuando este dogma fuese una patraña, una ficcion (que no lo es), nada aventuras, nada pierdes; y si es una verdad (como lo es) ¡oh! todo lo aventuras, piérdete por toda una eternidad.

Y el no creer ¿no es ya una señal de condenacion? en efecto, así lo asegura el Evangelio: *El que no creyere, se condenará: ya está juzgado, ya está condenado.*

Si con negar estas verdades se evadiese uno de ellas, si no hubiera de experimentarse el rigor de aquellas penas atroces, ¡bello proceder! yo alabaria tu prudencia: pero ¡ay! ese proceder así como no te librá de la muerte, tampoco te librá de ser juzgado y condenado; yo te aseguro que agravará tu condenacion.

Ea, pues, arregla ya tu vida, pues que Dios no quiere, no, la muerte eterna del pecador; sino que se convierta y viva eternamente en el cielo, que á todos deseo. Amen.

## VIDA BUENA Y MALA DEL CRISTIANO,

SIMBOLIZADA

EN EL SAGRADO EVANGELIO

POR MEDIO DE DOS ÁRBOLES,

uno que da fruto, y otro que no lo da.

Declaracion de lo significado en la estampa.

Cuatro cosas se verán en esta estampa: dos árboles, un hombre con una hacha levantada y una hoguera. El árbol casi seco y sin fruto simboliza al cristiano que contentándose con el nombre, ningún cuidado se toma por el fruto de buenas obras: el hombre que con el hacha levantada va dando con él en el suelo, simboliza al tiempo que le va gastando la vida, y á la muerte que no pocas veces le sorprende, y lo hace su víctima cuando menos lo piensa: la hoguera que al otro extremo está ardiendo simboliza al fuego del infierno que está ya preparado para el cristiano que á su fallecimiento se halla sin frutos de penitencia ni virtudes.

El árbol frondoso y cargado de frutos simboliza al buen cristiano; y los tres frutos que de él cuelgan significan las principales virtudes en que debe ejercitarse para agradar á Dios. Así como en el primero se ve alguno que otro ramito verde con que se da á entender que no hay pecador tan malo que alguna vez no haga alguna cosa buena, aunque pro-



siguiendo en su maldad, no le servirá para salvarse; así también se ven algunos secos en el segundo, para denotar que por justo que sea el hombre falla algunas veces, y le es indispensable que estos ramos secos ó faltas las purifique, ó acá en el fuego de la contrición y penitencia, ó en el del purgatorio después de esta vida.

Un error muy funesto domina hoy por desgracia entre muchos cristianos, y tanto mas reprehensible cuanto que es causa de que muchos sin percibirse de ello se hallen sorprendidos y sepultados en los infiernos; y es, que siendo total la indiferencia en que viven, olvidando casi todas las prácticas de la Religión, y cuanto pertenece á Dios y á la salvacion de sus almas, los oiréis sin embargo muy satisfechos y pagados de sí mismos, exclamar: *Yo no hurto, yo no mato: yo no deseo mal á nadie...* y con estas negativas presumen tener tan segura la gloria, como si estuvieran ya en el cielo. ¡Infelices! ¡cuán fuera de camino van!... Para que, pues, salgan de una vez de tan funesto error, y vean cuánto los alucina con esta sombra de virtud y pretende hacerlos partícipes de sus tormentos el padre de la mentira el demonio, cumple á mi deber levantar la voz, y decirles:

1.º Que con esta conducta no corresponden á los designios que Dios se propuso al criarlos, que, como nadie ignora, son, que le amemos y sirvamos en esta vida, para verle en la otra, y así ser felices.

2.º Que no cumplen con aquel precepto del

Señor, que dice: *Apártate de lo malo, y haz lo bueno.* (Ps. xxxiii, 15). Con no hacer lo malo solo se cumple con el uno de los dos extremos que abraza el precepto, y así como todo el mundo sabe, que nadie anda con sola una pierna, ni el pájaro vuela con sola un ala, así tampoco andará camino del cielo, ni volará á él, el que contentándose con no hacer mal, no se cuide de hacer lo bueno, de obrar bien; porque será como si le faltara una pierna ó un ala.

3.º Que los que carezcan de buenas obras no se salvarán, aun cuando no las hubiesen hecho malas, antes bien indefectiblemente se condenarán: y esto es tan cierto, como que Jesucristo lo afirma en su Evangelio, y los ejemplos lo patentizan. En efecto, ni el rico Epulon se abraza en los infiernos por robos y asesinatos, sino por no haber socorrido con limosnas al pobre Lázaro: ni el mal siervo es arrojado á las tinieblas exteriores, esto es, al fuego eterno, por haber robado el talento á su señor, sino por no haber negociado con él; ni finalmente fue cortada y arrojada á la lumbre la higuera porque tuviera frutas silvestres, sino porque no tenia fruto.

4.º La misma razon pone de manifiesto, que Dios no puede darse por satisfecho con la conducta negativa de tales cristianos. Porque ¿cómo se concibe que un amo satisfaga su salario al criado, que si bien no le ha defraudado sus bienes, ni asesinado á sus hijos, ni los ha maltratado, sin embargo no ha querido doblar su cuello á ninguna labor de su casa ó hacienda? Luego Dios nuestro Señor no puede dar el salario de la vida eterna al que no haga obras buenas. ¿Hay alguno

que esté muy satisfecho con un brazo, pierna ó lengua, que si bien no le causan dolor, sin embargo no puede utilizarlos por estar heridos de parálisis? Luego Jesucristo, que es la cabeza de la congregacion de los fieles, tampoco puede estar satisfecho y complacido con los que aun cuando no hacen daño á nadie, le son inútiles por no obrar bien.

5.º Dios quiere dar el cielo como premio y galardón; y ¿llevará el premio el que no le haya merecido, y el galardón el que esté mano sobre mano?

6.º Para que el cuerpo viva, no basta que uno evite los males, que se aparte de los precipicios, que se libre de venenos y sustancias nocivas; este además de indispensable necesidad la comida y bebida, etc., so pena de morir infaliblemente: lo propio sucede á nuestra alma; para que viva vida de la gracia en este mundo, y después la de la gloria, no basta dejar de hacer mal, sino que le es indispensable el hacer obras dignas de la vida eterna, so pena de morir en el pecado, ser sepultada en los abismos infernales, ser roida por el gusano que nunca muere, y abrasada en aquellos ardores sempiternos: créanlo ó no; piénsenlo ó dejen de pensarlo, así sucederá.

### ¿QUÉ FRUTO HAN DE DAR?

Supuesto, pues, que no basta el no hacer mal, sino que es indispensable obrar bien para salvarse, ¿qué obras son estas en que debe ocuparse un cristiano? Son *Ayuno*, *Oracion* y *Limosna*. El buen cristiano es cual un árbol plantado junto á

las corrientes de las aguas, que á su tiempo da sazonados frutos. Esta corriente de las aguas simboliza la abundancia de gracias que Dios derrama sobre él desde lo alto de su trono, y que con ellas su corazón queda fecundizado, produce frutos de buenas obras, y con ella hace lo que sin ella no podía hacer en orden á la vida eterna.

PRIMER FRUTO. El *Ayuno* es el primer fruto que da el árbol de un buen cristiano; y bajo el nombre de ayuno comprendemos toda clase de mortificaciones: quiero decir, que las pasiones, que son la triste herencia que nos legó Adán, han de ser mortificadas, y que nuestra vida ha de conformarse á la de Jesucristo. Ha de tenerse muy presente, que así como un árbol silvestre no da fruto, ó si lo da es ácido é indigesto; pero que ingertándole una púa de superior calidad los da tan excelentes y suaves como los del árbol de que fue tomado el ingerto; así el cristiano, que en el Bautismo recibió el divino ingerto Cristo, ya no debe vivir del viejo Adán, sino del nuevo que es Cristo, y decir con el Apóstol: *Vivo yo, mas no yo: que vive Cristo en mí.* (Galat. II, 20).

Pero si es cierto que Jesucristo por el Bautismo nos da su gracia y nos abre las puertas del cielo que nos había cerrado el pecado, no lo es menos que en nosotros quedan aun los demás efectos del pecado, el desarreglo de las pasiones, las enfermedades y la muerte del cuerpo; disponiéndolo así Dios en su alta providencia, no solo para humillarnos, sino tambien para ejercitar las virtudes, como enseña el santo concilio de Trento, y con especialidad el ayuno ó sea la abstinencia y mortificacion. Y para que lo dicho se entienda

mejor, cumple tambien á mi deber dejar sentado, que el pecado original causó en el apetito de los hijos de Adán casi los mismos efectos que las enfermedades del cuerpo suelen causar en muchas personas: las que de tal suerte alteran el apetito de los pacientes, que les vemos comer á pasto no pocas veces sal, tierra, carbon y otras sustancias nocivas, y que en ellas se saborean con el mayor placer; y no solo eso, sino que haciéndoseles insípido el mejor alimento, no tiene para ellos aliciente el pan, sin embargo de ser el alimento mas principal: resultando de este extravío, que aquellas sustancias nocivas los ponen pálidos, los enflaquecen y extenuan, y por fin los arrastran al sepulcro, si con heroica resolucion con tiempo no les dan de mano. Lo propio sucede, pues, con no pocas personas de resultas del pecado original: de tal suerte tienen estragado el gusto espiritual, que pretenden hallar su fruicion en los honores, riquezas y deleites del mundo; y fastidiados y nauseabundos con la verdadera piedad, que es la única que deberia ocuparlos, por un lamentable contrasentido se tragan el veneno y arrojan la triaca.

¿ Quieren salvarse? pues que den de mano, no solo á todo lo que evidentemente es pecado, sino tambien á todo lo que conduce á él; porque el exceso y desarreglo en la comida y bebida irrita las pasiones, vigoriza la tentacion, y finalmente causa la funesta muerte del pecado. No canta, pues, en vano la Iglesia en el prefacio de la misa de Cuaresma, que el ayuno corporal es un excelente remedio para comprimir los vicios, engendrar las virtudes, y, por fin, elevando la mente á

lo divino, se le señala por medio la vida eterna.

Mas todo esto aun no es suficiente; es indispensable que la mortificacion refrene los sentidos corporales y las potencias del alma, reflexionando seriamente que no las pasiones sino la razon ha de ser la regla de nuestro modo de vivir.

Pero vengamos ya á la práctica; y así digo que el modo de ayunar ó mortificarse será:

1.º No permitirse el menor exceso ni en la comida ni en la bebida.

2.º Observar exactamente los ayunos prescritos por la Iglesia, á no excusar un legitimo impedimento.

3.º Es muy santo y muy loable además el consagrar al ayuno alguno de los dias de la semana: el miércoles, por ejemplo, en desagravio de la injuria que á Jesús hizo Judas vendiéndolo; ó el viernes en honor de su pasion; ó el sábado en honor de la santísima Virgen Maria.

4.º Si la falta de salud ú ocupacion fatigosa no permiten el ayuno formal, entonces suplirlo con abstenerse de comer lo que nos sea mas grato al gusto.

5.º Es muy útil tambien el mortificar los demás sentidos por amor de Jesús y de Maria, v. gr., no mirar, no hablar ni escuchar en tal ó cual ocasion, etc., y haciendo otro tanto con las potencias del alma, distraer los pensamientos que podrian perjudicarnos, v. gr., no juzgar precipitadamente, ahogar al nacer ciertos afectos del corazón, etc., etc. ¡Oh! ¡cuánto podrá merecer el que así se mortifique en cosas de poca monta y entidad!

SEGUNDO FRUTO. La Oracion es el segundo fru-

lo. El cristiano que ayuna y se mortifica está ya muy preparado para la oracion. Esta es la que de un vuelo se remonta hasta los piés del trono del Altísimo, y la que de allí hace descender todas las cosas.

La oracion, aunque es una en sí, puede ser considerada bajo tres diversos respectos; de aquí es que ya se la denomina *mental*, ya *vocal*, y á veces *jaculatoria*: un ejemplo lo aclarará: una manzana, por ejemplo, no es mas que una sustancia, y sin embargo echamos de ver en ella el color, á la par que nos recrean el olor y el sabor; en la oracion sucede lo propio: en sí misma es una; consiste, como dice san Agustin, en elevar á Dios nuestro espíritu; pero abraza las tres cualidades arriba notadas. Y al modo que la manzana no es absolutamente buena, si en ella echamos de menos alguna de las tres cualidades; así tampoco el alma en cuya oracion falta el gusto de la meditacion, el color del rezo ú oracion vocal, y el olor de las jaculatorias. Es indispensable, por consiguiente, tener á lo menos todos los dias:

1.º Media hora de oracion mental. El que sepa leer podrá ayudarse con algun libro que trate de oracion, como son las *Meditaciones* del P. Granada; Villacastin, etc., y el que no, podrá meditar en el Padre nuestro, Ave Maria, Credo, misterios del Rosario, los Novísimos ú otra cosa semejante.

2.º Rezar todos los dias el santo Rosario, las tres *Ave Marias* ó *Angelus Domini* por la mañana, mediodía y noche, y siempre que dé la hora el reloj saludar á la santísima Virgen con una *Ave Maria*.

3.º *Jaculatorias* han de hacerse con tanta frecuencia, que casi deberian ser tantas cuantas las respiraciones así entre dia como por la noche al despertar; hé aqui un modelo: *Dios mio, por Vos hago esta obra:— por Vos sufro: hágase vuestra voluntad:— os amo, mi dulcísimo Jesús:— ¡quién siempre os hubiera amado!— ¡quién nunca os hubiera ofendido, Jesús dulcísimo de mi corazón!— Virgen santísima, ayudadme.*

TERCER FRUTO. La *Caridad* es el tercer fruto, el mas apreciado de Jesús, y el que nos pide de un modo especial.

Es de dos maneras: la una mira á Dios, y la otra al prójimo.

La caridad de Dios consiste:

1.º En observar sus santos mandamientos.

2.º En hacer todas las obras con la mayor perfeccion posible, y á mayor gloria de Dios.

3.º En sufrir cuanto nos molesta con agrado, paciencia y resignacion á la voluntad de Dios.

La caridad que mira al prójimo es tan del agrado de Dios, que el mismo Jesucristo nos asegura que apropia á su persona cuanto hiciéremos con nuestros prójimos. Las obras de esta caridad llámanse *Limosna* ú obras de misericordia, las que son calorce.

*Siete corporales.*

1.ª Dar de comer al hambriento.

2.ª Dar de beber al sediento.

3.ª Vestir al desnudo.

4.ª Visitar los enfermos y encarcelados.

5.ª Dar posada al peregrino.

6.<sup>a</sup> Redimir á los cautivos.

7.<sup>a</sup> Enterrar los muertos.

*Siete espirituales.*

1.<sup>a</sup> Enseñar al ignorante.

2.<sup>a</sup> Dar buen consejo al que lo necesita.

3.<sup>a</sup> Corregir al que yerra.

4.<sup>a</sup> Consolar al triste y afligido.

5.<sup>a</sup> Perdonar por Dios las injurias.

6.<sup>a</sup> Sufrir con paciencia las flaquezas y molestias del prójimo.

7.<sup>a</sup> Rogar á Dios por vivos y difuntos.

Estos son los frutos de buenas obras que debe dar el cristiano si quiere agradar á Dios y salvarse; y no haciéndolo así se condenará por mas que asegure que ni ha robado, ni matado, ni hecho daño; pues que por lo que va dicho puede haberse convencido, que para salvarse no basta una virtud negativa, no basta dejar de hacer mal, sino que es tambien indispensable obrar el bien.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DE LAS REFLEXIONES.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**RESÚMEN**  
**DE LOS PRINCIPALES DOCUMENTOS**

QUE NECESITAN LAS ALMAS QUE ASPIRAN Á LA  
PERFECCION,

escrito bajo el simbolo de

**UNA PALOMA.**

**EXPLICACION DE LA PALOMA.**

El alma que aspira á la perfeccion es llamada varias veces en la sagrada Escritura con el nombre de paloma: *aperi miki... columba mea... ábre-me... paloma mia.* (*Cantic. v, 2*). Yo tambien la llamaré paloma, y con la semejanza de esta ave explicaré lo que debe procurar y hacer el alma cristiana que desea lograr la perfeccion. Para mayor inteligencia he puesto números en la figura de la paloma, los que voy á explicar.

Núm. 1.º El triángulo con el ojo en el centro, que está encima, pero á un lado y enfrente de la paloma, representa á Dios uno y trino, que lo ve todo, y á quien el alma deseosa de la perfeccion debe tener siempre presente. De este mirar siempre á Dios sacarás dos grandes utilidades: la primera, que no pecará, como lo sentia el santo Job (*xvii, 3*) cuando iluminado por el Señor le dirigia estas palabras, *ponedme cerca de Vos, ó en vuestra presencia, y así colocado ya puede venir*



cualquiera contra mí, que no le temo: y así lo experimentaron el casto José y la casta Susana, los cuales pensando que Dios los miraba, no pecaron. Y la segunda, que se adelantará mucho en la perfeccion, como enseñó el mismo Dios al patriarca Abraham, cuando le dijo (*Gen. xvii, 1*): *Anda en mi presencia y sé perfecto*. Procúrela, pues, con todo empeño, y á este fin ejercítese en las prácticas siguientes:

*Práctica 1.ª* Se dirá á menudo á sí mismo, especialmente al dar principio á alguna cosa: *Atiende que Dios te mira; y aunque tú no le veas, él te ve á tí.*

*2.ª* Para ayudarse en este tan interesante ejercicio se considerará dentro de la inmensidad de Dios como está el pájaro dentro del aire, ó el pez en el agua, según aquello del Apóstol que, *en Dios vivimos, nos movemos y somos.*

*3.ª* Para estar con mas amor y alegría, se imaginará que está en la presencia de Dios como un amante en la presencia de su amado, ó como un soldado en la de su príncipe, que está mirando como varonilmente pelea.

*Núm. 2.º* En este número está el corazon, que es lo que Dios mas quiere, y lo que á todos nos pide, diciéndonos en el libro de los Proverbios (*xxiii, 26*): *Hijo mio, dame tu corazon*. Y aunque el corazon humano es todo de Dios por haberle criado y redimido; sin embargo quiere poseerle por libre donacion nuestra, y á este fin nos ha dado el libre albedrio, y con él un medio para acreditarle la gratitud y el amor que le debemos. Y por cierto incurriria en la mas fea nota de ingrato el que no le entregara ese tan pequeño corazon

con todos sus afectos, ya que Dios es tan bueno que se digna pedirnosle.

En el corazon hay dos movimientos, uno llamado *sistole*, y otro *diástole*: el *sistole* es aquel con que esparce la sangre por todo el cuerpo, y significa el obrar que hace el alma perfecta. Todo lo que esta hace, dice y piensa, todo lo endereza á la mayor gloria de Dios y bien de sus prójimos, á quienes mira y ama como miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo; y á todos ellos hace participantes de sus limosnas corporales y espirituales, ó buenas obras, como lo hace el corazon con todos los miembros del cuerpo, sin dejar uno solo, por mas pequeño y vil que parezca, á quien no comunique su influencia. El otro que se llama *diástole*, es aquel con que recoge la sangre que ha circulado por el cuerpo y todos sus miembros. Este movimiento significa no solo la resignacion y conformidad del alma perfecta con la voluntad de Dios en las cosas contrarias, sino tambien la paciencia con que sufre las ingratitudes, molestias y persecuciones de sus prójimos ó miembros del cuerpo místico.

*Práctica 1.ª* Cuando empezare una obra y algunas veces mientras dure, podrá decir: *Señor, esto lo hago por Vos:—lo hago por el prójimo, porque así Vos lo queréis.*

*2.ª* En las cosas adversas dirá: *Sea por amor de Dios:—Mas padecisteis Vos, Jesús mio, por mí.*

*3.ª* Para animarse mas á padecer con paciencia, dará una mirada al infierno, y viendo los tormentos que allí se padecen, reflexionará cuánta gracia le hace Dios en conmutárselos con los ligeros y temporales de este mundo.

NÚMEROS 3.º y 4.º En estos números están los ojos. Segun nos dice el santo Evangelio y nos explican los expositores, el ojo derecho significa la recta intencion, el izquierdo los respetos humanos, y los dos juntos el exámen de conciencia.

El alma amante de la perfeccion debe hacer como el cazador, que al hallar la caza, apunta y tira teniendo abierto solo el ojo derecho y cerrado el izquierdo: despues del tiró mira con los dos ojos, y si ve que ha asestado bien el tiro, se alegra y recoge la caza; pero si ha ido mal, lo siente, y discurre en qué ha faltado para enmendar el error. Lo mismo debe hacer una alma deseosa de la perfeccion: al presentársele alguna cosa que hacer, se dirige allá con el ojo derecho abierto, esto es, con una intencion recta de hacerlo por la gloria de Dios y bien de las almas, teniendo bien cerrado el izquierdo de los respetos humanos. Luego de haber obrado, abre los dos ojos del alma, examinando qué tal ha ido aquella operacion: si ha ido bien, da gracias á Dios y se alegra en el Señor por lo que ha hecho y merecido; y si halla que ha ido mal, se arrepiente y enmienda.

*Práctica 1.ª* Todo lo que hiciere, procure hacerlo para la gloria de Dios y bien de las almas.

*2.ª* Nada hará ni dejará de hacer por respetos humanos.

*3.ª* Despues de todas las obras hará un breve exámen, especialmente al mediodía, y por la noche.

Núm. 5.º Las alas significan la oracion y el silencio. Las aves no pueden volar sin alas, y las almas no pueden tampoco volar á la perfeccion y

union con Dios sin estas dos alas de la ORACION y el SILENCIO. Las aves cuanto mas largas tienen las alas, tanto mas vuelan, y hacen el camino con tanta mas presteza; así las almas cuanto mas largas tengan la oracion y el silencio, tanto mas adelantarán en la perfeccion, y la conseguirán con tanta mayor presteza.

*Prácticas.* La oracion será mental, vocal y de jaculatorias, y por lo tanto hará:

- 1.ª Mental á lo menos una hora todos los dias.
- 2.ª Vocal, el Rosario de la santísima Virgen, la estacion del santísimo Sacramento; con el ofrecimiento de la mañana y gracias de la noche, y á mas lo que tenga que rezar por obligacion.
- 3.ª Las jaculatorias las hará de dia y de noche con mucha frecuencia.

Núm. 6.º En este número hay el ala izquierda, y significa el SILENCIO. El alma amante de la perfeccion es como una botella, en que se pone un buen licor, que es menester cerrarla bien para que el licor se conserve. Pues si se deja abierta se evapora, caen moscas y mosquitos, que echan á perder el licor, el cual ya no puede beberse, antes provoca á náusea; así sucede á una alma devota. Mientras el silencio á manera de un tapon espiritual, cierra su interior, se conserva sin evaporarse el licor preciosísimo de la perfeccion; pero luego que la falta de silencio la deja como abierta, no solo se evapora su espíritu, sino que tambien se llena de imperfecciones y faltas, que al modo de moscas y mosquitos que han caido en un licor, hacen ascos y provocan á náusea al mismo Dios, y al fin llegaria á vomitarla, como lo amenaza por san Juan en el libro del Apocalip-

sis (VII, 15). Por lo tanto SILENCIO, SILENCIO, SILENCIO. Y advierta bien el alma, que este silencio que se le inculca, no solo es de la lengua, sino aun mas el silencio interior del espíritu, de la imaginacion y del corazon.

*Práctica 1.<sup>a</sup>* No decir nunca palabras malas, ni ociosas; no mentir ni murmurar.

2.<sup>a</sup> No hablar de noticias de mundo, ni de intereses, honores, comidas, vestidos, hermosuras, etc. Si alguna vez fuere indispensable hacerlo, sea únicamente cuando el deber lo exige, y en cuanto lo exige.

3.<sup>a</sup> No hablar sino de Dios ó por Dios.

Núm. 7.<sup>o</sup> En este número están los pies. La paloma con las alas se remonta y con los pies camina: así debe hacerlo el alma perfecta. Con las alas de la oracion y del silencio ha de remontarse á la contemplacion de las verdades celestiales, y con los pies de la humildad y mortificacion ha de pisar y caminar sobre las cosas de este mundo sin pecar ni mancharse, como lo hace la paloma.

El pié derecho significa la humildad; en el pié de la paloma hay cuatro dedos, de los cuales uno mira atrás y los tres adelante. Los cuatro dedos significan los cuatro grados de la humildad: el dedo que mira atrás significa el olvido de las cosas pasadas, que le pueden hacer venir pensamientos de vanidad y soberbia: los tres que miran adelante significan que debe humillarse de pensamiento, palabra y obra ó de corazon.

*Práctica 1.<sup>a</sup>* Apartar con prontitud los pensamientos de soberbia y vanidad.

2.<sup>a</sup> No hablar de sí misma nunca ni en bien ni en mal; no escuchar con placer sus propias ala-

banzas, y referirlas á Dios solo, á quien se debe todo honor y gloria, cuando á pesar suyo tuviere que oirlas; si se puede, cambiar la conversacion; sufrir con paciencia y gusto los baldones, burlas y mofas; no quejarse jamás de nadie ni de cosa alguna que le suceda ó le hicieren, por injusta que sea.

3.<sup>a</sup> No hacer jamás cosa alguna porque la tengan por buena, sábia, prudente, valiente, etc., etc., sino tan solo por la gloria de Dios y bien de las almas.

Núm. 8.<sup>o</sup> El pié izquierdo significa la mortificacion: el dedo que mira atrás significa el olvido de las injurias que recibió de su prójimo, de tal manera, que todo cuanto han dicho y hecho de mal contra ella, lo mire como si hubiera sido un sueño. Los otros tres dedos que miran adelante significan las cosas que molestan, y estas se dividen en tres clases: Las de la primera son las que se consideran dispuestas ó permitidas de Dios, como sequedades de espíritu, pobreza, frio, calor, vientos, lluvias, etc., etc. Las de la segunda clase son las que provienen de los hombres y animales, como son las persecuciones, calumnias, robos, malos tratos, picaduras, eoces, etc., etc., y finalmente las de la tercera clase son las que provienen de sí misma, como las enfermedades, faltas, flaquezas, olvidos, distracciones, etc., etc. ®

Otra manera de mortificacion, y no menos importante, podemos hallar en el mismo pié izquierdo. El dedo que mira atrás puede significar que debe siempre mortificarse y hacer penitencia por las culpas pasadas y restos que de ellas quedan; y los tres que miran hácia adelante le enseñan que

debe mortificar los sentidos corporales, las pasiones del alma, principalmente la dominante, y las potencias del espíritu, que son la memoria, y con ella la imaginación, el entendimiento y la voluntad.

*Práctica 1.ª* No quejarse jamás de cosa alguna en la comida, bebida, vestido, habitación, calor, frío, lluvias, vientos, etc., etc.

*2.ª* Tomarlo todo con paciencia y alegría, dando gracias á Dios porque así se digna brindarla con el cáliz de sus penas.

*3.ª* Con la aprobación del director, y no sin ella, hacer algunos actos de mortificación, como son cilicios, disciplinas, ayunos, etc., etc.

Núm. 9.º La cola significa el pensamiento de la muerte. Para apartarse del mal y excitarse al bien el mas fuerte estímulo es el pensamiento de la muerte, de modo que este pensamiento ha convertido á muchísimos, como, por ejemplo, á santa Margarita de Cortona, y á innumerables les ha servido muchísimo para la perfección, como á san Bruno, san Francisco de Borja, etc., etc. El pensamiento de la muerte es como el timon en el barco: por medio del timon se aleja el barco de los escollos y se dirige al puerto: del mismo modo el pensamiento de la muerte, que es lo último de la vida del hombre, le aparta de los escollos del pecado y del naufragio del infierno, y le conduce al puerto de la salvación.

Es la cola para las aves lo que para las naves el timon. Así á la paloma, si es que puede volar sin la cola, la es á lo menos imposible retroceder á la vista del gavilan, y hacer sus giros como lo hace con tanta ligereza y gracia, á vista de su pa-

lomar; lo mismo experimentará el alma sin esta cola del pensamiento de la muerte; no podrá retroceder del demonio, gavilan del infierno; no sabrá dar sus giros ó visitar el santo templo, frecuentando los santos Sacramentos; ni se ejercitará en obras de piedad y caridad cristianas. Pero si se ocupa del pensamiento de la muerte, se ejercitará en obras que sean del gusto de aquel Juez supremo, á quien sabe que ha de rendir una cuenta exactísima despues de su muerte: y además, pensando en la muerte, estará mas despreñida de las cosas de este mundo, y por consiguiente mas dispuesta para socorrer las miserias de sus semejantes, y mas pronta para volar á la contemplación de las cosas celestiales.

*Práctica 1.ª* Pensar que infaliblemente se ha de morir: ya está dada la sentencia, aunque ignore el día, la hora y el momento de su ejecución. ¡Quizás será hoy!

*2.ª* Pensar que en cada instante se va muriendo, que la vida es como un reloj de arena, como una vela que arde. Pensar que nuestro cuerpo ya es un sepulcro de muertos, pues que no come sino cosas muertas, y cosas muertas son las que le visten.

*3.ª* Al irse á la cama pensar que el sueño es una figura de la muerte, y decirse á sí misma: ¿quién sabe si vas á dormir para el tiempo y despertar en la eternidad?

## MÉTODO SENCILLO Y FÁCIL

DE

### EXÁMEN PARTICULAR DE CONCIENCIA.

#### Advertencia.

Otro de los mejores medios de enmendar los defectos y adquirir las virtudes es el exámen particular de conciencia. Llámase *particular*, por ser su objeto corregir un vicio particular, y alcanzar la virtud opuesta á este.

Dicho exámen se practica del modo siguiente: Al levantarse por la mañana, se propone abstenirse hasta el mediodía del defecto que se quiere corregir, haciendo cierto número de actos de la virtud opuesta.

Examínase al mediodía si se ha portado conforme al propósito, y en caso de que sí, se dan gracias á Dios y á su santísima Madre, pidiéndoles la gracia de continuar hasta la noche, rezando un *Padre nuestro* y *Ave María*.

En caso de haber faltado, se rezará una *Ave María* por cada falta, se propondrá la enmienda, procediendo en adelante en todo con cautela.

Al anochecer se examina de nuevo del mismo modo que al mediodía, advirtiéndole que los actos de virtud se aumentan á medida que se adelanta en la perfección.

Como la humildad sea la base de las demás virtudes morales, se empezará por ella y se procederá adquiriendo, proponiendo y venciendo de un punto á otro.

### PUNTOS DEL EXÁMEN PARTICULAR

DE LA HUMILDAD.

1.º No diré palabra alguna que pueda redundar en alabanza propia.

2.º No escucharé con deleite las alabanzas que se me dispensen.

Diré interiormente: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. No á mí, sino á Vos, Señor, sea dada toda gloria.*

Mudaré la conversacion á fin de evitar el escollo de la vanidad.

Me humillaré interiormente, y reflexionaré entre mí los defectos en que he caído haciendo tal obra: defectos que, aunque yo no los repare, los advierte Dios que los ha de juzgar.

Pensaré que si algo bueno hay en mí es de Dios; que yo soy un asno cargado de joyas, y que sin la especial gracia de Dios soy lo que los ojos sin luz y el cuerpo sin alma.

Pensaré ser tanta mi miseria, que, si decirse puede, se malea aun en mí la gracia de Dios, de la misma manera que se malea el agua que corre por entre salinas, y se corrompe el aire que discurre por lugares inmundos. ¡Ah! si Dios otorgara á otro las gracias que á mí, ¡cuánto mejor se portaría! ¡cuántas mas obras y mejores que yo no haría!

Quando alguno me alabe le compadeceré, vien-

do lo mucho que se engaña, y en vez de complacermé en ello me atemorizaré...

Si me dijese que soy un rey ó un grande emperador, ó bien, que soy el Sumo Pontífice, no lo creeria, antes bien me llenaria de confusion al ver que se me atribuyen títulos, que ni poseo ni merezco: otro tanto haré con las alabanzas que me den.

3.º Nada haré con el objeto de que se me alabe, pues sería un ladrón de la gloria de Dios, á la manera que un criado lo sería de su amo, si se apropiase los bienes que le ha confiado.

Todo cuanto haga, será á mayor gloria de Dios; no como quien sirve á los hombres, sino como quien sirve á Dios.

Y para mas perfectamente hacerlo, pensaré que estoy siempre en la presencia del Rey supremo.

4.º Cuando me reprendan y corrijan, callaré y me enmendaré del mejor modo que sepa, dando gracias por el aviso.

No echaré mano de la excusa, pues que el excusarse, antes de hacer los cargos, es señal evidente de soberbia.

No echaré la culpa á otros por mas que sean culpables; y si me la echan á mí, cargaré con ella y enmudeceré.

5.º Apartaré con presteza los pensamientos de soberbia y vanidad, de la misma manera que si fuesen de impureza, sacudiéndolos tan aprisa como si fuesen chispas de fuego.

6.º Reputaré á todos por superiores míos: por tanto hablaré siempre á todos con voz sumisa y humilde; porque el hablar récio es indicio de arrogancia y soberbia.

7.º Me conceptuaré mas perverso que los ladrones, asesinos, ramera y demonios, porque, aunque por la misericordia divina no sea reo de los crímenes que ellos, esto no es por falta de malicia en mí, sino porque Dios me ha concedido el auxilio de su santa gracia. ¡Ah! si Dios me hubiese dejado por un solo instante, ¡cuánto peor que ellos sería! Y si Dios hubiese concedido á ellos las gracias que á mí, ¡cuánto mejores que yo hubieran sido!!!

Pensaré que por mas santo y sábio que sea el hombre, es en el orden de la gracia tan miserable y flaco, quanto lo es en el de la naturaleza el cojo que no puede andar sin muletas, y el niño de tela que no se mantiene en pié y anda sino en quanto la madre lo sostiene; pero viene á tierra tan pronto como ella le deja de la mano: y para no dudar de ello recordaré la caída de Luzbel, de Adán, de David, Salomon, san Pedro, Orígenes, etc.

8.º Aceptaré cuantas ocasiones se me presenten á propósito de humillarme, sean de palabra ú obra. Pensaré que así como la basura no se queja de que la pisoteen y echen en lugar inmundo, tampoco debo quejarme yo, siendo peor que ella, pues está libre de pecado, y yo no.

9.º Sufiré todo quanto humille: 1.º con paciencia; 2.º con la alegría que pueda, y 3.º con deseos aun de cosas mas humillantes.

10.º No solo estaré pronto á aceptar las cosas humillantes sino que las buscaré; y por esto 1.º vestiré con humildad; 2.º comeré las viandas inferiores sin jamás quejarme de si están sosas, sa-

ladas, frias ó calientes, etc.; 3.º escogeré los últimos puestos; 4.º me ejercitaré en los oficios mas bajos y humildes. Para dar mayor impulso y aumento á esta virtud, procuraré conocerme á mí mismo, considerando al efecto

¿Qué soy en cuanto al cuerpo?

Soy una sentina de inmundicias: los sentidos son á manera de cloacas que solo arrojan porquería: estoy sujeto á todas las enfermedades y á la muerte que no puedo burlar: volveréme fétido y asqueroso: seré pasto de gusanos; y me volveré tierra, polvo, nada... ¡Cuán diferente soy de los árboles y plantas, que dan aceite, vino, olor, y yo únicamente inmundicia y hedor!

¿Qué soy en cuanto al alma?

Concebido en pecado, ingrato á los beneficios de Dios, infiel á mis promesas, inconstante en la virtud, inclinado y pronto al mal, y perezoso para el bien. No sé si soy digno del amor ó del odio del Señor. Sé que he pecado, é ignoro si estoy perdonado. Sé que estoy colocado entre dos eternidades, una de gloria y otra de penas y tormentos, é ignoro cuál de las dos me cabrá en suerte... Pero sé que Dios da gracia y salva á los humildes, y que abandona, confunde y condena á los soberbios, y por consiguiente que he de humillarme si quiero salvarme...

Entre dia y á manera de corona se dirán algunas de estas jaculatorias:

1.ª *Ya veis, Señor, que soy polvo y ceniza; tened por tanto misericordia de mí.*

2.ª *Compadecedos, Señor, y usad de misericordia con este infeliz pecador.*

Cuando se presente alguna ocasion de hacer algo humillante, ó de sufrir alguna abyeccion, se dirá:

1.ª Jesús y María, callo y hago esto para imitaros en la humildad.

2.ª Acepto, Señor, esta pena, y os la ofrezco en remision de mis culpas y pecados.

*Exámen particular del amor de Dios.*

Para mas abreviar lo reduciré á tres puntos, que serán: *Decir, Hacer y Sufrir.*

PUNTO 1.º *Decir.* Me abstendré de aquellas palabras que entienda que puedo con ellas ofender á Dios y al prójimo.

Me ocuparé en alabanzas de Dios, de María santísima y de los Santos, como son oraciones y devociones, y procuraré exhortar al prójimo á la virtud.

Me ocuparé con frecuencia en decir jaculatorias, pensando ser ellas los respiros del alma que ama á Dios; y á la manera que el cuerpo muere si no respira, otro tanto sucederá al alma, esto es, morirá en la vida del amor, si no procura respirar con jaculatorias.

Diré cada dia el número determinado de ellas, tantas por la mañana y tantas por la tarde y noche; aumentando progresivamente el número hasta á habituarme á decir diariamente un número sin número.

Para decirlas con mas fervor las cambiaré; y á este objeto tendré algunas escritas, v. g.:

¡Oh Madre del amor hermoso! haced que ame á Jesús y á Vos.



Viva Jesús, muera el pecado; para siempre sea bendito y alabado el divino corazón de Jesús sacramentado.

¡Oh fuego que siempre ardes y nunca te apagas!

¡Oh amor que siempre hierves y nunca te entibias, abrázame, abrázame todo para que te ame! Os amo, Jesús amantísimo, os amo, bondad infinita; os amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y quisiera amaros mas aun; deseo que todos os amen y que nadie os ofenda.

¡Oh Dios mío! quisiera amaros por mí y por todas las criaturas, aun por las que pueden existir.

¡Oh Dios de mi corazón! quisiera amaros tanto como Vos debéis ser amado.

¡Virgen santísima! alcanzadme la gracia de que todos se salven y nadie se condene.

Para edificación de mis prójimos hablaré con frecuencia de la grandeza y perfecciones de Dios, excitándolos al amor divino.

PUNTO 2.º *Hacer.* No solo amaré de boca sino tambien con obras y verdad.

Me acordaré de aquel adagio español: *Obras son amores y no buenas razones.*

Me abstendré de lo que conociere ser pecado. Procuraré evitar la ociosidad, y haré todo el bien que pudiere por Dios y por el prójimo.

En concurrencia de dos cosas haré la que me parezca mejor y mas conforme al gusto y voluntad divina.

Todo cuanto haga lo practicaré del mejor modo que sepa con presteza y alegría.

PUNTO 3.º *Sufrir.* Amar á Dios con verdad,

quiere decir sufrir por el amado. Para conocer si el amor es verdadero, es preciso probarlo con el fuego de la tribulacion; el no aguantar la prueba es señal de que no hay amor.

Sufriré por amor de Dios todo cuanto me causare pena, ora venga inmediatamente de Dios, ora de los hombres: ya venga de parte de los animales, ya de las cosas inanimadas, ya de mí mismo; pensaré siempre que esto es una permission de Dios y un cáliz que Jesucristo me ofrece y con el que me brinda.

No me quejaré nunca de cosa alguna por mucha pena que me dé. A mas de esto, si sé considerar la tal pena como un regalo que Dios me hace, ¿por qué tengo de quejarme de los regalos que vienen de mano de un Señor tan grande? antes le debo gracias y estar por ello contento y alegre.

Dire: Bendito seais, Señor... hágase vuestra santísima voluntad.

Pensaré que nada son las penas de esta vida en comparacion de la gloria que me está preparada; y que tampoco puedo entrar en el cielo sin padecer, y que las penas son recomendaciones para ser admitido. Padeció Jesús, padeció la Virgen santísima, padecieron los Santos, porque sin la cruz de penas no habrian podido seguir á Jesucristo. Hasta á Cristo le fue preciso padecer para entrar en su gloria.

FIN.

MEDITACION

DE LOS DOLORES DE MARIA SANTISIMA

PARA LOS SIETE DIAS DE LA SEMANA.

Acordándome del sábio y piadoso consejo de Cornelio Alápide, que, quien desee asegurar su salvacion eterna, ame á María y procure crecer y perfeccionarse todos los dias en su devocion: y siendo el mejor medio para alcanzar esta devocion y amor el meditar sus dolores, he creido oportuno distribuirlos en los siete dias de la semana, á fin de que meditándolos pueda todo fiel conseguir la salvacion eterna que á todos deseo.

**DOMINGO. Primer dolor.** Le tuvo la Virgen cuando presentó su Hijo en el templo.

Agradarás á María santísima si guardas silencio y estás devoto en el templo; si por medio de ella haces entrega de tu corazon á Dios, y si piensas en las penas de Jesús y en los dolores de su santísima Madre.

Compadécete de María por los dolores que le aumentan los cristianos pecando en las iglesias, y porque en vez de entregar el corazon á Dios, como se le pide, permiten que lo posea el demonio. Pide á Dios por la conversion de estos infelices, rezando al efecto un *Padre nuestro* y *Ave María*.

**LUNES. Segundo dolor.** Le tuvo la Virgen huyendo del rey Herodes.

Agradarás á María, si con paciencia y sin que-

jarte sufres las calumnias, persecuciones y demás males que el prójimo te cause.

Compadece á María por los dolores que aumentan los cristianos cuando pecan maldiciendo y deseando mal á los que les persiguen; así como los escandalosos que con su mal ejemplo matan las almas peor que los soldados de Herodes á los niños inocentes. Pide á Dios su conversion, diciendo un *Padre nuestro* y *Ave María*.

**MARTES. Tercer dolor.** Le tuvo la Virgen buscando á su Hijo.

Agradarás á María si procuras estar siempre en la presencia de Dios y en su santa gracia, y si alguna vez la pierdes (lo que Dios no permita) la procurarás recobrar pronto en el templo, haciendo una buena confesion.

Compadece á María por los dolores que le aumentan los cristianos que, despues de haber perdido á su Hijo, pecando, en vez de buscarlo se apartan mas de él aumentando sus delitos, y difiriendo de dia en dia su conversion. Pide á Dios su conversion, etc.

**MIÉRCOLES. Cuarto dolor.** Le tuvo la Virgen viendo á su Hijo cargado con la cruz.

Agradarás á María, si tomas con paciencia las cruces de esta vida, como son enfermedades, tribulaciones, pérdidas, etc.

Compadece á María por los dolores que le aumentan los cristianos, que en sus trabajos rabian, reniegan y blasfeman. Pide á Dios su conversion, etc.

**JUEVES. Quinto dolor.** Le tuvo la Virgen viendo crucificar á su Hijo.

Agradarás á María si procuras abstenerte de

pecar é impides que pequen otros; porque los que pecan son los que crucifican de nuevo á Jesu-  
cristo.

Compadece á María por los dolores que la aumentan los pecadores, que con pecados de pensamiento coronan de espinas á su amado Hijo; con los de palabra le dan á beber hiel y vinagre, le escupen á la cara y le blasfeman peor que judíos; y con los de obra, como son bailes, robos y cosas deshonestas, le clavan de piés y manos. Píde á Dios su conversion, etc.

VIERNES. *Sexto dolor.* Le tuvo la Virgen al pié de la cruz teniendo á su Hijo en los brazos.

Agradarás á María si contemplas la pasion y muerte de Jesús.

Compadece á María por los dolores que la aumentan los cristianos, que con sus pecados crucifican á su divino Hijo, y en vez de desclavarlo con una buena confesion, remachan sus clavos confesando sacrilegamente, porque callan sus pecados y no se enmiendan. Píde á Dios su conversion, etc.

SÁBADO. *Septimo dolor.* Le tuvo la Virgen cuando dejó sepultado el cuerpo de su Hijo.

Agradarás á María si procuras recibir dignamente y á menudo la sagrada Eucaristia, teniendo á Jesús depositado en tu corazon como en un sagrario, y acompañar á tan afligidísima Madre en su soledad tan angustiada.

Compadece á María por los dolores que la aumentan los que se resisten á las divinas inspiraciones, los que reciben el cuerpo de su divino Hijo solo una vez al año, y los que sacrilegamente comulgan. Píde á Dios su conversion, etc.

A fin de aumentar la devocion á los Dolores de Maria santisima es digno de ponderarse lo que en una de sus revelaciones (*l. I, cap. XXI, rev. 6*) dijo esta dolorosa Madre á santa Brigida: *Que como madre piadosa prometia asistir en la muerte á los devotos de sus dolores, contritos y arrepentidos de sus culpas, á fin de recibir sus almas.*

FIN DE LA PALOMA.

## LOS TRES ESTADOS DE UN ALMA.

### ESTADO PRIMERO.

*Alma en gracia.*



*Vosotros sois el templo de Dios vivo, como dice Dios: que yo moraré en ellos. (II ad Cor. VI, 16). Mis delicias son estar con los hijos de los hombres. (Prov. VIII, 31).*

## DIALOGO.

**ALMA.** ¡Qué bueno sois, ó Señor y Dios mio! No contento con haberme criado y redimido, y con haberme preparado un cielo de eterna dicha, aun aquí en la tierra me llenais de contenidos y de gustos inexplicables.

**JESÚS.** Alma querida, grande es el amor que te profeso, y lo conocerás por mis obras, si con atencion las reflexionas. Haz atencion, alma estimada, que te crié á mi imagen y semejanza, para que, dándome pruebas de tu fidelidad aquí en la tierra, pudieras venir un dia á gozar en mi compañía de mi misma felicidad allá en la gloria; para tí he criado el universo; te doté de potencias y sentidos; en todos los momentos te conservo, y además de esto te dí un príncipe de mi corte para que te guie y te custodie. No me he contentado con llenarte de gracias naturales, sino que te he colmado de dones sobrenaturales: por tí bajé del cielo á la tierra y me hice hombre; por tí viví treinta y tres años en este mundo, sufrí muchas humillaciones, y finalmente espiré en una cruz; por tí instituí los santos Sacramentos para darte ó aumentarte la gracia, que vale mas que el mundo entero: y por no separarme de tí, cuando la voluntad de mi Padre me llamaba al cielo, me quedé en el santísimo Sacramento del altar, haciendo mis delicias de estar en tu compañía.

**ALMA.** ¡Ah, Señor! ¿quién soy yo para que me dispenseis tanta honra? Vos me llamais amiga... esposa... hija... y hasta me obligais á que

os llame padre... ¿qué es lo que de mí queréis, ó Jesús mio? hablad; que vuestra hija os escucha.

Jesús. Lo que te digo y quiero de tí es, que no peques, que observes mis mandamientos, y por mas tentaciones que te presente el demonio, no te olvides jamás de mi santa ley.

ALMA. ¡Ah, mi Jesús! no temais, no, que yo os abandone jamás. Ya sabeis que os he hecho dueño de todo mi corazon, y que deseo amaros con todo el afecto de que es capaz una pura criatura: y así descansad, Señor, en mi corazon como en un trono, que desde este momento ya os ofrezco todo lo que haré y todo lo que sufriré en todo el curso de mi vida. ¡Oh Señor, cuán grande es la abundancia de vuestras dulzuras, que tenéis preparadas para los que os temen y aman! y ¡con cuánta profusion las derramais sobre ellos! ¿Quién será el ingrato que no os amará? ¿quién el insolente que pecando os ofenderá?

En verdad parece imposible que peque el que ha gustado de vuestras delicias. Muy bien lo comprendió aquel jóven, de quien escribe un misionero de las Indias que despues de haberle convertido, catequizado, y dádole la sagrada Comunión, se fué á otros pueblos á predicar. Un año despues volvió el misionero á visitar al jóven neófito, quien corrió gozoso hácia su padre espiritual, pidiéndole con instancias que le diese la sagrada Comunión. — Con gusto, le dijo el buen Padre, satisfaré tu deseo; pero antes debes confesarte de los pecados que hayas cometido en este año. — ¡Cómo, le dijo admirado el jóven! ¿Cómo es posible que un cristiano, que recibió á Jesucristo en la sagrada Comunión, lo eche por el

pecado, y ceda su lugar al demonio? Dígame V., padre mio, ¿es posible tanta ingratitud?... tanta iniquidad?... tanta maldad?...

Por cierto que si bien se considerase, no habria corazon que fuese capaz de tanta maldad.

UNIVERSIDAD  
NOMA DE NUEVO LEÓN  
AL DE BIBLIOTECAS

## ESTADO SEGUNDO.

**Alma que cae en la tentacion.**



*Idos en hora mala, que no os quiero servir, dice á Dios el que consiente en la tentacion.— Crié hijos, y los engrandecí; mas ellos me despreciaron. (Isai. 1, 2).*

## DIÁLOGO.

**DEMONIO.** ¿Qué haces, alma cristiana? ¿por qué te privas de las delicias y gustos que te ofrece tu edad juvenil, y el mundo en que habitas?

**ALMA.** Me privo de esos gustos y deleites, porque sé que es pecado.

**DEMONIO.** No es pecado... déjate de escrúpulos... eso es natural... si lo haces á escondidas y con moderacion, bien puedes... por fin, no será mas que esta vez.

**ALMA.** ¿Quién sabe?... quizás esto no es pecado... tal vez es una cosa natural...

**ANGEL CUSTODIO.** ¿Qué haces, ó alma? ¿No ves que el enemigo quiere cogerte con su trampa? Vayas con cuidado, y aparta esa tentacion. ¿Ignoras por ventura que la ley de Dios te prohíbe lo que el demonio quiere que hagas?... Dios te dice que es pecado, y por consiguiente que no puedes hacerlo: el diablo te dice que no lo es, y te apura para que lo hagas: ¿á cuál de los dos creerás? ¿al demonio, que es padre de la mentira, ó á Dios, suma verdad, que no puede engañarse, ni engañarnos? Mira que Dios te permite la tentacion para probar tu fidelidad, y por ver si le amas como debes.

**ALMA.** Teneisrazon, Angel mio... véte, véte, tentacion... Jesús, Jesús mio, asistidme... Virgen santísima, amparadme.

**DEMONIO.** Vaya, ¿serás tú una cobarde y temerosa?... ¿Qué, no ves tantas otras personas de tu misma clase y condicion, que se divierten y se permiten esos mismos placeres?... Son personas sábias y discretas... son personas que seguramente quieren salvarse... Desengáñale, tonta, en el mundo se ha de vivir como los del mundo: y si no te harás extraña, y aun ridícula: fuera, fuera tonterias, y pasa adelante...

**ANGEL CUSTODIO.** Mira, alma, por Dios lo que vas á hacer... mira que es un grande pecado... por mas que otros le hayan cometido, no por eso has de seguir su ejemplo. Porque si otros se metieran dentro de un horno encendido, ó se echaran á un pozo, ¿lo harias tú para seguirlos? Ciertamente que no, alma querida: por Dios, pues, aparta esa tentacion, que es un grande pecado. ¿Por el gusto de un momento despreciarás á Dios?... ¿te harás indigna del cielo, y merecedora del infierno?... Mira los tormentos que han sufrido los Mártires por no pecar; y ¿te dejarás tú vencer de una vil tentacion?... ¿te privarás por un breve deleite de los gozos eternos de la gloria, y te precipitarás en las penas eternas del infierno?... Si te decian: si haces eso, te fusilarán, ¿lo harias?... estoy cierto que no. Reflexiona, pues, que si por desgracia mueres en ese pecado, serás lanzada en el infierno por toda la eternidad.

**DEMONIO.** Pero ¿no ves que no puedes resistir á la tentacion?... Hazlo por esta sola vez...

ya te confesarás despues, y Dios te perdonará...

**ALMA.** No sé qué hacerme... Esta vez y no mas... yo consiento... idos, Jesús, idos en hora mala... no quiero serviros... prefiero al Barrabás de mi gusto... seais crucificado.

Eso dice con sus obras el que consiente en el pecado.

UNIVERSIDAD

JANU

NOMINA DE NUEVO LEÓN

®

AL DE BIBLIOTECAS

### ESTADO TERCERO.

**Alma en pecado mortal convidada al perdón.**



*Por cuanto no serviste al Señor tu Dios con alegría de tu corazón... servirás á tu enemigo con hambre, con sed, con desnudez, y con todo género de carestía. (Deut. xxviii, 49, 48).*

### DIÁLOGO.

**ANGEL CUSTODIO.** ¡Ay, alma, cómo has quedado por el pecado!... Has perdido la gracia y el derecho que tenias á la gloria, y te has merecido el infierno: has perdido todos los méritos, has quedado fea como un demonio, y te has hecho inferior á él, pues eres su esclava.

**ALMA.** ¡Ay de mí! ¡en qué tribulacion he venido á parar!!!

**DEMONIO.** Vaya, animate, cobarde; alégrate, y déjate de oracion y de libros espirituales y otras devociones, que son tristes y melancólicas: véte con otros jóvenes ó compañeros á divertirte...

**ANGEL.** Por Dios, alma, no omitas tus oraciones, al contrario, debes multiplicarlas para alcanzar tu conversion, y has de hacer una buena confesion.

**DEMONIO.** ¡Cómo! ¿tú te confesarás de este pecado? no, no... mira que el confesor va á reñirte mucho... ya puedes pecar otra vez... irás con otro que no te conozca... Tonta, lo mismo tiene confesarte de dos pecados que de uno, y de doce como de dos.

**ANGEL.** ¿Qué haces, alma? ¿no ves que el demonio quiere precipitarte en otro abismo? El tunante ya sabe muy bien que cada pecado es un obstáculo á la gracia, y un nuevo impedimento á la conversion; y para tenerle mas segura, te va amarrando con las cadenas de la iniquidad. Dime, ¿qué provecho has sacado de tus pecados?

**ALMA.** ¡Ay de mí! que el pecado solo me ha dado remordimientos que me despedazan... Una



hambre, y una sed, que todos los vicios no pueden apagar. ¡Ay de mí! que desde que me dejé arrastrar de este vicio maldito no cumplo con mis obligaciones... soy inaguantable para el prójimo, y en cierto modo ni yo misma puedo sufrirme. ¡Ay! cuando recuerdo las delicias y consuelos de mi vida pasada, y los comparo con los remordimientos que me despedazan, conozco que ni al hijo pródigo le pasó lo que á mí me pasa.

ANGEL. Animo, pues, alma querida, anda como el pródigo á encontrar á tu padre; échate á sus piés; pídele perdon de veras; haz una buena confesion, y verás como te perdona.

DEMONIO. ¿Y tendrás valor para hacerlo? ¿podrás vivir sin esos vicios? ¿á qué fin comenzar, si tampoco podrás continuar?... ¿qué dirán tus compañeros? vaya, vaya, déjate de tonterías: ya te convertirás en una edad avanzada.

ANGEL. No te espantes, que todo es posible, y aun fácil, con el auxilio de Dios. Otros se contienen, ¿y tú no podrás? ¿serás tan cobarde? Si entre tanto te mueres, irás al infierno, y por cierto que no irán tus compañeros á sacarte de aquellas penas.

ALMA. Ya estoy resuelta á mudar de vida, y hoy mismo quiero comenzar la confesion general de mis pecados.

El que reflexiona un poco cuánto va de vivir en gracia, á vivir en pecado, es un loco si continua un solo instante en tan mala situacion.

PIN DE LOS TRES ESTADOS DEL ALMA.

## RESPECTO Á LOS TEMPLOS.

AVISOS Á TODOS LOS CRISTIANOS, PARA QUE TENGAN  
Á LOS TEMPLOS EL RESPETO QUE SE LES DEBE.

Nuestro Señor Jesucristo echa del templo los profanadores, haciendo de cuerdas como un azote, y diciéndoles estas palabras: *Escrito está: Mi casa, casa de oracion será llamada: mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.* (Joan. II, 15.— Math. XXI, 13). Y si de este modo se portó Jesucristo con los judíos profanadores del templo antiguo, ¿qué no hará con los cristianos de nuestros días, que en las iglesias, donde él mismo habita corporalmente, cometen tantas irreverencias, ya con sus vestidos indecentes, ya con sus gestos y miradas provocativas, ya con su hablar profano convirtiéndolas en mercados, ya en fin con el modo nada respetuoso con que están en ellas?

Habia dicho Dios á los hebreos, que formaban antiguamente su pueblo querido: *Guardad mis fiestas, y tened un profundo respeto á mi santuario* (*Levítico, xxvi, 2*); y los hebreos, para cumplir con este precepto del Señor, antes de entrar en el templo se sacudían el polvo, se quitaban los zapatos y dejaban el palo: jamás para abreviar el camino atravesaban el templo, y cuando salían de él andaban hácia atrás para no dar las espaldas al santuario: hasta tenían un vestido propio para asistir al templo, muy modesto y sin faltriqueras, parecido al *gambeto*, que en varios luga-

hambre, y una sed, que todos los vicios no pueden apagar. ¡Ay de mí! que desde que me dejé arrastrar de este vicio maldito no cumplo con mis obligaciones... soy inaguantable para el prójimo, y en cierto modo ni yo misma puedo sufrirme. ¡Ay! cuando recuerdo las delicias y consuelos de mi vida pasada, y los comparo con los remordimientos que me despedazan, conozco que ni al hijo pródigo le pasó lo que á mí me pasa.

ANGEL. Animo, pues, alma querida, anda como el pródigo á encontrar á tu padre; échate á sus piés; pídele perdon de veras; haz una buena confesion, y verás como te perdona.

DEMONIO. ¿Y tendrás valor para hacerlo? ¿podrás vivir sin esos vicios? ¿á qué fin comenzar, si tampoco podrás continuar?... ¿qué dirán tus compañeros? vaya, vaya, déjate de tonterías: ya te convertirás en una edad avanzada.

ANGEL. No te espantes, que todo es posible, y aun fácil, con el auxilio de Dios. Otros se contienen, ¿y tú no podrás? ¿serás tan cobarde? Si entre tanto te mueres, irás al infierno, y por cierto que no irán tus compañeros á sacarte de aquellas penas.

ALMA. Ya estoy resuelta á mudar de vida, y hoy mismo quiero comenzar la confesion general de mis pecados.

El que reflexiona un poco cuánto va de vivir en gracia, á vivir en pecado, es un loco si continua un solo instante en tan mala situacion.

PIN DE LOS TRES ESTADOS DEL ALMA.

## RESPECTO Á LOS TEMPLOS.

AVISOS Á TODOS LOS CRISTIANOS, PARA QUE TENGAN  
Á LOS TEMPLOS EL RESPETO QUE SE LES DEBE.

Nuestro Señor Jesucristo echa del templo los profanadores, haciendo de cuerdas como un azote, y diciéndoles estas palabras: *Escrito está: Mi casa, casa de oracion será llamada: mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.* (Joan. II, 15.— Math. XXI, 13). Y si de este modo se portó Jesucristo con los judíos profanadores del templo antiguo, ¿qué no hará con los cristianos de nuestros días, que en las iglesias, donde él mismo habita corporalmente, cometen tantas irreverencias, ya con sus vestidos indecentes, ya con sus gestos y miradas provocativas, ya con su hablar profano convirtiéndolas en mercados, ya en fin con el modo nada respetuoso con que están en ellas?

Habia dicho Dios á los hebreos, que formaban antiguamente su pueblo querido: *Guardad mis fiestas, y tened un profundo respeto á mi santuario* (*Levítico, xxvi, 2*); y los hebreos, para cumplir con este precepto del Señor, antes de entrar en el templo se sacudían el polvo, se quitaban los zapatos y dejaban el palo: jamás para abreviar el camino atravesaban el templo, y cuando salían de él andaban hácia atrás para no dar las espaldas al santuario: hasta tenían un vestido propio para asistir al templo, muy modesto y sin faltriqueras, parecido al *gambeto*, que en varios luga-

res de Cataluña usan todavía los hombres para ir á la iglesia.

Esto hacían los hebreos cuando asistían al templo de la ley antigua, que por muy suntuoso y respetable que fuese, no era mas que una sombra y una figura de los templos del Cristianismo. Porque en aquel solo había el arca de la alianza, que apenas era una pequeña sombra de la arca verdadera que habita en los nuestros, el augustísimo Sacramento del altar: los nuestros son verdaderamente la casa de Dios, donde habita realmente y no en figuras; el trono de su gloria, donde los Angeles le hacen la corte, y el despacho de sus gracias, que nos son tan necesarias para entrar en el cielo. Ved, pues, cristianos, si es santo este lugar, del cual podemos decir con mas razon que el patriarca Jacob: *Verdaderamente está aquí la casa de Dios y la puerta del cielo*; pero tal vez vosotros lo ignorábais, pues que al saberlo y reflexionarlo me parece imposible que os presentáseis á él con tan poco comedimiento. ¡Ah, si pensárais que se renueva todos los dias en nuestros templos el sacrificio del Calvario en el que se sacrificó por nosotros nuestro Padre, el Esposo de nuestras almas, y nuestro Dios! ¡Ah, si lo reflexionaban seriamente los cristianos! seguramente no asistirían á ellos como lo hacen. ¿Qué esposa asistiría de este modo á la muerte de su esposo? ¿qué hijo al sacrificio de su padre? ¡Ay! no se reflexiona, no se reflexiona.

Porque si reflexionaran que el templo es el palacio de aquel soberano Monarca, que trae en su cabeza muchas diademas, que lleva escrito en su vestido: *Rey de reyes y Señor de los que dominan*;

que cuando se presentará un dia lleno de gloria y majestad huirán de su presencia despavoridos los cielos y la tierra, y se morirán de espanto los hombres más altaneros y los grandes insultadores de Jesucristo; que aun ahora mismo tiemblan en su presencia las columnas del firmamento, y de veneracion y respeto se tapan la cara con sus alas los Serafines: ¡oh, con qué otro respeto se presentarían! ¡cuán léjos estarían de imitar la insolente desenvoltura con que asisten á él algunos cristianos y cristianas, indignos de tal nombre!

¡Oh cristianos carísimos! ¡oh vosotros los que profanais los santos templos! entrad, os suplico, á lo menos por un momento dentro de vosotros mismos, y comparad lo que haceis con lo que hacían los judíos; tal vez esto solo bastará para avergonzaros, y quizá corregiros. Ellos, como he dicho, antes de entrar en el santo templo, se descalzaban en señal de humildad, de reverencia y devocion; y vosotros os cubris de galas y de soberbia de piés á cabeza: ellos dejaban el palo y lo que desdecía de la santidad de la casa de Dios; vosotros haríais otro tanto si hubiéseis de presentaros delante de algun monarca de la tierra; y para visitar al Rey de cielos y tierra, no solo vais con el baston y con estrépito, sino que los hay que se presentan sin ninguna reverencia y con desacato: ellos se quitaban el polvo para entrar con la debida decencia; y algunos de vosotros van á la casa de Dios cargados del polvo de cosas mundanas, con malos pensamientos, miradas y gestos deshonestos, y otras no menos malas: ellos jamás atravesaban el templo de una parte á otra; y vosotros pasais y traspasais, y á veces os pa-

seais por él del mismo modo, y con el mismo aire disipado que lo haríais por un paseo público; ellos tomaban un vestido modesto; y vosotros ¡ay! causa horror y despedaza el corazón el modo de vestir de algunos cristianos, especialmente mujeres. ¡Oh cristianas! ya que teneis el triste valor de insultar el pudor público con vuestros trajes livianos y provocativos, temblad á lo menos de presentaros con ellos en la casa de Dios. ¿Qué podríais esperar de vuestras oraciones á Dios y á la modestísima Virgen Maria, sino alguna maldición, ó que os arrojara á las tinieblas y fuego del infierno? Por esto la autoridad española, convenida en todos tiempos de la necesidad de evitar este escándalo é injuria que se hace á Dios nuestro Señor, mandó con real orden de 3 de enero de 1815 que los fieles asistiesen á los templos con sumo respeto y veneracion, y lamentándose de los abusos que en esta parte se cometian, decia entre otras cosas: «Se asiste á las misas de hora á quizás con menos compostura y silencio que se concurre á los teatros. Se resiente, sobre todo, la piedad cristiana de que se presenten en el templo con todas las galas y ademanes de la profanidad no pocas mujeres, que parece hacen alarde de distraer la atencion de los fieles, originándose de ello muchas irreverencias y desacatos que ofenden gravemente la santidad de la casa del Señor, en donde debemos recoger todas nuestras potencias y sentidos para adorarle é implorar sus misericordias.»

Y con otra real orden de 23 de mayo de 1829 resolvió S. M. que el bando relativo á contener las irreverencias que se cometen en los templos,

aprobado en 5 de abril, se hiciese extensivo, no solo á las demás capitales del reino, sino á los pueblos mas infelices de él, por ser su observancia útil al servicio de ambas Majestades, en virtud de la cual la Sala de señores Alcaldes de la real Casa y Corte pasó en 7 del mismo mes de abril la correspondiente circular á las autoridades y justicias con inclusion del referido bando, cuyo contenido es el siguiente:

«Observándose con indecible afliccion de los virtuosos habitantes de esta corte, que un corto número de personas, INDIGNAS DEL NOMBRE CRISTIANO, han cometido algunas irreverencias en los santos ejercicios que se celebran en nuestros templos, ofendiendo lo mas sagrado y lo mas amado de los españoles, y la falta de delicadeza con que otros se explican en las calles y plazas ofendiendo la moral pública, y escandalizando á la juventud de ambos sexos, ha acordado la Sala:

1.º «La persona que en cualquier acto de nuestra santa Religion se produzca con expresiones ó hechos que ofendan el respeto debido á su divino Autor, sus ministros ó el templo, que es la casa del Señor, y de oracion, será reducida á la cárcel pública, y castigada con diez años de presidio.

2.º «Los que se detengan á las puertas de las iglesias con el objeto solo de pasar el tiempo, y divertirse con las personas que entran ó salen, sufrirán la pena de cien ducados ó seis meses de presidio en el Prado.

3.º «Los que públicamente pronuncian palabras indecentes, ó se explican con personas de

« otro sexo por acciones de la misma especie, sufrirán la pena de cincuenta ducados ó tres meses de correccional del Prado. Y se manda se haga así entender á las autoridades para su puntual cumplimiento, sin la menor indulgencia, y derogando en los casos referidos el fuero militar y cualquiera otro, por honor á la misma clase á que estos pertenecen y de que se hacen indignos.»

¡Qué bien hace la autoridad en valerse de estas penas como de un palo para castigar y ahuyentar del lugar sagrado los profanadores del templo! porque ya que en el templo se presentan sin instrucción, sin respeto, sin crianza y sin religion, y como perros miran, corren y van de un lugar á otro, haciendo gestos y signos, dando miradas lascivas y profiriendo palabras que escandalizan á la gente piadosa y devota; con el palo de la pena se han de corregir, y ser ahuyentados, como lo manda Dios: *Foris canes: afuera los perros.*

Es voluntad de Dios el que vigilen las autoridades, y castiguen á los profanadores del templo; y si no lo hacen ellas, ya lo hará el mismo Dios, como lo hizo con aquel profanador del templo de Jerusalem, llamado Heliodoro, contra quien envió Dios sus Angeles, para que como ministros de su justicia le azotaran, y le dejaron tan malparado, que se quedó mudo y sin esperanza de vida, teniendo que llevarse en una parihuela. (*II Machab. III, 26*). Pero lo que mas admira y pasma es que el mismo Jesucristo, olvidándose, por decirlo así, de su majestad y grandeza, y de su paciencia y mansedumbre, que formaban su

carácter, viendo que los judíos no estaban en el atrio del templo con la reverencia que debian, lleno de celo cogió unas cuerdas, y haciendo con ellas como un azote, comenzó á descargar contra los profanadores con tanta fuerza, que echó por tierra sus mesas, bancos y todo lo que por allí tenjan, diciéndoles: *Mi casa es casa de oracion; mas vosotros la habeis hecho una cueva de ladrones.* En efecto, son unos ladrones los profanadores del templo; primeramente porque roban á Dios aquel respeto y veneracion que se le debe; y además porque privan á los demás fieles de las muchas gracias que les acordaria el Señor, si sus profanaciones no se impidiesen.

Si dió tal castigo Jesucristo, Dios de tanta bondad y misericordia, que reprendió ásperamente á los discípulos que pedian un castigo del cielo contra una ciudad ingrata; si á pesar de tanta mansedumbre, castigó á los profanadores no precisamente del templo, sino del atrio del templo, y no del superior, á donde solo podian entrar los hebreos, sino del inferior, que estaba destinado para los gentiles; ¿qué castigo no dará á los cristianos profanadores de sus templos, en los que habita el mismo Dios, no ya en figuras, como en aquel, sino tan real y verdaderamente, con tanto poder y gloria como en el cielo? Deberian por cierto ser echados de ellos, y arrojados no á ramalazos como los judíos, sino con rayos, porque eso merecen tales cosas, como dice san Juan Crisóstomo: *Digna enim fulmine sunt hæc, quæ in ecclesia fiunt.*

En efecto, Dios castiga los profanadores de sus

templos con tempestades, rayos, pedriscos y otros castigos; y como dice Diez (*Con. 2, f. 2, D. 2*), para castigar el Señor la poca reverencia que se tiene á sus templos, forma ahora como allá contra los judíos unos azotes de tres ramales, que son el hambre, la guerra y la peste.

El primer ramal es el *hambre*: Dios amenaza con ella por el profeta Aggeo. Hablando del poco caso que los judíos hacían del templo del Señor dejándole desierto mientras se daban mucha prisa en arreglar sus propias casas: (*Propter hoc, dice*) *por esto se prohibió á los cielos que diesen agua para vosotros, y se prohibió á la tierra que diese su fruto: llamé la sequedad sobre la tierra, y sobre los montes, y sobre el trigo, y sobre el vino, y sobre el aceite, y cuanto produce la tierra, y sobre los hombres, y sobre las bestias, y sobre toda labor de manos.* ¡No es una lástima que se hayan de experimentar continuamente tantas sequías por las profanaciones de las iglesias; y que no se alcancen lluvias sino á fuerza de las fervientes súplicas de los verdaderos fieles!

El segundo ramal es la *guerra*. Dice el adagio: *Por los pecados de la tierra Dios nos envía la guerra*, y esto se verifica especialmente por los pecados é irreverencias que se cometen en el santo templo. Por las profanaciones que hicieron los judíos del templo místico y del templo real, en el que se vió la abominación, como la había profetizado Jesucristo, sufrieron aquella horrorosa guerra de parte de los romanos, que el mismo Dios dirige, como lo conoció y decía públicamente Tito, su general y despues emperador. Cuando le

felicitaban por la conquista de Jerusalem, no quería aceptar la enhorabuena, y solía decir, *que no era obra suya, sino un castigo de Dios*. Para que escarmentemos en cabeza ajena, quiero dar una ligera idea de esta horrible guerra, que tantos estragos causó. Comenzaron los judíos de Jerusalem por negarse á obedecer á Floro, gobernador de la Judea, y se revolucionaron; y como enviase tropas contra ellos el rey Agripa, despues de siete dias de continuos combates tuvieron estas que retirarse. Reforzadas las tropas de Agripa con las del gobernador de Siria, embistieron de nuevo, y mataron á ocho mil judíos, quemando además la ciudad de Joppe, y los arrabales de Jerusalem. Informado de ello el Emperador, envió nuevas tropas con los generales Vespasiano y Tito, que con las que había formaron un ejército de sesenta mil hombres, y tomaron por asalto las ciudades de Gadara, Josafat... Habiendo sobrevenido la muerte del Emperador, y sido proclamado Vespasiano, partió este para Roma, encargando á su hijo Tito la conquista de la Judea, quien puso sitio en Jerusalem en ocasion en que había mucha gente y muy pocos viveres. Los sitiados que huían de la ciudad con armas eran crucificados por los sitiadores, habiendo habido dia en que murieron así quinientos; á otros les arrancaban las tripas los soldados romanos, porque corrió la voz que para escaparse tragaban las monedas de oro. Era tal el hambre que se padecía en la ciudad, que muchos ancianos, mujeres y niños se morían de miseria por las casas y calles, los jóvenes se hinchaban por los males, y hasta llegaron las ma-

dres á comerse el fruto de sus entrañas. Viendo Tito que ni aun con esto querian rendirse, mandó atacar la ciudad á sangre y fuego, y quedó toda reducida á escombros; siendo el número de los muertos 1.100,000 y 97,000 los prisioneros. Cuando vió el General romano tantas desgracias: ¡Oh Dios, exclamó, Vos sois testigo que no es por mi culpa!

Los culpables eran los judíos por las ofensas hechas al Mesías Jesucristo nuestro Señor, y por las profanaciones cometidas en el santo templo. ¡Ay de vosotros, cristianos, que les imitais!... pues que pecando crucificais de nuevo á Jesucristo conociéndole como Hijo de Dios, lo que aquellos no conocieron; y no le crucificais una sola vez sino tantas cuantos son los pecados que cometéis. ¡Ay de vosotros que estais en el santo templo con menos devocion que aquellos! es imposible que no os azote Dios con guerras como á los judíos. Por las irreverencias que cometian en la iglesia los habitantes de Constantinopla, á pesar de las fuertes reprensiones de san Juan Crisóstomo, fueron castigados con la guerra de los turcos (*Baron. ad an. 436*); y los de Cartago por otras irreverencias en la iglesia fueron invadidos por Genserico, rey de los vándalos, que apoderándose de su ciudad, causó tales estragos, que dice san Próspero que mas bien parecia hacer á Dios la guerra que no á los hombres: *Ut non discernere tur hominibus magis, an Deo bellum intulisset.*

El tercer ramal de los azotes con que Dios castiga á los profanadores de sus templos, es la peste, las enfermedades y la muerte. Se lee en la histo-

ria que se secaron las carnes de Juliano el Viejo en castigo de sus profanaciones, y que murió entre rabiosos dolores: á Félix, tesoro de Juliano el Apóstata, le sucedió que se puso á echar sangre por la boca, y con la sangre vomitó la vida muriendo en la mayor infelicidad. Otro tanto nos cuentan los historiadores de Antioco rey de Siria, de Próculo prefecto de Juliano, del emperador Leon, hijo de Copronio, y de otros muchos que con sus profanaciones atrajeron sobre sus cabezas, y sobre las naciones que les estaban confiadas, los azotes de enfermedades y muertes, con que se vieron claramente castigados por el Señor. Y no es solo Dios, en quien es un atributo esencial la justicia, el que castiga las irreverencias cometidas en el santo templo; sino tambien María santísima, aquella Madre que tan compasiva es para todos. Mirad cuán terrible se manifestó con los profanadores de los templos. Cuenta el P. Séñeri Juniore (*tom 1, p. 47*) que en la iglesia miraculosa del Monte Virgineo, á la que acudia mucha gente todos los años en el día de la fiesta, un año se pegó fuego, y quedaron consumidas por las llamas tres mil personas. Pero ¿quién diriais que fue el que la pegó fuego? ¿tal vez el demonio, ó algun malvado por instigacion suya? No, hermanos míos carísimos, sino la misma santísima Virgen, que con una hacha en cada mano incendió su misma iglesia para vengar las irreverencias que en ella se cometian, como lo vieron cinco personas espirituales. Pueblo mio estimado, enmiéndate de este enorme pecado, exclama al concluir el citado autor; y con la misma

exclamacion concluyo yo: enmendaos, os digo, si no seréis castigados en este mundo, y lo seriais por toda la eternidad en el otro, lo que no permita Dios.



FIN DEL RESPETO Á LOS TEMPLOS.

## EL AMANTE DE JESUCRISTO.

### DEDICATORIA DEL TRADUCTOR

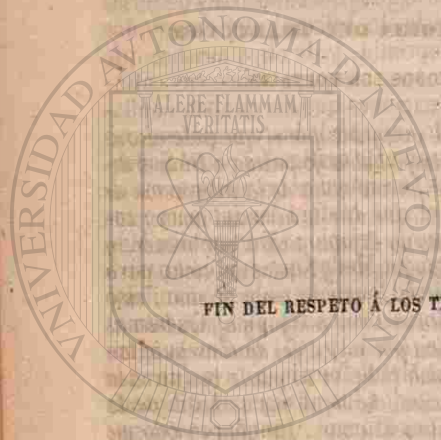
Á TODOS LOS MORTALES.

*Es una verdad innegable que el que pide alcanza; por mucho tiempo habia yo pedido á Dios el divino amor: á este fin me valia de la intercesion de la Virgen María madre de este hermoso amor: como lo deseaba tanto no dejaba piedra por mover, y no solo rogaba á los Angeles y Santos del cielo, para que me alcanzasen de Dios este amor divino, sino que tambien suplicaba á mis amigos y almas buenas que hiciesen oracion por mí, á fin de conseguir tan grande don. Y como el Señor no puede resistir á la fuerza de la oracion, hé aquí que se ha dignado concederme este libro de amor. En algun modo me ha sucedido lo que al profeta Ezequiel (cap. III) á quien dijo el Señor: Come lo que te doy... Hé aquí una mano enviada que traia un libro, y me dijo el Señor, come este libro... abrí mi boca y me sacié con él. Y me dijo: Hijo del hombre, tu vientre comerá, y tus entrañas quedarán llenas con este libro que te doy: le comí, y le hallé tan dulce en mi boca como la miel.*

*Una cosa semejante me ha sucedido á mí: un amigo me vino á ver, y con su mano benéfica y enamorada me alargó este librito, diciendo que era muy*



exclamacion concluyo yo: enmendaos, os digo, si no seréis castigados en este mundo, y lo seriais por toda la eternidad en el otro, lo que no permita Dios.



## EL AMANTE DE JESUCRISTO.

### DEDICATORIA DEL TRADUCTOR

Á TODOS LOS MORTALES.

*Es una verdad innegable que el que pide alcanza; por mucho tiempo habia yo pedido á Dios el divino amor: á este fin me valia de la intercesion de la Virgen María madre de este hermoso amor: como lo deseaba tanto no dejaba piedra por mover, y no solo rogaba á los Angeles y Santos del cielo, para que me alcanzasen de Dios este amor divino, sino que tambien suplicaba á mis amigos y almas buenas que hiciesen oracion por mí, á fin de conseguir tan grande don. Y como el Señor no puede resistir á la fuerza de la oracion, hé aquí que se ha dignado concederme este libro de amor. En algun modo me ha sucedido lo que al profeta Ezequiel (cap. III) á quien dijo el Señor: Come lo que te doy... Hé aquí una mano enviada que traia un libro, y me dijo el Señor, come este libro... abrí mi boca y me sacié con él. Y me dijo: Hijo del hombre, tu vientre comerá, y tus entrañas quedarán llenas con este libro que te doy: le comí, y le hallé tan dulce en mi boca como la miel.*

*Una cosa semejante me ha sucedido á mí: un amigo me vino á ver, y con su mano benéfica y enamorada me alargó este librito, diciendo que era muy*

bueno y que gustaba mucho de él, y me insta para que lo lea. Por condescender á sus instancias acepté el libro, y en medio de mis muchas y grandes ocupaciones traté de leerlo; pero ¡Jesús mio!... ¡qué hallé yo! En este librito, como en aquel campo evangélico, está escondido el tesoro del divino amor. ¡Oh hermosura antigua y siempre nueva, cuán tarde te conocí! En este librito, como en un mapa, veo trazado el camino que debo seguir para amar á Jesucristo: en este librito conozco lo que debo hacer y sufrir para amar á mi amado: y ¡qué dulzura tan grande causa en mi corazón su lectura! mas que la que puede causar toda la miel del mundo á la boca de los mortales. ¡Oh, cuántas veces me hace prorrumpir en suspiros, y arranca de mis ojos dulcísimas lágrimas de ternura y amor!

¡Oh mortales, amantes de la vanidad, que correis afanados en pos de la mentira de este mundo engañoso y que como necias mariposas sois víctimas infelices de la llama del amor de las riquezas, honores y deleites, que con tanta ansia buscáis y adoráis! abandonad, si, abandonad objetos tan inmundos: venid conmigo, y amemos todos al que es digno de nuestro amor: amemos á Jesucristo, ya que el primero nos ha amado á nosotros, y exige nuestro amor; porque reúne todos los títulos para que le amemos: leed este librito, y conoceréis lo que debéis hacer para amarle: seguid el ejemplo de este verdadero amante de Jesucristo, que está retratado en este librito. ¡Ay de mí! que está en lengua extranjera, y quizás muchos de vosotros no lo entenderéis: no os amedrentéis por eso, ya os allanaré el camino: os lo traduciré en vuestro propio idioma, y así os será fácil, gustosa y utilísima su lectura, co-

mo por la misericordia de Dios lo es para mí, y esto es lo que me mueve á presentaros y dedicaros este librito; porque el amor de Dios es muy diferente del amor terreno: de este dice el adagio: Enamorado y señoría no desea compañía; pero el amor divino desea compañía, y quisiera, como fuego que es, convertir á todos en sustancia de fuego divino; leedlo, probadlo y lo veréis: no os digo mas. Valet.

### PRÓLOGO.

El objeto de esta pequeña historia es dar una idea de un fervoroso amante de Jesucristo bajo la persona de un verdadero discípulo del Señor. Esta obra se divide en tres partes: la primera trata de la vida oculta y solitaria de este hombre de bien; la segunda de su vida pública y laboriosa, y la tercera de sus penas y muerte. En la primera parte se verá como se llena del santo amor; en la segunda como lo comunica á los otros, y en la tercera como se consume en sus puras llamas. Yo ruego al Señor, y le suplico que aquellos que lean ó oigan leer esta historia aprendan, á ejemplo de este grande hombre, á amar á Jesucristo, hacerle amar de todo el mundo y crecer todos los dias en este santo amor.

### PRIMERA PARTE.

#### Su vida oculta y solitaria.

Por mucho tiempo he buscado una persona que de veras amase á Jesucristo: algunas almas bue-

nas habia hallado en el claustro y en el siglo, pero mi corazon no quedaba con ellas satisfecho; aun no habia encontrado lo que deseaba. Un dia que de ello me lamentaba interiormente con Dios, se dignó escuchar mis votos y me hizo encontrar este verdadero amante de Jesucristo. Hé aquí cómo:

Paseándome una mañana por la orilla del mar, fijé mi atención en estas palabras que ví escritas en la arena: *Amad á Jesucristo*; esto me causó admiración, pero mas admirado quedé al observar que estas mismas palabras estaban repetidas en diferentes lugares de la orilla: es un hombre sin duda, dije entre mí, el que ha escrito aquí en la arena estas palabras; mas ¿quién sabe si este será el que busco? ¿y este hombre no habitará cerca de aquí? Quise indagarlo, y eché la vista á una montaña vecina, en cuya cumbre divisé un pequeño bosque y una especie de casa muy pobre: como empujado de una fuerza irresistible me dirigí allá. Por todas partes hallaba cosas que me animaban á trepar por el monte, no obstante el ser casi inaccesible en muchas partes. Observaba que en las peñas y en las cortezas de los árboles estaba muy á menudo grabado el nombre de Jesús: á veces se hallaban escritas sentencias de la sagrada Escritura todas llenas de fuego, que me hablaban del divino amor. Al acercarme á la casa leí desde lejos esta inscripcion: *El que no quiera amar á Jesucristo, que no entre aquí*. Si alguna vez mi corazon ha quedado penetrado de alegría fue en esta ocasion; yo entraré, pues, dije al momento, y este es el lugar dichoso en donde espero hallar al que busco. Apretaba el paso para llegar mas pronto; pero me deluve para escuchar una

voz que tierna y amorosamente se lamentaba. Vos sabeis, decia ella, Vos sabeis, ó Dios mio, que mi corazon arde de amor por Vos; pero ¡ay!... ¿de qué proviene que no os amen los hombres? ¡Oh amor, oh amor, que incesantemente ardeis, y jamás os extinguís! ¡Oh amor tierno! ¡oh ardiente amor, que triunfais de mi corazon! ¡ah! ¡por qué no triunfais del corazon de todas las criaturas! ¡Ay! ¡tanto nos habeis amado y tan poco como os amamos! ¡que no tuviera yo los corazones de todos los Querubines, ó mejor, que no tuviera yo, ó mi amable Salvador, vuestro mismo corazon para amaros tanto como sois amable! ¡Oh amor, que ardeis sin cesar y jamás os extinguís! ¡amor santo! ¡amor casto! ¡amor divino! ¡amor que por todo os derramais! ¡por qué no os extendéis por los corazones de todos los hombres; por qué no los penetráis, por qué no los abrasais con vuestro fuego! ¡Ay de mí! yo no puedo sostener por mas tiempo esta llama que me consume... basta, Señor, basta; á lo menos hallara yo quien quisiera partir conmigo este incendio. Aquí estoy yo, dije al momento; y corriendo á él apresuradamente, le dije otra vez: aquí estoy para repartir entre los dos esa divina llania. Decia esto, porque creia hablar con una persona que me contestaria; pero esta persona no me oia, porque acababa de caer en éxtasis. Veo á un hombre de mediana estatura, de rostro extenuado, pero dulce y lleno de un cierto fuego que indicaba muy bien el amor divino de que estaba lleno. Sus ojos, elevados al cielo, estaban fijos y sin movimiento alguno; medio echado el cuerpo, con un brazo apoyaba la cabeza, mientras tenia el otro

graciosamente caído. Todo me parecía admirable en esta persona y no respirar otra cosa mas que amor á Jesucristo. Créale muerto, porque veía que no respiraba, y para asegurarme de ello apliqué mi mano á su pecho; pero ¡oh Dios mio! ¡de qué fuego, de qué ardor no quedó abrasada! Convencíme entonces de que no estaba muerto, sino que el amor divino le habia extasiado por algun tiempo.

No quise interrumpirle; pero habiéndome puesto en oracion no léjos de él, despierta este hombre de Dios como de un sueño profundo, y mirándome dulcemente me dijo: ¿Sois vos el que quiere amar á Jesucristo? Estas palabras me conmovieron tanto, que de pronto no pude responderle sino con lágrimas. ¡Oh amor que me abrasas! continuó él, sin pararse en mí, ¡oh amor que derrites y consumes mi corazón! ¡por qué no enciendes los corazones de todos los hombres, por qué no los abrasas con esas llamas con que tienes encendido todo el paraíso celestial! ¡ay de mí! ardo yo con este mismo fuego; no puedo contener tan grande llama dentro mi pequeño pecho: y no encuentro quien quiera partir conmigo este fuego divino. ¡Ah! partid conmigo, le dije al momento, partid conmigo, si os place, esta llama divina. ¿Vos queréis, pues, replicó él, amar á Jesucristo? A lo que yo contesté: Este es el mas ardiente de mis deseos; por esto busco una persona que le ame, y que me enseñe á amarle perfectamente. ¡Ay de mí! dijo, dando un fuerte suspiro, yo ignoro si soy esta persona; lo que sé de cierto es, que yo ardo, y que este ardor no es de otro fuego que del amor á Jesucristo. Dijo es-

tas palabras con un modo que me dió á entender bien el amor de que estaba vivamente penetrado, y despues de un rato de silencio prosiguió: ¡qué motivos, qué poderosos motivos para obligarnos á amarle! Pero ¡ay! que ni se piensa, ni se conoce quién es Jesucristo! ¿Sabemos que Jesucristo es nuestro Dios, pero un Dios de bondad, un Dios de misericordia, un Dios de amor, que se hizo hombre por nosotros? ¿sabemos que se hizo niño, hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne, en una palabra, que se hizo semejante á nosotros? ¡Ah! si todo esto supiéramos, á buen seguro que arderíamos en vuestro amor ¡oh Salvador mio! y no habria quien no estuviese pronto á consagraros mil vidas si las tuviese: y aun mas, si se pensase y meditase que en todo el curso de vuestra vida mortal siempre habeis trabajado por nosotros: por nosotros habeis sufrido todos los tormentos imaginables: á nosotros habeis sacrificado todos vuestros cuidados, todos vuestros méritos, todos vuestros tesoros, toda vuestra sangre, vuestra vida y todo Vos mismo...

¡Oh mortales! si vosotros conociéseis bien á Jesucristo, arderiais todos en su santo amor; pero ¡ay! que no le conocéis; y si los cristianos le conocen, viven como si no le conociesen. ¡Oh mi amable Salvador! haceos conocer de los hombres. ¡Oh amor mio! haceos amar de todos. ¡Ay! tanto como nos habeis amado, ¿y nosotros no os amaremos? Vos nos habeis amado de todo vuestro corazón, de toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas; nos habeis amado de todo vuestro corazón, pues que siempre habeis pensado en

nosotros y de un modo el mas tierno y amable; de toda vuestra alma nos habeis amado, pues que la entregásteis para redimir la nuestra; con todas vuestras fuerzas nos habeis amado, pues que las habeis empleado, usado y consumido por nuestro amor.

¿Qué diré, ó amor mio, de este infinito amor que nos tenéis? Vos nos amais mas que á todas las otras criaturas, pues que únicamente para nosotros las habeis criado y las conservais: Vos nos amais mas que á los Angeles, pues que á ellos no os habeis entregado, y á nosotros sí: Vos nos amais mas que á vuestras delicias, que á vuestras riquezas, que á vuestra gloria: Vos nos amais, en fin, mas que á vuestro mismo corazon, que á vuestra alma, mas que á vuestro cuerpo, mas que á vuestra vida, mas que á Vos mismo; pues que por amor nuestro habeis sacrificado todas estas cosas y las sacrificariais aun si necesario fuese ¡oh Jesús de mi corazon! ¿Y no lo haceis todos los dias sobre los altares, en donde sin cesar os inmolaís Vos mismo por nosotros? ¿Y no lo haceis aun sobre nuestros corazones, á donde venís, cuando os place, á consumir este sacrificio?

Yo me extasio y arrebató, continuó, dirigiéndome la palabra, pero ¿qué queréis que os diga? Jesucristo nos ama, y no es amado: él nos da todo, y nosotros todo lo negamos: nos busca, y le huimos: nos habla en el interior del corazon, y no le queremos escuchar: nos llena de beneficios, y le ofendemos á cada paso: nos trae en su corazon, y le echamos del nuestro; en fin, ¿qué diré? ¡Oh Jesús mio! Vos nos amais, y los

hombres no os aman. ¡Oh amor, oh amor que abrais los corazones de los Serafines! ¿por qué no haceis otro tanto con el de todos los hombres? ¡Ay! Vos os humanásteis por nosotros y no por ellos: ellos son vuestros criados y nosotros vuestros hermanos: ¿por qué, pues, encendeis tan grande llama en sus corazones y tan pequeña en los nuestros? ¡Oh amor que incesantemente ardeis y que jamás os extinguís! encended, inflamad, penetrad, consumid nuestros corazones, y haced que Jesucristo reine únicamente en ellos.

Mientras escuchaba con sumo placer y alegría este discurso lleno de fuego, dieron las doce del día: Ea, me dijo, el reloj de la parroquia vecina me advierte que es la hora en que acostumbro á tomar mi comida; ¿gustais acompañarme? Me parece que aun estais en ayunas, y por tanto no dudo que tendréis necesidad de comer. Acepté de buena gana el convite que tuvo lugar á la sombra de un chaparro al pié de una cristalina fuente, tan pronto como la comida estuvo preparada. Consistia esta en un poco de legumbres, algunas frutas silvestres y en una especie de pececitos que el mar suele echar á las orillas vecinas. Hé aquí, me dijo, lo que el amor nos da: haga Nuestro Señor que los bienes que nos presenta se conviertan todos en su santo amor.

Despues de la bendicion nos pusimos á comer: jamás he asistido á convite mas delicioso; porque á mas del gusto particular de las viandas, la conversacion que entre tanto este hombre santo mantenía, era para mí tan encantadora, que en mi vida he experimentado gusto igual. ¡Oh, qué diferencia tan grande va de las delicias del cielo á

las de la tierra! De continuo me hablaba del amor de Nuestro Señor, y para infundírmelo no hay motivo que no me alegase: me decia que Dios era mi padre; y tan pronto me decia que era mi hermano, como que era mi esposo: añadía que era el mas tierno de todos los padres, el mas amable de todos los hermanos, el mas fiel de todos los amigos, el mas hermoso, el mas sábio, el mas noble, el mas rico, el mas generoso, el mas apasionado de todos los esposos: me explicaba estas cosas con un ademán tan tierno y con expresiones tan elocuentes, que me parecia oír no á un hombre sino á un Angel.

Después de la comida me condujo á su pequeña habitacion: no he visto cosa mas pobre, pero tampoco mas bien ordenada: las imágenes de la vida, pasión y muerte de Jesucristo adornaban las paredes, y todo su ajuar consistía en dos sillones de paja: en lo mas retirado habia un oratorio y junto á él dos tablas puestas en forma de cruz: esto me hizo creer que le servían de cama para el descanso de la noche, puesto que no ví otra en toda la habitacion. Sentémonos, me dijo: ya veis cuál es aquí mi ocupacion ordinaria: estas imágenes que están á nuestro alrededor me representan continuamente el objeto de mi amor: en la vida y muerte de Jesucristo es en donde una alma verdaderamente cristiana debe aprender á vivir y morir por él: á vista de estos amables misterios se aprende á amarle; pero para esto es menester la soledad. Una persona puesta en medio del tumulto del siglo, nada de esto puede comprender: este es el motivo que me ha obligado á abandonarle, para retirarme á esta celdilla en que

me veis. — Al oír que me hablaba de su retraimiento del mundo, me dió la curiosidad de saber mas en particular los pormenores de su vida: sobre todo cómo habia aprendido á amar tanto á Jesucristo, cuáles habian sido sus principios, y cuáles sus progresos en este amor. Mi demanda le embarazó algun tanto: mas como se lo supliqué por amor del mismo Jesucristo, no pudo excusarse; pero impúsome la condicion de haberle de prometer que en adelante no habia de arder en otro amor que en el de Jesucristo. Poco me costó otorgárselo, y por su parte, á fin de satisfacer á mi peticion, dió principio á la historia de su vida de esta manera: — Siete años tendria yo cuando mi padre tomó por su cuenta enseñarme la ley y religion cristiana: todas las noches me hablaba de Jesucristo, pero de un modo tan bueno, tan dulce y tan tierno, que mi corazón virgen aun recibia con facilidad suma estas primeras impresiones: yo no oía hablar de otras cosas que de las bondades de Jesucristo, y quedé de él tan enamorado, que solo de él hablaba, discurrendo todos los dias cómo hacerle de mí un entero sacrificio.

Padres y madres, ¡ah! si supiéseis cuán importante es educar así á vuestros hijos, los haríais unos santos, y el mundo entero arderia presto en amor de Nuestro Señor Jesucristo. Nada mas interesante que inspirarles estos primeros sentimientos: un cerebro jöven y tierno es susceptible de cualquier impresion, y por poco que se le haga entender las cosas, con dificultad ó jamás se le borran las primeras ideas que ha recibido. ¿ Por qué, pues, desde su edad tierna no

les inculcais todo cuanto concierne á la persona amable de Jesucristo , su dulzura , su humildad , su obediencia , su modestia , su paciencia , y su incomparable caridad ? ¿ Por qué no les llenais el espíritu de esas bellas ideas , que les serán á millares de veces mas dulces y mas agradables que aquellas con las que se acostumbra entretenerles en su infancia ? ¿ Qué ! ¿ por ventura hay cosa mas hermosa que enseñarles que hay un Dios ? ¿ que este Dios es el Señor de todo el mundo , que todo lo ve , que está en todo lugar , que lo gobierna y sustenta todo ? ¿ que este Dios , digo , tan grande , tan poderoso , tan rico , tan perfecto , tan adorable , que tuvo á bien hacerse niño por nosotros , pasar por todos los periodos de la infancia , humilde , sumiso , dócil , pobre , amable , y que despues de haber vivido treinta y tres años entre nosotros y empleado por nosotros todos sus afanes y trabajos , quiso por fin ser crucificado por nuestro amor ?

¿ Han visto los siglos cosa mas sorprendente ; y puede haber verdad mas encantadora para ocupar la infancia cristiana ? ¡ Ah ! si se cuidara de imprimirles bien estas primeras ideas , jamás se borrarían de sus espíritus , y sus tiernos corazones solo querrian arder en amor de Jesucristo . Yo os confieso que el mio quedó enteramente penetrado : ¡ qué fuego , qué santos ardores me abrasaron entonces ! Por cualquiera parte que fuese me parecia hallar á mi Salvador ; le hallaba en el sol , en los astros , en las flores , en los frutos , en todo lo que se presentaba á mis ojos . Cuando tomaba la comida , me parecia que estaba conmigo en la mesa ; que se divertía conmigo cuando

me entregaba á mis inocentes juegos , y que descansaba en su seno tan luego como me entregaba al sueño : para mí eran estas unas ternuras , familiaridades y entretenimientos dulcísimos é inexplicables . ¡ Oh , divino Salvador mio , cuán bueno sois , pues así os complacéis en comunicaros con las almas tiernas , sencillas é inocentes ! — Escuchaba yo con placer á este hombre seráfico ; conocía la importancia de instruir á los niños desde los primeros años en el conocimiento y amor de Jesucristo : admiraba las afecciones amorosas del corazón de Jesús en el corazón de una alma sencilla é inocente ; pero reflexionando sobre mí mismo , y viéndome reo de muchos crímenes , no me admiro , le dije entonces , que nuestro amable Salvador se comunique con tanta ternura á una alma tan pura y tan elevada ; pero ¡ ay ! una alma criminal , un pecador como yo ¿ podrá esperar los mismos favores , y podrá tan perfectamente amar á Jesucristo ? — Sí , me respondió , dándome un estrecho abrazo , una alma verdaderamente penitente puede esperar los mas grandes favores , y puede llegar á ser un perfecto amante de su Salvador : ejemplos de esta verdad tenemos en san Pedro , en la Magdalena y en los Apóstoles , que á excepcion de san Juan , podemos decir que todos habían sido pecadores . — Pecadores , seais los que fuéreis , Jesucristo os ama : por vosotros ha muerto , y aun volvería á morir si menester fuese ; él os ama y vosotros le podeis amar si quereis , y arder por él con aquellas llamas que han abrasado los corazones de tantos Santos é ilustres penitentes . Y aun digo mas , que si os convertís á él , experimentaréis á menudo las bondades

des y ternuras de su amor muy de otra manera que las experimentan las almas mas fieles: testigo es de esto el hijo pródigo del Evangelio, á quien su padre hizo tales caricias y fiestas que jamás habia hecho al hijo mayor que siempre le habia sido fiel.— Este discurso me consoló y me hizo ver de un modo particular que un pecador como yo no debia desesperar de amar algun dia á Jesucristo: le prometí que lo haria con todo empeño, pero que para animarme le suplicaba que continuase la explicacion de la historia de su vida; consintió en ello, y hé aquí lo que me refirió con la mayor sencillez del mundo:—Poco mas de nueve años contaba cuando me instruyeron para la primera comunión: me preparaba á ella del mejor modo posible, porque estaba bien persuadido que en este adorable Sacramento debia recibir al objeto de mi amor, en términos que nada omití de cuanto podia hacerme digno. Ayuné muchos dias á escondidas de la familia; di todo mi dinero á los pobres; buscaba el retiro y hacia largas oraciones: en cualquiera parte que estuviese me hallaba, sin saber cómo, todo lleno del amor de aquel Señor por quien continuamente suspiraba.

Deseos mas ardientes no creo experimentarlos mas en toda mi vida. Recibí, en fin, al amado de mi corazon, y me hallé tan contento, que creia tener en mí todo el paraíso. Nada os digo de los sentimientos de alegría, confianza, amor y reconocimiento que entonces se dignó comunicarme mi Salvador: estaba tan penetrado de ellos, que ya no vivia yo, sino que él vivia en mí: parecíame en todas partes que llevaba á Jesús en mi co-

razon, y estaba tan lleno de su divina presencia, que en verdad este amable Salvador era el alma de mi alma, á la manera que ella lo es de mi cuerpo. ¡Oh Jesús mio! ¡cuán grandes eran las afecciones de mi alma! Vos os comunicábais á mí con tanta bondad: Vos derramábais en mi corazon dulzuras con tanta abundancia, que á veces me veia obligado á deciros, basta; porque no me era posible sobrellevarlas, ni vivir por mas tiempo.

Como viese que mi amor, Jesús, no cesaba de entregarse á mí, ya en este agosto Sacramento, y ya muy á menudo por medio de ciertas comunicaciones que no puedo explicar, solo suspiraba yo entregarme á él reciprocamente, y consagrarme á él con los lazos mas fuertes é indisolubles. Aun no tenia diez y siete años cuando hice voto perpétuo de castidad: creí que no podia hacerle mayor obsequio de consagrarle desde entonces mi cuerpo y sacrificarle al propio tiempo los placeres de este mundo: pero lo hice previo el parecer de mi director.

Mas admirad la conducta amable de mi Salvador: hasta entonces nada habia sentido en mí que me condujese á movimientos desarreglados, pero apenas pronuncié mi voto, cuando me hallé combatido de todos los estímulos de la concupiscencia; mil objetos exteriores se me presentaban á la vista para perderme; llevaba en mí un fondo de iniquidad y corrupcion, en fin, sentia mi miseria; pero Vos ¡oh Señor mio! me habeis sostenido en los mismos lances en que me creia perdido; Vos venisteis á mí y me disteis valor en mis penas, y puedo decir que únicamente habeis permitido en mí este fuego del infierno, para encen-



der mejor el de vuestro amor divino. La tentacion duró mas de dos años: y solo encendiéndome mas y mas en el amor de Jesucristo, á quien habia consagrado mi cuerpo con el voto de castidad, conseguí libertarme de tan agudo estímulo. Resolvi tambien consagrarle mi alma con el voto de obediencia: hice este voto á la edad de veinte años, y prometí á mi amor, que por este voto le entregaba toda mi libertad, que en adelante mi voluntad seria la suya, y que por esto renunciaba enteramente á la mia, sujetándome del todo á mis superiores.

No puedo dudar que Dios se dignase aceptar mi voto, si he de atender á las récias y duras pruebas en que me puso al momento; no hay cosa que yo no sufriese sobre el particular de parte de los hombres, de los demonios y aun del mismo Dios; parecia que todos mis parientes se habian conjurado contra mí, y que se complacian en contrariarme en todo: los demonios hacian su parte y removian en mi corazon las pasiones mas violentas: Vos mismo ¡oh Salvador mio! me cargábais algunas veces vuestra mano: rodeábaisme de espesas tinieblas; me rechazábais cuando recurria á Vos, y me parecíais mi mayor enemigo; caia al instante en una especie de insensibilidad, sin tener ni voluntad ni deseos: en fin, ni yo entendia en qué habia venido á parar mi corazon: no era dueño de mí mismo; estaba sin libertad: sin embargo hice cuanto pude para salir de este laberinto, y mi director, hombre de virtud y saber, á quien me descubria enteramente, hallaba que todas mis acciones eran muy razonables. Decíame para mi consuelo, que yo tenia un cierto aire

que edificaba al mundo, y que mis palabras ganaban almas para Dios. No podia yo comprender ni gustar lo que entonces me decia este director sábio: tan ciego é insensible era á todo: no obstante le obedeci y me dejé enteramente á su direccion. Viéndome, en fin, reducido á la última miseria, crei que para ayudar á las disposiciones de Dios sobre mí, debia hacer un tercer voto, por medio del que me despojase de todos los bienes de la tierra para consagrarlos á Jesucristo.

Luego que hube hecho este voto falleció mi padre, quien me dejó grandes bienes, que renuncié á favor de mi hermano menor; y disgustado del mundo resolvi retirarme en la soledad en que me veis. Pero antes de poder ejecutar mi resolucion, ¿qué de contrariedades no he experimentado? ¿qué de obstáculos no he vencido y superado? Mis parientes, amigos y el mundo entero se esforzaban para detenerme: el demonio, que para mi perdicion suscitaba mil ocasiones en todo, no dejaba tambien de entrometerse en ello. No paró esto aqui, pero caido de improvisó, sin saber cómo, en un estado mas miserable que el que ya os he explicado, á mas de ser insensible á las cosas de Dios, experimentaba en mí la revolucion de las pasiones mas horribles, contemplándome al borde de mi entera perdicion: y para decirlo de una vez, apenas hube hecho el voto de pobreza, cuando Dios me hizo sentirla interiormente á la par de la miseria. El mundo y el infierno se concertaron contra mí durante este tiempo; asaltábanme continua y terriblemente, y tanto que no me atrevo á contarlos, pues la sola narracion os horrorizaria.

Pero, ¡oh amable Salvador mio! vuestro amor ha triunfado de todo; he renunciado á los honores, placeres y vanidades del siglo; he abandonado á mis hermanos, parientes y amigos, y les he dejado todos mis bienes; me he desprendido del mundo, retirándome á la soledad, en la que estoy ya hace mas de diez años. La calma mas profunda reinó al principio de mi retiro; no experimenté la revolucion de mis pasiones, el mundo me dejó en paz, y nada me dió que hacer el demonio; tranquilo me hallaba en esta soledad exterior; pero esta misma soledad que veis, no era mas que la sombra de otra soledad en la que me hallé en dichos primeros años. ¡Oh Amor mio! yo os buscaba en todas partes, y Vos os complacíais en huir de mí: yo pensaba haber abandonado al mundo para encontraros mejor y entretenerme á solas con Vos; pero ¡ay! Vos os ocultábais de mí, y eran inútiles todos los esfuerzos que hacia para hallaros: esto convertia mi interior en un desierto lúgubre y en una soledad horrible: ninguna cosa me hablaba de Vos, y hasta vuestra voz callaba; no os veia, y creia haberos perdido de veras para siempre. Lloraba amargamente y me lamentaba con frecuencia de mi desgracia: suspiraba sin cesar en pos de Vos, y mi corazón, que en otras ocasiones tanto habíais consolado, sufría un terrible martirio por no hallar al que solo podia contentarle. Pero ¡cuán bueno érais, Salvador mio, en tratarme de esta suerte! me enseñásteis entonces á desprenderme de mí mismo, despues de haber renunciado al mundo, y fácilmente me instruisteis á no apoyarme mas sobre la dulzura de la gracia, á fin de apoyarme

únicamente sobre Vos: el amor que me inspirásteis en los primeros y juveniles años no era otra cosa que un amor de niño; necesitaba de estas pruebas; y era preciso purificarse en estos diferentes estados. Vos lo habeis hecho ¡oh Jesús mio! pero despues de haberme hecho pasar por estos horrorosos desiertos, me habeis finalmente conducido á esta tierra de promision, en la que únicamente se gusta dulzuras, y en donde Vos derramais sobre mí abundantemente vuestras gracias. — Por grande que fuese el placer que experimentaba escuchando al solitario, no pude dejar de interrumpirle. ¡Qué! le dije con viveza, ¿en todos estos estados de tinieblas, tentaciones, miserias, insensibilidad, y en este estado espantoso de soledad amábais á Jesucristo? — Sí, le amaba, me contestó al momento, pero sin saberlo, y esta ignorancia en que me hallaba, era mi mayor tormento. — Pero ¿cómo, le objeté, cómo podíais amarle con unas disposiciones tan espantosas, y mas amarle sin saberlo? — No lo sabia por cierto, me respondió; pero despues que mi amor se ha hecho sentir en mí, bien me lo ha hecho conocer. Sí: amaba yo á mi Salvador amable, y este amor que le profesaba antes tan tierno, tan dulce, tan ardiente y tan sensible se purificaba entonces en medio de mis penas; yo no lo sabia y debia ignorarlo; se purificaba mientras tanto, y me parece oportuno descubrirnos aquí los secretos de este amor divino. — Me explicó en seguida lo que hay de mas misterioso y oculto en el camino de la vida espiritual ó interior: me enseñó como en los primeros fervores y sensibilidades del amor divino hay siempre mucho de amor propio; y añadió:

Mézclase muy á menudo la vanidad y cierta complacencia en la que toma su buena parte la naturaleza: se ama á Dios, es verdad; pero se ama el placer que se saborea en este amor: ámase cierto gusto que se experimenta; se ama el propio interés espiritual, y en él se complace y se descansa; en una palabra, ámase uno á sí mismo y tal vez mas que á Dios. El amor divino, que quiere ser único dueño, viéndose como rodeado de todas estas miserias quiere desprenderse de ellas á toda costa, y este es el motivo por que nos pone en estados y situaciones diferentes: tan pronto nos hunde en las tinieblas y oscuridad, á fin de hacernos conocer nuestra ignorancia, como nos abisma en un estado de ceguedad y aridez, para que sintamos nuestra indigencia; tan pronto suscita en nuestro corazon una revolucion continuada de pasiones, para que veamos que no somos mas que pecado, como nos deja, por fin, en una soledad horrorosa, para hacernos sentir que somos una pura nada.

Este amor divino, haciéndonos conocer así nuestras debilidades, nuestras miserias, nuestras insuficiencias, en una palabra, lo que somos, nos dispone á hacernos conocer mejor su bondad, su misericordia, sus grandezas, su poder y lo que él es. ¡Oh, qué ventajoso nos es, me decia este hombre santo, pasar por todos estos diferentes estados! Pero conviene ser fiel y abandonarse enteramente al cuidado amable del Salvador. No hay duda que á veces sucede que en estas pruebas molestas el alma comete algunas faltas; pero Dios con facilidad las perdona, por poco que se esmere uno en convertirse á él: sabe nuestras fla-

quezas, y en cuanto ve suspirar una alma por él, este Dios, todo amor, se comadece de ella y nada la niega. He pasado por todos los estados de que os he hablado: he padecido todo cuanto el amor del placer, del interés y estima, en una palabra, todo cuanto puede sufrir el amor propio; pero este ha muerto, en fin, bajo tales golpes, y me parece que actualmente me hallo libre de él: no es él quien reina en mí; sois Vos y solo Vos, ¡oh mi Jesús! quien en él triunfais. ¡Oh amor mio! ¡oh amor mio, que abrasais mi corazon y que le consumís en las llamas mas puras! ¿por qué no abrasais los corazones de todos los hombres, y no los sujetais á vuestro imperio? He abandonado el mundo, es verdad, porque el mundo no ama á Jesucristo; pero quiero volver al mundo para enseñarle cómo ha de amar. Si; iré por todas partes, atravesaré los mares, penetraré los países mas bárbaros, predicaré por todas partes cuán amable es Jesucristo, y cómo debemos amarle. — Me dijo estas palabras con un celo que no se puede explicar; y despidiéndome dulcemente, pues anocheía, — marchaos, me dijo suspirando, volveos á vuestra casa, y no vengais mas á buscarme en mi retiro; puede ser que me halles en otra parte algun dia; adios, que me voy á donde me transporta la vehemencia de mi amor. — Le supliqué se dignase permitirme pasar con él la noche; pero me denegó esta gracia: retiréme despues de haberle abrazado muchas veces, y me fuí á una pequeña choza que estaba allí cerca, en donde no hice otra cosa, durante toda la noche, que pensar en mi buena fortuna, y recapacitar en mi espíritu las agradables conversaciones que

entre dia habia tenido con mi solitario. Al rayar la aurora abandoné mi albergue para ir al momento á encontrarle de nuevo: busquéle por todas las partes de aquel pequeño bosque, en la fuente y en la celdilla, que hallé del todo abierta; pero sin encontrar en ningun paraje al que buscaba. Habrá tal vez abandonado la soledad, dije para mí, y se habrá marchado para ir á anunciar al mundo el amor de Jesucristo. ¿Quién sabe si escondido en algun rincon estará haciendo sus oraciones? Estando en estas perplejidades, ví una carta en el reclinatorio, la tomé, y leí en ella estas palabras: ¿Por qué me buskais aun aquí? Mi amor me habia traído á esta soledad: mi amor me ha sacado de ella; me veréis algun dia: adios, amad á Jesucristo.

No dudé que este hombre se habia ido por la noche, y que habia renunciado á las dulzuras de la soledad para llevar el amor de Jesucristo por todas partes; por lo que resolví volver á mi casa, consolándome de esta pérdida con la esperanza de que algun dia le volveria á ver.

#### SEGUNDA PARTE.

##### *Su vida pública y laboriosa.*

Después de la conversacion que tuve con el santo solitario, no cesaba de bendecir al Señor por haberme hecho encontrar en él lo que buscaba tanto tiempo habia: un hombre desprendido enteramente del mundo, un hombre despojado de sí mismo, un hombre sobre todo ardiendo en amor

de Nuestro Señor Jesucristo. No podia dejar de pensar en él, y recordar los dulces momentos en que este hombre de Dios me referia la historia de su vida, y me enseñaba insensiblemente los mas ocultos y secretos caminos de la vida espiritual, y el arte admirable de amar perfectamente á Jesucristo: sus palabras, su aire, sus ademanes, su gesto, su persona, en fin, él mismo á todas horas me estaba presente, y esperaba con una santa impaciencia el feliz momento en que habia de verle por segunda vez.

Seis años transcurrieron en esta larga expectativa; pero quiso por fin el Señor escuchar mis votos: viajaba yo por país extranjero, cuando hé aquí que en medio de una vasta campiña percibí á lo lejos una reunion asombrosa de gente: piqué mi caballo, y al estar cerca observé que aquella muchedumbre estaba con una atencion profunda; tuve la curiosidad de saber el motivo de semejante reunion, y reparé sobre una pequeña eminencia á un hombre lleno de santo celo que la hablaba con una voz fuerte y animada. Acerquéme mas para mejor ver y oír; pero ¡oh Dios mio! ¡qué alegría y qué dicha para mí! reconozco á mi amado solitario; veo la misma cara que otra vez habia visto: oigo la misma voz que en otra ocasion tanto habia conmovido mi alma; deslicéme insensiblemente en el auditorio, y me acerqué cuanto pude al predicador, quien proseguia su discurso y hablaba de su amor con tanto celo y elocuencia, que ni uno habia que no estuviese conmovido: todos derramaban lágrimas, y por todo el auditorio se oían ciertos suspiros que da-

entre dia habia tenido con mi solitario. Al rayar la aurora abandoné mi albergue para ir al momento á encontrarle de nuevo: busquéle por todas las partes de aquel pequeño bosque, en la fuente y en la celdilla, que hallé del todo abierta; pero sin encontrar en ningun paraje al que buscaba. Habrá tal vez abandonado la soledad, dije para mí, y se habrá marchado para ir á anunciar al mundo el amor de Jesucristo. ¿Quién sabe si escondido en algun rincon estará haciendo sus oraciones? Estando en estas perplejidades, ví una carta en el reclinatorio, la tomé, y leí en ella estas palabras: ¿Por qué me buskais aun aquí? Mi amor me habia traído á esta soledad: mi amor me ha sacado de ella; me veréis algun dia: adios, amad á Jesucristo.

No dudé que este hombre se habia ido por la noche, y que habia renunciado á las dulzuras de la soledad para llevar el amor de Jesucristo por todas partes; por lo que resolví volver á mi casa, consolándome de esta pérdida con la esperanza de que algun dia le volveria á ver.

#### SEGUNDA PARTE.

##### *Su vida pública y laboriosa.*

Después de la conversacion que tuve con el santo solitario, no cesaba de bendecir al Señor por haberme hecho encontrar en él lo que buscaba tanto tiempo habia: un hombre desprendido enteramente del mundo, un hombre despojado de sí mismo, un hombre sobre todo ardiendo en amor

de Nuestro Señor Jesucristo. No podia dejar de pensar en él, y recordar los dulces momentos en que este hombre de Dios me referia la historia de su vida, y me enseñaba insensiblemente los mas ocultos y secretos caminos de la vida espiritual, y el arte admirable de amar perfectamente á Jesucristo: sus palabras, su aire, sus ademanes, su gesto, su persona, en fin, él mismo á todas horas me estaba presente, y esperaba con una santa impaciencia el feliz momento en que habia de verle por segunda vez.

Seis años transcurrieron en esta larga expectativa; pero quiso por fin el Señor escuchar mis votos: viajaba yo por país extranjero, cuando hé aquí que en medio de una vasta campiña percibí á lo lejos una reunion asombrosa de gente: piqué mi caballo, y al estar cerca observé que aquella muchedumbre estaba con una atencion profunda; tuve la curiosidad de saber el motivo de semejante reunion, y reparé sobre una pequeña eminencia á un hombre lleno de santo celo que la hablaba con una voz fuerte y animada. Acerquéme mas para mejor ver y oír; pero ¡oh Dios mio! ¡qué alegría y qué dicha para mí! reconozco á mi amado solitario; veo la misma cara que otra vez habia visto: oigo la misma voz que en otra ocasion tanto habia conmovido mi alma; deslicéme insensiblemente en el auditorio, y me acerqué cuanto pude al predicador, quien proseguia su discurso y hablaba de su amor con tanto celo y elocuencia, que ni uno habia que no estuviese conmovido: todos derramaban lágrimas, y por todo el auditorio se oían ciertos suspiros que da-

ban bien á entender que los corazones estaban penetrados del amor de Jesucristo.

¡De qué motivos, de qué razones tan poderosas se valia para conseguir su objeto! Empezó por hacer un retrato de la persona amable de Jesucristo: por una parte nos hizo ver su grandeza, su sabiduría, su poder y su divinidad: por otra hizo resaltar su bondad, su paciencia, su hermosura y su humanidad: despues de habernos hecho una pintura tan hermosa y viva del Hombre-Dios, nos demostró cuánto nos ama, los afanes que ha tenido por nosotros, las continuas solicitudes en buscar nuestros corazones, las gracias de que nos colma en cada instante, las humillaciones que por nosotros sufrió, sus trabajos, sus penas, su sangre derramada y la muerte ignominiosa sufrida por nuestro amor.

Nos explicó todas estas cosas con tanta fuerza, con unos ojos, con un gesto, con una voz y con un corazon tan penetrado de lo que nos decia, que los nuestros no pudieron menos de quedar igualmente penetrados. Concluido el sermon le seguí á una pequeña poblacion vecina, en cuyo hospital se retiró para descansar con aquellos pobrecitos que eran todo su consuelo. Tan luego como me vió en este lugar, me dijo:—Me veis, pues, por segunda vez, y quiere el Señor que para satisfaccion vuestra ós hable de él, lo que deberá ser el objeto único y mas apreciable de nuestras conferencias.—Acabo de oír vuestro sermon, le respondí; estaba en el auditorio, y me habeis de tal manera conmovido, que no hay cosa que no haga y sufra por el amor que debo á mi Salva-

dor Jesucristo.—¿Le amais, pues? me replicó.—Sí, le contesté al momento, le amo; pero como no puedo amarle tanto como quisiera, decidme qué debo hacer para conseguirlo: explicadme, os suplico, lo que vos habeis hecho por él desde que tuve la dicha de encontraros en vuestra soledad. Algo le costó acceder á mi demanda; pero como se lo supliqué encarecidamente por el mismo amor que profesaba á Nuestro Señor, no me lo pudo negar.

Despues de haber tomado aliento por espacio de media hora, pues que bastante acalorado saliera de su sermon, comenzó á hablarme de esta manera:—Dejé el desierto tan luego como nos separamos: partí de noche... Pero, ¿por qué, le interrumpí, abandonásteis vuestro retiro, en donde tanto se aprende á amar á Jesucristo?—Es verdad, me respondió, que en la soledad es en donde particularmente se aprende á amar á ese divino Salvador; en el siglo y entre los hombres hallaréis por cierto solo el amor de los deleites, de las riquezas y de la vana gloria; el amor de Jesucristo no reina entre ellos: en la soledad es en donde se ha de ir á buscar: allí léjos del tumulto y ruido de las cosas del mundo se aprenden sosegadamente los secretos de este amor divino; allí se puede conversar á solas con Dios, sin temor de ser interrumpido y de que nada os saque de vuestro recogimiento; antes bien todo os hablará del amor á Nuestro Señor: los bosques, las fuentes y los pajaritos, el mar, la tierra, las yerbas, las flores, todo habla, todo respira amor á Jesucristo.

Hé aquí lo que me hizo habitar por espacio de

diez años en la soledad; pero cuando el corazón está lleno de este amor divino, cuando se siente de él abrasado, y las llamas que le devoran no caben en tan estrecho recinto, ¿qué es lo que se debe hacer? ¿por ventura no es lícito derramar y comunicar este amor divino y enseñar á los hombres cuán amable es Jesucristo, y cuánto debemos amarle? Estas consideraciones me obligaron á volver en medio del mundo. Habiéndome, pues, marchado de mi soledad, me fui al momento á la casa de unos santos misioneros, en donde presto aprendí los excelentes medios de que se valen para ganar las almas para Dios; quisieron me ordenase de sacerdote; costóme algun trabajo el determinar me á ello por considerarme del todo indigno; pero viendo que esto sería para mí un nuevo empeño para amar mas á Jesucristo y llevar por todas partes su santo amor, me preparé para el sacerdocio, que recibí, y celebré por primera vez el sacrificio incruento. ¡Oh amable Salvador mio, de qué gracias, de qué favores llenásteis entonces á este pobre siervo vuestro! No os lo puedo explicar, pues que apenas se pueden comprender: me veia todos los dias en el altar haciendo las veces de Jesucristo, representar su persona, tener á mi Salvador en mis manos, inmolarle con él al mismo tiempo... ¡Oh, qué dicha para mí! ¡Jesucristo en mis manos!... ¡Jesucristo en mi lengua!... ¡Jesucristo en mi pecho!... y esto, no una sola vez, sino todos los dias: ¿y será posible despues de tan grandes finezas no arder en su santo amor?...

¡Oh sacerdotes, ministros sagrados de Jesucristo! si vosotros reflexionáseis cuán grande es

vuestro honor, seriais otros tantos Cristos. ¿No sois efectivamente los ungidos del Señor? Vosotros representais la persona de su amado Hijo: llevais á este divino Salvador en vuestras manos, ¿qué digo? le llevais en vuestro corazón ¡y podrá suceder que no le ameis! El se inmola todos los dias por vosotros en vuestras manos, ¿y vosotros no os inmolaréis por él? Os confia su cuerpo, su sangre, su vida; viene á descansar en vuestro pecho, en una palabra, él se os entrega todo, ¿y á vosotros se os haria duro entregaros del todo á él? El es todo para vosotros, ¿y vosotros no seréis del todo suyos? El quiere vivir en vosotros, ¿y vosotros rehusaréis vivir en él? El os ama, ¿y vosotros no le amaréis? ¡Ah! si consideráseis lo que sois, y cuál es la persona que representais, seriais sin duda dulces como Jesucristo, mansos como Jesucristo, desinteresados y caritativos como Jesucristo.

Despues que tuve el honor de ser sacerdote, he creido que siempre habia de tener presente mi grande dicha. No, no soy yo quien vive, sino Cristo es quien vive en mí: todo cuanto soy le pertenece; mis ojos ya no son ojos míos, ni mi lengua es lengua mia, ni mis manos son manos mías, ni mi cuerpo es cuerpo mio, ni mi corazón corazón mio, ni mi alma alma mia; sino que ojos, lengua, manos, corazón, cuerpo y alma es todo de Jesucristo. Todas estas cosas no me pertenecen ya, sino que deben contarse entre los bienes, herencia y reino de Jesucristo. Formar á Jesucristo en mí es el objeto de estos pensamientos tan dulces y estimables. Vos seréis, Salvador mio, si os place, el que haréis en mí esta obra. ¡Ay! si

tan fácilmente podeis Vos convertir un poco de pan en vuestra sustancia, y esto con cinco palabras, ¡ cuánto mas fácil os seria convertirme todo en Vos con el solo contacto de vuestro sacratísimo cuerpo! Vos lo quereis, ¡ oh Jesús mio! yo tambien; Vos me lo mandais, y yo gustoso os obedezco. No, no quiero pertenecer mas á mí mismo y no estaré contento hasta que Jesucristo esté enteramente formado en mí. Ni aun esto me basta: yo quiero ir por todo el mundo á formarle en el corazon de todos los hombres; este deseo ha sido el que me ha obligado á dejar mi amada soledad, como ya os he dicho, en donde despues de haber aprendido á amar á Dios, me he visto obligado á ir por las naciones para enseñarlas á amarle.

Me fui desde luego á los países bárbaros, quiero decir, á esos desiertos del Cristianismo, en donde apenas se oye hablar de Jesucristo. Le he predicado allí, me han escuchado y han aprendido á amarle. No he querido predicarle en mi país, porque además de que no quiero que me conozcan, ¿ cómo poder hacer amar á Jesucristo en un país en donde solo se ama el interés, los deleites, el mundo y la vanidad? ¡ Ay! en medio del Cristianismo se oye con frecuencia hablar de Jesucristo; pero se ignora comunmente de lo que se habla: los misterios del Hombre-Dios son reputados entre los inventos fabulosos, ó como una bella historia que fue de otro tiempo. Las verdades de nuestra fe, repetidas una y mil veces sin fruto alguno, han producido una especie de insensibilidad: se las escucha, es cierto, pero sin gustarlas; yo no sé si las entienden ó las quieren entender: en fin, poca es la creencia entre los cris-

tianos: la fe que tienen de Jesucristo es una fe agonizante; ¿ y quien será capaz de reanimarla despues de todo esto? Por esto pasé ante todo á esas naciones semibárbaras, en las que casi nunca ha sido predicado el Evangelio: anuncíele, pues, á aquellas pobres gentes hambrientas, por decirlo así, de la divina palabra, y han gustado tanto de Jesucristo, que todos han quedado presos de su divino amor.— Interrumpí al sacerdote, y le pregunté de qué discursos acostumbraba valerse para ganar á estos pueblos para amar á Jesucristo.— No os puedo decir á punto fijo, me respondió, lo que eran mis discursos, ni cómo los coordinaba: Vos lo sabeis, Salvador mio, pues Vos me los inspirábais; Vos hablabais por mi boca; Vos animábais mi voz y mi gesto; Vos os deramábais en los corazones de mis oyentes; Vos, en fin, érais quien lo hacia todo: entregado enteramente á Vos me dábais lo que convenia decir. Por tanto, prosiguió, no os puedo buenamente decir lo que predicaba entonces: bien sé que les hablaba siempre del objeto de mi amor; que para excitar al mundo á amarle les hacia ver cuán amable es, cuánto nos ama, y luego cuánto quiere que nosotros le amemos. Otras veces les hablaba de la necesidad que tenemos de amarle, de las riquezas inestimables de su amor, de su poder, de su excelencia, de sus dulzuras, de sus triunfos... les explicaba, en fin, todas las maravillas de su amor. Escuchábanme con sumo gusto; oyéndose por todas partes tiernos suspiros y un cierto rumor en la reunion que denotaba el sentimiento que tenian de no haberle amado bastante, ó los deseos ardientes de amarle en lo ve-



nidero, ó las resoluciones fervorosas que forman de hacerlo y sufrirlo todo por su amor. — El discurso de este santo sacerdote, y los motivos que alegaba para amar á Jesucristo, me encantaban; pero deseando que entrase un poco mas en materia, le supliqué que me lo explicase mas en particular: lo hizo pero de un modo tan vivo y eficaz, que creí oír á un san Pablo ó á un Serafin, que me hablaba de este divino amor: jamás mi corazón ha estado tan inflamado como entonces; las palabras que pronunciaba este hombre de Dios eran otros tantos dardos encendidos que me penetraban hasta el alma y me encendían en el amor de Nuestro Señor. Sus ojos, su cara, su gesto, todo me hablaba en él de este amor divino: primeramente me habló de su necesidad, me hizo ver que no se puede vivir con felicidad sin amar á Jesucristo; me demostró que no podemos gozar de salud, si no amamos á Jesucristo: que el que no le ama queda anatematizado: que tenemos precepto expreso del Señor de amarle; y finalmente que era preciso escoger en esta alternativa: ó arder en el fuego del amor á Jesucristo, ó arder eternamente en el fuego del infierno.

Después de haber sentido la necesidad que tenemos de amar á Jesucristo, me demostró los grandes bienes que sacamos de este amor, explicándome sus inestimables riquezas. ¡Oh! ¡qué cosas dijo sobre tan interesante materia! Que el amor de Jesucristo encierra todos los tesoros del cielo y de la tierra, la alegría, la paz, la seguridad de la gracia, la dulzura, la humildad, la paciencia, la pureza, la fortaleza, el valor, en una palabra, todas las virtudes las mas heroicas

del Cristianismo; además el horror al pecado, el desprecio del mundo, la abnegacion de sí mismo, el amor á la cruz y á los trabajos, y un deseo insaciable de morir por Jesucristo. ¿Qué cosa hay que no posea, dijo él, el que ama á Jesucristo? El que le ama posee su corazón, y por consiguiente todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios. Me habló inmediatamente del poder y de los triunfos de este amor. — Sí, no lo dudeis, me dijo: no hay cosa que no emprenda y que no la lleve á cabo: el amor lo puede todo, lo supera todo y todo lo avasalla: el amor triunfa de todo, ni el mismo Dios, con ser Dios, le resiste. Este amor ha hecho triunfar á los Mártires en medio de los mayores tormentos: este amor ha dado fuerza á tantas jóvenes vírgenes para llegarse á la presencia de los tiranos, y echarles en cara su barbarie; este amor ha triunfado de la idolatría: este amor, por fin, ha dado poder á unos pobres pescadores para someter á todo el mundo á la santa locura de la fe. — Pasó después á explicarme la excelencia de este divino amor, díjome que él era el que formaba los grandes Santos y los héroes del Cristianismo; que sin él todo es nada; que las cosas mas grandes pasan sin él á ser las mas pequeñas, y al contrario, las mas pequeñas con este divino amor pasan á ser infinitamente grandes; que si se quitase del paraíso el amor de Jesucristo, pronto se convertiría en un infierno; y si fuera posible introducir este amor en el infierno, dejaría de ser infierno y se convertiría en un delicioso paraíso. A continuación me explicó las delicias de este amor, diciendo: que endulza las amarguras de esta vida; que sin él todo es tris-

teza, y con él todo es alegría, todo placeres y delicias á torrentes. Para probarme tan bella proposicion y hacérmela en algun modo sensible, invocaba el testimonio de todos los corazones que han amado con especialidad á Jesucristo. — Ellos nadaban, me dijo, en un mar de placeres, ó mejor, estaban en él inundados; no se poseian á sí mismos, viéndose obligados á decir: basta, Señor, basta.

¡ Ah! si me fuera posible, añadió, haceros gustar lo que experimento en mí mismo y derramar en vuestro corazon todo lo que pasa en el mio; pero, ¡ ay! demasiado digo, porque aunque me derramo por todas partes, las dulzuras de mi corazon son tan grandes que no las puedo explicar. Hé aquí, continuó mudando de tono, cuáles son las bondades, las grandezas, las riquezas, y las delicias del amor á Jesucristo; pero es preciso amar para conocerlas y para entender lo que digo: amad, pues, añadió, dándome un tierno abrazo, amad á este estimable Salvador. ¡ Ay! tanto como os ha amado, ¿ y vos le negaréis vuestro amor? ¡ qué motivos, qué poderosos motivos no teneis que os impelen á este amor! todas las criaturas os excitan á ello; el paraíso celestial os ofrece la inmensa y eterna felicidad de los Santos, si amais á Jesucristo: el infierno os amenaza con todos sus eternos tormentos, si no le amais. Todo cuanto os rodea en este mundo visible, el sol, la luna, los astros, la tierra, el mar, las plantas, los frutos, las flores, todo os predica, todo os anuncia á Jesucristo, todo os habla de su santo amor... — Calló por algunos instantes, y levantando despues la voz que se hizo oir por toda la

sala de los pobres enfermos, en donde se habian reunido muchas personas. — ¿ hay en el mundo, exclamó, cosa mas razonable, mas natural, mas conveniente, mas dulce ni mas interesante que amar á Jesucristo? Nosotros naturalmente amamos á nuestros semejantes, y este Dios que se hizo hombre, por el amor que tenia al hombre, ¿ no es por ventura del todo semejante á nosotros? Naturalmente amamos á nuestros bienhechores y á todos los que se interesan á favor nuestro, de manera que no podemos prescindir de ello: ¿ y prescindiríamos de amar á Jesucristo, no hallándose otro que nos haya hecho tanto bien como él? Amamos con pasion las grandezas, las riquezas, los placeres, el amor y estima de los grandes: pues bien, amando á Jesucristo poseeis el amor y estima de todo el paraíso; los Angeles os quieren, los Santos os aprecian, Dios mismo os ama, y hallaréis en vuestro amado los bienes, los honores y las delicias del cielo y de la tierra. Nosotros sin pena alguna, antes bien con una cierta necesidad, amamos todo cuanto nos pertenece, todo cuanto es nuestro, todo, porque nos amamos necesariamente á nosotros mismos: ahora bien, ¿ hay por ventura en todo el mundo cosa que mas de cerca nos toque y que sea mas nuestra que Jesucristo? El es nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro esposo, nuestra carne, nuestro alimento; él es todo nuestro, y todo nuestro por amor; ¿ por qué, pues, no serémos nosotros todos para él, ya que él es todo nuestro?

Nosotros naturalmente amamos la belleza, la bondad, la sabiduría, la dulzura, la virtud: porque todas estas cosas son amables naturalmente:

pues ¿por qué no amarémos á nuestro amable Salvador? El es la misma belleza, la bondad por excelencia; es la sabiduría del eterno Padre, es el mas dulce de todos los hombres; él posee eminentemente todas las mas bellas cualidades: en fin, nosotros amamos á los que nos aman, y gustosamente pagamos amor con amor. Jesucristo nos ha amado, no lo podemos dudar; nos ama, lo podemos experimentar; y nos quiere amar eternamente, de esto habemos recibido mil pruebas: ¿por qué, pues, no le hemos de amar? ¿por qué regatearle un corazon que nos pide?

¡Ay! se aman las criaturas, y aun á veces las menos amables; criaturas sin ningun mérito, y que quizás no nos aman; no obstante se las ama, y el amor que se las profesa es un amor inquieto, gravoso, pesado, criminal y que nos tiraniza; pero el amor de Jesucristo es un amor santo, inocente, pacífico, consolador, infinitamente dulce y delicioso: nosotros amamos al que sabemos de cierto que de veras nos ama; Jesucristo, pues, quiere amarnos por toda una eternidad. — Se extendió el buen sacerdote sobre tan preciosa materia, y lo hizo con tanto fervor que arrebató á todos los oyentes; los rústicos y sencillos quedaron mas afectados que los otros: le pedí la razon de esto, y me respondió que sobre esta clase de personas bajó el amor de Jesucristo el dia de Pentecostes; y que los ricos y grandes del mundo regularmente no son muy capaces de este favor. Para probarme lo que acababa de decir, hé aquí cómo continuó la historia de su vida: — He predicado, me dijo, á toda clase de personas, á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, y á los

que están entregados á los placeres de este mundo; he predicado á los sábios y á los ignorantes, á los viejos y á los jóvenes; pero con diferente resultado: los grandes del mundo no pueden amar á Jesucristo, porque no pueden amar los desprecios y las humillaciones de su cruz: los ricos del mundo tampoco son capaces de su amor, porque no pueden gustar su pobreza: los voluptuosos son indignos de este amor, porque tienen un corazon corrompido: los sábios y los políticos del siglo jamás amarán á Jesucristo, porque ellos no pueden amar su dulzura, su simplicidad y su inocencia: vosotros, pobres y sencillos, vosotros, enfermos y abandonados, vosotros, digo, estais bien dispuestos para amar á Nuestro Señor Jesucristo.

— Un dia, continuó, en ocasion de predicar á un numeroso y lucido auditorio en que asistia un principe del país con su numerosa corte, hablé del ardiente amor que Jesucristo tenia á los hombres: desde luego dieron á entender que estaban en gran manera conmovidos; quedaron corridos y avergonzados de haber estado tan largo tiempo sin amar á aquel que tanto les habia amado; ya se reprendian su ignorancia, ya su dureza de corazon, en fin, empezaron á inflamarse de su santo amor; pero luego que yo les hube hablado de este divino Salvador tiritando de frio sobre las pajas de un pesebre, se fué extinguiendo en ellos el amor que al parecer se encendiera en sus pechos. Para reanimar este agonizante fuego me ví precisado á decirles, que si se habia humillado tanto, habia sido por nuestro bien; no produciendo mis razones otro efecto que amortiguarlo mas y mas; no, decian allá en sus adentros, se-

gun comprendí, no podemos resolvernos á amarle, porque nos es imposible imitar tan grande pobreza y una humildad tan profunda. Los reyes y poderosos de la tierra, les dije entonces, han amado al Salvador siendo infante; es verdad que Herodes y su corte no lo pudieron sufrir; pero los Reyes del Oriente le adoraron é hicieron sus presentes; ¿qué partido quieren ustedes seguir, señores? ¿Somos de la corte de Herodes ó de la de los Reyes magos? Este discurso conmovió á todo el auditorio, pero pocos se convirtieron; porque en gran parte se componía de gente de corte y grandes del mundo: algunos no obstante se convirtieron y lo hicieron de una manera tan noble, que en poco tiempo llegaron á ser unos perfectos amantes de Jesucristo. ¡Oh grandes, oh nobles, oh ricos de la tierra! Si quereis serviros de las grandes ventajas que el Señor os ha concedido, podeis en breve tiempo ser unos grandes santos. Seréis grandes en todas las cosas, grandes en virtud, grandes en valor y grandes en el amor á Jesucristo.

En otra ocasion pasé por delante de una casa, en donde regularmente tenian la academia los sábios: uno de estos señores luego que me vió, me convidó á entrar; no rehusé el obsequio que se me hacia: ví una espaciosa sala en la que habia muchos señores en órden sentados para escuchar un elocuente discurso que habia de pronunciar uno de ellos elegido de antemano: por mucho tiempo se le esperó, pero no comparecia. Me presento á estos señores, y sonriendo les digo: Si Vds. me lo permiten, yo les pronunciaré un discurso que no les disgustará: aceptan mi propo-

sicion; hábloles de las cualidades amables de Jesucristo, en términos al parecer los mas á propósito para mover hasta los corazones mas empedernidos; pero sus corazones quedaron tan frios y helados como antes: pronto conocí la causa. Estos señores, como lo querian todo para la imaginacion, nada reservaban para la voluntad. No queramos, pues, agotar todas las fuerzas del alma en entender y penetrar lo impenetrable, antes bien reservémoslas para amar al que no podemos amar suficientemente. — Me hablaba de esta suerte, cuando dirigiendo la vista sobre los enfermos tendidos en sus camillas, — hé aquí, me dijo con un cierto aire de alegría, hé aquí las personas susceptibles del amor de Jesucristo: aquí es en donde ordinariamente me retiro; aquí es en donde el amor de mi Salvador me circuye por todas partes; aquí es en donde hallo los corazones mejor preparados que en otros lugares; aquí, en medio de estos sujetos que veis, de los que aun hay algunos sumidos en sus crímenes, pero que la fuerza del mal hará entrar cuanto antes dentro de sí mismos, y que, luego que el dolor haya felizmente empezado en sus corazones, quedarán esclavos del amor divino. — Llegada la hora, dióse de comer á los enfermos; el hombre de Dios les sirve con la cabeza descubierta, y con tanto cuidado y amor, que cualquiera diria que en sus personas servia la persona misma de Jesucristo: no hay caricia que no les dispensara: abrazaba á los unos, consolaba á los otros, componia sus camas, les esforzaba á comer, les desmenuzaba las viandas, y él por todo sustento tomaba únicamente las sobras. Observaba yo que hacia to-

das estas cosas con un fervor inexplicable. Después de la comida les curaba sus llagas, las limpiaba con lienzos á propósito y aun á veces con la lengua; en fin, él les servía en todas las cosas hasta las mas bajas, y después de haberlo arreglado todo, barria la sala.

Cuando hubo acabado, les hizo un pequeño discurso del amor de Jesucristo, pero un discurso tan patético y tierno, que esta buena gente quedó enteramente penetrada, no cesando de bendecir á Dios por haberles dado un hombre tan santo, y que tan bien sabia consolarles en sus enfermedades: el amor que concibieron entonces ellos á Jesucristo, les hizo amar las penas y tener su estado de enfermedad y pobreza por mil veces mas dichoso que el de los grandes y ricos de la tierra. En medio de aquella buena gente, alguno hubo que recibió mal el discurso; alligóse el siervo de Dios, y mirándose con ojos tristes, — hé aquí, me dijo, el fruto del que envejece en los malos hábitos. — Mientras así hablaba, la campana llamaba á los muchachos del pueblo á la capilla vecina en donde este buen eclesiástico enseñaba el catecismo: fué allá con él, y mostrándome aquellos jovencitos me dijo: — Veis estos muchachos; ellos forman mis delicias: no hallaréis aquí vicios inveterados, de aquellos que traen endurecidos los corazones en el mal: estas son almas tiernas, dóciles, sencillas é inocentes; aquí es en donde debe reinar el amor de Jesucristo. — Empezó entonces á hablarles de Jesús, y para moverles mas les representó al Hombre-Dios tierno infante sobre el pesebre, tan hermoso, tan dulce y tan amable, que aquellos inocentes no

pudieron dejar de quedar encantados: les contó en seguida como los pastorcillos le fueron á visitar; los presentes y regalos que le hicieron, y el buen recibimiento que se les hizo; como el niño Jesús se dejó abrazar y acariciar por aquellos pastores, y como el mismo Jesús quería hacer otro tanto con ellos; que á este efecto había querido hacerse niño como ellos, ser su hermano, vivir todos los días en su compañía, darles su madre por su comun madre, en fin para darse y entregarse enteramente á todos ellos. Les añadió que Jesús nuestro Salvador amaba á los niños en gran manera; que durante su vida mortal tenia grande complacencia en conversar con los niños; que los abrazaba con ternura y los proponia á los Apóstoles para enseñarles cuán agradable le era la dulzura, la humildad, la inocencia y la simplicidad de la infancia. Los muchachos le escuchaban con atención, y el amor de Jesucristo insensiblemente se derramaba en sus tiernos corazones de tal manera, que les hacia derramar lágrimas. Concluido que hubo su discurso, este varon santo se dirigió á mí, diciéndome: — Ya veis, pues, como se cumple lo que os decia, que estos jovencitos son los mas capaces del santo amor. ¡Oh mis caros niños! les dijo dirigiéndoles la palabra, vosotros acabáis de oír cuán amable es vuestro Salvador y cuánto os ama: id, pues, hijos queridos, decidlo á vuestros padres y madres; decidlo á vuestros hermanos y hermanas, á vuestros parientes, á los criados de vuestra casa, á todos los que bien os parezca, y no os avergonceis de publicar cuán amable es el Señor y cuánto os ama. — Habiéndoles así exhortado, los despidió los unos tras los

otros, y dirigiéndose á mí, me dijo:—Si nosotros no nos hacemos pequeños como estos párvulos, no serémos jamás dignos del reino de Dios, que es el amor de Nuestro Señor Jesucristo.—Anocheia cuando se despidió de mí; mas yo le supliqué me permitiese pasar con él la noche, y que á la mañana siguiente continuaria mi viaje, pues deseaba aprovechar los momentos que podía estar con él; que lo tomase con paciencia, y despues ya no le estorbaria mas. Consintió en ello, pero con la condicion que habia de pasar la noche en la sala de los enfermos; porque este era el lugar en donde él de ordinario descansaba: lo que acepté con mucho gusto. Volvimos á la sala de los enfermos, les visitamos, y despues de una breve instruccion que les hizo el siervo de Dios, y de la oracion acostumbrada, nos fuimos á descansar.

No perdí un momento de vista á este buen eclesiástico: observé que se retiraba á los piés del lecho de un enfermo muy malo que ya habia recibido los últimos Sacramentos: oró allí cerca dos horas, y habiéndose envuelto despues con una mala manta, se echó en el suelo para descansar un poquito. Por cierto que no descansó tres horas: su sueño parecia muy dulce y tranquilo, yo oia de cuando en cuando ciertos suspiros que indicaban muy bien el amor de Jesucristo en que su corazon ardia. ¡Oh Jesús mio! decia con una voz dulce y tranquila, ¡oh mi Salvador! ¡oh mi todo! ¡oh cuán amable sois! ¡Oh Dios de mi corazon! ¡oh amor!... ¡Ay!... ¡no sois bastante amado! ¡Oh si yo pudiera haceros amar de todo el mundo! ¡oh amor! ¡oh Jesús! ¡oh mi todo!...

Repetia de cuando en cuando algunas de estas palabras ó jaculatorias, y siempre dormia con un sueño muy tranquilo; pero habiendo sobrevenido algunas convulsiones al enfermo, se despertó al momento, y acercándose prontamente á él, vi que le prestaba los servicios de que es capaz un hombre de celo en ocasiones semejantes. El enfermo entra en agonía, y el hombre de Dios le asiste con tal paciencia, dulzura y caridad que no se puede explicar. Yo creia ver á Jesucristo en su persona; estaba tan lleno del divino amor, que le imprimia en el alma de este pobre moribundo, que por último espiró entre sus brazos.

Apenas habia amanecido, cuando el santo hombre lo tenia ya todo dispuesto para los funerales del difunto; y despidiéndose me dijo:—Hé aquí uno de los mas dulces empleos de mi vida. Por fin es menester que nos separemos: marchaos en buen hora; continuad vuestro viaje, y si alguna vez pensais en mí, acordaos que es preciso amar á Jesucristo.—Yo le dije que durante mi vida me acordaria de él; pero que antes de separarme le suplicaba con toda instancia se dignase enseñarme cómo debia amar á Jesucristo; en qué consiste propiamente su santo amor; qué conviene hacer para alcanzarlo; cuáles son los medios para conservarlo, y cuáles eran sus progresos y su consumacion. Accedió á mis ruegos, y hé aquí las admirables instrucciones que me dió, las que he querido insertar en esta obrita.

—Para prepararse al amor de Jesucristo, conviene ante todas cosas alejar de nosotros todo lo que le pueda desagradar, la vanidad, el orgullo, la impureza, la avaricia, la mentira, la cólera,

en una palabra, todo lo que se opone á la ley de Dios. Para alcanzar esta gracia es necesario conformarse con la voluntad de su Amado; aborrecer lo que él aborrece, desear lo que él desea, amar lo que él ama: amad la dulzura, la humildad, la sencillez, la obediencia, y así amaréis á Jesucristo. Para llenarse de su divino amor es preciso ante todo vaciarse de todo lo que puede desagradarle y serle contrario: el amor á los placeres, el amor á las riquezas y el amor á sí mismo, todos estos amores son contrarios al amor de Jesucristo: vaciad vuestro corazón de todos estos amores, y al momento quedará lleno del amor de nuestro divino Salvador. Para conocer si de veras se ama á Jesucristo, no os debeis atener á ciertos ardores que algunas veces parece que abrasan vuestro pecho, ni tampoco á aquellas dulzuras en que ciertas ocasiones creéis estar inundado enteramente, todas estas señales son equívocas y nos pueden engañar: mirad si con todo cuidado observais los mandamientos de la ley de Dios; si procurais seguir sus consejos; si os aplicais á renunciaros á vos mismo; si amais la cruz; si voluntariamente tomáis parte en sus humillaciones, en sus penas, agonías y desamparos. Si todo esto haceis, podeis decir, sin temor de errar, que de veras amais á Jesucristo.

El amor de Jesucristo tiene todas las calidades que san Pablo atribuye á la caridad: el amor es paciente, dulce, no es envidioso; no hace á propósito ninguna cosa mala; no se hincha de orgullo; no busca sus propios intereses; no se incomoda ni menos se encoleriza; no juzga mal de nadie; no se alegra del mal de su prójimo, sola-

mente se alegra del bien; tolera, lo cree todo, lo espera todo y todo lo sufre. El amor de Jesucristo no cesará jamás. Las profecías se acabarán, las lenguas cesarán, desaparecerá la ciencia; pero el amor de Jesucristo permanecerá eternamente. ¿Quién será capaz de separarnos del amor de Jesucristo? ¿Será la tribulación, ó los disgustos, ó la persecucion, ó el hambre, ó la desnudez, ó la espada, ó la violencia? Nada de esto; porque yo tengo esta confianza en mi Salvador, que ni la muerte, ni la vida, ni los Angeles del cielo, ni las potestades de la tierra, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni lo que hay de mas alto en el em-píreo y de mas profundo en el infierno, ni criatura alguna será bastante para apartarme jamás del amor á Jesucristo. Es san Pablo el que así habla, este fervoroso amante de Jesucristo; él mismo es quien nos da estas señales del verdadero amor. Para gustar bien las dulzuras del amor de Jesucristo es preciso renunciar á todas las otras dulzuras, no solo las criminales, sino tambien aquellas que parecen mas inocentes. Para gustar perfectamente la dulzura del Señor, no se ha de gustar otra cosa que al mismo Señor. Para abrazarse cual conviene de su divino amor, y sentir vivamente sus llamas puras, no se ha de permitir en el corazón otro fuego aunque sea el mas inocente. ®

Para conservar este amor santo, amad la soledad y tened el espíritu de oracion. Para acrecentar este mismo amor, ejercitaos en obras de caridad. En fin, para consumir en vos el amor de Jesucristo, perded, destruid, anihilad la naturaleza; el amor de Jesucristo solo se alimenta de pe-

nas, él es insaciable de cruces; él triunfa en medio de las tribulaciones; él ama las humillaciones, los desprecios, las contradicciones, los desamparos, las penas, los anonadamientos; en fin, él nos hace morir á todas las cosas y aun á nosotros mismos, á fin de que solo vivamos la vida de Jesucristo. ¡ Quién me diera sufrir solo por Vos, ó Salvador mio! ¡ quién me diera todo lo que vuestro amor me pide tanto tiempo hace! Vengan sobre mí todas las persecuciones, las enfermedades, los contagios, las contradicciones, la pobreza, la esclavitud, las calumnias, y todos los tormentos imaginables: sí, todo esto venga sobre mí á fin de amaros perfectamente; y á mas consumid en Vos todo cuanto soy y me pertenece. — Concluyó con estas palabras, las que expresan el fervoroso deseo que tenia de consumir su amor en las penas y trabajos. Abrazóme; nos despedimos; monté á caballo, y proseguí mi viaje, pensando continuamente en las santas instrucciones que este virtuoso eclesiástico me habia dado, habiéndome asegurado que le veria aun otra vez antes de morir.

TERCERA PARTE.

*Su vida paciente y su muerte.*

Después de haber descrito cuál ha sido la vida oculta y solitaria de este perfecto amante de Jesucristo, cuál en seguida su vida pública y laboriosa, nos resta ahora explicar cuál ha sido su vida paciente, y finalmente como murió consu-

mido en el amor de Nuestro Señor Jesucristo. Con esto aprenderemos cómo este mismo amor, en cualquiera de estos tres estados de vida, ha de triunfar en nuestras almas.

Cerca de cinco años transcurrieron sin saber nada de este santo eclesiástico: preguntaba por todas partes á fin de tener de él alguna noticia, cuando cierto dia por casualidad se me acerca un hombre pobre á pedirme limosna: le pregunté quién era y de qué país venia. Dijome que me conocia, que me habia visto en cierto hospital, en donde tuve una larga conferencia con un santo sacerdote, cuya memoria seria eternamente venerada; y habiéndole preguntado en qué habia venido á parar este buen hombre, me respondió llorando: — ¡ Ay! no hay males, desgracias ni enfermedades que no haya sufrido aquel venerable sacerdote desde vuestra ausencia. Apenas os despedisteis de él, cuando dió todas las disposiciones necesarias para los funerales del enfermo que vos mismo visteis morir en aquella noche: concluidas las exequias, habiendo él mismo querido llevar el cadáver á la sepultura, cayó en la hoya y se rompió un muslo. Esta herida le ocasionó los mas inexplicables dolores: siete meses tuvo que guardar cama, sufriendo con la mas admirable paciencia todo cuanto hay de mas cruel en las operaciones de la cirugía: le hicieron incisiones terribles en la carne viva; y era por cierto una maravilla verle en medio de estos tormentos alabar á Nuestro Señor por la gracia que le otorgaba de poder sufrir alguna enfermedad por su amor; pero aun le quedaban otras que sufrir. Empezaba á curar de la rotura cuando todo su cuerpo se lle-



nas, él es insaciable de cruces; él triunfa en medio de las tribulaciones; él ama las humillaciones, los desprecios, las contradicciones, los desamparos, las penas, los anonadamientos; en fin, él nos hace morir á todas las cosas y aun á nosotros mismos, á fin de que solo vivamos la vida de Jesucristo. ¡ Quién me diera sufrir solo por Vos, ó Salvador mio! ¡ quién me diera todo lo que vuestro amor me pide tanto tiempo hace! Vengan sobre mí todas las persecuciones, las enfermedades, los contagios, las contradicciones, la pobreza, la esclavitud, las calumnias, y todos los tormentos imaginables: sí, todo esto venga sobre mí á fin de amaros perfectamente; y á mas consumid en Vos todo cuanto soy y me pertenece. — Concluyó con estas palabras, las que expresan el fervoroso deseo que tenia de consumir su amor en las penas y trabajos. Abrazóme; nos despedimos; monté á caballo, y proseguí mi viaje, pensando continuamente en las santas instrucciones que este virtuoso eclesiástico me habia dado, habiéndome asegurado que le veria aun otra vez antes de morir.

TERCERA PARTE.

*Su vida paciente y su muerte.*

Después de haber descrito cuál ha sido la vida oculta y solitaria de este perfecto amante de Jesucristo, cuál en seguida su vida pública y laboriosa, nos resta ahora explicar cuál ha sido su vida paciente, y finalmente como murió consu-

mido en el amor de Nuestro Señor Jesucristo. Con esto aprenderemos cómo este mismo amor, en cualquiera de estos tres estados de vida, ha de triunfar en nuestras almas.

Cerca de cinco años transcurrieron sin saber nada de este santo eclesiástico: preguntaba por todas partes á fin de tener de él alguna noticia, cuando cierto dia por casualidad se me acerca un hombre pobre á pedirme limosna: le pregunté quién era y de qué país venia. Dijome que me conocia, que me habia visto en cierto hospital, en donde tuve una larga conferencia con un santo sacerdote, cuya memoria seria eternamente venerada; y habiéndole preguntado en qué habia venido á parar este buen hombre, me respondió llorando: — ¡ Ay! no hay males, desgracias ni enfermedades que no haya sufrido aquel venerable sacerdote desde vuestra ausencia. Apenas os despedisteis de él, cuando dió todas las disposiciones necesarias para los funerales del enfermo que vos mismo visteis morir en aquella noche: concluidas las exequias, habiendo él mismo querido llevar el cadáver á la sepultura, cayó en la hoya y se rompió un muslo. Esta herida le ocasionó los mas inexplicables dolores: siete meses tuvo que guardar cama, sufriendo con la mas admirable paciencia todo cuanto hay de mas cruel en las operaciones de la cirugía: le hicieron incisiones terribles en la carne viva; y era por cierto una maravilla verle en medio de estos tormentos alabar á Nuestro Señor por la gracia que le otorgaba de poder sufrir alguna enfermedad por su amor; pero aun le quedaban otras que sufrir. Empezaba á curar de la rotura cuando todo su cuerpo se lle-

nó de una especie de lepra la mas horrible y hedionda. Job en su muladar no estaba tan cargado de miserias como este hombre; menester fue que tuviera la paciencia de aquel siervo de Dios.

Incesantemente bendecia al Señor, que por su divino amor se habia dignado asociarle á su misma cruz: miraba con sumo placer caérsele las carnes á pedazos y pudrirsele poco á poco: era objeto de horror á cuantos querian acercársele: no dormia ni de noche ni de dia; pero su invicta paciencia triunfaba de todos estos males: en mi vida he visto su rostro mas alegre; de continuo estaba entonando cánticos de alegría, alternando sin cesar con jaculatorias que decia á Jesús su amor. Esta terrible enfermedad le duró un año, y fue seguida de toda suerte de otras que le asaltaban como de concierto la una despues de otra. Estuvo dos meses con calenturas continuas degenerando luego en tercianas que le duraron mas de un mes; cayó en seguida en una total postracion de fuerzas que le duró un año entero.

Sufria todos estos males con una constancia admirable y con un aire de paz y dulzura que indicaba muy bien la tranquilidad de su alma y la alegría que tenia de padecer por amor de Jesucristo. Jamás se le vió impacientarse; siempre alegre y siempre contento, bendecia incesantemente á Dios por haberle juzgado digno de participar de los dolores de su Hijo: ora adoraba sus llagas, ora suspiraba amorosamente por nuevas cruces: su corazon no se acababa de saciar, si me es lícito decirlo así, de tantas como puede decirse que le abrumaban: amaba sus penas y enfermedades, porque amaba á Jesucristo. ¡Oh! qué cosas nos

decia algunas veces, enfermo como estaba, para inflamarnos á todos en amor de su amado! No tengo expresiones bastante fuertes y penetrantes para poderoslas referir; solo puedo asegurar, que de muy buena gana me habria quedado toda mi vida en aquel hospital junto á este hombre tan santo, si los administradores no me hubiesen dado de alta: y á mas de esto tambien me era preciso cumplir un voto, y por esto he tenido que emprender un viaje bastante largo. — ¿En qué estado, le pregunté, dejasteis á este santo eclesiástico? — Le he dejado, me contestó, en su lecho de dolor, paralítico de todo el cuerpo y casi ciego, pero cantando continuamente las alabanzas de su Dios y de su querido Jesucristo. Habrá como quince dias que parecia no tener una hora de vida; este hombre justo veíase continuamente entre la vida y la muerte, sin temer la una ni desear la otra, sino siempre sumiso á la voluntad de aquel que era el objeto de sus deseos. En tal estado quedaba á mi partida, y voy pregonando por todas partes estas maravillas que dichosamente para vos acabo de contaros. — Quedé arrebatado al oír tales cosas: hice una buena limosna á este peregrino, no pudiéndole en ninguna manera remunerar bastante las nuevas que me habia dado. ¿Está aun en el hospital? le pregunté: ¿y creéis vos que aun le encontraré allí? — No sé, me respondió; porque á la verdad, el estado en que le dejé era tan apurado, que podrá ser que á estas horas haya fallecido. — Lo creí así; y retirándome á mi cuarto, despues de habernos despedido, meditaba todo lo que este hombre pobre me acababa de decir. Pasmábame lo que habia sufrido

este eclesiástico, desde que no nos habíamos visto: admiraba su invencible paciencia y su amor á Jesucristo, que los dolores de tantas y tan graves enfermedades no habian podido extinguir: hé aquí, me decia, lo que obra en nosotros el divino amor; por enfermedades que sobrevengan nada se siente amando á Jesucristo. Pero ¿será posible que haya muerto este hombre de Dios, despues de la promesa que me hizo, que aun le veria otra vez en este mundo? Quise informarme, y al efecto escribí al administrador de aquel hospital: me contestó que hacia algunos dias que el eclesiástico, de quien le hablaba, habia desaparecido; pues habiendo curado repentinamente de sus males, se habia marchado con el mayor disimulo, sin decir palabra á nadie. Esta respuesta me alegró, y reanimó la esperanza que tenia de volverle á ver; sin embargo cinco años tuve que pasar con esta esperanza, al paso que aprovechaba todas las ocasiones de informarme con aquellos que habian estado en el hospital de que he hablado; pero ninguno me sabia decir qué se habia hecho de este santo varon. Finalmente quiso Dios que por mí mismo le encontrase por un raro accidente. Paseándome un dia por el arrabal de la villa de Caen, tuve este dichoso encuentro. Era el martes de la Semana Santa: acercábame á la villa, cuando hé aquí que se levanta de improviso una furiosa borrasca con truenos y granizo: busco de pronto dónde guarecerme; descubro un pobre establo en el que entro sin pérdida de momento. Pero ¡qué espectáculo, Dios mio! veo un hombre pálido, desfigurado, echado sobre un poco de paja, reducido á los últimos aprietos y

en un profundo silencio, quien al verme exclamó: — Os doy gracias, Salvador mio, por haberme concedido el favor que os habia pedido. Acercaos, me dijo con rostro risueño; y aprended cuáles son los triunfos de mi amor. — Por el metal de la voz conocí al hombre santo que buscaba, lo que no pude por las facciones; pues que su rostro magullado á golpes nada conservaba de su expresion primitiva. — Ya me veis, dijo entonces: soy el mismo que en otro tiempo visteis en mi soledad cercana á la orilla del mar, el mismo que visteis despues en el hospital, y que veis por fin en un establo; en lugar semejante quiso nacer mi divino Salvador por amor mio, y aquí es en donde quiere que muera yo por su amor. Una turba de jóvenes me ha puesto en el estado en que me veis: cometian desvergüenzas que no me atrevo á nombrar; quise reprenderles; pero se enfurecieron tanto contra mí, que molliéndome á palos, me dejaron por muerto en una hoya en que me echaron, sacándome de la carretera. Me rehice luego un tanto; retiréme de aquel lugar, y me recogí del mejor modo que pude á esta choza, en la que me hallo solo, sin consuelo humano. — Díjome entonces que su última hora se acercaba: que moriría el Viernes Santos á las tres de la tarde: suplicóme que no le abandonase á fin de aprender los triunfos del amor de Jesús en una alma que enteramente se le habia consagrado. Se lo prometí, y tambien que le asistiría con todos los medios que me fuesen posibles: le dí algun pequeño refrigerio, sus débiles fuerzas se reanimaron, y empezó á contarme la historia de su vida desde la última vez que tuve la dicha de verle. —

Después de vuestra partida, me dijo, Dios permitió que viniese sobre mí toda suerte de enfermedades; creo haber sufrido por mucho tiempo todo lo que un miserable cuerpo es capaz de sufrir. No hablo de los que me aquejan en la actualidad, porque nada son en comparación de aquellos. Basta que os diga, que después de agotados todos los recursos del arte, se desesperó de mi vida; pero Dios se dignó volverme la salud en una sola noche. Vos lo hicisteis ¡oh Dios y amor mio! para reservarme á mayores penas; el milagro de mi curación fue á todos evidente, y por esto era grande la veneración que me tenían. No podía sufrir el honor que se me tributaba, y me marché ocultamente del hospital. Habiéndome embarcado en un esquife, una tempestad me arrojó á las costas de Berbería, en donde fui preso por un turco y conducido á su casa, para que le sirviese de esclavo. ¡Qué no he sufrido durante esta esclavitud! Vos lo sabeis, ¡oh amado de mi alma! en cuanto á mí, mejor fuera que lo callara, pero para gloria vuestra debo decirlo, porque Vos, Señor, me auxiliásteis de un modo particular en este estado por espacio de dos años. Se me amarró luego á la cadena, como si fuera un perro de estaca; y sin salir del mismo lugar pasé un año entero andando una rueda de tahona. Pasábanse días y noches en tan enojoso ejercicio, y apenas se me daba el pan necesario para vivir. Pasado este año me destinaron á toda clase de ocupaciones y usos, en términos que no hay ninguna acémila que trabaje tanto como me hacían trabajar á mí: no se me escaseaban los palos, y á más de esto los muchachos de la casa me

hacían mil insultos; pero todo esto era nada en comparación de otros ultrajes sangrientos que tenía que sufrir con frecuencia.

Sabiase que era cristiano y que de ninguna manera quería dar oídos á las supersticiones del Alcoran: esto les irritaba tanto, que no cesaban de atormentarme de mil modos. A mi presencia se burlaban del Cristianismo, y por afligirme mas aun, vomitaban mil blasfemias contra Jesucristo. No paraban aquí, sino que para mofarse de los misterios de la pasión de mi Salvador, me hacían sufrir casi los mismos tormentos, representando su persona: me ataban las manos, me arrancaban el pelo de la barba, me escupían á la cara, me decían mil injurias y me cargaban una especie de cruz muy pesada, en la que un día habían querido enclavarme con gruesos clavos: ¡tanta era la rabia que tenían contra mí!

¡Oh mi amable Jesús! ¡qué dicha hubiera sido la mia, si después de haberos seguido en los pasos de vuestra dolorosa pasión, hubiese tenido la suerte de ser como Vos enclavado en la cruz y espirar finalmente en ella por amor vuestro! Pero no merecía yo esta gracia, y me teníais reservado para nuevos tormentos. En este tiempo se presentó uno de estos Padres caritativos que se han consagrado á la redención de los cautivos. Este santo religioso supo el estado en que me hallaba, y compadeciéndose de mi miseria, ofreció mi rescate al bárbaro: este, avaro cuanto cabe, me dió libertad por una cantidad de dinero. Salí de mi cautiverio, y mi libertador me hizo pasar al momento á Francia. Empezaba á respirar el aire natal, y apaciblemente gustaba esta dulce libertad

que se halla entre los cristianos, cuando mi amor, que no se puede saciar de sufrir, permitió que viniesen sobre mí nuevos trabajos. Apenas llegué á Francia, me propuse ir á visitar á Nuestra Señora del Rescate para orar en su capilla y dar gracias á Dios por mi libertad.

Andando el camino caí en poder de unos ladrones, quienes me mandaron montar en un caballo cargado de muchos efectos recientemente robados; no les tuve de pronto por ladrones, porque me parecieron gente buena, ignoraba también el bagaje en que montaba, pero lo supe sin tardar. Presentóse una partida de archeros: los ladrones bien montados huyeron á la carrera dejándome en manos de los ministros de justicia. Registraron la carga de mi caballería, y hallaron dinero, joyas y vasos sagrados. No dudan ser yo otro de los ladrones y me conducen á la cárcel. Seis meses estuve preso, sufriendo cuanto imaginarse puede; cadenas, mazmorras, en una palabra, nada se me perdonó. En fin, fui condenado á una muerte infame; pero un tribunal superior quiso conocer de mi causa y se me transportó á otra parte. Los crímenes que me imputaban, y de que parecía culpable, merecian mucho mas aun; pero yo no me atrevia á justificarme, porque mi amable Jesús me imponía silencio: no hay delito que no me echasen en cara ni suplicio con que no se me amenazase. Hacíanme pasar por hechicero y sacrilego; los menos rígidos me tenían por fátuo; y ésta fue finalmente la opinion que prevaleció despues de haberme tenido mucho tiempo en una estrecha cárcel.

En este espacio habia guardado un profundo

silencio, se me reputó por mentecato, y juzgaron que se me podia poner en libertad bajo caucion. Un hombre de bien, desconocido para mí, me afianzó: púsoseme en libertad, pero á condicion de ser conducido bajo buena escolta al hospital de locos. Siempre en silencio, se cansó pronto mi escolta: y habiéndome soltado despues de algunos dias, me puse en camino, enteramente en manos de la divina Providencia. No muy léjos de aquí hallé algunos jóvenes libertinos entregados á la disolucion, blasfemando el santo nombre de Dios: tanto conmovieron mi espíritu y me exaltaron, que, rompiendo el silencio que tan rigurosamente habia guardado en mis prisiones, reprendí sus faltas, echándoles en cara su mal comportamiento con el supremo Hacedor; pero estos insolentes blasfemos, ebrios de vino, me ultrajaron, y despues de haberme puesto en el estado en que me veis, se volvieron al momento á la ciudad. — Apenas hubo proferido estas últimas palabras, cuando cambió enteramente su semblante: aumentáronsele los dolores; sobreviniéronle grandes convulsiones, y creí que espiraba de un momento á otro. Dos largas horas permaneció en este estado, pero reanimándose despues un poco y levantando los ojos al cielo, dijo: — ¡Qué gracias os debo yo, ó mi adorable Jesús, por haberme hecho participante de vuestros trabajos! En mi vida he padecido tanto como en estos últimos años; pero también puedo decir que jamás os he amado tanto: sufrí, es verdad, enfermedades en el hospital; pero habia almas buenas que me consolaban en mis dolencias: sufrí en mi esclavitud; pero esto era en medio de los bárbaros, y Vos

no cesábais ¡oh Dios mio! de llenarme de vuestras gracias las mas dulces y consolantes: pero ¡qué no he sufrido yo en las cárceles de Francia!... no eran turcos los que me atormentaban, sino cristianos, hombres de bien, sábios magistrados, santos eclesiásticos, todos conspiraban á hacerme padecer, y parecia algunas veces que aun los mismos demonios estaban de su parte: ¡qué rabias, qué abominaciones, qué desesperaciones se dirigian dia y noche contra mi pobre corazon durante este tiempo! Apenas ¡oh Salvador mio! os dignásteis visitarme una ó dos veces y por un pequeño instante para consolarme: me parecia que Vos mismo me habíais enteramente abandonado: no derramáis ya sobre mi alma aquel dulce rocío que tantas veces me hicisteis sentir; el cielo habia pasado á ser de bronce para mí; me parecíais siempre airado contra mí, y aparejado para hundirme con vuestros rayos. Veia siempre abierto á mis piés el precipicio, y creia, en fin, que me habíais enteramente echado de vuestro corazon. ¡Oh, qué tormento para mí!... ¿Pueden acaso sufrirse mayores penas en el mas riguroso purgatorio? ¿Hay por ventura persona en el mundo que no sucumbiese bajo el espantoso peso de estas penas? Sin duda que yo hubiera sucumbido millares de veces, si vuestro amor ¡oh Jesús mio! no me hubiese sostenido de una manera inefable, que no puedo concebir. A Vos ¡oh mi divino Salvador! sea toda la gloria por todos los siglos de los siglos. — Habiendo hablado de esta suerte, pidió los últimos Sacramentos; procuré que se los diesen, y los recibió con una devocion admirable. La noche del jueves al viernes,

habrían dado las diez, cuando cayó en una tristeza mortal á la que siguió la agonía; su cara parecia estar en los últimos instantes de la vida; sus ojos derramaban suaves lágrimas, y su cuerpo manaba un cierto sudor mezclado con sangre, que indicaba muy bien lo excesivo de sus dolores: permaneció una hora en este estado, y despues exclamó con voz fuerte y dolorosa: ¡Ay! si una falla venial es un peso tan terrible para un miserable como yo, ¡cuán espantoso peso seria el de todos los pecados de todo el mundo sobre el mas santo y mas inocente de todos los hombres! Pronunció estas palabras con un tono tal, que nunca jamás en toda mi vida conocí mejor que entonces la enormidad del pecado. Cayó en seguida en segunda agonía, ó mejor diré en una especie de éxtasis que le duró hasta las doce del dia siguiente. Cerca del mediodia se rehizo por un momento de su agonía, y dirigiéndose á mí, dijo: — ¿Teneis algun Crucifijo? — Le respondí que no, pero que al momento se lo procuraria. — En el mismo establo habia dos tablas muy propias al efecto; la mas larga tenia seis piés de largo; formé con ellas una cruz y se la presentó: la besó, y habiéndose echado y extendido sobre ella entró en la tercera y última agonía.

No se puede explicar dignamente lo que pasó en estos últimos momentos: me parecia ver entonces á Jesucristo clavado en cruz; observaba en la cara de este santo eclesiástico una dulzura y majestad que me arrebatava; todo él no respiraba otra cosa que dolor y amor con una bondad tan grande, que me parecia ser la misma persona de Jesucristo. Pronunció algunas palabras, y las pri-

meras que dijo fueron á favor de aquellos que le habian ultrajado y puesto en aquel estado: despues con voz baja dijo no sé qué cosas á un aldeano que tenia cerca, y queriéndole yo animar presentándole una imágen de la santísima Virgen, me dijo palabras tan consoladoras, que no olvidaré jamás. A poco rato nos dijo que tenia sed, y luego nos pareció que habia pasado á la última desolacion y que se hallaba en un extraño desamparo. No obstante se reanimó un poco, y levantando los ojos al cielo dijo con gran confianza: — ¡Oh Jesús mio! en vuestras manos entrego mi espíritu. — Despues de estas palabras guardó silencio por un momento, y de pronto levantando suavemente su voz exclamó: — ¡Oh amor! ¡amor! ¡oh Jesús! todo está consumado. — A estas palabras cerró los ojos, y con suma paz y gozo dió el último aliento. Nosotros nos deshaciamos todos en lágrimas: no puedo decir lo que mas me afectó, si el dolor de haber perdido á un hombre tan santo, ó si la alegría de haber hallado en él al que yo buscaba, y que me pudiese dar una idea de un perfecto amante de Jesucristo.

Como de todos los que presenciarnos su muerte era yo el mas condecorado, me acerqué al cadáver, y poniendo la mano sobre su corazon hallé un papel escrito de su propia mano que á la letra decia lo siguiente: — Mi amable Salvador Jesús, mi alegría, mi tesoro, mi fuerza, mi luz, mi esperanza, mi amor y mi todo, os doy millares de gracias por haberme dado un espíritu para conoceros, un corazon para amaros, y un cuerpo para sufrirlo todo por Vos. Muero contento, porque muero todo para Vos, y muero con Vos

en medio de los mas grandes trabajos. ¿Qué os daré, Señor, por tantas bondades? Yo os hago entera donacion de mi alma, de mi cuerpo, de mi vida, de mi muerte, de mi salud y de mi eternidad. Todo lo que soy y todo lo que poseo, todo es vuestro. ¡Oh mi todo! Nada tengo mio, todo es vuestro. Ya hace tiempo que estoy enteramente consagrado á Vos; recibidme, pues, todo, ¡oh mi amable Salvador! Os entrego mi alma, haced de ella lo que bien os plazca; si la quereis enviar al purgatorio, consiento en ello, para poder así padecer mas por amor vuestro, si aun no he padecido bastante. Si por un exceso de vuestra misericordia la quereis llevar al paraíso, ¡ah, Señor! vuestra es; ha salido de Vos por amor; haced que este mismo amor la haga volver á Vos; este es el sacrificio que os hago de mi alma. De mi cuerpo disponed tambien á vuestra voluntad: yo le dejo á la tierra, ya que esta es la sentencia que Vos le habeis dado, para que sea consumido, pasto de gusanos, y convertido en polvo; sea todo como Vos quereis: no obstante una gracia os pido ¡oh Jesús mio! y es, que todos los que pasaren por el lugar de mi sepultura, reciban las impresiones de vuestro santo amor, que no hablen de otra cosa mas que de vuestro amor, y que las cenizas de mi cuerpo, esparcidas por todas las partes del mundo, publiquen lo mucho que Vos habeis amado á los hombres, y como los hombres deben amaros. — Así murió este fino amante de Jesucristo; pero he dicho mal; no murió, porque la gloria de los justos no muere, sino que vive para siempre: concluyeron, sí, sus trabajos; pero su nombre está escrito en el libro de la vida. Así

es que apenas espiró este santo sacerdote, todo cambió en él y mudó de aspecto repentinamente, y el que á los ojos de los hombres hubiera parecido un espectáculo digno de compasion y de horror, se vió en un momento hecho objeto de veneracion y aprecio. Su cuerpo quedó tan flexible y tan natural que parecia que estaba vivo gozando de un dulce y tranquilo sueño: su semblante tan apacible y risueño como si estuviera en un éxtasis delicioso, con un brillo y majestad que parecia un Angel del cielo. Al mismo tiempo se empezó á difundir un olor y fragancia tan suave que el establo quedó hecho un delicioso jardin. Extendióse la noticia de todo esto por las inmediaciones, y al punto vinieron muchas personas de todas clases para ver al hombre de Dios. Entre ellas se hallaron muchos de los pobres á quienes él habia asistido en los hospitales, y otras personas á quienes habia edificado con sus instrucciones y ejemplos. Cada uno contaba lo que sabia del santo sacerdote, admirando todos sus trabajos, su paciencia, su caridad con el prójimo y su amor á Jesucristo: de modo que con la parte que yo les referí de su vida, se vino á saber en un momento toda la historia de sus virtudes y méritos. Admiradas aquellas gentes, alababan al Señor, al paso que lloraban la muerte de su siervo; y para que se perpetuase su memoria ordenaron que se le colocase en una sepultura honorífica. Su entierro fue acompañado de multitud de personas de todas clases y condiciones, de modo que parecia un verdadero triunfo, queriendo el Señor aun en la tierra honrar la memoria de sus siervos, á cuyas almas reserva el verdadero premio

en el cielo. Las tribulaciones de los justos son muchas, es verdad; el Señor se sirve de ellas para purificarlos como se purifica el oro con el fuego, dice el Espíritu Santo; pero sus trabajos pasarán pronto; mas su esperanza es inmortal, su nombre vivirá de generacion en generacion y su gloria durará por los siglos de los siglos.



REFLEXIONES

SOBRE ESTA HISTORIA.

He dado en esta historia la idea de un verdadero amante de Jesucristo, y espero que moverá el corazón de aquellos que la lean con atención, y que al fin amarán á aquel que tanto les ha amado. La historia que propongo no habla de otra cosa que de este amor santo: ella enseña los motivos, los principios, los progresos y la consumación de este amor.

Tal vez se la creará supuesta: ¡ay! mi caro lector, para encender en nosotros el fuego del amor divino ¿por ventura es preciso echar mano de ficciones de novelas? No: nada he inventado; todo cuanto he puesto en mi obrita pasa al pie de la letra mil veces en el Cristianismo: aun no he referido mas que una parte: muchas otras maravillas obra el amor de Jesucristo, y sino léanse las vidas de los Santos.

Esta historia no ha sido escrita por pasatiempo, es la realidad misma, si consideramos lo que ha pasado mil veces y lo que todos los dias está pasando en el mundo cristiano.

Sea lo que se quiera, siempre será verdadera. Si quereis amar á Jesucristo, ¿qué no hará en vos este amor divino? ¿qué admirables efectos no producirá?

El santo eclesiástico, que os he propuesto por

ejemplo, cautivo de este divino amor, le hizo desde el principio un entero sacrificio de sus bienes, y renunciando al mundo, se retiró á la soledad para entregarse mejor al objeto de sus amores. ¿Cuántas y cuántas personas no han hecho otro tanto? Y si vos sois como él llamado á la soledad, ¿no podréis hacer lo que él hizo?

Este mismo hombre, despues de haber pasado algun tiempo en su soledad para llenarse del amor divino, se fué en seguida á derramarlo por todas partes, haciendo maravillas en sus misiones. ¿Cuántos y cuántos hombres apostólicos han obrado semejantes prodigios! Testigos san Vicente Ferrer, san Francisco Javier y otros muchos. ¿Por ventura no se puede seguir el ejemplo de estos grandes hombres? Y si vos sois llamado, por vuestra profesion, á la salud de los prójimos, ¿no debeis como ellos abrasar á todo el mundo en el fuego del amor de Nuestro Señor Jesucristo?

En fin, este hombre de Dios despues de haber pasado su tierna juventud en el ejercicio de este santo amor, despues de haberle predicado por todas partes en edad mas avanzada, le consumó por fin sobre la cruz en las enfermedades, persecuciones, ultrajes, humillaciones, y en todo lo que hay de mas afrentoso y repugnante á la naturaleza. Tantos Mártires, tantos Confesores, ¿no han sufrido otro tanto por amor de Jesucristo? Aun vos mismo ¿no enfermais algunas veces? ¿otras no teneis pérdidas, otras no sufris persecuciones y humillaciones? ¿y todas estas cosas no pueden consumir muy bien en vos el amor de Jesucristo?

Hé aquí las reflexiones que he creído debía ha-

ceros sobre esta historia: persistid, mi caro lector, dad y vendedlo todo para tener este amor; haced y sufridlo todo por este amor; vivid y morid enteramente en este amor. Amen.

Se exhorta á todo cristiano á leer, no solo la presente historia, sino tambien las vidas de los Santos, mayormente los que han sido de su mismo estado, sexo y condicion, y los que mas han amado á Jesucristo; y para que se vea que no es en vano esta súplica y exhortacion, se ponen aquí algunas utilidades que trae la lectura de las vidas de los Santos.

Hablando en general, los ejemplos de los Santos, segun la comparacion que san Agustin ha tomado del profeta David, son para nosotros como carbones encendidos que con su luz disipan nuestras tinieblas, con su ardor calientan nuestra tibieza, y con su valor nos convencen de nuestra flojedad. Cuando leo lo que san Basilio ha escrito de los Mártires, dice san Gregorio Nazianceno, me traslado en espíritu al lugar de sus combates; veo el ardor con que corren á los suplicios, la alegría con que los sufren. Animado con estos ejemplos, desprecio los tormentos, que no pueden quitar mas que la vida del cuerpo, y siento nacer dentro de mi corazon un deseo de derramar como ellos mi sangre por amor de Jesucristo. ¿Quién hizo de un Anastasio mágico un mártir de la fe? El ejemplo de los Mártires. ¿Quién infundió en la jóven de ocho años, santa Teresa, la determinacion de marcharse de la casa de sus padres para ir á naciones bárbaras á darles la vida de la fe ó bien á perder la de su cuerpo? El ejemplo de los Mártires. ¿Quién iluminó, movió y convirtió en un instante á los dos jóvenes cortesanos de que

nos habla san Agustin? La vida de san Antonio. ¿Quién sacó á san Colomban de una vida enteramente mundana? ¿quién le inspiró el gusto á la penitencia y le hizo correr con un fervor infatigable por los estrechos caminos de los consejos evangélicos? La vida de santa Maria Egipciaca. ¿Quién convirtió á san Ignacio? La vida de los Santos. Conoció y admiró en estos héroes de la Religion una gloria mucho mas noble, mas sólida y mas permanente que aquella de que él estaba encaprichado, una gloria solo digna de una alma grande, de una alma inmortal: esta gloria le movió, le ocupó y arrebató de tal suerte, que le sofocó toda otra ambicion, y prometió á Dios no buscar en adelante mas que su gloria, y su mayor gloria.

Estos Santos han sido lo que nosotros somos, y nosotros podemos ser lo que ellos son. En efecto, dice san Ambrosio, ellos no fueron formados de mejor barro que nosotros; nacieron con los mismos humores, con las mismas inclinaciones, y quizás tuvieron pasiones mas vivas y mas furiosas que las nuestras. Toda la diferencia consiste, en que ellos han combatido y vencido sus pasiones, y nosotros nos dejamos vergonzosamente vencer y gobernar por las nuestras. Los Santos han vivido en los mismos estados y condiciones que nosotros, y los han sabido acomodar con las leyes del Catolicismo, y hacerlos servir como de medios para santificarse: y nosotros, al contrario, los erigimos en pretextos para dispensarnos de las leyes que nos impone la Religion.

Para decirlo de una vez, los ejemplos de los Santos, con una fuerza que les es como natural,

producen en nosotros una santa confusion y nos animan á caminar por los mismos senderos que ellos con tanta fidelidad han seguido. Haga el cielo que experimentemos nosotros esta verdad, y que los ardores de estos amigos de Jesucristo se comuniquen á nuestros corazones; pues que los Santos no solamente son nuestros protectores con Dios, sino tambien nuestros modelos que imitar, así como serán nuestros jueces en el dia del juicio final, *que nos espera, y al que infaliblemente habremos de comparecer, y tendremos que dar cuenta de todo, hasta de palabras ociosas.*

NOTA. Para lectura de las vidas de los Santos podrá valerse de los autores siguientes: Croisset, Leyenda de Oro, Rivadeneira, etc.

### AVISOS

PARA LOS QUE ASPIRAN Á LA PERFECCION.

El que aspira á la perfeccion de la via unitiva debe practicar tres cosas, á saber: orar heroicamente, heroicamente trabajar, y heroicamente padecer.

#### 1.<sup>a</sup>—HERÓICAMENTE ORAR.

Orar cuando abundan las dulzuras y consuelos celestiales, poco cuesta y poco vale: pero cuando la imaginacion está violentamente apurada por fantasmas é impertinentes representaciones, cuando la razon se halla envuelta en mil tinieblas y

oscuridades, cuando la voluntad se siente decaída, el corazon mas seco que el bronce, y el alma fastidiada de todo lo bueno; en fin, cuando se halla esta alma abandonada, oprimida de angustias y agitada de tentaciones á manera de un torrente de precipitadas aguas; y sin embargo de esto, orar fervorosamente y perseverar constantemente en la oracion, esto es, sin duda, de grande virtud, y virtud heroica, y es propio de aquellas almas que Dios con estas duras pruebas dispone para un grado insigne de perfeccion, que no tienen otra comida que la voluntad de Dios, otro consuelo que la voluntad de Dios, ni otra quietud ó descanso que la misma voluntad de Dios.

Esta alma siempre tiene á la vista el ejemplo del Salvador que heroicamente hacia oracion. Le contempla como ora en el huerto de las Olivas, sin consuelo alguno, lleno de amargura, temor y tristeza. ¡Y con qué reverencia tan profunda, con qué fervor, con qué constancia ora!... Se le aumentan las ansiedades, el temor y la tristeza, y sin embargo persiste en la oracion. Su corazon está oprimido de angustias, la sangre de sus venas se destila por todos los poros de su cuerpo, cae en agonía, y no obstante hace mas prolíja su oracion, *prolixius orabat.* (Luc. xxii, 43). Sabe que no será escuchado; no importa, él persevera en la oracion entregándose todo á la divina voluntad. Mirando, pues, el alma al Hijo amado, postrado en tierra como ora á su celestial Padre, aprende de él á orar heroicamente. ®

2.<sup>a</sup>—HERÓICAMENTE TRABAJAR.

No es cosa ardua ni difícil el trabajar cuando se ve el grande fruto, la paga ó gratitud que resulta del trabajo. Ninguno admira el trabajo del labrador, porque se ve este trabajo recompensado con los frutos del campo ó de la viña ; pero trabajar sin ninguna esperanza de utilidad, recompensa ó paga, antes al contrario no reportar otra cosa de su grande trabajo que ingratitud, y no obstante trabajar con esmero, infatigable y constantemente hasta traer la obra á cabo, esto requiere un héroe cristiano, y es propio de aquellas almas que, aunque viven en el mundo, no buscan nada del mundo, y en todos sus trabajos no tienen otro fin que la voluntad de Dios.

Cristo Señor nuestro es buen modelo de este modo de obrar con heroicidad : á pié anduvo por los pueblos de la Palestina evangelizando la divina palabra, enseñando á los ignorantes, sanando á los enfermos, sin tomar descanso alguno, sino siempre ocupado en promover la gloria de su Padre y en procurar la salud de las almas. Toda su predicacion, mejor diré, toda su vida no tuvo otro objeto que la gloria de Dios y la salud de los hombres. Por todos estos trabajos ¿qué premios sacó? Si se leen los santos Evangelios, en ellos se halla que en paga de sus trabajos tuvo persecuciones, por la celestial doctrina reportó blasfemias, y por los beneficios que hizo recibió ingratitudes, oprobios y la muerte misma. Pero ¿acaso desistió de interponerse á favor de aquellos por quienes era tan mal correspondido y tan vilmente tratado? De

ningun modo. ¿Y por qué? Porque no deseaba ni esperaba otra cosa que la voluntad de su Padre celestial. Hé aquí la única razon de todas sus operaciones. Satisfecha esta, ya estaba contento ; lo demás poco le importaba. Fijemos un poco mas la atencion sobre Jesucristo, dechado de toda virtud y perfeccion ; contemplémosle cerca la ciudad de Sichar en el país de Samaria, cansado del camino y sentado junto al pozo de Jacob. Acércanse sus discípulos, y le suplican que se digne tomar lo que le traian : otra comida tengo, que vosotros ignorais, les dijo ; mi comida es cumplir con la voluntad del que me ha enviado, y perfeccionar su obra. Esta misma santísima voluntad y no otra cosa ha de ser la comida y bebida del que tiene hambre y sed de justicia ; esta el descanso de quien se fatiga, la paga del que trabaja, y el todo en todas las cosas del que quiere trabajar con heroicidad.

3.<sup>a</sup>—HERÓICAMENTE PADECER.

Es cosa buena y laudable sufrir las cosas adversas de esta vida, sean las que fueren, de manera que no se manifieste exteriormente ninguna agitacion de ánimo, ni se aflija demasiado el que las sufre, ni se queje de los otros de quien le da que sufrir, ni pretenda vengarse del malhechor. Pero es mejor padecer los males no solo con mansedumbre exterior, sino tambien sin quejarse ni murmurar del opresor, sin indignarse ni turbarse interiormente. Es, finalmente, lo mejor en sumo grado sufrir los males no solo sin perturbacion de ánimo, sino tambien con alegría y con deseo de

padece mas, para poder así ofrecer en obsequio al Señor aquel sufrimiento, y para poderle seguir mas de cerca con la cruz : de suerte que el que así padece, padece de tan buen gusto y eleccion, que en concurrencia de dos casos que todos sean de igual gloria á Dios, pero el uno trae deleite y el otro pena, escoge este con preferencia á aquel. Y este es el modo de padecer heroicamente.

Mira y haz segun el modelo que se te ha mostrado en el monte (*Exod. xxv, 40*), nos dice á cada uno de nosotros el eterno Padre. En efecto : en el monte Calvario clavado en una cruz está nuestro Redentor, este grande héroe que en tal manera padeció, que siendo Rey y Señor del cielo y de la tierra, no obstante eligió por compañeros inseparables la pobreza, el desprecio y las persecuciones ; el deseo de padecer estaba tan encendido siempre en él, que hablando de su pasión con sus discípulos les decía : *Con un bautismo de sangre tengo de ser bautizada. ¡ Oh, y cómo traigo en prensa el corazón, hasta que no lo vea cumplido !* (*Luc. xii, 50*). En cierta ocasion habiendo el Señor predicho claramente todo lo que le sucedería en Jerusalem, le dijo san Pedro : ¡ Ah, Señor ! de ningún modo ; no, no ha de verificarse esto en tí. Pero Jesús encendido en santo celo le reprendió y le dijo : *Quitate de delante, Satán ; que me escandalizas ; porque no tienes conocimiento ni gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres.* (*Matth. xxi, 22, 23*). Y estando con sus discípulos celebrando la última Pascua, encendido de amor les dijo : *Ardientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros antes de mi pasión.* (*Luc. xxii, 15*). El mismo salió al encuen-

tro de su pasión y cruz, diciendo : *A fin de que conozca el mundo que yo amo al Padre, y que cumpla con lo que me ha mandado... Levantaos y vamos de aquí.* (*Joan. xiv, 31*). ¿ A dónde quereis ir, Señor ? ¡ a los injustos tribunales, á las contumelias y oprobios, á los dolores y á la muerte !

En efecto así se verifica : se acerca Judas con su impia cohorte, y Jesús impertérrito les sale al encuentro y les dice : ¿ A quién buscais ? y se entrega á las sangrientas manos de sus crueles enemigos. Pedro quiere rechazar la fuerza con la fuerza ; pero Jesús le manda vuelva el sable á su vaina y le dice : *El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿ he de dejar yo de beberle ?* (*Joan. xviii, 11*). En el decurso de toda su pasión ¡ con qué paciencia y mansedumbre se portó ! como una ovejuela conducida al matadero, y como un cordero delante de quien le trasquila. Desahogan su rabia contra él con oprobios, blasfemias y azotes ; pero él ni abre la boca para quejarse. Puesto en cruz y en la última abyeccion se halla en los mas acerbos tormentos y le sacian de oprobios ; pero él lejos de quejarse ruega por sus mismos enemigos. Se halla magullado con los dolores ; desde la planta del pié á la coronilla de la cabeza es una llaga continuada, todo él está empapado de penas que rebosan por todas partes ; y no obstante aun dice que tiene sed de dolores. *Sitio* : tengo sed, exclama estando en la cruz antes de morir. Esto sí que es padecer heroicamente. Sigámosle, pues, é imitémosle.

Por lo que si llegamos á este grado que recibamos las cruces de este mundo sin perturbacion, con quietad de ánimo y amor de Dios ; deseando

las cosas adversas y aun deleitándose interiormente en ellas, por considerarlas como oprobios de Cristo, estimándolas mas que todas las riquezas, delicias y honores de este mundo, de suerte que no nos gloriemos en otra cosa mas que en la cruz de Cristo; entonces podremos decir que el mundo está crucificado para nosotros, y nosotros para el mundo: padeceremos heroicamente muriendo en todo momento, y nuestra vida estará con Cristo escondida en Dios. Y aquí ya en la tierra, en donde siempre se ha de padecer, tendremos todas las cosas que puede desear nuestro corazón, y disfrutaremos una continua é imperturbable paz: de suerte que, como dice san Bernardo, aun durante esta vida, estaremos en el tercer cielo, y disfrutaremos de Dios, que así como es el principio, es tambien el centro y el último fin y término del cristiano contemplativo.

FIN DEL AMANTE DE JESUCRISTO.

LA

## ESCALERA DE JACOB.

### INTRODUCCION.

Se lee, amado cristiano, en el capítulo xxviii del sagrado libro del Génesis, que marchando Jacob desde Bersabee á Haran, al llegar á cierto lugar, puesto ya el sol, quiso descansar, y en su descanso vió una escala que tocaba desde la tierra al cielo, por la cual los Angeles de Dios subian y bajaban, estando en ella apoyado el Señor, dispensándole desde allí grandes beneficios.

No ignoras, amado cristiano, que esta escala de Jacob es figura de María santísima, cuya excelencia llega desde la tierra al cielo; que por ella suben nuestras súplicas al trono del Altísimo, y desde allí bajan despachadas favorablemente de Dios nuestro Señor que descansa en ella, y por medio de la cual recibimos todas las gracias de Dios. Sabrás tambien que la Virgen santísima en la Letanía lauretana es titulada *Janua caeli*; puerta del cielo. Luego tenemos, que María no solamente es escala, si que tambien es puerta del cielo. En efecto, ella es escala y puerta, nosotros somos pobrecitos, miserables y desgraciados, deserrados en este valle de lágrimas; y así como los pobrecitos son los que piden en las escaleras y puertas de las personas caritativas, del mismo modo debemos nosotros acudir á María; en esta

las cosas adversas y aun deleitándose interiormente en ellas, por considerarlas como oprobios de Cristo, estimándolas mas que todas las riquezas, delicias y honores de este mundo, de suerte que no nos gloriemos en otra cosa mas que en la cruz de Cristo; entonces podremos decir que el mundo está crucificado para nosotros, y nosotros para el mundo: padeceremos heroicamente muriendo en todo momento, y nuestra vida estará con Cristo escondida en Dios. Y aquí ya en la tierra, en donde siempre se ha de padecer, tendremos todas las cosas que puede desear nuestro corazón, y disfrutaremos una continua é imperturbable paz: de suerte que, como dice san Bernardo, aun durante esta vida, estaremos en el tercer cielo, y disfrutaremos de Dios, que así como es el principio, es tambien el centro y el último fin y término del cristiano contemplativo.

FIN DEL AMANTE DE JESUCRISTO.

LA

## ESCALERA DE JACOB.

### INTRODUCCION.

Se lee, amado cristiano, en el capítulo xxviii del sagrado libro del Génesis, que marchando Jacob desde Bersabee á Haran, al llegar á cierto lugar, puesto ya el sol, quiso descansar, y en su descanso vió una escala que tocaba desde la tierra al cielo, por la cual los Angeles de Dios subian y bajaban, estando en ella apoyado el Señor, dispensándole desde allí grandes beneficios.

No ignoras, amado cristiano, que esta escala de Jacob es figura de María santísima, cuya excelencia llega desde la tierra al cielo; que por ella suben nuestras súplicas al trono del Altísimo, y desde allí bajan despachadas favorablemente de Dios nuestro Señor que descansa en ella, y por medio de la cual recibimos todas las gracias de Dios. Sabrás tambien que la Virgen santísima en la Letanía lauretana es titulada *Janua caeli*; puerta del cielo. Luego tenemos, que María no solamente es escala, si que tambien es puerta del cielo. En efecto, ella es escala y puerta, nosotros somos pobrecitos, miserables y desgraciados, deserrados en este valle de lágrimas; y así como los pobrecitos son los que piden en las escaleras y puertas de las personas caritativas, del mismo modo debemos nosotros acudir á María; en esta

escala hemos de pedir, y á esta puerta llamar, confiados que se nos abrirá, y nos será concedido lo que pidamos, como nos lo manda y asegura Jesucristo con estas palabras: *Pedid y se os concederá; llamad y se os abrirá*; por tanto quien pide (á esta puerta que es María), alcanza, y quien busca, encuentra; nadie se vuelve desconsolado, aunque sea el mas grande pecador del mundo.

Ella, como dice san Bernardo, se hace toda para todos; abre el seno de su gran misericordia, para que todos sean partícipes de la plenitud de sus gracias: por medio de María el cautivo alcanza la libertad, el enfermo la salud, el triste el consuelo, el pecador el perdon de sus culpas, el justo el aumento de gracia, y el Angel la alegría: acudamos, pues, á María por el remedio para nosotros, sea cual fuere nuestra necesidad, ya espiritual, ya corporal, y acudamos tambien para los demás; pues así como hay personas que recogen limosnas, unas para los Santos, otras para los enfermos, y otras para los encarcelados; del mismo modo debemos nosotros tambien acudir á María, y pedir primeramente por nosotros mismos que somos pobres; luego por los justos que viven santamente, para que perseveren en gracia; despues por los que están en pecado sentados en las sombras de la muerte, y finalmente por las almas del purgatorio. Los pobres para ser socorridos no se valen de largos discursos, ni de frases estudiadas, sino de expresiones breves y sentimentales, y si ni aun estas sabemos decir, y como mudos nos hallamos en la presencia de María, no por esto debemos desmayar, antes al contrario debe ser mayor nues-

tra confianza; pues vemos que los pobrecitos mudos mueven mas con sola su presencia los corazones caritativos, que aquellos charlatanes que incomodan con tanto hablar: como se ve á los mudos tan miserables que hasta les falta el habla, teniendo que valerse de ecos y señas para pedir lo que necesitan, por esto mueven mas á compasion, y son socorridos con mas abundancia.

Hasta en el sagrado Evangelio hallamos comprobada esta verdad en aquellos dos hombres, el uno fariseo, y publicano el otro, quienes entraron en el templo para orar; el fariseo hacia larga súplica á Dios, de la cual, sobre todo por el orgullo con que la hacia, quedó disgustado el Señor; al contrario el pobrecito publicano estaba allí tan confuso y humillado, que no se atrevia á levantar los ojos al cielo, ni sabia decir otras palabras que estas: *Señor, tened piedad de este pobre pecador*: este, dice Jesucristo, salió del templo justificado, con la gracia que pedia, mas el otro nada alcanzó, porque pedia malamente. Acudamos, pues, á María con súplicas breves y humildes, al paso que fervorosas y expresivas, ó con jaculatorias, como enseñaba san Felipe Neri.

ADVERTENCIAS Y CORROBORACION DE LO QUE SE HA DICHO.

1.<sup>a</sup> Las súplicas que aquí se ponen no son para decirlas todas de una vez, sino una ú otra en forma de Rosario, si se quiere, ó en número determinado, ó tiempo destinado, hasta obtener la gracia que se desea, como lo hacen los pobres, quienes repiten unas mismas expresiones, hasta



alcanzar lo que pretenden, y á veces su imper-  
tinenia es causa de que sean socorridos. Esto es  
lo que debemos hacer en la oracion, como nos lo  
enseña Jesucristo en la parábola de aquel amigo  
que pedía al otro tres panes, quien se los otorgó  
por las instancias con que se los pedía: instemos  
siempre con las mismas palabras, hasta que se  
nos conceda lo que queremos alcanzar; digamos  
á María: *Non dimittam te, nisi benedixeris mihi*:  
No me apartaré de Vos, ó Madre mia, hasta que  
me hayais concedido lo que os pido.

2.ª A fin de pedir con mas eficacia y perse-  
verancia, se debe tambien advertir, y es doctrina  
de san Basilio, san Agustin y santo Tomás,  
que Dios nuestro Señor tiene desde la eternidad  
preparadas todas las gracias que en el tiempo  
quiere dispensar á sus criaturas, con tal que se  
las pidan, y en esta condicion de rogar consiste  
la conversión de muchas almas y el provecho y  
adelantamiento de todas; por esto dice san Agus-  
tin que la oracion es la llave del cielo; María es  
la puerta y tambien la tesorera de las gracias:  
de consiguiente por medio de la oracion á María  
santísima nos será abierta la puerta del cielo, y  
recibirémos todas las gracias que la pidiéremos, si  
nos convienen; y para que se vea esta verdad mas  
clara, sirvámonos de una comparacion. Supon-  
gamos que hay un señor que tiene una huerta y  
en ella un grande depósito de agua para regar-  
la y fertilizarla; si el hortelano es diligente en  
abrir el canal ó acueducto de dicho depósito, á  
beneficio del agua saldrán plantas nuevas, y las  
nacidas crecerán; mas si el hortelano es perezoso  
y negligente, sin cuidar de abrir el acueduc-

to, padecerá la huerta grande sequía, no saldrán  
las plantas, y las ya nacidas morirán. Hagamos  
ahora la aplicacion. El mundo es esta huerta; Dios  
es el señor; la Virgen santísima el gran depósito  
criado por Dios para fertilizar la tierra; por esto la  
tiene llena de gracia, llena de las aguas mas cris-  
talinas; en ella depositó Jesucristo sus méritos  
que son de infinito valor; la oracion ó súplica di-  
rigida á María es el acueducto por donde han de  
pasar estas aguas de gracias; nosotros somos los  
hortelanos; de consiguiente, si cuidamos de abrir  
este acueducto, esto es, de acudir á María, pa-  
ra regar la tierra, ¡oh cuán fértil será! cada día  
se verán conversiones y nuevas virtudes, y las  
que existen ya, se ejercitarán con nuevo fervor y  
tomarán mas incremento todos los dias. Pero si  
somos perezosos, y descuidamos acudir y supli-  
car á María; ¡qué sequedad tan grande se pa-  
decerá! los pecadores no se convertirán; las vir-  
tudes no se aumentarán, antes por el contrario,  
se perderán las comenzadas, y hasta los justos  
dejarán de perseverar. ¡Oh cuán grande es la ne-  
cesidad que tenemos de acudir á María! Esto po-  
demos ejecutarlo con mucha confianza, si consi-  
deramos que así como Faraon hizo depositario á  
Josef de la abundancia de Egipto, queriendo que  
todo pasase por las manos de este, y cuando pe-  
dían á Faraon alguna cosa, les respondía: *Ite ad  
Joseph*: dirigíos á Josef; lo mismo nos dice Dios  
nuestro Señor: Acudid á María; pues en ella  
tengo depositados mis méritos y las gracias que  
quiere dispensaros. Acudamos, pues, todos á ella  
con las siguientes súplicas, ó como á cada cual  
parezca mejor.

SÚPLICAS

Á MARÍA SANTÍSIMA.

I.

PARA ALCANZAR GRACIAS PARA SÍ MISMO.

1.<sup>a</sup> Virgen y Madre de Dios, yo vengo á Vos para que me socorraís... ya veis que soy un miserable... no quiero moverme de la puerta de vuestra misericordia, hasta haber alcanzado alguna limosna.

2.<sup>a</sup> Virgen santísima... no sólo sois Madre de Dios, sino que lo sois también mía; por tanto como madre tan buena, confío que os compadeceréis de vuestro hijo, y me favoreceréis.

3.<sup>a</sup> ¡Madre mía!... ya que vuestro amor para conmigo es mayor que el de todas las demás madres hacia sus hijos, socorredme, y manifestaréis de esta manera el amor que me teneis.

4.<sup>a</sup> Madre mía... una madre natural no tiene valor para ver y oír á un hijo suyo que llora y suspira; ¿y Vos tendréis corazón para escuchar mis llantos y suspiros sin asistirme?

5.<sup>a</sup> Si una madre no detiene el llanto á un hijo suyo, es porque no puede; mas pudiendo Vos con tanta facilidad consolarme, ¿dejaréis de hacerlo?

6.<sup>a</sup> Madre mía... tengo hambre... tengo sed

de vuestras gracias; socorredme, saciadme por amor de Dios: ved que pereceo de miseria.

7.<sup>a</sup> Madre dulcísima... Vos sois el consuelo de los afligidos; consoladme en mis aflicciones.

8.<sup>a</sup> Madre poderosísima... Vos sois el amparo de los desamparados; amparadme por amor de Dios.

9.<sup>a</sup> Madre prudentísima... Vos lo sois de la providencia; alcanzadme acierto y prosperidad, si me conviene.

10. Madre de misericordia... obtenedme un verdadero dolor de mis pecados, pues me pesa de haberlos cometido.

11. Madre clementísima... os pido perseverancia en el servicio de Dios; asistidme siempre, no me desampareis jamás, Madre mía.

12. Madre del Dios de las virtudes... ya que sois Señora de las virtudes, alcanzadme la virtud de la humildad.

13. Madre mía... ya que sois virgen purísima y madre castísima, obtenedme la virtud de la castidad.

14. Madre amantísima... ya que sois Madre del divino amor, alcanzadme un verdadero amor á Dios y á Vos.

15. Madre mía... ya veis que, cual otro hijo pródigo, me he apartado de Vos, á Vos vuelvo pobre y desnudo: no soy digno de llamarme hijo vuestro; pero á lo menos recibidme como uno de vuestros criados.

16. Madre clementísima... si no queréis mirarme como hijo, ni aceptarme como criado, dignaos por lo menos acogerme como á pobre desgraciado.

17. Madre y alivio de los enfermos... soy un pobre cubierto de llagas de piés á cabeza, y lleno de miserias; en vuestra puerta me paro, desfallezco y muero. ¿No me socorreis?

18. Madre tiernísima... el Epulon comía y vestía con esplendidez, y tuvo valor para dejar perecer de miseria á Lázaro; léjos de mí el pensar de Vos tanta dureza, pues estoy en la viva confianza de que me socorreréis. Sí, Madre mía, sí; en Vos confío.

19. Madre fidelísima... jamás se ha oído decir que haya sido abandonado quien á Vos ha recurrido: ya, pues, que en Vos, Madre mía, he depositado toda mi confianza, estoy seguro que no quedará frustrada.

20. Madre del divino amor... amor os suplico, alcanzádmelo y quedaré contento. Amen.

Dios te salve María, Hija de Dios Padre; Dios te salve María, Madre de Dios Hijo; Dios te salve María, Esposa de Dios Espíritu Santo; Dios te salve, María, templo y sagrario de la santísima Trinidad; Dios te salve, María, concebida sin mancha de pecado original; por todos vuestros títulos, excelencias y gracias compadeceos de mí, y para mas obligaros, os saludaré con el Angel, diciendo: *Dios te salve, María*, etc.

II.

PARA ALCANZAR GRACIAS A FAVOR DE LOS PECADORES.

1.<sup>a</sup> Madre de Jesús, acordaos que fuisteis concebida sin pecado, porque de Vos habia de nacer el que estaba destinado á borrar los pecados

del mundo: borrados Vos tambien, alcanzando la conversion á los pobres pecadores.

2.<sup>a</sup> Madre de Jesús... por la dignidad infinita de ser Madre de Dios, os pido la conversion de los pecadores.

3.<sup>a</sup> Virgen santísima... por aquella alegría que tuvisteis cuando el Arcángel os trajo la embajada, no solamente de ser escogida por Madre de Dios, sino tambien de que habia llegado ya la hora deseada de la redencion del género humano, os ruego por la conversion de los pecadores.

4.<sup>a</sup> Virgen santísima... por aquella alegría que tuvisteis al contemplar en vuestros brazos á vuestro Hijo ya nacido, os ruego por la conversion de los pecadores.

5.<sup>a</sup> Virgen santísima... por aquella alegría que tuvisteis viendo á vuestro Hijo adorado de los pastores y reyes, os ruego por la conversion de los pecadores, y que como ellos vengan á adoraros, ofreciéndos sus corazones.

6.<sup>a</sup> Virgen santísima... por aquella alegría que tuvisteis al encontrar á vuestro Hijo en el templo, os ruego por la conversion de los pecadores, y que por medio de los santos Sacramentos los halleis en el templo convertidos.

7.<sup>a</sup> Madre de misericordia... acordaos cuán compasiva os mostrásteis á aquellos novios á quienes faltaba el vino, y lo alcanzaron por vuestra mediacion; ea pues, Madre compasiva, apiadaos de los pobrecitos pecadores, y logradles la gracia de una verdadera penitencia.

8.<sup>a</sup> Madre afligida... por aquel dolor que sentisteis al oír de Simeon que una espada de dolor habia de atravesar vuestro maternal corazon,

os ruego por la conversion de los pecadores.

9.<sup>a</sup> Madre dolorosa... por aquella pena que sufristeis al ver á vuestro Hijo perseguido de Herodes, os ruego por la conversion de los pobrecitos pecadores.

10. Madre mia... por aquel dolor que experimentásteis en la pérdida de vuestro Hijo, os ruego por la conversion de los pobres pecadores; haced que sean hallados y devueltos á Vos.

11. Madre y refugio de pecadores; por aquel dolor que traspasó vuestro tierno corazon al encontrar á vuestro Hijo con la cruz á cuestas, os ruego por la conversion de los pobres pecadores; atended, Madre, que ellos van al suplicio del infierno, si no alcanzan por vuestra mediacion el perdon de sus maldades.

12. Madre mia... por aquel dolor que padecisteis al ver á vuestro Hijo clavado y muerto en la cruz, os ruego por la conversion de los pobres pecadores; acordaos que Jesús os los encomendó por hijos en la persona de san Juan.

13. Madre mia... por aquel dolor que angustió vuestro tierno corazon, al ver en vuestros brazos el cadáver de vuestro santísimo Hijo desangrado con tantas llagas y heridas, os ruego por la conversion de los pecadores.

14. Madre afligida... por la soledad que padecisteis por la muerte de vuestro santísimo Hijo, os ruego por la conversion de los pecadores.

15. Madre de Jesús... por todos vuestros dolores, y por la pasion y muerte de vuestro santísimo Hijo, os ruego por la conversion de los pobres pecadores.

16. Madre santa... convertid á los pecadores,

¿no veis que con sus pecados vuelven á crucificar á Jesús, y á traspasar vuestro corazon maternal con la espada del dolor?

17. ¡Ay Madre!... si yo pudiera como Vos, ningun pecador dejaria de convertirse: convertidos, pues, Vos que podeis.

18. Madre mia... ¿no veis que los pecadores con sus iniquidades, además de renovar vuestros dolores y las penas de Jesús, se precipitan al infierno, en donde padecerán por toda la eternidad? Si fuese posible que Vos miráseis con indiferencia tan grandes males sin remediarlos, yo puedo aseguraros que no cabe en mí valor para esto; decidme, pues, lo que debo hacer para su remedio.

19. Madre mia... acordaos que sois abogada y refugio de pecadores; yo en nombre de todos vengo á Vos, pidiéndoos la gracia de la conversion. Alcanzádmela por amor de Dios.

20. Madre del Salvador... os ruego por la conversion de los gentiles, herejes y protestantes. Alcanzadme esta gracia por amor de Dios.

21. Madre del Criador... os ruego por los blasfemos y por los que hablan mal. Alcanzadme esta gracia por amor de Dios.

22. Madre del Salvador... os ruego por la conversion de los profanadores de los templos y días festivos. Alcanzadme esta gracia por amor de Dios. ®

23. Madre de todas las madres... os ruego por la conversion de los malos hijos é indignos padres. Alcanzadme esta gracia por amor de Dios.

24. Madre mansísima... os ruego por la conversion de los iracundos y vengativos. Alcanzadme esta gracia por amor de Dios.

25. Madre de pureza... os ruego por la conversion de los deshonestos. Alcanzadme esta gracia por amor de Dios.

26. Madre de misericordia... os ruego por la conversion de los avaros y ladrones. Alcanzadme esta gracia por amor de Dios.

27. Madre de caridad... os ruego por la conversion de los mentirosos y murmuradores. Alcanzadme esta gracia por amor de Dios.

28. Madre santísima... por todos vuestros títulos, por todos vuestros dolores, y por la pasion y muerte de Jesús, os ruego por la conversion de todos los pecadores.

Dios te salve, María, Madre y abogada nuestra, por vuestra divina maternidad y pureza virginal, os ruego por la conversion de los pecadores, y para mas obligaros os saludo con el Angel: *Dios te salve, María, etc.*

*Aquí se dirá nueve veces:*

†. Santa, santa, santa María, Madre de Dios, Madre y abogada de pecadores, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.

℟. Gloria á María, Hija de Dios Padre; gloria á María, Madre de Dios Hijo; gloria á María, Esposa de Dios Espíritu Santo.

### III.

#### PARA ALCANZAR GRACIAS POR LOS JUSTOS.

1.<sup>a</sup> Virgen santísima, os ruego por la perseverancia de los justos; alcanzadme esta gracia por amor de Dios.

2.<sup>a</sup> Madre mia... Vos sabeis bien el cuidado

que pone una madre para evitar que su infante caiga en tierra; haced, pues, que los justos no caigan de los brazos de vuestra gracia á la tierra del pecado.

3.<sup>a</sup> Madre dolorosa... ¿cuál seria el efecto de la sangre derramada por Jesús, y de tantos dolores padecidos por Vos, si con todo esto se condenasen los justos? Haced, Madre mia, que perseveren en gracia.

4.<sup>a</sup> Madre soberana... no ignorais la alegría de un general por los prisioneros hechos á su contrario; no seria, pues, menor la alegría del demonio por cada una de las almas justas que os cogiese. ¡Ay Madre! no permitais que se apodere de ellas el demonio.

5.<sup>a</sup> Madre santa... ya veis que los justos deben combatir siempre contra los enemigos del alma; no permitais que sean vencidos.

6.<sup>a</sup> Madre excelsa... sois reina de las victorias: conceded á todos los justos la victoria de sus enemigos.

7.<sup>a</sup> Madre cariñosa... Vos sabeis cuán grande es el cuidado de una madre para con su hijo al salir de una enfermedad: Vos, pues, que sois Madre de los justos que han salido de la enfermedad mortal de la culpa, socorredlos para no recaer en ella.

8.<sup>a</sup> Madre amorosa... no ignorais que una madre se goza al ver sanos á sus hijos, y que van creciendo: Vos, pues, que sois Madre de los justos, alcanzadles la salud y el aumento de virtudes.

9.<sup>a</sup> Madre divina... obtened á los justos el santo temor de Dios.

10. Madre humilde... obtened á los justos la

virtud de la humildad ; porque siendo humildes no caerán en pecado.

11. Madre purísima... obtened á los justos la virtud de la castidad : os pido esta gracia por vuestra pureza virginal y por los méritos de Jesucristo.

12. Madre del amor hermoso... obtened á los justos este divino amor : os lo ruego por el amor que Dios os tiene.

13. Madre mia... asistid siempre á los justos ahora y en la hora de la muerte : os lo pido por vuestra dichosísima muerte.

14. Madre santísima... es cierto que será la muerte cual haya sido la vida ; os ruego por tanto que todos lleven una vida santa, perseverando en ella hasta la muerte.

15. Madre digna de toda alabanza... no permitais que los justos blasfemen y profieran palabras malas ; antes bien que digan *Ave Maria purísima*, al oír que otros hablan mal.

16. Madre digna de toda devocion... no permitais que los justos hablen y estén indevotos en el templo ; antes por el contrario, que con su modestia y devocion reprendan á los profanadores y sacrilegos.

17. Madre obedientísima... haced que los justos sigan respetando á sus padres, y que estos cuiden de su familia ; os lo pido por la obediencia que os tenia Jesús, y por el cuidado que Vos teniais de él.

18. Madre amantísima... haced que los justos no se venguen de las injurias que reciben de su prójimo ; sino que perdonen á sus enemigos á imitacion de Jesús y de Vos.

19. Madre castísima... os ruego por los justos, para que los solteros se conserven castos, y los casados guarden fidelidad : os pido esta gracia, por la castidad y fidelidad con que vivisteis con vuestro esposo san José.

20. Madre generosa... procurad que los justos sean caritativos : os lo ruego por vuestra caridad y amor.

21. Madre sincera... no permitais que los justos digan mentiras, y preservades de caer en el lazo de la murmuracion que les prepara de continuo Satanás : os lo ruego por la caridad y sufrimiento de Jesús.

22. Madre toda amor... así como una madre se alegra al ver á sus hijos en paz y union ; haced Vos tambien, Madre nuestra, que todos los fieles cristianos vivan unidos acá en la tierra, para reinar despues en el cielo por toda una eternidad.

23. Madre dispensadora de todas las gracias... os ruego y pido la gracia para que cada uno en su arte, oficio, estado y profesion cumpla con sus obligaciones sin intrigas, fraudes ni envidias.

24. Madre mia... Vos sois Madre tierna y compasiva, compadeceos de los caminantes: preservades de ladrones y de todo mal.

25. Madre mia... Vos que sois Madre de misericordia, de piedad y clemencia, apiadaos de los navegantes : bien sabeis á cuántos peligros están expuestos ; libradles del naufragio y de todo mal, y haced que lleguen felizmente al puerto deseado.

26. Madre de la providencia... así como una

buena madre no descuida proveer á sus hijos de comer y vestir, haced Vos tambien, Madre amorosa, que no nos falte lo necesario tanto para el cuerpo como para el alma, á fin de que despues de haberos amado y servido en este mundo, os amemos y sirvamos en el cielo por toda la eternidad. Amen.

Dios te salve, María, consuelo y amparo de los mortales; por vuestra dichosísima muerte os pido para los justos el don de la santa perseverancia hasta la muerte, y que alcancen la salvacion eterna; y para mas obligaros os saludaré con el Angel, diciendo : *Dios te salve, María*, etc.

*Aquí se dirá nueve veces :*

V. Santa, santa, santa María, Madre de Dios, joya la mas preciosa para las almas justas, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.

R. Gloria á María, Hija de Dios Padre; gloria á María, Madre de Dios Hijo; gloria á María, Esposa de Dios Espiritu Santo.

IV.

POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

1.<sup>a</sup> Madre de piedad y clemencia, compadeceos de las almas del purgatorio.

2.<sup>a</sup> Madre mia... cuando se prende fuego en alguna casa, al instante se pide socorro : este, pues, os ruego yo, para apagar el fuego que atormenta á las almas del purgatorio.

3.<sup>a</sup> Madre santa... en una necesidad de fuego la primera diligencia que se practica, es buscar agua para apagarlo; á Vos vengo, Madre

mia, para apagar el incendio del purgatorio, á Vos que sois fuente de las aguas cristalinas de todas las gracias.

4.<sup>a</sup> Madre compasiva... Las almas del purgatorio padecen pena de daño y pena de sentido : compadeceos, pues, de ellas, Vos que sabeis bien qué cosa es pena de daño, por haber perdido á Jesús, y pena de sentido en los dolores que sufristeis, por los cuales sois titulada : *Reina de los Mártires*.

5.<sup>a</sup> Madre afligida... por las penas y muerte de cruz de vuestro Hijo, compadeceos de las penas que padecen las almas del purgatorio.

6.<sup>a</sup> Madre dolorosa... por los dolores que experimentasteis, compadeceos de las penas que sufren las almas del purgatorio.

7.<sup>a</sup> Madre dichosa... por la gloriosa Resurreccion y admirable Ascension de vuestro Hijo, os suplico que las almas del purgatorio salgan de aquella cárcel y suban al cielo.

8.<sup>a</sup> Madre gloriosa... por vuestra dichosísima muerte, resurreccion y asuncion al cielo, haced que las almas del purgatorio, saliendo de aquellas cárceles, suban gloriosas al cielo.

9.<sup>a</sup> Madre y reina de todos los Santos : haced que ellos rueguen é intercedan por las almas del purgatorio.

10. Madre y reina de los Angeles : enviadlos al purgatorio para sacar de aquellas penas las almas que están allí padeciendo.

Dios te salve, María, consuelo de los desconsolados y amparo de los afligidos; por la alegría tan grande que tuvisteis al veros subida á los cielos por ministerio de los Angeles, os ruego que

las almas del purgatorio por medio de estos mismos Angeles suban á la patria celestial, y alabén allí eternamente vuestras divinas misericordias ; y para mas obligaros, os diré con el Angel: *Dios te salve*, etc.

*Aquí se dirá nueve veces :*

y. Santa, santa, santa María, Madre de Dios y abogada de las almas del purgatorio, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.

r. Gloria á María, Hija de Dios Padre; gloria á María, Madre de Dios Hijo; gloria á María, Esposa de Dios Espíritu Santo.

### COMPLACENCIAS

QUE DEBEN TENER LOS FIELES Y VERDADEROS DEVOTOS EN LAS GRANDEZAS DE MARÍA.

1.<sup>a</sup> Virgen y Madre de Dios, Vos sois llena de gracias : me complazco y os doy por ello la enhorabuena.

2.<sup>a</sup> Vos fuísteis concebida sin pecado original, adornada de todas las virtudes y condecorada con todas las excelencias y prerogativas : me alegro y doy al Señor las mas afectuosas gracias por haberos así ensalzado.

3.<sup>a</sup> Sois, Virgen santísima, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, y Esposa de Dios Espíritu Santo. Sea en buena hora, pues á mas de alegrarme sumamente, tengo una complacencia y gozo particular al ver á mi Madre así honrada y exaltada.

4.<sup>a</sup> Sois Virgen de las vírgenes y Madre inmaculada ; me alegro, Madre mia, y doy gra-

cias á Dios por los grandes privilegios con que os ha enriquecido.

5.<sup>a</sup> Sois Virgen la mas pura, la mas casta, la mas amorosa y admirable que hay en el cielo y en la tierra. ¡Ay Madre mia, cuánto me alegro que seais lo que sois!

6.<sup>a</sup> Vos, Virgen santísima, sois la mas prudente, la mas clemente y fiel ; sois la que reunís todas las virtudes en grado heroico, y os aventajais á todas las matronas de la antigüedad : ¡ay Madre mia! grande es mi alegría por esto.

7.<sup>a</sup> Sois, Virgen santísima, espejo de justicia y trono de la Sabiduría eterna; me alegro de todo esto, Madre mia.

8.<sup>a</sup> Sois, Virgen santísima, la fuente del paraíso, el arca de Noé, el arca del Testamento, la vara de Aaron, la ciudad de Sion, la torre de David, el templo de Salomon, el trono de marfil y la rosa de Jericó: ya que todas estas cosas eran figura vuestra, seais, Madre mia, alabada de todas las criaturas, pues que todo os es debido.

9.<sup>a</sup> Sois, Virgen santísima, la vara de Jesé, el cedro del Líbano, el ciprés de Sion, la palma de Cades, el olivo frondoso de los campos, el plátano regado por las aguas, la mirra mas aromática, el vellocino de Gedeon, y la nubecilla misteriosa de Elías : seais, Madre mia, alabada de todas las cosas, pues que sois reina y señora de todas ellas.

10. Vos sois, Virgen santísima, brillante como la estrella de la mañana, hermosa como la luna llena, y elegida como el sol : me alegro, Madre mia, y doy por esto gracias al Altísimo.

11. Vos sois, Virgen santísima, reina de los



Serafines, reina de los Querubines, reina de los Tronos, reina de las Dominaciones, reina de las Virtudes, reina de las Potestades, reina de los Principados, reina de los Arcángeles y reina de los Angeles. ¡Ay Madre mia! ¡qué alegría tan grande tengo al contemplaros reina honrada, servida y obsequiada de todos los coros angélicos!

12. Vos sois, Virgen santísima, reina de los antiguos Patriarcas y Profetas, reina de los Apóstoles y Evangelistas, reina de los Mártires, Pontífices y Confesores, reina de las Vírgenes y de todos los Santos: me alegro, Madre mia, me gozo y me complaceo de ello.

13. Vos sois, Virgen santísima, el auxilio de los cristianos, el amparo de los desamparados, el consuelo de los afligidos, la salud de los enfermos y el refugio de los pobres. Seais enhorabuena lo que sois; me alegro mucho por ello y doy gracias al Altísimo por haberos honrado con tales títulos y oficios, pues nadie como Vos podía tan bien desempeñarlos.

14. Vos sois, Virgen santísima, las delicias de toda la santísima Trinidad y el canal por donde nos vienen todas las gracias: me alegro y no puedo menos de rendir al Señor las mas grandes y afectuosas demostraciones de gratitud por tantos beneficios como ha dispensado á Vos y á todos nosotros.

15. ¡Ay Madre mia! si en mi poder estuviera el convertir á todos los moros y judíos, á todos los herejes y protestantes; en una palabra, á todos los pecadores del mundo, para que ni uno solo ofendiese á Dios ni á Vos, antes por el contrario os amasen todos; gustoso derramaria la

sangre de mis venas y daría mil vidas si las tuviese. ¡Madre! haced que todos os amen y nadie os ofenda; que todos se salven y ninguno se condene. Amen.

Dios te salve, María, llena de gracias, de prerogativas y de excelencias: por aquella alegría tan grande que tuvisteis al veros coronada por toda la santísima Trinidad, y proclamada de todos los Angeles y Santos por reina y emperatriz de cielos y tierra y abogada de pecadores, os ruego nos alcanceis aquellas gracias que sabeis nos son necesarias para amar y servir con toda fidelidad á Dios y á Vos acá en la tierra y despues en el cielo por toda una eternidad; y para mas obligaros, os diré con el Angel: *Dios te salve, María, etc.* — *Aquí se dirá nueve veces:*

Y. Santa, santa, santa María, llena de gracia y condecorada con todos aquellos títulos con que Dios puede honrar á una pura criatura, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.

R. Gloria á María, Hija de Dios Padre; gloria á María, Madre de Dios Hijo; gloria á María, Esposa de Dios Espíritu Santo.

Gaude, Maria Virgo, cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.

Y. Dignare me laudare te, Virgo sacrata.  
R. Da mihi virtutem contra hostes tuos.

OREMUS.

Concede, misericors Deus, fragilitati nostræ præsidium: ut, qui sanctæ Dei Genitricis memoriam agimus, intercessione ejus auxilio à nostris iniquitatibus resurgamus. Per Christum Dominum nostrum. R. Amen.

FÓRMULA

PARA CONSAGRARSE Á MARÍA SANTÍSIMA

TODA UNA FAMILIA.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. Santísima María, Madre de Dios, Virgen purísima é inmaculada, reina de los Angeles y de los hombres, refugio seguro de los pobrecitos pecadores, aquí me tenéis postrado ante vuestro acalamiento con toda mi familia; os adoro y elijo en el día de hoy por mi soberana señora, por mi madre y abogada para con Dios. Aunque sabemos que sois reina del universo, y que todas las criaturas del cielo y de la tierra están sujetas á vuestro imperio; sin embargo queriendo, cuanto es de nuestra parte, extender vuestra dominacion, y aumentar el número de vuestros súbditos y devotos, os hacemos aquí una ofrenda voluntaria de nosotros mismos, consagrándonos á vuestro servicio; y si no fuésemos vuestros súbditos, como en efecto lo somos por tantos títulos, protestamos que lo seríamos ahora, en el tiempo y eternidad, en fuerza de la consagracion que al presente os hacemos, de todo lo que somos, tenemos y podemos: por lo mismo, gustosos nos ofrecemos todos por individuos de vuestra noble Sociedad contra la blasfemia, y procuraremos arrancar de la tierra este monstruoso pecado vomitado por el infierno; á este fin cum-

plirémos con toda exactitud las condiciones que prescribe dicha Sociedad, valiéndonos de todos los medios que nos sugiera el celo que tenemos de la mayor honra y gloria de Dios y de Vos, y provecho del prójimo.

Os hablo, Virgen santísima, en nombre de todas las personas que componen esta mi familia; dignaos, Madre de misericordia, admitirnos á todos en el número de vuestros hijos y devotos; fijad vuestros ojos misericordiosos sobre mi familia, que desde hoy en adelante será la vuestra; dignaos tomarla á vuestro cuidado y protegedla. Dadnos á todos, Virgen santísima, vuestra bendicion, y no permitais que ninguno de los que están aquí postrados á vuestros piés se haga jamás indigno de vuestra proteccion y de vuestros favores. Asistidnos en todas nuestras necesidades; consoladnos en nuestras aflicciones; socorrednos en todos los peligros, y haced que nuestra devocion y confianza sea cada día mas viva y mas afectuosa; protegednos en vida, y particularmente en la hora de la muerte, para que de este modo aumentemos el número de vuestros fieles servidores en la patria feliz de la eterna gloria, por la misericordia de vuestro Hijo, Nuestro Señor Jesucristo. Amen.

Día del mes de del año

DE BIBLIOTECAS

**OTRA FÓRMULA**

**PARA CONSAGRARSE Á MARÍA SANTÍSIMA**

CADA UNO EN PARTICULAR.

Santísima Virgen María, Madre de Dios, vida nuestra, consuelo nuestro, y despues de Dios toda nuestra esperanza. Yo, N. N., aunque indigno de ser vuestro siervo, confiado en vuestra misericordia y movido de un gran deseo de serviros, os elijo y tomo en el dia de hoy en presencia de toda la corte celestial por mi soberana señora, por mi adorada madre y por mi abogada, y hago firme propósito de honraros, amaros y serviros fielmente en todo lo restante de mi vida, y de no decir ni hacer jamás cosa alguna que sea contra el respeto y honra que se os debe, y de no permitir tampoco jamás que ninguno de mis dependientes diga ó haga cosa alguna que pueda disgustaros: y como individuo que soy de vuestra noble Sociedad contra la blasfemia, me esmeraré en cumplir fielmente todas las condiciones de dicha Sociedad, y no solo procuraré arrancar de la tierra ese mónstruo de la blasfemia, sino que tambien me esforzaré en apartar, corregir y enmendar este modo vil y grosero de hablar y cantar deshonestamente; pues que siendo Vos virgen y madre purísima, no puede menos de seros muy odioso este lenguaje tan súcio, vil y brutal enseñado por el demonio. Os ruego, Madre de misericordia, y os suplico por la preciosísima sangre que vuestro amado Hijo derramó por mí, que me

recibais en el número de vuestros hijos y de vuestros mas humildes devotos; asistidme en todas mis necesidades; alcanzadme todas las gracias y auxilios necesarios, y sobre todo no me desampareis en la hora de la muerte; antes bien socorredme entonces, Madre mia, de un modo particular, como acostumbrais hacerlo con vuestros devotos; libradme de las tentaciones; alejad de mí á Satanás; enviad en mi socorro los santos Angeles; inspiradme las virtudes teologales, y concededme auxilios para hacer muchos y fervorosos actos de fe, esperanza y caridad; concededme una paciencia humilde y una santa resignación á la voluntad de vuestro Hijo. Acepto desde ahora todos los dolores y trabajos de mi última enfermedad, hasta la misma muerte, en pena de los pecados que he cometido. Entrego mi cuerpo á la tierra para ser corrompido y comido de los gusanos, en castigo de haber ofendido á vuestro amado Hijo y á Vos. Muera este cuerpo de pecado; sea consumido y convertido en polvo; viva eternamente mi alma; por esto la entrego en vuestras manos y en las de vuestro dignísimo esposo el glorioso patriarca san José á quien invoco desde ahora para entonces, y digo con todo el afecto de mi corazón:

Jesús, José y María, os doy el corazon y el alma mia.

Jesús, José y María, amparad el alma mia en mi última agonía.

Jesús, José y María, haced que descanse en paz el alma mia. Amen.

Dia del mes de del año N. N.

**AVISO**  
**Á LAS PERSONAS ESPIRITUALES AMANTES DE LA PERFECCION Y DE LA VERDADERA DEVOCION**  
**Á MARÍA SANTÍSIMA.**

Jesucristo dice en el sagrado Evangelio: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios*: debemos procurar tener esta limpieza, si queremos alcanzar la perfeccion, y ver por último al Señor y á la Virgen santísima en la patria celestial: por esto debemos andar con cuidado para no cometer faltas; mas si tenemos la desgracia de cometer alguna, no debemos por esto espantarnos, ni acobardarnos; sino humillarnos, arrepentirnos y limpiarnos en el baño saludable del sacramento de la Penitencia, bien entendido que es tan eficaz la virtud de este Sacramento, que no solo destruye la culpa cometida, sino que tambien hace que no vuelva á cometerse, con tal que se reciba como se debe: por esto muchos Santos, á fin de alcanzar y conservar esta pureza de corazón, tenían la costumbre de confesarse todos los días: así lo practicaban santa Catalina de Sena, santa Brígida, la beata Coleta, etc., y lo mismo hacían san Carlos Borromeo, san Ignacio de Loyola, etc. San Francisco de Borja no se contentaba con una sola vez, sino que se confesaba dos veces al día.

Y no es de admirar; porque si los amantes del

mundo se avergonzarian de comparecer á la presencia de las personas que aman con alguna mancha en el semblante, ¿qué mucho que las almas amantes de Dios y de María santísima procuren purificarse siempre mas y mas, para hacerse de este modo mas amables á sus amados señores? Por esto quisiera que aquellos que de veras desean amar á Dios y á la Virgen santísima se confesasen dos veces, ó por lo menos una cada semana; ó lo mas tarde cada mes. Ya veo que aumentándose cada día (por la gran misericordia del Señor) el número de los verdaderos convertidos, se multiplica el pequeño rebaño de Jesucristo, y no aumentándose, antes bien disminuyéndose el número de sacerdotes confesores, vendrá día que apenas podrá ponerse en práctica lo que acabo de aconsejar; por este motivo, pues, he pensado arreglar un método práctico de confesarse bien y con brevedad las personas espirituales y que aspiran á la perfeccion y á la verdadera devocion de María santísima.

Antes de explicar este método práctico, quiero dar algunas advertencias.

- 1.º Que las mejores confesiones no son las mas largas, sino las mas dolorosas, dice san Ligorio.
- 2.º Solamente hay obligacion de confesar los pecados mortales; respecto á los veniales no hay esta obligacion, pero es mejor confesarlos; y será válida la confesion, aunque no se digan los veniales.
- 3.º Si alguna vez se tiene la desgracia de caer en pecado mortal, jamás debe callarse por temor, vergüenza ú otro respeto humano; porque se haria mala confesion, y á mas se seguiria de esto

una multitud de sacrilegios, y pecados muy enormes, como no pocas veces ha sucedido á personas espirituales seducidas por el demonio. Si le falta valor para decirlo al confesor ordinario, que lo confiese con otro, antes que callarlo y cometer maldad tan horrenda.

4.<sup>a</sup> Decir con sencillez y naturalidad los pecados, si son de pensamiento, palabra ú obra, si se han cometido consigo mismo ó con otra persona, y de qué estado: bien entendido, que si son pecados de obra, no basta decir que se han tenido pensamientos malos.

5.<sup>a</sup> Si se ha cometido algun pecado mortal desde la última confesion, ó que nunca lo ha confesado, no basta para confesarlo decir: *Padre, me acuso de todos los pecados que he cometido*; ni tampoco con condicion; v. gr. *Padre, me acuso si he cometido algun pecado mortal*; pues tampoco vale este modo de acusarse en general ó con condicion, sino que ha de ser en particular.

6.<sup>a</sup> No disculparse jamás de las faltas de que se confiesa, porque el disculparse es señal que no tiene dolor de haberlas cometido, dice san Ligorio: á mas de que ya se sabe, que quien se acusa, Dios le excusa; y quien se excusa, Dios le acusa.

7.<sup>a</sup> No detenerse en ponderar y exagerar los motivos y ocasiones que ha tenido para pecar; pues nadie peca, si no quiere pecar: el pecado es un acto libre de la voluntad, y en donde no hay voluntad, no hay pecado. Si hubiese hecho como los Mártires, antes morir que pecar, no tendría de qué acusarse.

8.<sup>a</sup> No detenerse en la confesion en lamentar-

se y quejarse de sus males, de la pobreza, del mal genio y faltas de otras personas y de lo mucho que le dan que sentir. Si se omiten todas estas explicaciones, en poco tiempo se podrá hacer bien toda la confesion; dice san Ligorio: mayormente si se deja aquel modo de expresarse, que no es bueno sino para gastar tiempo, como los que dicen: *Me acuso de lo poco que he amado y servido á Dios; de no haber cumplido las obligaciones de mi estado: me acuso de no haber amado á mi prójimo*, y otras expresiones vagas y en general, que despues de haber hablado una hora no han dicho nada: lo que importa, es decir las faltas con claridad, brevedad y franqueza, y descubrir las causas y raíces de ellas, para quitarlas y arrancarlas; pues quitada la causa, se quita el efecto, y arrancada la raíz, no vuelve á retoñar; debe procurarse esto de un modo particular, es decir, arrancar los vicios y plantar las virtudes; este es el modo para llegar con facilidad y prontitud á la perfeccion; hacerlo de otra manera no es mas que cortar los vicios, para retoñar otra vez, y enredar al alma como antes.

### MODO PRÁCTICO

PARA CONFESARSE BIEN Y CON BREVEDAD.

*Primeramente pedirá la gracia al Señor por intercesion de Maria santísima.*

*Despues hará el exámen; si es persona que no se haya confesado de mucho tiempo, lo hará siguiendo los mandamientos; pero si acostumbra confesarse á menudo, lo hará por lo que haya faltado res-*

pecto à Dios, respecto al prójimo y respecto à sí mismo por comision y omision.

Luego procurará excitarse al dolor de sus pecados, acercándose al confesor con aquella humildad, confusion y dolor con que el hijo pródigo se acercó à su padre, ó con aquel arrepentimiento con que la Magdalena se acercó à Jesús.

Si hay otros que estén ya aguardando para confesarse, se pondrá en el lugar correspondiente, sin conversar ni disputar, y con el posible recogimiento se excitará mas y mas al dolor de sus pecados, repitiendo à menudo los actos de contricion y atricion.

Quando le corresponda confesarse, hincado de rodillas y con las manos juntas, se persignará y santiguará, y profundamente inclinado dirá: Yo pecador, etc., y dará principio à la confesion del modo siguiente:

Padre, hace tantos dias que no me he confesado. Cumpli la penitencia (si no la hubiese cumplido lo dirá). Tengo tal estado. He examinado la conciencia, y encuentro que he fallado, y por tanto me acuso:

En primer lugar me acuso de haber fallado en tales cosas. (Aqui se dirá la falta).

En segundo lugar, de haber sido omiso en tal y tal cosa.

Y en tercer lugar, de haber dicho tal ó tales palabras que no debia, etc., etc.

Por materia mas cierta de este Sacramento me acuso de todos los pecados de mi vida pasada cometidos contra tal mandamiento (aqui se dirá el mandamiento en que haya fallado en la vida pasada), y confesados ya, y en particular del primero

y último, y del que es mas grave delante su divina Majestad, de estos, y de todos los pecados que he cometido en mi pasada vida, me acuso y pido con toda humildad perdon à Dios, y à vos, padre, la penitencia y absolucion, con propósito de enmendarme, asistido de la divina gracia.

Escuchará despues con toda atencion las palabras y exhortucion que le haga el Padre confesor, y responderá con brevedad é ingenuamente à las preguntas que le hiciere, y mientras hablare el Padre confesor, debe estar atento sin pararse en examinar si le ha quedado algo que decir, ni desvanecerse en otras cosas; finalmente al tiempo de darle la absolucion, dirá el acto de contricion: Señor Dios mio Jesucristo, etc.

Será bueno que de cuando en cuando dé conocimiento à su director cómo le va la oracion; si es puntual; si se ha detenido en ella todo el tiempo señalado; si à la vispera se prepara à ella leyendo el punto; si nota lo principal que le pasa, etc.

Si hace el exámen particular al mediodía y por la noche, sobre qué virtud, qué actos y faltas comete, cómo las enmienda, etc.

Con este método se puede fácilmente confesar y con poco tiempo adelantar en la perfeccion, y llegar por este camino à la patria celestial, à la cual y no à otro fin deben dirigirse todos nuestros pensamientos, palabras y obras, y en donde podamos todos vernos, alabando continuamente, en compañía de los Santos y bienaventurados, à la beatissima Trinidad y à la Virgen santissima.

FIN DE LA ESCALERA DE JACOB.

**BREVE NOTICIA**  
DEL ORIGEN, PROGRESOS, GRACIAS É INSTRUCCIONES  
DE LA  
**ARCHICOFRADÍA**  
**DEL SAGRADO CORAZON DE MARÍA**

para la conversion de los pecadores.

JUNTO CON UNA NOVENA PARA IMPETRARLA  
DEL CORAZON INMACULADO DE MARÍA.

**INTRODUCCION.**

Carísimos hermanos en Jesucristo: viendo la grande y extraordinaria gracia que Dios dispensó al género humano al inspirar la institucion de la *Archicofradía del dulcísimo é inmaculado Corazon de María*, queriendo derramar por medio de ella un sinnúmero de gracias espirituales y corporales sobre la tierra, parecióme que seria hablar á mi mas sublime mision, que es procurar la gloria de Dios, la de la santísima Virgen María, y la salud eterna de mis prójimos, si no procurara darles siquiera una sucinta noticia de dicha Archicofradía; porque si bien es cierto que muchos están ya instruidos de todo lo que á ella concierne, porque han podido leer los Anales y otros libros que hablan de ella; no deja tambien de ser



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE

una verdad que son muchísimos los que ninguna noticia tienen, ya porque ó no saben leer, ó porque si saben, quizás son muchos los que no tienen tiempo para dedicarse á la lectura de tales Anales (tan atareados están en sus negocios), ó si lo tienen, les faltan medios para hacerse con ellos. A fin, pues, de que llegue al conocimiento de toda clase de gente, he juzgado muy á propósito hacer de aquellos un como extracto y presentarlo en forma de diálogo, ya para que sea mas inteligible y adaptado á los alcances de todos, ya para que pudiendo así ser leído de todos, todos puedan participar de tan excelentes gracias, y luego de la gloria.

§ I. — Origen de la Archicofradía.

José. Buenas tardes, R. D. Antonio.

R. D. ANTONIO. Bien venido, José; ¿qué se le ofrece á V.?

J. He oido hablar de una Archicofradía, que dicen se ha instituido en Francia, que se extiende por todas las naciones, y que en todas obra grandes prodigios, convirtiendo pecadores, curando enfermos, y remediando toda clase de necesidades, y otras muchas cosas por este estilo, que ya no tengo presentes; y así venia á pedirle á V. tuviera la bondad de explicarme todas estas cosas por caridad, porque siendo para el aprovechamiento de mi espíritu y bien tambien del cuerpo, deseo inscribirme en tal Archicofradía.

D. A. Con mucho gusto, José... tome V.

asiento... Segun veo ya tiene V. alguna noticia de esta Archicofradía, de esta obra que no dudaré llamar divina, de la cual se refieren cosas muy admirables, y muchas se leen en los libros; pero yo creo que son muchas mas aun las que se ocultan que las que se publican por escrito y de palabra. En esta obra admirable he visto cumplidas aquellas palabras del Apóstol que dice: *En donde abundó la iniquidad, ha sobreabundado la gracia*. Si V. supiera como yo cuál está el mundo, quedaria V. pasmado, y no podria entender cómo nos sufre Dios y cómo no envia un diluvio como en tiempo de Noé, ó no hace llover fuego cual en tiempo de Abrahan sobre las nefandas ciudades de Sodoma y Gomorra, ó no hace abrir la tierra como con Datan, Coré, Abiron y sus secuaces en tiempo de Moisés. ¡José! ¡ah si supiese V. cuál es el estado de la Francia, singularmente el de París!... y justamente en París, en el lugar mas perverso, allí fue donde Dios regaló esta Arca de refugio, y... sucedió del modo siguiente:

El dia 3 de diciembre de 1836 estaba el reverendo párroco de Nuestra Señora de las Victorias en París, llamado Carlos-Eleanor Dufriche Desgenettes, celebrando el santo sacrificio de la misa en el altar de Nuestra Señora. El corazon de este buen cura se hallaba sumergido en un mar de amargura y afliccion al contemplar el infeliz y desgarrador estado de las almas de sus parroquianos, y al ver que todos los esfuerzos de su ardiente celo eran inútiles; cuando hé aquí que durante la celebracion del santo sacrificio se le ocurre el pensamiento de consagrar su parroquia



al Corazon dulcísimo de María para la conversion de los pecadores, aunque por entonces lo echó de sí como inútil y ajeno de aquella ocasion. Concluyó por fin la misa, y fue tanta la vehemencia con que se le presentó de nuevo el tal pensamiento, que sucumbiendo á él, dijo entre sí: *No puede negarse que cuando menos es una devocion á la santísima Virgen, ¿quién sabe si producirá algun buen efecto? Poco cuesta el probarlo ó hacer un ensayo,* y... tomando la pluma para trazar sobre el papel los Estatutos, ve al momento con toda claridad el objeto y plan de la Archicofradía.

Trazado el plan y escritos los Estatutos, los presentó al Ordinario para su aprobacion, y el Prelado accedió gustoso á que se publicasen y pusiesen en ejecucion. Llega el domingo, dia 11 de diciembre, y en la misa mayor ya publica esta devocion, señalando las siete de la noche para la funcion de su instalacion, y con una exhortacion patética los conjura á que asistan á ella. Al concluir esta exhortacion se fué este celoso Pastor á la sacristía, y hé aquí que al momento le hizo Dios ver y tambien la santísima Virgen cuán grata les era á ellos esta devocion y útil á los pecadores, con el hecho siguiente: Dos comerciantes de los que menos frecuentaban los templos, se entran en pos de él á la sacristía, y allí compungidos y humillados le piden confesion; y oyéndolos benigno, los reconcilió con el Señor. Cuán grato seria para el corazon del buen Pastor este temprano fruto de una devocion todavía en ciernes, y cuán sazonados y abundantes se los prometeria para lo sucesivo, puede V., José, figurárselo.

Aunque con algun temor de poco concurso, es-

peraba con ansia la hora señalada para la instalacion de la Archicofradía, y hé aquí que al ver un número de gentes sobre sus esperanzas, quedó santamente sorprendido. Dióse principio á las Vísperas de Nuestra Señora; luego se hizo una plática sobre los motivos, objeto y fin de aquella reunion, y todo fue acogido con aplauso. Luego se cantó la Letania de la santísima Virgen, y esto con devocion muy tierna; pero al llegar á aquellas palabras: *Refugium peccatorum, ora pro nobis: Refugio de los pecadores, rogad por nosotros,* fue sobreabundante el fervor, y las repitieron por tres veces, igualmente que estotra: *Parce, Domine: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo.*

El venerable Párroco, que en el ínterin estaba postrado delante del augusto Sacramento, al oír estas súplicas de dolor y confianza que dirigian al cielo sus feligreses, sintióse sorprender del gozo que inundaba su corazon, y levantando sus ojos bañados en lágrimas, fijólos en la imágen de Nuestra Señora, y la dijo estas palabras: *¡Oh tierna Madre! Vos salvaréis á estos pobres pecadores que os aclaman su refugio: ¡oh María! adoptad esta piadosa devocion; y en prenda y señal de que la aceptais, concededme la gracia de la conversion de N... mañana lo visitaré en vuestro nombre. ¡Oh eficacia de la oracion! ¡oh poder omnipotente de María! ¡oh garantía de la Archicofradía! llega el dia 12, cumple el Párroco con lo prometido á María, y este pecador incrédulo, envejecido en la impiedad, y sumido en el error por espacio de muchos años, se rinde á los golpes de la gracia, y es un trofeo de la proteccion de María, el abo-*

gado profundo y de una vasta erudicion, el último ministro del mártir Luis XVI, este corazon endurecido y rebelde es vencido por el Corazon dulcísimo de Maria, y Maria con este triunfo garantiza su proteccion sobre la Archicofradía.

Un hecho tan portentoso como visible de la proteccion de Maria llenó de júbilo y confianza el corazon del devoto fundador; abre el registro de la Asociacion, y luego son muchos centenares los que se inscriben en tan dichoso libro; y como estos eran con especialidad sus feligreses, de aquí es que su parroquia presentó casi repentinamente un cambio religioso y moral. De una parroquia entregada enteramente al comercio é interés, á las frivolidades del teatro y á los placeres de la carne, y que se desdeñaba de presentarse al templo para adorar al verdadero Dios, porque el suyo lo era el vientre y las pasiones; instalada la Archicofradía, se la vió convertida en un pueblo edificante, que concurría con regularidad al templo, que asistía fervorosamente recogido á cuantas funciones la Religion le ofrecia para dar pábulo á su ardiente piedad, y que tenia á mucho honor el cumplimiento exacto del precepto pasqual; de suerte que en el año de 1837 comulgaron 9,230 personas mas que en el de 1835; y en el de 1840 el aumento fue ya de mas de 19,400 individuos.

J. Por cierto que este buen sacerdote al ver que tan felices eran los resultados de su empresa, debia de sentir un placer inexplicable.

D. A. Lo sintió grande, en efecto, pero mayor de lo que puede V. figurarse, porque uno de los placeres mas grandes y exquisitos que dis-

fruta en este mundo un sacerdote celoso, es el ver la conversion de los pecadores que con el auxilio de la gracia se sigue á sus tareas apostólicas. Si V., José, se ha dedicado alguna vez al ejercicio de la caza ó de la pesca, podrá conocer cuánta es la satisfaccion que hinche el corazon del cazador y pescador en el momento de reunir un excesivo ó á lo menos sorprendente número de piezas, y cuanto mayores mejor; pues ahí tiene V. un bosquejo del júbilo de un celoso sacerdote al ver convertidos muchos y grandes pecadores. Hay algunos de estos que encorvados bajo el peso de sus enormes pecados, y asustados por su fealdad apenas se atreven á presentarse al sacerdote, por miedo de que... pero ¡ay! si ellos supiesen el placer que le causarán yendo bien dispuestos, y resueltos á enmendarse... que en vez de reprenderlos los abrazará con mas cariño que un padre al hijo desobediente que vuelve humillado... ¡ah! no es solo el sacerdote á quien causarán un dia de júbilo, sino tambien al mismo Dios, á todo el cielo.

J. Además de los dichos ¿hay algunos otros que se hayan convertido á beneficio de las oraciones de la Archicofradía?

D. A. Muchísimos. No ignora, V., José, que Dios ha prometido que los que pidan alcanzarán, y como esta Asociacion siempre pide por los grandes pecadores y enfermos, de aquí es que son muchísimas las conversiones que se logran todos los dias por la intercesion de la santísima Virgen. Como la brevedad no me permite referir á V. cuantos sé y me constan, me veo precisado á contarle

á V. uno que otro únicamente para su satisfacción y devoción.

Un hijo de uno de los soberanos de Alemania habia vivido desde su infancia en la mayor disolucion: educado por un maestro impío, seguia las máximas absurdas del iluminismo aleman, añadiendo por fin á sus extravíos el materialismo y el ateísmo; en una palabra, se entregaba á cara descubierta á toda maldad é iniquidad. En un domingo los asociados dirigieron á Dios y á la santísima Virgen sus oraciones á favor de este malvado, y hé aquí que ya desde aquella misma noche experimentó en sus ideas una revolucion y fenómenos extraños y aterradores. Se esforzaba en resistirlo y apartarlo, pero en vano; la gracia de la conversion alcanzada por las oraciones de los asociados no dejó de dar golpes á su corazon y á su entendimiento, hasta convertirlo de un ateo furioso é impío en un fervoroso católico.

Otro caso voy á referir y es de un jóven abogado, de unos treinta y dos años, que en su niñez recibió una instruccion cristiana, pero que en edad mas avanzada y con ocasion de los estudios, un profesor ó catedrático abominable y libertino corrompió el corazon y le pervirtió el entendimiento. Diez y siete años vivió enredado en los mayores desórdenes, y en los seis últimos siempre estaba meditando el cómo suicidarse ó darse á sí mismo la muerte. Una desgracia que le sobrevino le sacó de quicio, y su furor llegó al último exceso. En esta desgraciada situacion dió la casualidad, diré mejor, la gracia de Dios hizo que pasase por delante de la iglesia de Nuestra Señora

de las Victorias; entra en el templo y... se coloca junto al altar del Sagrado Corazon de Maria, arrojándose á una columna... levanta sus ojos... ve la imágen de la santísima Virgen Maria, y le pide alivio con éstas sacrílegas é injuriosas palabras: *Ya que dicen que tú tanto puedes en pro de los afligidos, alivíame, si tienes algun poder... ¿Oís-teis? ¿hay quien no se horrorice? Y sin embargo esta tierna Madre en vez de manifestar resentimiento, alarga su benéfica mano á este infeliz, que al momento siente renacer la serenidad y la calma en su corazon hasta entonces agitado y devorado. Se marcha este jóven á su casa, y al entrar en su habitacion ve sobre la mesa el librito de la *Imitacion de Cristo*, llamado vulgarmente el *Kempis*. Al tropezar con él queda sorprendido; lee sin embargo algunas páginas y... hé aquí que tocado por fin de la gracia, se prepara ya para una buena confesion, hallándose despues de ella convertido en un hombre el mas feliz, que en el dia es uno de los hombres mas piadosos. ¿Ve V., José, cuán misericordiosa es Maria? hay mucho por que admirarla y alabarla.*

El siguiente caso no le dejará menos admirado. Un capitán del ejército francés, condecorado con cuatro cruces de distincion, pero sin piedad ni religion, nacido en una tienda de campaña y que ni bautizado estaba siquiera, entró un día maquinalmente en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias al tiempo que en ella se practicaban los ejercicios de la Archicofradia, y se puso delante del altar del Sagrado Corazon de Maria. El sacerdote que estaba en el púlpito, sin embargo de que ignoraba quién fuese tal hombre, se

sintió inspirado á recomendar á las oraciones de los fieles el alma del que mas necesitase de la gracia de la conversion entre los presentes. Conmovido el capitan al oír estas palabras, cae prostrado y comienza á orar: desde allí se dirige al encuentro del sacerdote; y cual un niño se hace instruir en la doctrina cristiana: recibe el Bautismo, Confirmacion y Eucaristía, y este es el que hoy es un hombre feliz; su corazon salta de júbilo y es un fervoroso cristiano.

Sería no acabar si quisiese referir las innumerables y extraordinarias conversiones de personas de uno y otro sexo, de jóvenes y ancianos que se experimentaron luego que fue establecida esta asociacion del Sagrado Corazon de María. El buen fundador, lleno de satisfaccion y gozo al ver el admirable resultado de la obra que Dios habia plantado por su ministerio, discurria de continuo el como darla toda la importancia posible, y al efecto juzgó muy á propósito acudir al Sumo Pontífice, implorando de él que se dignara bendecirla y enriquecerla con indulgencias: ¡cosa admirable! no solo no salieron fallidas sus esperanzas, sino que excediéndose á ellas el Pastor de la Iglesia universal, además de enriquecer con indulgencias la Asociacion, la erigió en Archicofradía, y esto no para la Francia únicamente, sino tambien y perpétuamente para todo el mundo cristiano, dando al efecto y con la formalidad de derecho y costumbre un *breve apostólico* en Roma el dia 24 de abril de 1838. Tal es, José, el admirable origen de la Archicofradía del *Dulcísimo y Sagrado Corazon de María*.

J. Puedo asegurar á V., D. Antonio, que

me deja V. pasmado, y conozco que esta obra lo es de la misericordia de Jesús y de la santísima Virgen para salvar á los pecadores; y, es preciso que lo confiese, esto me hace esperar que Dios nos salvará, á pesar de la maldad y desmoralizacion que reina en el mundo.

§ II. — *Rápida y prodigiosa propagacion de la Archicofradía.*

D. A. Visto el origen, vea V. ahora la rápida propagacion de la Archicofradía. ¿Ha pensado V. alguna vez, José, sobre los admirables efectos del sol despues de una tempestuosa y opaca noche, sobre la hermosura de sus rayos que todo lo hermosean, y á todo dan calor? Pues ahí tiene V. un bosquejo de lo que sucedió con esta Archicofradía de María, de esta tierna Madre que elegida como el sol ha salido en esta tempestuosa y opaca noche de este tiempo de desmoralizacion, y ha iluminado á todo el mundo, disipando los errores y calentándolo todo con el fuego del divino amor. Y hé aquí por qué al momento que se extendió la voz de que el Sumo Pontífice habia erigido en Archicofradía la Asociacion, enriqueciéndola con indulgencias, de toda la Francia y fuera de ella vinieron un sinnúmero de personas á suscribirse en el libro de ella y á hacerse partícipes de sus gracias. Venerables arzobispos y obispos, sacerdotes, religiosos, párrocos, misioneros, militares, comerciantes... hombres y mujeres de toda edad, sexo y condicion, todos fueron á porfia á inscribirse entre los afortunados individuos de la Asociacion.

Y pareciéndoles poco el quedar inscritos en el gran libro, miraban como un deber convertirse en Apóstoles, y así es que los venerables arzobispos, obispos y curas de almas exhortaban de continuo á sus feligreses á erigir cofradías dependientes de la de París, y á alistarse todos en ellas; y, para que V. se maraville mas aun, hasta los mismos militares y comerciantes tomaban sobre sí tan honorífica mision. De aquí es que en el año 1843 el Sagrado Corazon de María ya contaba en Francia 3,000 cofradías; pudiéndose afirmar que al presente no hay obispado alguno en Francia, ni casi parroquia que no posea ya tan inapreciable tesoro; y ¡esto en tan breve espacio de tiempo!...

Pero la Archicofradía no está concretada al territorio francés: extiende, cual frondoso y benéfico árbol, sus ramas á los demás reinos del mundo, entre los cuales voy á citar algunos, y son:

En *Europa*. Estados pontificios, Gran ducado de Toscana, reino Lombardo, ducado de Parma, reino de Nápoles, Sicilia y Piamonte, ducado de Génova, ducado de Saboya, Suiza, Portugal, España, Austria, Rusia, Prusia, Baviera, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Irlanda, Escocia, etc., bien entendido que en cada uno de estos reinos hay muchas asociaciones.

En *Asia*. Turquía, Siria, Pondichery, reino de Siam, China, Japon, islas de la Grecia, etc.

En *Africa*. Isla de Borbon, Argel, Oran, etc.

En *América*. Estados-Unidos (cuenta 54), Canadá, Chile, etc.

En *Oceania*. Paramata, Mangareva, Akena, Taravai, Honolulu, las islas de Gandía, Otahiti,

Sandwich, las Marquesas, etc. Finalmente diré á V. que en el mes de abril de 1846 se contaban ya mas de 7,000 asociaciones, habiéndose establecido muchísimas otras desde entonces.

J. Pasmado me tiene V. con esta relacion, D. Antonio, pues veo que en tan corto espacio de tiempo la Archicofradía ha atravesado los mas vastos mares, ha recorrido todo el universo y se ha establecido en cada una de las cinco partes del mundo conocido.

D. A. Con esto puede conocer, José, que la Archicofradía es una obra divina que nos ha concedido Dios en sus misericordias, como en tiempo de Noé el arca, para salvarse el género humano de la desmoralizacion y diluvio de males fisicos y morales, que esta ha derramado sobre el mundo en nuestros desgraciados dias. ¡Feliz mil veces el que se guarecerá en ella!

J. ¿Y de qué medios se ha valido la Providencia para propagar de un modo tan sorprendente la Archicofradía por todo el mundo?

D. A. Puede decirse que de los mismos que usó para propagar la única religion verdadera, la católica, esto es, de la predicacion de los Apóstoles y de los milagros; pues que los venerables arzobispos, obispos, párrocos, misioneros, etc., la promulgan por todas partes, y... ¿qué diré de los milagros que por doquiera obra Dios por medio de la Archicofradía de María? Parece que en ella se está reproduciendo lo que de Faraon se lee en la Escritura santa al tiempo de la gran carestía que afligia la tierra, el cual cuando de todas partes acudian á él las gentes pidiéndole socorros, les decia: *Id á José*, que es el que cuida de todo,

y os socorrerá; pues que ahora, en las calamidades presentes tan horrosas como generales, parece que Dios al pedirle que las remedie, nos está diciendo á todos: *Id á María*, ella está encargada de ello; la Archicofradía es el depósito general de gracias; de ellas es la dispensadora María, á ninguno rechaza; á ninguno deja sin consuelo, ora sean corporales, ora espirituales los males que le aquejan. Pedidla y os dará.

§ III. — *Gracias alcanzadas por la Archicofradía.*

D. A. Es un principio admitido por todos los sábios que por los efectos se llega al conocimiento de las causas, y el mismo Jesucristo nos dice que por los frutos se conoce el árbol. Pues bien, ¿quiere V., José, conocer la grandeza y excelencias de la Archicofradía del Sagrado Corazon de María? pues repare V. en sus efectos, observe sus frutos, quiero decir, las conversiones que obra, y las gracias espirituales y corporales que Dios y María derraman sobre los mortales por medio de ella, y logrará lo que intenta. ¡Ah! si mis ocupaciones me lo permitieran, referiría cosas que pasmarian á V., José; mas sin embargo de que no puedo alargarme mucho, para satisfaccion de la devocion de V., y aunque solo sustancialmente, referiré los siguientes ejemplos:

EJEMPLO PRIMERO.

*Un jóven convertido.*

El citado Párroco de Nuestra Señora de las Victorias, fundador, como dije á V., de la Ar-

chicofradía, cuenta que le pasó á él mismo lo siguiente: «Serian como las ocho de la mañana, cuando se me presentó un jóven elegantemente vestido, pero con la vista baja, y me dice que reservadamente quiere comunicarme cierto asunto; lo acompañé á mi cuarto, y hé aquí que empieza á hablarme de este modo: «Padre, aquí tiene V. un pecador que hasta ahora se ha revolcado en todos los vicios, y cargado de crímenes contra Dios, contra la sociedad y contra sí mismo: mi vida criminal y la mas disoluta cuenta ya ocho años de duracion: horrorizado de mí mismo; estaba ya muy cercano á la desesperacion, cuando me sentí con alguna confianza por ciertas palabras que ayer tarde oí de la boca de V. Pregunta, pues, ¿podrá haber perdon?... Mas para que V. pueda responder con conocimiento de causa, permítame V. que le presente como en compendio mi vida disoluta, y lo que en este momento por mí está pasando.

«Nací en país extranjero de una familia no menos rica que distinguida: en mi juventud recibí una educacion esmerada y la que nuestra posicion social reclamaba: al cumplir veinte años pedí permiso á mis padres para venir á Paris, lo que me fue concedido, señalándome el dinero que conocieron podia necesitar. Cuando llegué á Paris mis costumbres no eran malas; pero viéndome dueño de mí mismo, no tardé en dejarme seducir, y luego me transformé en seductor. ¡Ah! mi vida en estos ocho años es un tejido de desórdenes: esclavo de mis sentidos, me entregué á todas sus exigencias: de todo soy culpable, si se exceptúa la embriaguez.

y os socorrerá; pues que ahora, en las calamidades presentes tan horrosas como generales, parece que Dios al pedirle que las remedie, nos está diciendo á todos: *Id á María*, ella está encargada de ello; la Archicofradía es el depósito general de gracias; de ellas es la dispensadora María, á ninguno rechaza; á ninguno deja sin consuelo, ora sean corporales, ora espirituales los males que le aquejan. Pedidla y os dará.

§ III. — *Gracias alcanzadas por la Archicofradía.*

D. A. Es un principio admitido por todos los sábios que por los efectos se llega al conocimiento de las causas, y el mismo Jesucristo nos dice que por los frutos se conoce el árbol. Pues bien, ¿quiere V., José, conocer la grandeza y excelencias de la Archicofradía del Sagrado Corazon de María? pues repare V. en sus efectos, observe sus frutos, quiero decir, las conversiones que obra, y las gracias espirituales y corporales que Dios y María derraman sobre los mortales por medio de ella, y logrará lo que intenta. ¡Ah! si mis ocupaciones me lo permitieran, referiría cosas que pasmarían á V., José; mas sin embargo de que no puedo alargarme mucho, para satisfaccion de la devocion de V., y aunque solo sustancialmente, referiré los siguientes ejemplos:

EJEMPLO PRIMERO.

*Un jóven convertido.*

El citado Párroco de Nuestra Señora de las Victorias, fundador, como dije á V., de la Ar-

chicofradía, cuenta que le pasó á él mismo lo siguiente: «Serian como las ocho de la mañana, cuando se me presentó un jóven elegantemente vestido, pero con la vista baja, y me dice que reservadamente quiere comunicarme cierto asunto; lo acompañé á mi cuarto, y hé aquí que empieza á hablarme de este modo: «Padre, aquí tiene V. un pecador que hasta ahora se ha revolcado en todos los vicios, y cargado de crímenes contra Dios, contra la sociedad y contra sí mismo: mi vida criminal y la mas disoluta cuenta ya ocho años de duracion: horrorizado de mí mismo; estaba ya muy cercano á la desesperacion, cuando me sentí con alguna confianza por ciertas palabras que ayer tarde oí de la boca de V. Pregunta, pues, ¿podrá haber perdon?... Mas para que V. pueda responder con conocimiento de causa, permítame V. que le presente como en compendio mi vida disoluta, y lo que en este momento por mí está pasando.

«Nací en país extranjero de una familia no menos rica que distinguida: en mi juventud recibí una educacion esmerada y la que nuestra posicion social reclamaba: al cumplir veinte años pedí permiso á mis padres para venir á Paris, lo que me fue concedido, señalándome el dinero que conocieron podia necesitar. Cuando llegué á Paris mis costumbres no eran malas; pero viéndome dueño de mí mismo, no tardé en dejarme seducir, y luego me transformé en seductor. ¡Ah! mi vida en estos ocho años es un tejido de desórdenes: esclavo de mis sentidos, me entregué á todas sus exigencias: de todo soy culpable, si se exceptúa la embriaguez.

«La educacion cristiana que habia recibido me enfrenaba en mis desórdenes y excesos; pero amante de mi libertad, procuré sufocar el grito de mi conciencia y aun aniquilarlo á fuerza de multiplicar los excesos: lo bueno y honesto ya para mí no tenia aliciente: ayer mismo, léjos de querer aflojar los lazos criminales, habia intentado añadir un nuevo nudo... ¡un adulterio!...

«Solo á la sazón me dirigia al lugar en donde habia de cometer este nuevo crimen, cuando hé aquí que al pasar junto á esta iglesia, oí cantar dentro, y ví que algunas personas entraban en ella: las sigo, entro tambien, y el inmenso concurso me sorprende: habia entrado únicamente para ver qué se hacia y volverme, pero yo experimenté cierta extraña novedad que... esperé por lo tanto, escuché el canto y luego el sermón que pronunció el señor Obispo.

«Se acordará V., Padre, que despues leyó V. una carta de un jóven no tan criminal como yo, pero que fatigado ya de su vida disipada y licenciosa, le pedia á V. que encargase se orase por su conversion. ¡Qué tropel de pensamientos se agolpó en el momento sobre mi alma! Padre. Imposible me es poder dar á V. una idea de la impresion que causó en mi corazón la lectura de tal carta. Cual si un rayo de luz hubiera descendido sobre mi tenebroso entendimiento, ví como en un oscuro cuadro todo el desórden y oprobio de mi desordenada vida: en aquel momento deseaba ser el afortunado y postulante jóven que escribió la carta; pero al mismo tiempo las consecuencias de una conversion me aterraban: luché, procuré echar de mí toda idea de conversion; pero la me-

moria de los sinsabores y ajenjos que he tenido que devorar por espacio de ocho años, y de las bajezas á que me he visto precisado para contener una pasión voraz é insaciable, me perseguía sin cesar. Combatido mi espíritu por tan opuestos pensamientos, llegué al punto de pasar desapercibidas algunas palabras de lo que V. leía; pero cuando V. levantó un tanto la voz, cual si yo despertara, avivé mi intencion y... oí que V., animando al jóven, le exhortaba á que siguiese la voz que hablaba á su corazón, y le prometía que Dios le perdonaría; y aquellas palabras: *Animo, confianza*, se apoderaron al momento de mi corazón. Al oirlas, parecíame que sonaban en mi interior estotras: *esto va contigo: contigo habla el sacerdote*, y concluyó diciendo que era imposible que la lectura de aquella carta dejase de causar gran sensacion en muchos de los que allí estaban presentes.

«Cuando despues V. se puso en el altar, todos se arrodillaron, y yo hice lo mismo. ¡Ah! era la vez primera en estos ocho años. Escuchaba la Letanía de la Virgen, pero yo no la rezaba, porque el inexplicable combate de ideas en que luchaba, me embargaba. No obstante, al llegar al *Refugium peccatorum*, me animé y canté tambien: *Refugium peccatorum, ora pro nobis*: lo que repetí algunas veces, y me pareció hallarme mas tranquilo. Se concluyó la función, y yo quedé allí solo, y ni siquiera hubiese sabido salir de allí, si un aviso de que se habia de cerrar la iglesia no me hubiera determinado á lo contrario.

«Marché, pues, para mi casa; pero el sueño estuvo muy léjos de mí toda la noche: en el si-



lencio y tranquilidad de ella meditaba en los sucesos de mis desgraciados ocho años, y conozeo y estoy plenamente convencido que son los mas vergonzosos, criminales y execrables que hombre alguno haya podido correr sobre la tierra. ¡Ay de mí! he abusado de todos los dones de Dios; he prostituido la nobleza y dignidad de mi carácter; me he hecho reo de las mas degradantes intrigas para saciar mis brutales apetitos; he hecho traicion á la amistad; he introducido la deshonra en las familias; he ultrajado al mismo Dios, violando sus leyes, y me he hecho acreedor á sus castigos. Me arrepiento, me avergüenzo y á mí mismo me causo horror: quisiera entrar en una nueva vida, en una vida cristiana; pero, Padre mio, ¿podré lograr tanto bien? ¿querrá Dios perdonarme tanto crimen? ¿querrá?... ¡Ah! este temor me tiene consternado. Si V. ayer no hubiese pronunciado aquellas consoladoras palabras: *Animo, confianza*, no sé qué hubiera sido de mí esta noche.»

«Hijo mio, le dije con ternura al concluir el jóven su relacion, hijo mio, creo con tanta firmeza que Dios quiere perdonar á V., con cuanta creo su existencia: esa misma luz con que él le ha hecho conocer á V. el estado miserabilísimo de su alma, es una garantía segura de que quiere perdonarle: ha dado principio á su conversión de V. con esos especiales auxilios de la gracia, y para dar cima á ella espera que V. cooperará por medio de una santa y dolorosa confesion: yo le conjuro en su nombre á que la haga V. ahora mismo. — No puedo, respondió el jóven, porque no estoy preparado para ello, ni sé por dónde

empezar. — No importa, le repuse, este es el único específico que puede volver la calma á su corazon de V.: yo le ayudaré:... principiemos... arrodílese V... y... Comenzó, es verdad, pero mas con suspiros y lágrimas que con palabras: sumergido en un mar de dolor y arrepentimiento exclamaba: ¡Oh Dios mio, Dios mio! á pesar de un tan remarcado abuso de vuestras gracias me habeis sufrido!... ¡y por tanto tiempo!... ¡Oh exceso de misericordia! ¿qué fuera de mí en este momento, si usando Vos de vuestros derechos me hubiérais castigado cuando tan vilmente provocaba vuestra indignacion?... Se acusaba conforme y de lo que podia: yo le ayudaba con mis preguntas: seis dias duró esta confesion, y al último le absolví de sus crímenes, y le reconcilié con Dios.

«Recibida la absolucion, me cogió de las manos, las besó mil veces regándolas con lágrimas de ternura y agradecimiento, y exclamó: «¡Qué feliz soy yo en este momento, Padre mio! una vida toda divina empieza á circular por mis venas: una hora antes yo era un mónstruo, y Dios me ha perdonado ya: la gracia y dulce paz que siento inusitadamente en mi corazon, no me dejan dudar de ello. ¡Oh! no, yo ya no soy el mismo que una hora antes. ¡Ah! ¡Padre mio! yo seré de verdad cristiano: se lo prometo á Dios, á la santísima Virgen y tambien á V., Padre mio. ¡Ah! ¡cuánta es la ventura de que soy deudor á V.! Permitame V. que un abrazo sea la expresion de mi filial agradecimiento. Padre mio, despues de Dios y de la santísima Virgen á V. hago donacion de mi corazon, porque de V. es por

tanta bondad como me ha dispensado.» Nos abrazamos con afecto, derramando entrambos un raudal de tiernas lágrimas. Y fue tan grande su resolución de no volver á pecar, que para huir enteramente de las ocasiones se fué de París el lunes inmediato al afortunado sábado en que habia recibido la absolucion y comulgó.» (*Anales, tomo 1.º, página 237*).

¿Qué le parece á V., José, de esta gracia ó conversión lograda por medio de la Archicofradía?

J. Las lágrimas de ternura que asoman á mis ojos hace rato y que no puedo ya contener mas, hablarán por mi corazón.

EJEMPLO SEGUNDO.

*Una jóven convertida.*

D. A. Pecadores, ved si podeis confiar. El caso que voy á referir es de una jóven convertida, cuya vida escribió ella misma en una carta que envió á los cofrades del Sagrado Corazon de María, por haber rogado por su conversión: voy á referirla en sustancia por no ser demasiado larga. Dice así:

«A los cofrades de la Archicofradía una alma muy apartada de Dios y vuelta á su servicio por efecto de vuestras oraciones.

«La que escribe estas líneas, hace quince días que estaba muy lejos de pensar en la gracia que el Señor la tenia preparada en los tesoros escondidos de su infinita misericordia por la intercesión poderosa de la que es el refugio de los pecadores, María, implorada por vosotros, carísi-

mos asociados á su Corazon sagrado, á favor de mi pobre alma: de aquí es que mi corazón agradecido no puede menos de rendiros las mas expresivas muestras de gratitud.

«Carísimos hermanos en Jesucristo: Dios y la Virgen santísima os sean la recompensa por lo mucho que habeis hecho por mi alma. Gracias á vuestras súplicas, las cadenas de mis pecados y el infame yugo de mis pasiones se han hecho mil pedazos. Continúad pidiendo por mí, á fin de que logre yo el don de la perseverancia en la vida nueva que felizmente he comenzado.

«Mucho sufría y padecía, hermanos míos, antes que rogáseis por mí. Al perder la inocencia, perdí con ella también la paz, la alegría y el consuelo interior. He vivido muchos años olvidada de Dios y de la Virgen santísima, y por grados me he precipitado á cuanto tienen de mas vergonzoso y degradante las pasiones.

«Instruida en los sanos principios de la religion católica en que me criaron mis padres, tuve la dicha de practicarla hasta que desgraciadamente me entregué á los vicios; pero desde entonces ya procuré arrojar lejos de mí aquellos principios cuya sola idea me era pesada y molesta. Si; la Religion era para mí un freno insufrible, y hé aquí porque dominada de mis pasiones hice cuantos esfuerzos pude para sacudirle. Envilecido mi espíritu por la inextinguible sed de las satisfacciones y placeres carnales, se degradó hasta nivelarse al mas estúpido bruto: deseaba no tener alma racional á fin de poderme entregar sin remordimientos ni temores á mis pasiones criminales, á pesar de que exteriormente traia una vida

regular, porque la conveniencia y mi posición social así lo exigían.

«Digo aun más: á fuerza de sofocar remordimientos, logré amortiguar la idea de la inmortalidad del alma, mirando esta eterna verdad como una invención de curas y frailes, y me llamé feliz, y me daba á mí misma mil parabienes por haber triunfado de lo que llamaba preocupaciones mías... En fin, yo enarbolé en mi entendimiento una bandera de rebelión y escribí en ella este lema: **NO HAY DIOS... TODO ES MATERIA...** ¡Dios mío! qué horror!... pero perdonad, ¡oh Dios, á quien postrada adoro, perdonad el delirio de esta pecadora que lo llora á vuestros pies!

«Sin embargo, á pesar de mi orgullo, de vez en cuando y bien á pesar mío, los estímulos de mi conciencia hacíanme oír su grito aterrador y arrancaban de mi corazón algún suspiro. Para ocultar mis desvaríos apelaba á la hipocresía, y los días de obligación iba á oír misa, y los actos de religión me conmovían: la gracia daba alabadas á mi corazón, pero yo me daba mucha prisa á distraerme de ellas.

«Tal era, compasivos devotos de María, el infeliz estado de mi conciencia. Siete años consumí en la más criminal de las carreras humanas, siete años estuve sumergida en el abismo de la iniquidad y sin esperanza de convertirme: y á pesar de que con un exterior el más disimulado fingía perfectamente el estado de los que viven tranquilos, jamás me pude reputar feliz en este modo de vivir: la paz y la tranquilidad ni siquiera una pequeña sombra habían dejado en mi corazón cuando le abandonaron. La salvación me parecía una

cosa imposible: sin embargo, sin saber cómo, una como lejana confianza en María resplandecía alguna vez en mi turbada fantasía, y María me ha salvado. Si: la Virgen santísima, que lo sepa todo el mundo, esa Señora á quien vosotros habéis invocado, esta es mi LIBERTADORA. ¡Gran Dios! recompensad como sabéis á estas buenas almas el bien inapreciable que me han alcanzado... Diez y siete días hace hoy que una persona piadosa que por tal me reputaba á mí también (¡tan refinada era mi hipocresía!) se acercó á mí, me habló de la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias, me dió á leer el primer cuaderno de los Anales de esta santa Asociación, de la que yo ningún antecedente tenía, y... abro por curiosidad el libro, leo, y mi corazón agitado presiente ya la calma; la conversión de Ratisbonne me conmueve, y quizás cediera al momento mi impiedad, si yo no embotara el golpe... pero estaba obstinada, no quería convertirme. Lo único que buscaba era aquietarme descargándome del peso de mis remordimientos que me abrumaban; y como con mi negra resistencia paralicé la acción de la gracia, esta no produjo efecto alguno, y yo quedé la que era.

«Sin embargo, á consecuencia de esta lectura y de la conversión de uno de mis cercanos parientes, dije á aquella persona piadosa que pidiese á los asociados del Sagrado Corazón que rogasen por mí; no porque tuviese intención de convertirme, sino por ver si con este medio podría hallar la paz sin mudar de vida. Pocas horas habían transcurrido después de este incidente, cuando otra amiga mía vino á persuadirme lo mismo, y

entonces ya fui yo personalmente á la sacristía á pedir que fuese encomendada, bien que fingí ser una madre afligida que buscaba alivio. Era sábado cuando sucedió esto: el día siguiente domingo fui por curiosidad á la reunion de la Archicofradía, y por ver si las oraciones que los demás dirigian por mí me alcanzarian la paz y la tranquilidad sin necesidad de convertirme: yo pedía un imposible.

«Las Visperas y plática ninguna mella causaron en mi corazon endurecido: pero al momento que se hicieron las súplicas y que el sacerdote al llegar á la clase de las almas afligidas dijo con voz penetrante: *¡Rogad, hermanos míos, rogad por estas pobres almas!* me enternecí sin poderlo remediar: mi corazon se agitaba con violencia; las lágrimas regaban mis mejillas; la gracia me brindaba suave y eficazmente, temia ser oida mas allá de lo que apetecía, temia convertirme. Despues el sacerdote leyó la carta de aquella pecadora de mi edad, con que ella misma pedía se la tuviese presente en las oraciones; acabada la cual añadió: —Esta pobre alma que en su afliccion os dirige esta carta, no está aquí presente, hermanos míos; pero tal vez algunos de los que me escuchan podrán hallar, en lo que ella ha sido, un fiel retrato de sus desórdenes, y se han de persuadir que Dios los llama á penitencia por mi boca. — Estas palabras traspasaron mi corazon, y me dije: *¡Tú eres!... ¡tú eres!...* Mas ¿de qué te sirven estos impulsos, me replicaba al momento, si jamás he de romper unas cadenas que tanto amo?

«Pero ¡oh misericordia divina, cuán grande

eres! ¡oh Corazon inmaculado de María, invocado de tus devotos, cuánta es tu benignidad! Mi dura obstinacion resistia la gracia, pero á pesar suyo la gracia descendiendo sobre mi alma, triunfa, obra mi conversion. Mi alma encorvada hácia la tierra por tanto tiempo, se eleva á Dios, y la voz de su inmortalidad como recogida entre los pliegues de mi corazon hasta entonces, hace sentir su acento entre mis mas íntimos sentimientos. En este momento empecé á concebir un absurdo: queria conciliar mis pasiones con la Religion: forjaba al efecto planes y proyectos, é interin pasaba de un día á otro, los remordimientos devoraban mis entrañas. En el exceso de esta afliccion entro en la iglesia de la santísima Virgen, y, esta vez fue la primera que oré despues de los siete años de mi vida criminal, hé aquí el feliz momento en que siento desatarse, romperse y desaparecer las cadenas que hasta aquí habian tenido esclavo mi corazon. La incredulidad cede el lugar á las esplendorosas luces de la fe: no solo creia, parecíame que veía con mis propios ojos las verdades mas sublimes de la Religion. ¡Ah! ¡qué hermosa, qué sublime y consoladora me pareció en este momento la Religion!... ¡qué execrable y horrenda la carrera criminal de los siete años!...

«De tal suerte me penetró esta luz divina, que dudé por un momento si yo era la misma: y era que ya no tenia el corazon de antes, ni sentia mis precedentes inclinaciones. ¡Gloria á Vos! ¡oh María mi LIBERTADORA! Conocí que la confesion me era indispensable, y para decidirme me encomendé de nuevo á las oraciones de la Archicofradía: busco un confesor, y... mis pecados y desórde-

nes están ya confesados, gracias á Dios. ¡Dios mio!... ¡ah! ¡y qué dulce es, hermanos, el purificarse de todas las manchas en la piscina de la penitencia! ¡cuán suave el bálsamo que aplican al corazon herido las lágrimas y suspiros que allí se derraman! Aquí empecé á sentir verdaderas delicias despues de siete años de haber corrido inútilmente tras mentidas sombras. En estos momentos felices queria hablar, pero me embargaban fuertes é inusitadas emociones.

«¿Me perdonará Dios? pregunté entre sollozos á mi confesor: ¿puedo esperar salvarme?... tan vivamente conocia yo que por mis excesos horrendos habia desmerecido la misericordia, y él en nombre de Dios me prometió el perdón. Me levanté de sus piés, y la Religion me parecia que habia bajado del cielo únicamente para hacer revivir y consolar nuestro pobre corazon. Conocia vivamente que el alma criada para lo infinito no puede ser feliz sin él y solo con él; y al salir del templo de la santísima Virgen me sentia tan consolada, y era tanta la satisfaccion y júbilo que rebosaba mi corazon, que á cuantos por doquiera hallaba, habria querido decirles: «Amigos, ¡ah! no, ni el lujo, ni los placeres pueden llenar ese vacío que sentís allá en lo mas recóndito de vuestro corazon: vosotros padeceis mucho, yo lo sé; una triste experiencia de siete años me lo ha hecho conocer. ¡Ah! id al templo, haced que la Archicofradia ruegue por vosotros, y no lo dudeis, sabréis lo que es dicha, lo que es paz, lo que es felicidad; porque allí conoceréis la bondad de nuestro Dios, y conociéndola, lo serviréis y...» Servirle deseo, y servirle siempre,

esta es la gracia que os suplico pidais á María por mí. Yo quedo infinitamente agradecida á vuestra caridad, queridos hermanos, y no puedo menos de daros por todo gracias infinitas, pidiéndoos de nuevo que pidais por mí á María, mi madre querida y mi refugio, la fuerza, la constancia y la perseverancia final.» (*Anales, tomo 1.º, página 248*).

EJEMPLO TERCERO.

*Un jóven enfermo convertido.*

Desiré era este jóven parisiense de que voy á hablar, y que habiéndose entregado á la lectura de malos libros, habia enteramente perdido la fe. Aborrecia la religion católica y sus ministros, y pareciéndole poco el ser él malo, se erigió en corruptor de otros, especialmente jóvenes. Treinta años de edad contaba no mas cuando un ataque de pulmonia ó afeccion del pecho le puso al borde del sepulcro sin esperanza de vida. Su hermana, que era una señora muy virtuosa, hizo cuanto pudo para convertirlo, pero nada logró. Una señora amiga de esta fué á encontrar al señor Cura de Nuestra Señora de las Victorias, y le pidió que lo inscribiese en el libro de la Archicofradia, y que en las públicas oraciones lo tuviesen presente. El médico que le visitaba y que tambien era hombre piadoso, al verle tan de peligro, en cumplimiento de su deber le dijo que mientras era tiempo se preparase para la muerte; mas el enfermo le contestó con enojo: «Tenga V. la bondad de no hablarme de eso, pues que como ya se lo he dicho á V. otras veces, yo no creo en

«la Religion, ni en Dios tampoco.» Hasta hablando á solas con su hermana se quejaba fuertemente del médico porque le habia hablado de confesion; y su hermana le decia: «Mira, hermano, tú supones que no hay Dios; pero tú no estás cierto de que no le hay; y si tu suposicion es falsa, ¿esto es, si realmente le hay, ¿cuál será tu suerte?» Reflexionó un poco el enfermo y luego dijo: «Acuérdome haber leído que Jesús hizo un milagro multiplicando cinco panes en el desierto, «y yo creo este milagro porque fueron muchos miles las personas que lo vieron; y por consiguiente creo que Jesús es Dios, y quiero morir en su amistad y gracia. Vé cuanto antes por un confesor y corriendo, date prisa, porque son muy pocos los momentos que me quedan de vida.» Van con efecto por el confesor, llega, se confiesa el enfermo, recibe arrepentido y anegado en lágrimas de compuncion la absolucion y... ¡oh efectos admirables de la gracia! ¡oh Corazon immaculado de María que la has alcanzado!... Desiré ya es otro hombre. En aquella misma mañana, pocos momentos antes ni en Dios creía, y ahora ya lo confiesa públicamente; pocos momentos antes ni sufrir podia sin irritarse que se le hablase de Religion, y ahora no quiere que le hablen de otra cosa, y ansia por todos los auxilios que ella dispensa; unos momentos antes ni ver podia á los sacerdotes, porque los miraba como á unos monstruos de la humanidad, y ahora los quiere inseparablemente junto á su lecho de dolor, porque los considera como á sus verdaderos amigos, como á sus mas caritativos bienhechores, como á medianeros entre Dios y los hombres, y como á

encargados de llevar al paraíso celestial su alma; un poco antes su enfermedad le tenia frenético, y ahora desea que se prolonguen sus padecimientos para penar con Jesucristo, y si desea la salud, es únicamente para reparar los males que ha causado, y estando en estas santas disposiciones recibió el sacramento de la Confirmacion de mano del señor Arzobispo de París, comulgó repetidas veces en los dias que se prolongó su vida, y por fin espiró en el ósculo santo del Señor.

EJEMPLO CUARTO.

*Un gran pecador convertido y curado.*

En el tomo segundo de los Anales, página 93, está inserta una carta con que un párroco del obispado de Aviñon da relacion de la conversion de un pecador de su parroquia, de la que él mismo habia sido testigo, y que en sustancia dice así: «Setenta años contaba ya este infeliz y aun era enemigo declarado de la Religion, y se movaba siempre de cuanto hay de mas santo y mas sagrado. Tanta era su perversidad, que á sus domésticos y á los que con él tenían roce les pegaba ó contagiaba con el mal de su impiedad hasta hacerles perder la fe. Llega el mes de julio de 1841 y este Satanás cae enfermo: su párroco lo supo, y á pesar de que la casa del enfermo distaba una legua de la parroquial, lo visitó constantemente dos veces cada semana, hasta el 3 de setiembre en que se puso peor: si en las visitas anteriores fue recibido con frialdad el párroco, en esta ni siquiera entrar en la habitacion del enfermo le fue

permitido: este día era viernes. El día siguiente sábado aplicó por él la misa como se practica en tales días en la Archicofradía por los pecadores: en los ejercicios del domingo todos los cofrades rogaron por él. Concluida la función del domingo fué el párroco á visitar el enfermo, y ya le permiten entrar donde está aquel, pero con la condición de que no había de hablarle de confesion. Entra en el aposento (junto á la cama del enfermo estaban dos íntimos amigos de este), le pregunta por su salud, y le responde el enfermo que se hallaba muy aliviado y que no tardaría en levantarse; y en presencia de los dichos sus amigos y otras tres personas de su familia, le alargó la mano, diciéndole: «Señor cura, V. es mi mayor amigo; conozco que V. no desea mas que mi salvacion: las frecuentes visitas que V. se ha dignado hacerme son de ello una prueba inequivoca.» Y luego volviéndose á aquellos sus dos amigos, dijo: «¡Ah, qué excelente párroco el nuestro!» y en seguida dijo al párroco: «Ea, señor cura, yo quiero confesarme, y no con otro que con V.: advierto á V. que yo he sido un gran pecador, pero estoy convertido; las obras darán testimonio de ello. Ningun inconveniente tendria en hacer ahora mismo mi confesion; pero como á alguien pudiera quizás sospechar que este acto fuese efecto de flaqueza en vista de la muerte, y de mera condescendencia con V., lo suspendo por ahora, é iré á hacerlo á la iglesia para dar testimonio público de que estoy convertido y de que no me avergüenzo de mi Religion.»

En efecto, como lo prometió lo cumplió: se puso luego bueno, y pocos dias despues se presentó en

la parroquia, en donde recibió con fervor los santos Sacramentos, publicando por doquiera cuán satisfecho y gozoso había quedado, y diciendo que continuaria en estas santas prácticas de Religion. Arreglado lo concerniente á su conciencia, hizo otro tanto con lo que atañia á su casa, despachando cuanto antes á cuantos sirvientes no se determinaron á vivir cristianamente; y de comun acuerdo con su esposa, colocó, en señal de gratitud y amor, una imagen de Nuestra Señora en su aposento, á cuya presencia reunia toda la familia para rezar el santo Rosario y hacer oracion.

## EJEMPLO QUINTO.

*Repentina curacion de una jóven.*

Una carta del señor cura de Vouillers, obispado de Châlons, copiada en el tomo 1.º de los Anales, página 342, refiere un suceso que en sustancia es como sigue: «Una jóven de mi parroquia despues de consumido y viciado su temperamento por una enfermedad de diez y siete meses, se vió atacada de un tan terrible cáncer, que los médicos creyeron que para ella no había remedio. Como empeorase cada dia y se viese que eran inútiles todos los recursos que humanamente ofrece el arte, se resolvieron los suyos á acudir á Dios por medio de Maria. Esta jóven estaba inscrita en la Archicofradía, y los demás asociados comenzaron al momento una novena al santísimo Corazon de Maria por su salud. Ya habían transcurrido siete dias y la enferma no solo no halla-

ba alivio, antes bien empeoró hasta el punto de habérsela de administrar los santos Sacramentos, contando que iba á morir, y por espacio de diez minutos quedó sin movimiento y sentidos. Pasado este intervalo, advirtieron que se sonreía; y preguntándola qué sentía ó veía, respondió: á María... á mi buena Madre que ha venido á consolarme y curarme. ¡Oh, qué hermosa es María! ¡qué brillante su corona!... y derramando dulces lágrimas, dijo: «Estoy perfectamente sana: «ningun dolor siento: voy á trabajar con mis compañeras,» y... levantándose al punto se puso á trabajar, sin que sintiera jamás otro dolor alguno; y dice el párroco: me contentaré con decir lo que dijo el ciego de nacimiento curado por Jesucristo: «Yo sé que esta jóven estaba enferma y «que ahora está sana, y que su curacion se ha verificado repentinamente.»

«Pero lo que mas admiro son las gracias extraordinarias que se han concedido á esta afortunada jóven: con una humildad la mas profunda se reputa la mas vil y despreciable, desconfiando enteramente de sí misma, fija toda su confianza en el Señor: con un fervor angélico recibe con frecuencia el pan sacramental, y su gratitud y devocion al sagrado Corazon de Maria es inimitable.» Hasta aquí el párroco.

¡Ah, José! seria nunca acabar, si yo quisiese referir á V., aunque brevemente, los casos ó ejemplos de conversiones, curaciones y otras gracias así espirituales como temporales concedidas por la santísima Virgen por medio de la Asociacion de la Archicofradia de su sagrado Corazon. Solo diré para satisfaccion de V. que en el año 1842, el se-

ñor cura de Nuestra Señora de las Victorias hizo una pública y solemne declaracion, manifestando que de tres años atrás hasta entonces, constantemente se recibian cada semana quince ó veinte cartas, cuyo contenido reducido á una cláusula general, se expresaba con estos términos: «Dad «de nuestra parte las mas expresivas gracias al «Corazon santísimo de Maria. Luego que dieron «principio á las súplicas y oraciones de la Archicofradia á favor del pecador que os recomendamos con tal fecha, dió señales de una mudanza «saludable. Despues de algunos dias de incertidumbre y de combates, entró finalmente en el «camino de la salvacion, tal dia tuvo la feliz suerte «de comulgar, y desde entonces es dichoso.»

Posteriormente el mismo párroco escribió á los directores de las cofradias agregadas, solicitando una relacion de los efectos que producía en sus respectivas parroquias esta institucion celestial. Seiscientas cartas recibió en muy pocos dias, cuyo contenido general podria expresarse con estos términos: «Desde que se instaló la Cofradia en mi «parroquia, la fe se reanima, la piedad se inflama, el templo se ve mas frecuentado en todos «los actos de Religion y ejercicios de piedad, singularmente á los que se aplican por los pecadores; los Sacramentos, los santos Sacramentos tan «abandonados hasta aquí, ahora son frecuentados. Milagros de conversiones semejantes á los «obtenidos en el santuario de las Victorias, se «han obrado entre mis feligreses; hombres que «en veinte, cuarenta y mas años no se habian confesado, ahora se les ve postrados ante el tribunal de la Penitencia; apenas me son suficientes



«el día y la noche para oír confesiones. Por fin se  
 «ha triunfado de la obstinacion: los jóvenes con-  
 «federados, apenas se ha dado fin á la novena  
 «del Corazon dulcísimo de María, han humillado  
 «su orgullosa cerviz, comprimiéndose al rededor  
 «de los confesonarios, y todas las noches se reu-  
 «nen en la iglesia y dirigen humildes súplicas á  
 «María Madre de Dios delante de su imágen. La  
 «sucesion de conversiones no se interrumpe jamás  
 «acá en donde Dios lo hace todo y nada el hom-  
 «bre. No pronunciamos palabra, no damos el me-  
 «nor aviso, ni se hace la menor advertencia que  
 «no produzca admirables resultados, los que siem-  
 «pre van distinguidos con el sello de la compasion  
 «cariñosa de María; á la cual nosotros con tanto  
 «consuelo y confianza invocamos: REFUGIO DE LOS  
 «PECADORES, AUXILIADORA DE LOS CRISTIANOS.»

Ahí tiene V., José, los muchos y admirables efectos que está produciendo por todo el mundo la Archicofradía del Corazon dulcísimo de María; todos tenemos interés en ser individuos de ella, y en hacer que se propague por todas partes, á fin de que en todas se ore y se consiga la conversion de los pecadores; pues que á pesar de que muchos de ellos están obstinados en sus iniquidades, no por eso dejan de ser nuestros hermanos y redimidos con la sangre de Jesucristo. ¿No es cierto que si nuestros prójimos, aunque sean pecadores, se hallan en peligro de perder la vida del cuerpo, y nosotros podemos socorrerlos, á ello estamos obligados en conciencia? ¿Con cuánta mayor razon, pues, debemos socorrerlos por medio de las oraciones de la Archicofradía, viendo que están en peligro espiritual de morir en pe-

cado mortal, y por consiguiente de condenarse en el infierno por toda una eternidad? Y este medio ¿no es fácil á todos? Socorrámoslos, pues, espiritualmente, alcancémosles la conversion, porque... ¡ay! además de que ellos agradecidos á tan inapreciable favor, nunca cesarán de darnos mil acciones de gracias, se cumplirá en nosotros aquello del apóstol Santiago: «El que hiciere á «un pecador convertirse del error de su camino, «salvará su alma de la muerte, y cubrirá la mu-  
 «chedumbre de sus pecados.»

J. Imposible me es manifestar á V., D. Antonio, el gozo de que se siente poseida mi alma; en vista de la sucinta relacion de la multitud de pecadores convertidos, enfermos curados y de tantas gracias alcanzadas por medio de la Archicofradía del Sagrado Corazon de María. ¿Y no habrá algun medio para poseer nosotros tan grande tesoro, esto es, para erigirla en nuestra parroquia?

D. A. Tan fácil es erigirla, como hacérselo ver en el siguiente

§ IV. — *Modo de erigir la Archicofradía en cualquier parroquia.*

D. A. Para erigir ó plantear la Archicofradía, no hay que hacer mas que el señor Cura párroco, Regente ó Ecónomo forme los Estatutos ó plan de devocion, que bien le parezca en el Señor, los presente al Ordinario para su aprobacion, y aprobados que sean, remitirlos junto con la aprobacion y algunos nombres de los congregantes ya inscritos al señor Cura de Nuestra Señora de las

Victorias de París, director general, el cual agregará la nueva Cofradía á la Archicofradía y mandará al Párroco suplicante el breve de Gregorio XVI, que deberá estar expuesto públicamente al lado del altar de la Cofradía, en testimonio de autenticidad. Hecho esto, ya no habrá necesidad de remitir mas nombres de congregantes á París, sino que en la parroquia habrá un libro, y en él se inscribirán los que se vayan agregando.

El mismo Párroco por sí, ó por medio del Ordinario, que podrá hacer venir de París el breve para cada parroquia pretendiente, podrá escribir á París. Se podrá escribir en latin, poniendo el sobre en francés del modo siguiente:

*France.*

*Monsieur.*

*Monsieur le Curé de Notre Dame des Victoires*

*à Paris.*

*(Seine).*

Quizás habrá ya acá en España algun encargado, ó como si dijéramos delegado, y en este caso ya no habrá necesidad de acudir á París; esto lo sabrá el Ordinario.

La Cofradía del Corazon sagrado de María se puede erigir en cualquier parroquia, sin necesidad de trastornar cosa alguna, pues que puede fundarse en la capilla ó altar del Rosario, del Cár-

men, de los Dolores ó de otros cualesquier títulos de Nuestra Señora, y adoptar al efecto las mismas prácticas que en él ó en ellos se hubieren hecho hasta á la sazón; añadiendo únicamente alguna cosa particular conforme al objeto de la Archicofradía, que es tributar un culto de homenaje y veneracion al dulcísimo é inmaculado Corazon de María, y dar con él y por él á la santísima Trinidad y al Corazon de Jesús el culto supremo de adoracion, obediencia y fidelidad que se les debe, y aspirar por este medio á obtener la conversion de todos los pecadores del mundo. Podrá, pues, decirse, por ejemplo: *Cofradía fundada en el altar del Rosario de la parroquia de N., en honor del sagrado Corazon de María para alcanzar la conversion de los pecadores.*

En cuanto á los Estatutos ó plan de devocion, que quiera ponerse, queda á la direccion y discrecion del párroco; mas para que tenga un modelo para guiarse con mas acierto, voy á copiar lo que se acostumbra practicar en las demás parroquias.

1.º Todos los sábados se acostumbra decir una misa en honor del inmaculado Corazon de María, en el altar en que está erigida la Cofradía, para la conversion de los pecadores, á excepcion del primer sábado del mes que se acostumbra aplicar por los cofrades finados: para estas misas se puede recibir honorario.

2.º En los dias festivos ordinariamente se hace alguna funcion pública para la conversion de los pecadores, por ejemplo, misa, comunión, víperas, la letanía de la Virgen, la corona de alegrías, de los dolores, el *Sub tuum præsidiū*, el *Memorare*, etc. Pero en las parroquias en que

ninguna de las cosas susodichas está en práctica, podría al efecto rezarse el Rosario con la letanía, repitiendo hasta tercera vez el *Refugium peccatorum; ora pro nobis* (que significa, *Refugio de los pecadores, rogad por nosotros*).

Al concluir la letanía podrá decirse: ¡ *Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotras que acudimos á Vos!* con una *Ave María*.

¡ *Oh santa Madre de Dios!* confiados y presurosos venimos á ponernos bajo vuestra protección: no desprecieis nuestras humildes súplicas en las necesidades en que nos hallamos, mas bien libradnos de todo peligro, Virgen gloriosa y misericordiosa.

Acordaos, ¡ *oh piadosísima Virgen!* que jamás ha sucedido que ninguno de los que acuden á vuestra poderosa intercesion, de los que han implorado vuestro socorro y han confiado en vuestra bondad y benevolencia, se haya visto desamparado. Animado yo, pues, de esta confianza, acudo á Vos, ó Reina de las Vírgenes, y aunque pecador, me atrevo á presentarme delante de Vos, gimiendo siempre que me acuerdo de mis miserias. No desprecieis, ó Madre de Dios, mis humildes súplicas, sedme propicia y despachad favorablemente mi petición. Amen.

Madre, hé aquí á vuestro hijo.

Madre, hé aquí á vuestro hijo.

Madre, hé aquí á vuestro hijo.

En Vos, Madre mia dulcísima, he puesto mi confianza, y jamás quedaré confundido. Jesu mio, así sea, así lo espero.

Sería utilísimo que todos los domingos el párroco, ó director ú otro celoso sacerdote hiciese

alguna plática análoga al asunto, ó que cuando menos se leyese algun caso ó ejemplo de conversion de algun pecador de los muchos que traen los Anales de la Archicofradía, ó las vidas de los Santos y Santas que de pecadores se convirtieron, por ejemplo, san Pablo, el 25 de enero; san Andrés Corsino, dia 4 de febrero; santa Margarita de Cortona, dia 23 de febrero; santa Eudoxia, dia 1 de mayo; san Juan de Dios, dia 8 de marzo; santa María Egipcíaca, dia 9 de abril; san Pedro Gonzalez, dia 14 de abril, san Pedro Armengol, dia 27 de abril; san Agustin, dia 5 de mayo, ó 28 de agosto; santa María Magdalena, dia 22 de julio; santa Pelagia, dia 30 de octubre; las que se hallarán en Croisset, ó en Ribadenevra y en la Leyenda de oro.

Tal vez la lectura de algun ejemplo ó vida de Santo ó Santa convertidos, ó de otros que han cumplido exactamente los deberes del estado ó estados en que se hallan los oyentes, producirá mayores efectos que todos los sermones.

J. El júbilo de mi corazon es inexplicable, D. Antonio, al oír la explicacion y al ver lo fácil que es poseer el inapreciable tesoro de la Archicofradía; pareceme por lo mismo que no habrá parroquia en España que no erija la Cofradía del sagrado Corazon de María. Solo, pues, resta que V. tenga la bondad de decirme quiénes pueden entrar en la Cofradía, qué ha de hacerse para ser cofrade, y qué obligaciones contrae el congregante.

D. A. Este será el objeto del siguiente

§ V.—¿Quiénes pueden entrar en la Cofradía, y qué obligaciones impone á los cofrades?

D. A. Á nadie se excluye; hombres y mujeres, chicos y grandes, eclesiásticos y seglares, todos, todos pueden entrar en la Cofradía, y ¡ojalá entrasen todos! Al efecto basta hacer inscribir su nombre y apellido en el libro de la Cofradía, y para el mejor arreglo y satisfaccion tomar la cédula ó título de ella, firmada por el director, y recoger una medalla, llamada vulgarmente la *milagrosa*, y traerla encima, ó puesta. (A los que se intenta convertir, confiando por supuesto en la gracia del Señor, se les suele dar una de estas medallas, encargándoles que todos los dias con motivo de ella hagan alguna súplica á Nuestra Señora, una *Ave María*, por ejemplo; ó la que contiene el lema de la medalla, esto es, aquel: *¡Oh María, concebida sin pecado original, rogad por nos que acudimos á Vos!* que está en su rededor; y si el tal fuese un impío que no la quisiese, sin que él lo entienda metérsela entre la ropa que trae puesta, ó coserla en la que se ha de vestir, etc.). Es muy útil y á todos se debe aconsejar, que al tiempo de inscribirse en la Cofradía, como que es un acto de consagracion al especial servicio de María, y con que se alista bajo sus banderas para declarar guerra eterna al pecado, procurando la conversion de todo pecador, procuren estar en gracia de Dios ó por medio de la confesion ó de una verdadera contricion; y desde entonces no solo procurar apartarse de todo pecado, sino tambien practicar las virtudes llevando una vida ejem-

plarmente cristiana; pues que es una verdad palpable que mal podrá tener caridad para con su prójimo, quien no la tenga para consigo mismo; y justamente esta Cofradía es todo caridad. Además, se le exhorta á que reciba con frecuencia los santos sacramentos de la Penitencia y Comunión, ya para conservarse él mismo en gracia y progresar en la virtud, ya para así ser mas fácilmente atendido al orar por los pobres pecadores; y finalmente á que sea devoto de un modo especial de la santísima Virgen María, imitando sus virtudes y propagando su devocion.

Pero no es esto lo único que se espera de la caridad de los asociados ó cofrades; además de rogar á Dios y á su bendita Madre por la conversion de los pobres pecadores, se espera que los corregirán, si esperan de ello fruto, y concurriendo las demás circunstancias de lugar y tiempo, pues que esto es un deber que á todos impone el mismo Jesucristo y la misma caridad; porque así como no diríamos que era caritativo en cuanto á las obras corporales, el que viendo á un hambriento no le diese de comer, pudiendo, ó á un ciego y no lo apartase del precipicio; así tampoco será verdaderamente caritativo espiritual el socio que viendo al pobre pecador que se precipita al barranco de sus maldades, además de rogar por él, no le alargase la mano de la correccion, si esperase por este medio evitarle tamaño mal; pues que esto justamente es lo que hacen los individuos de la Sociedad de María contra la blasfemia, que si esperan fruto, avisan al blasfemo, y sino, invocan á María, diciendo: *Ave María purísima*, con lo que contrarestan el inhonorati-

vo acto del blasfemo; y como el fin es el mismo, ningun inconveniente hay que aquella Sociedad quede refundida en esta, haciendo tambien esto lo que aquella. Pero vengamos ya á las

OBLIGACIONES.

NOTA. Advertimos para la tranquilidad de la conciencia, que las obligaciones de que vamos á hablar, ningun deber imponen; y asi el que no las cump-la, no pecará; bien que por ser pocas y fáciles se espera que todos las cumplirán.

1.ª Llevar puesta sobre sí la medalla mila-grosa.

2.ª Rezar todos los dias una Ave Maria, y al fin esta jaculatoria: ¡Oh Maria concebida sin pe-cado, rogad por nos que acudimos á Vos!

3.ª Asistir en cuanto se pueda á los ejercicios ó funciones de la Archicofradía. Tambien se de-sea que por caridad recen todos los dias un Pa-dre nuestro y Ave Maria por la conversion de los blasfemos y deslenguados, añadiendo al fin estos versos:

Al blasfemo y deslenguado  
Perdonadle, Jesús mio,  
Y que vuestro santo nombre  
Sea de todos bendito.

De esta suerte la Sociedad de la santísima Vir-gen Maria contra la blasfemia, que tan buenos efectos ha producido, quedaria unida con esta de la Archicofradía para la conversion de los pecado-res; pues que asi como la Archicofradía ha admi-

tido la Medalla milagrosa, no hay inconveniente en que admita tambien la Sociedad de Maria con-tra la blasfemia, sin que por esto se siga perjui-cio alguno ó detrimento, antes bien mucha utili-dad. Asi como un rio, el Llobregat, por ejem- plo, ó el Ebro, no pierde el nombre que toma desde su origen hasta que desagua en el mar, por muchos riachuelos que en su curso se le juntan, ni de ello se le sigue perjuicio ó detrimento algu-no, antes bien de la reunion de tantos rios se le sigue un considerable aumento; del mismo mo-do la Archicofradía, con la reunion de la Meda-lla y de la Sociedad de Maria contra la blasfemia, recibe un aumento considerable de gracias par-ticulares, que la elevan á un como gran rio.

§ VI. — Indulgencias.

J. ¿Son muchas las indulgencias que tiene concedidas esta Archicofradía?

D. A. Muchísimas; las que voy á referir á V. con brevedad: pero antes debo advertir, que pa- ra ganarlas es preciso confesar y comulgar antes; excepto los que acostumbran recibir estos Sacra- mentos semanalmente, que la recepcion semanal les basta para todas las que ocurren en aquella semana, como si los hubieran recibido aquel mis- mo dia; esto supuesto:

- 1.º Indulgencia plenaria en el dia de la ins- cripcion en la Cofradía.
- 2.º Indulgencia plenaria para la hora de la muerte.
- 3.º Indulgencia plenaria en las fiestas de Nues- tro Señor Jesucristo y de la santísima Virgen, en

el día de la conversión de san Pablo, en el día de santa Magdalena, y en el día de la fiesta de la Archicofradía, que es el domingo antes de la Septuagésima, ó tres domingos antes de Carnaval, y el domingo primero de junio, que es el de la fiesta del Corazon de María.

4.º Indulgencia plenaria dos veces al mes en los días que cada uno quiera, visitando alguna iglesia y rogando por la intencion del Papa.

5.º Indulgencia plenaria cada vez que los asociados asistan á las funciones de la Archicofradía.

6.º Indulgencia plenaria para los que hayan sido exactos en rezar cada día el *Ave Maria*, de que hablamos en la segunda de las obligaciones del § V; la cual indulgencia se gana el día aniversario de su bautismo, renovando las promesas que entonces se hicieron á Dios.

7.º Quinientos días de perdón por cada vez que se oirá la misa que en los sábados se celebra en el altar de la Cofradía para la conversión de los pecadores.

8.º En fin, Gregorio XVI concedió á la Archicofradía del Corazon de María todas las gracias concedidas hasta ahora y las que en lo sucesivo se concedan á las Archicofradías.

*Indulgencias á los que llevan consigo la medalla milagrosa.*

1.º Indulgencia plenaria en las principales festividades del año.

2.º Indulgencia plenaria en las festividades de los santos Apóstoles, en los días de san Juan Bautista, de san José y en el de Todos Santos.

3.º Indulgencia plenaria en la hora de la muerte invocando el dulce nombre de Jesús con el corazón, si no se puede con la boca.

*Indulgencias de la Sociedad de María contra la blasfemia.*

El papa Gregorio XVI concedió á los individuos de esta Sociedad 100 días de indulgencia por cada *Padre nuestro*, *Ave Maria*, oracion ú otra obra pia que hagan: 300 cada domingo rezando cinco veces el *Padre nuestro*, *Ave Maria* y *Gloria Patri*: una indulgencia plenaria cada mes confesando y comulgando en el día de él que mejor les parezca: é indulgencia plenaria en la hora de la muerte.

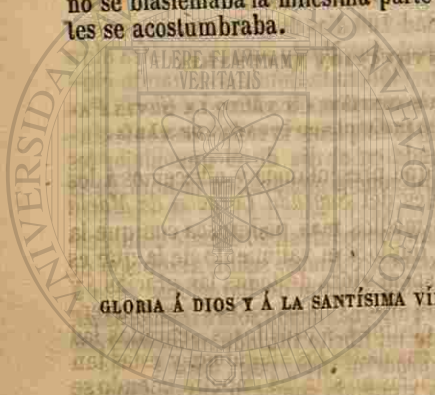
Además están concedidos 120 días de indulgencia por los Excmos. é Ilmos. señor Arzobispo de Tarragona y señor Obispo de Barcelona.

El que quiera alguna nocion sobre *indulgencias*, que lea al fin de mi librito titulado: *Camino recto y seguro para llegar al cielo*, pág. 386.

J. ¿Cómo y cuándo comenzó acá en Cataluña esta Sociedad de María contra la blasfemia?

D. A. Voy á responder con pocas palabras. Era el día 5 de abril de 1845, y yo me hallaba dando los ejercicios al venerable clero de Mataró; y hé aquí que despues de haber exhortado á aquellos buenos sacerdotes á celar la gloria de Dios, y el bien de nuestros prójimos, en mi meditacion andaba discuriendo qué es lo que se podria hacer para cortar la cabeza á este mónstruo infernal de la blasfemia, pecado tan injurioso á Dios, y que tanto dominaba á la sazón en España, espe-

cialmente en Cataluña, y entonces fue cuando se me vino al pensamiento el formar esta Sociedad. Al concluir mi meditacion, escribí la cédula, se tiró una impresion de muchos miles de ejemplares y se esparció por todo el Principado, produciendo tan buenos efectos bajo los auspicios de María, que al poco tiempo en muchos lugares ya no se blasfemaba la milésima parte de lo que antes se acostumbraba.



GLORIA Á DIOS Y Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

**NOVENA**

**AL SANTÍSIMO É INMACULADO**

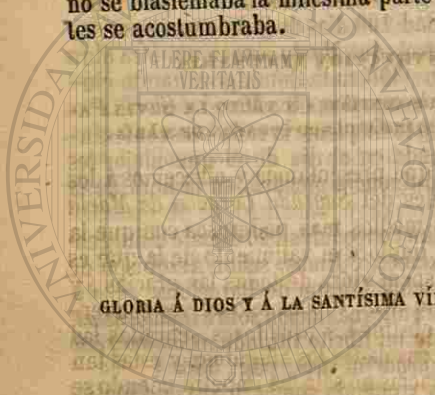
**CORAZON DE MARÍA.**

**INSTRUCCION NECESARIA**

**PARA HACER CON CONFIANZA Y FRUTO LA NOVENA AL SANTÍSIMO É INMACULADO CORAZON DE MARÍA.**

La novena que presentamos y ofrecemos á los devotos cofrades del *Sagrado Corazon de Maria* es uno de los medios mas poderosos con que la Archicofradía implora el valimiento de la que es la madre y dispensadora de todas las gracias, y por cuyo medio tiene el consuelo de ver convertidos los mas obstinados pecadores, curadas las dolencias, y consolados los afligidos; y estas tan apreciables gracias no solo las impetra cuando se hace en público la novena, sino tambien cuando algun particular pretende por medio de ella salir de algun ahogo, y alcanzar alguna gracia... ¡Mortales!... cuantos os hallais sumergidos en un mar de penas espirituales y corporales; cuantos os hallais privados de la vida de la gracia, y con un pié en una eternidad de tormentos, próximos á despenaros en el abismo y... venid todos, haced experiencia y veréis que en el *Corazon de Maria* ni falta poder ni voluntad para socorrer todas vuestras necesidades, como afirma el gran devo-

cialmente en Cataluña, y entonces fue cuando se me vino al pensamiento el formar esta Sociedad. Al concluir mi meditacion, escribí la cédula, se tiró una impresion de muchos miles de ejemplares y se esparció por todo el Principado, produciendo tan buenos efectos bajo los auspicios de María, que al poco tiempo en muchos lugares ya no se blasfemaba la milésima parte de lo que antes se acostumbraba.



GLORIA Á DIOS Y Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

**NOVENA**

**AL SANTÍSIMO É INMACULADO**

**CORAZON DE MARÍA.**

**INSTRUCCION NECESARIA**

**PARA HACER CON CONFIANZA Y FRUTO LA NOVENA AL SANTÍSIMO É INMACULADO CORAZON DE MARÍA.**

La novena que presentamos y ofrecemos á los devotos cofrades del *Sagrado Corazon de Maria* es uno de los medios mas poderosos con que la Archicofradía implora el valimiento de la que es la madre y dispensadora de todas las gracias, y por cuyo medio tiene el consuelo de ver convertidos los mas obstinados pecadores, curadas las dolencias, y consolados los afligidos; y estas tan apreciables gracias no solo las impetra cuando se hace en público la novena, sino tambien cuando algun particular pretende por medio de ella salir de algun ahogo, y alcanzar alguna gracia... ¡Mortales!... cuantos os hallais sumergidos en un mar de penas espirituales y corporales; cuantos os hallais privados de la vida de la gracia, y con un pié en una eternidad de tormentos, próximos á despeñaros en el abismo y... venid todos, haced experiencia y veréis que en el *Corazon de Maria* ni falta poder ni voluntad para socorrer todas vuestras necesidades, como afirma el gran devo-



to san Bernardo, y aseguran todos los demás santos Padres.

La venerable sor María de Ágreda en la primera parte, lib. 1, cap. 18, dice: Que por decreto de la beatísima Trinidad á mas de ser constituida esta Virgen soberana en el primer instante de su Concepcion inmaculada Reina y Señora de todo lo criado, fue tambien elegida para nuestra ciudad de refugio contra las persecuciones del dragon infernal, con autoridad de franquear á su arbitrio las misericordias del Altísimo, de enriquecer con ellas á los pobres, de remediar á los pecadores, engrandecer á los justos, y ser amparo universal de todos.

¿Habrá por consiguiente quien no confie en un Corazon tan rico, tan generoso y compasivo cual el de María? Confiemos todos con efecto, y esta confianza sea la primera circunstancia para hacer debidamente esta novena: sea la segunda presentarle algunos obsequios, para cuyo efecto señalaré tres cada dia, á fin de que entre ellos escojan los devotos segun su devocion y necesidad, y no hayan de presentarse delante de esta Señora con las manos vacías: si así lo hacen no recelo en asegurar que serán socorridos en todas sus necesidades: ya porque es muy agradecido, compasivo y generoso el Corazon de María, ya porque ni sabe ni puede resistirse á los obsequios que se la ofrecen.

**MODO PRÁCTICO**  
**DE HACER LA NOVENA.**

*Reunidos los fieles, si se hace en publico, ó cada uno en particular, arrodillados delante de una imágen del Sagrado Corazon de Maria, y hecha la señal de la cruz dirán todos los dias el siguiente*

**ACTO DE CONTRICION.**

Señor mio Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador y Redentor mio amorosísimo, que por amor de todos los hombres bajásteis del seno de vuestro eterno Padre para haceros hombre y redimirlos, escogiendo por Madre á la purísima, inmaculada y siempre Virgen Maria, disponiendo su Corazon con todo género de perfecciones, á fin de que de la sangre preciosa de tan santísimo Corazon se formase esa humanidad santísima en que padecísteis la mas afrentosa de las muertes, para librarnos de la servidumbre del demonio y del pecado: os amo, Dios mio, con todo mi corazon, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, sobre todas las cosas, por esta bondad que para con nosotros habeis mostrado; y me pesa una y mil veces de haberos ofendido por ser Vos quien sois bondad infinita, y tambien me pesa porque me podeis castigar en el infierno. Espero que por los méritos de vuestra preciosísima sangre y por el Corazon sacratísimo de vuestra

divina Madre me concederéis el perdon de todos mis pecados, que os pido con toda humildad, y la gracia eficaz para amaros y seros fiel hasta morir. Amen.

ORACION PARA EL PRIMER DIA.

¡Oh eterno Dios y Señor de todas las cosas! que si al criar de la nada el mundo hicisteis ostentacion de vuestra inmensa bondad, poder y sabiduría; en la creacion de María, la mas cabal y perfecta de vuestras obras despues de la humanidad de Jesucristo, hicisteis que brillasen de un modo el mas estupendo y admirable vuestras soberanas perfecciones, enriqueciéndola de todas las gracias y excelencias desde el primer instante de su concepcion purísima: os suplico humildemente por aquel Corazon santísimo, depósito de tantas gracias, nos concedais la pureza de los nuestros, para que limpios de toda culpa y perseverando en vuestra gracia hasta la muerte, merezcamos veros y gozaros en la gloria. Amen.

JACULATORIA

*que se repetirá hasta tres veces.*

¡Oh purísimo y santísimo Corazon de María criado y adornado por la Trinidad santísima! haced que nuestros corazones estén siempre limpios y adornados de gracias.

OBSEQUIOS.

1.º *Invocará la santísima Virgen en las tentaciones con alguna Ave María ó jaculatoria, y aun*

fuera de las tentaciones, como lo aconsejaba san Felipe Neri. Al dar el reloj decir una *Ave María*, y en seguida: *Os amo, Jesús y María de mi corazon.*

2.º *Visitar cada dia con devocion alguna iglesia dedicada á la santísima Virgen.* Tomás Sanchez, ilustre en santidad y sabiduría, siempre que salia de casa, iba á visitar alguna iglesia de María. Esta diligencia era la primera que evacuaba san Enrique al entrar en alguna ciudad; y la beata María Oñarense no la omitia por mucha que fuese la intemperie, mereciendo verse acompañada de Angeles no pocas veces en premio de esta devocion. Si no puede salirse de casa, visitar la iglesia con el espíritu, como lo hacia la beata Vilana en Florencia.

2.º *Enseñar á los niños á invocar y alabar á la santísima Virgen, á imitacion de san Felipe Neri.* Esta fue la suerte que cupo á los santos Francisco de Borja y Luis Gonzaga: las primeras palabras que les enseñaron fueron los nombres de Jesús y de María, de donde provino que fueron tan devotos de ellos y tan grandes Santos. Siendo aun niño san Luis, subiendo las escaleras, invocaba á María en cada uno de los escalones.

*Aquí se rezará nueve veces el Ave María para alabar á esta gran Señora de cielos y tierra en union de los nueve coros de Angeles, y se concluirá con esta*

ORACION PARA TODOS LOS DIAS.

¡Oh santísimo é inmaculado Corazon de María, fuente de la humanidad de Jesús, adornado de todas las gracias, prerogativas y excelencias

para ser habitacion del mismo Dios! ¡Oh Corazon riquísimo y trono del Altísimo, desde donde se dispensan todas las gracias al género humano! ¡Oh Corazon preciosísimo, sagrario de la Divinidad y centro del verdadero amor á Dios y á los hombres! ¡Oh Corazon dulcísimo, víctima del dolor por las penas de Jesús y por los pecados de los hombres! Aquí me presento, ¡oh Corazon suavísimo! con toda confianza me acerco á ese trono de gracia y misericordia. ¡Oh Corazon generoso y compasivo de María, Madre de Jesús y también mía! Sí: aquí me presento, esperando que me concederéis las gracias que Vos sabeis necesito para servir á Dios y á Vos con toda fidelidad y amor: el perdon de mis pecados, la perseverancia final; hé aquí lo que os pido. Pero lo que de un modo particular os suplico ahora es la conversion de los pobres pecadores: compadeceos de su triste situacion: ¡oh Corazon compasivo de María! ¡ay de ellos! ¡qué fatalidad haber de ir á una eterna condenacion despues de haber padecido tanto en esta vida por ir en pos de sus devaneos, si no mudan de vida! ¿Y no los mudaréis? ¿los abandonaréis? ¿olvidaréis que Jesús vino por ellos, por ellos tomó carne de Vos, y á Vos os exaltó por ellos? Iluminadlos, Señora, con la luz que es vuestro Hijo: concededles la gracia de una verdadera contricion de sus pecados, y encended en sus pechos una hoguera de verdadera caridad, y cuanto mayor sea su iniquidad, cuanto sean mas grandes pecadores, convertidlos mas pronto; ahora, ahora mismo, ni un momento tardeis, Señora, en derramar sobre ellos el raudal de gracias que encierra vuestro Corazon pu-

rísimo y compasivo. Para los justos os pido la perseverancia en el servicio de Dios, para las almas del purgatorio el descanso, para la Iglesia y nuestro reino el socorro en sus urgentes necesidades, para los enfermos la salud, para los tristes y desconsolados el consuelo, y para aquellos á quienes tengo algun deber de justicia, caridad ó piedad, todas las gracias que Vos sabeis serles mas útiles y necesarias. Estas y demás gracias que Vos sabeis serme necesarias las espero de vuestro maternal cariño con tal confianza, que las reputo ya concedidas, porque Vos no olvidaréis jamás que sois el refugio de los pecadores, la salud de los enfermos, la consoladora de los afligidos, el auxilio de los cristianos y madre de la divina gracia; no habréis olvidado que al ir á espirar Jesús en la cruz os hizo el encargo de que nos tomáeis ó adoptáeis por hijos; por lo mismo, pues, aunque indignos, hijos vuestros somos, y Vos nuestra Madre, y como á tal os invocáremos; y por ser yo el mas miserable de todos, me juzgo con derecho para desde este valle de lágrimas saludaros diciendo: *Madre mia, hé aquí á vuestro Hijo: Madre mia, hé aquí á vuestro Hijo: confio que mis gemidos conmooverán vuestro compasivo Corazon y me alargaréis un socorro. Amen.*

*Luego se cantarán los gozos.*

DIA SEGUNDO.

Hecha la señal de la cruz y el acto de contrición como en el primer día, pág. 373, se dirá la siguiente

ORACION.

¡Oh Dios excelso, inteligencia suprema! infundid en nuestros espíritus y en nuestros corazones una viva y verdadera fe, que inclinándonos á creer con sumision profunda todas las verdades que habeis revelado á la Iglesia, nos haga obrar conforme á vuestra voluntad santísima, para que seamos dignos imitadores de la santísima Virgen María, cuya fe admirable superó la de los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Confesores y la de todos los justos; y merezcamos ser protegidos por su Corazon inmaculado en todos los combates y aflicciones de esta vida, y gozarnos en compañía de ella en la eterna gloria. Amen.

JACULATORIA

que se repetirá hasta tres veces.

¡Oh Corazon purísimo y santísimo de María! alcanzadnos á todos una fe verdadera, grande y animada de buenas obras.

OBSEQUIOS.

1.º Procurar aumentar el número de los devotos de María, que es lo que la gusta y mandó á

santa Brígida, diciéndola: Procura que tus hijos lo sean tambien míos. La venerable Santonizza, maestra del monasterio de Santa Úrsula, en ninguna cosa se esmeraba tanto en infundir la devoción á María que enseñó como en infundir la devoción á María en el corazon de aquellas cándidas niñas.

2.º Mortificarse en honra de María en el mirar, en el hablar, escuchar; comer, beber ú otras cosas por este estilo. La beata Musa por amor de María se abstenia, siendo niña, de los pueriles entretenimientos y diversiones mundanas, de bailes y otras diversiones, y en premio de su devoción la santísima Virgen la convidó con el cielo. San Nicolás de Tolentino siendo niño se abstenia tres dias cada semana de tomar el pecho, y en recompensa la santísima Virgen le asistió en la hora de la muerte y lo llevó al cielo.

3.º No mirar láminas deshonestas, ni leer libros inmorales, impíos, ni novelas: procurar leer los buenos, los que aconseje el director, especialmente que sean de los que hablan de las grandezas y devoción á María. Así lo practicaba el beato Berchmans, y este fue el motivo por que fue tan devoto de María. Son muy grandes las utilidades que traen los buenos libros, así como son grandísimos los perjuicios que causan los malos; por lo tanto private por amor de María de libros malos, y lee los buenos, especialmente de los que tratan de su devoción.

Aquí se rezará nueve veces el Ave María y se dirá la oración ¡Oh santísimo, etc., como en el primer día, pág. 375.

DIA TERCERO.

*Hecha la señal de la cruz y el acto de contrición como en el primer día, pág. 373, se dirá la siguiente*

ORACION.

¡Oh Dios de bondad y de misericordia infinita! os suplicamos por el purísimo Corazón de María, que nos concedáis alguna parte de aquella heroica esperanza, que tan plenamente resplandeció en esta santísima Virgen, la cual no solo supo permanecer imperturbable en medio de los mayores trabajos y tribulaciones, sino que también supo esperar contra la misma esperanza, confiada siempre en vuestras divinas promesas. Haced, Señor, que nuestra esperanza en todo cuanto nos prometisteis en el Evangelio sea tan firme y constante, que ni la prosperidad, ni la adversidad, ni las tentaciones, ni las persecuciones, ni las tribulaciones, ni trabajos, ni aun el infierno mismo con todos sus ministros pueda separarnos de vuestra ley santa, á fin de que amparados por la que es madre de la santa esperanza, nuestro refugio y consuelo, lleguemos á poseer en su compañía por toda la eternidad la gloria que nos está prometida. Amen.

JACULATORIA

*que se repetirá hasta tres veces.*

¡Oh Corazón purísimo y santísimo de María, centro de la santa esperanza! concédenos que es-

peremos en las promesas de Jesucristo, y practiquemos los medios para alcanzarlas.

OBSEQUIOS.

1.º *Oír misa en honor de María.* Pedro Cisterciense oía muchas misas en honor de María, y en premio de su devoción en la hora de la muerte fue rodeado de grandes resplandores entre los cortesanos del cielo. San Eugubino celebraba en honor de la santísima Virgen, y esta buena Señora asistía á su misa.

2.º *Rezar devotamente el Rosario ó la Corona de la santísima Virgen.* Santa Gertrudis un día, después de haber rezado el Rosario, vió á los pies de Jesucristo tantos granos de oro, cuantas eran las palabras que había pronunciado rezándolo: Jesucristo los tomó, y los puso en manos de la santísima Virgen, y esta en el seno de Gertrudis, diciéndola: *Con otros tantos beneficios te consolaré en la hora de la muerte.* Todo un pueblo vió el alma de un santo sacerdote que siempre rezaba y enseñaba á rezar la Corona á la santísima Virgen María, como subía al cielo al morir, con una multitud de Santos que lo acompañaban.

3.º *Rogar por las almas del purgatorio por complacer á la santísima Virgen María,* que, según declaró á santa Brígida, es su madre en aquellas penas: y es una de las cosas que mas la complacen.

*Aquí se rezará nueve veces el Ave María y se dirá la oración ¡Oh santísimo, etc., pág. 375.*

## DIA CUARTO.

Hecha la señal de la cruz y el acto de contrición como en el primer día, pág. 373, se dirá la siguiente

## ORACION.

¡Oh Dios amantísimo y Señor nuestro! Vos únicamente conocéis el abrasadísimo afecto con que os amó siempre el Corazon purísimo de nuestra divina Madre. Su amor excedió no solo al de todos los justos de la tierra, Santos y bienaventurados del cielo, sino también al de los espíritus angélicos y hasta al de los más abrasados Serafines. ¿Quién puede comprender lo excelso y heroico de esta virtud en María, que llegó á transformar su Corazon en el mismo objeto amado? Pero amándonos á Vos, Dios mio, no podia dejar de amar al hombre redimido con vuestra sangre, con el amor más puro y cariñoso. Este corazon piadoso, simbolizado en la zarza que Moisés vio arder sin consumirse, es el modelo que nos proponéis y la luz y guía que tomamos para introducirnos en el mar inmenso de vuestro divino amor. Ayudadnos, Señor, con vuestra gracia para que fieles á vuestros auxilios y asistidos del Corazon santísimo de María, os amemos con un amor verdadero é intensísimo en la tierra, para después amaros perfecta y eternamente en la celeste gloria. Amen.

## JACULATORIA

que se repetirá hasta tres veces.

¡Oh Corazon purísimo y santísimo de María, centro del amor hermoso! haced que con todo afecto amemos á Dios y á Vos, y al prójimo conforme Vos y Dios quereis.

## OBSEQUIOS.

1.º Elegir en algun día solemne á la santísima Virgen por madre, renovando á menudo el propósito de amarla y obedecerla como á madre, á imitación del B. Juan Berchmans; y pedirla su bendición mañana y noche, á imitación de san Estanislao.

2.º Honrar el sábado como un día consagrado á la santísima Virgen, haciendo en él alguna cosa especial para complacerla, á imitación de san Luis rey de Francia que todos los sábados lavaba los pies á los pobres y les servía á la mesa. — Item. Prepararse para sus festividades. Santa Gertrudis oyó que Dios recibiría con grande afecto á los que se habían preparado para celebrar la fiesta de Nuestra Señora.

3.º No dar principio á cosa alguna de importancia sin invocar antes el auxilio de la santísima Virgen. Cuando santa Teresa fue elegida priora del convento de Ávila, puso las llaves al pié de una Imágen que había hecho colocar en el coro en el lugar de la priora. Y cuando santa Catalina de Sena había de hablar, se dirigía antes á Nuestra Señora para que la inspirase lo que había de decir. Aquí se rezará nueve veces el Ave María y se dirá la oracion ¡Oh santísimo, etc., pág. 375.

DIA QUINTO.

*Hecha la señal de la cruz y el acto de contricion como en el primer dia, pág. 373, se dirá la siguiente*

ORACION.

¡Oh altísimo Dios y Señor nuestro, que os humillásteis hasta tomar carne humana en el seno de la mas pura y santa de las criaturas, en las entrañas de la santísima Virgen María, dadnos á conocer cuál haya sido la humildad del Corazon de vuestra divina Madre, pues que así prendó vuestro espíritu en su atrajo para revestiros de carne humana en su seno castísimo. Porque visteis la humildad de vuestra sierva, la preferisteis á todas las criaturas del universo, y la hicisteis feliz sobre todas las generaciones. Haced, Dios mio, que la humildad de María, que siempre fué tomando incremento en medio de las mayores gracias y excelencias con que era enriquecida, sea el espejo en que nos miremos para confusion de nuestro orgullo, y el dechado que tengamos siempre á la vista para imitarlo. Haced, Señor, que seamos humildes de corazon, porque sin humildad no es posible agradaros; y ya que Vos quisisteis ser el dechado de esta virtud, por aquella complacencia con que Vos la contemplábais radicada en el Corazon inmaculado de María, concedednos el que os imitemos á entrambos acá en la tierra, para poder despues contemplar vuestra grandeza y excelencias allá en el cielo. Amen.

JACULATORIA

*que se repetirá hasta tres veces.*

¡Oh Corazon purísimo y santísimo de María, copia perfectísima del Corazon manso y humilde de Jesús! hacednos mansos y humildes de corazon.

OBSEQUIOS.

1.º *Ofrecer todas las cosas en honra de María y unir las con sus méritos y virtudes.* Fue vista el alma de un estudiante blanca como una hermosísima paloma en brazos de María, que se la llevaba al cielo en premio de la recta intencíon con que estudiaba. La santísima Virgen dijo á la virgen santa Eufrasia en la hora de la muerte: Mira el premio de tantas fatigas que tantas veces me has ofrecido.

2.º *Dar limosna en honor de María.* Cuando jovencita santa Isabel reina de Hungría guardaba el dinero que la daban para divertirse, y lo daba á los pobres encargándoles que rezasen una Ave Maria. San German hizo propósito de no negar cuanto le pidiesen en honor de María.

3.º *Pronunciar con frecuencia el dulcísimo nombre de María.* Habia en el Japon una mujer que la invocaba ciento cuarenta mil veces cada dia, y si se olvidaba de ello, se lo avisaba su Angel custodio. La misma Virgen María dijo á santa Brígida: *Al oír mi nombre se regocijan los Angeles y dan gracias á Dios de que por medio de mí se les haya mostrado gloriosa la humanidad de Jesucristo. Las almas del purgatorio al oír mi nombre que-*

dan consoladas, y se estremecen y llenan de espanto los demonios.

*Aquí se rezará nueve veces el Ave Maria y se dirá la oracion ¡Oh santísimo, etc., pág. 375.*

### DIA SEXTO.

*Hecha la señal de la cruz y el acto de contricion como en el primer dia, pág. 373, se dirá la siguiente*

#### ORACION.

¡Oh santísimo Dios y Señor! que entre las inefabiles gracias y virtudes con que enriquecisteis el purísimo Corazon de Maria, hicisteis que resplandeciese su profunda sumision y obediencia á vuestra divina voluntad, siendo obedientísima á sus padres mientras vivió con ellos, á sus superiores en el templo, á san José en su compañía, y siempre á lo que conocia ser de vuestro agrado; siendo del todo admirable su obediencia y sumision al aceptar la embajada que la trajo el arcángel san Gabriel, cuando pronunció aquellas palabras: *Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.* ¡Oh palabras de vida y vida eterna! pero ¡cuán terribles para la misma Virgen María! Entonces fue cuando esta agraciada doncella se sujetó á la voluntad divina para ser obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Si; Maria fue obediente hasta la muerte de cruz, abrazándose con todos los tormentos de su Hijo santísimo que tan de lleno participó su piadosísimo Corazon. Haced, Dios mio, que á imitacion de vuestra santísima Madre seamos obedientes hasta la

muerte haciendo en todo vuestra voluntad á pesar del mundo, demonio y carne, para que la hagamos perfecta y eternamente en su compañía en la gloria. Amen.

#### JACULATORIA

*que se repetirá hasta tres veces.*

¡Oh Corazon purísimo y santísimo de Maria, obedientísimo hasta la muerte! hacednos á todos obedientes hasta la muerte á los preceptos de la ley de Dios y de la Iglesia.

#### OBSEQUIOS.

1.º *Llevar sobre sí, ó tener en el aposento con mucha reverencia alguna imágen de Maria.* Luis Pio, emperador, siempre llevaba puesta alguna imágen, y cuando estaba en casa, mientras los demás se divertian, él se encomendaba á la Virgen santísima en aquella imágen. El tener en el aposento alguna imágen de Maria causa tanta rabia al demonio, que á un ermitaño á quien tentaba terriblemente de impureza, le dijo: Si quitases del aposento la imágen de Maria, dejaria de tentarte; á lo que no solo no accedió el ermitaño, antes bien la tuvo en mayor estima y veneracion viendo el gran miedo que le causaba al demonio.

2.º *Tener especial afecto á la virtud de la castidad por amor de Maria:* por ella la estimaron mucho san Eduardo, san Alejo, san Lázaro y otros muchos.

3.º *Acudir cada dia á la Virgen Maria para alcanzar una buena muerte.* Santa Matilde pedia á



la santísima Virgen que la asistiese en la hora de la muerte, y esta Señora la prometió que lo haría con tal que cada día la rezase tres *Ave Marias* del modo siguiente: la primera, para que así como el eterno Padre la había hecho tan poderosa, así emplease este poder contra los demonios y sus tentaciones: la segunda, para que así como el divino Hijo la había hecho participante de su sabiduría, así ella la iluminase en la fe y la preservase de todo error: la tercera, para que así como el Espíritu Santo la había infundido la plenitud del amor, así la Virgen diese á su esclava parte de este amor y la endulzase toda amargura.

*Aquí se rezará nueve veces el Ave María y se dirá la oración* ¡Oh santísimo, etc., pág. 375.

### DIA SÉPTIMO.

*Hecha la señal de la cruz y el acto de contrición como en el primer día, pág. 373, se dirá la siguiente*

#### ORACION.

¡Oh Dios admirable en todas vuestras obras! dadnos alguna parte en los inmensos sufrimientos del Corazon purísimo de María, para que podamos contemplar su invencible paciencia en los innumerables trabajos de su inocente y santa vida; paciencia en la pobreza, paciencia en las incomodidades y desprecios en su jornada á Belén; paciencia en el portal, en su huida á Egipto... paciencia inexplicable acompañando su Hijo divino en todas las tribulaciones, dolores y trabajos de su santísima vida, dolorosa pasión y afren-

tosa muerte. ¡Oh pacientísimo Corazon de María! ¿quién comprenderá vuestro dolor al pié de la cruz, al ver espirar de una muerte la más afrentosa y cruel á vuestro inocentísimo y amado Jesús? ¿Qué dolor igualará á este dolor? Os suplicamos, Dios mio, por las amarguras y sufrimientos de tan cariñoso Corazon, el que nos concedais la gracia de sobrellevar con paciencia, sin queja y sin murmuracion los trabajos de esta vida, y cumplir con entera sumision vuestra voluntad, para que seamos dignos de gozar de las delicias inefables de la gloria. Amen.

#### JACULATORIA

*que se repetirá hasta tres veces.*

¡Oh Corazon purísimo y santísimo de María, víctima de la paciencia y de la caridad! alcanzadnos paciencia para sufrir las penas y trabajos de este destierro y valle de lágrimas.

#### OBSEQUIOS.

1.º *Compadecerse de los dolores de María.* Quejándose un día la Virgen santísima de los cristianos, dijo á santa Brígida: que eran pocos los que la amaban cordialmente, porque eran pocos los que se compadecían de sus dolores. Santa Margarita de Cortena por haberse compadecido de los dolores de María, alcanzó muchos favores celestiales.

2.º *Suplicar frecuentemente á María que nos alcance la pureza del corazon.* El B. Lantí de la Ripa, suplicando esta gracia de la pureza á María,

se sintió tentado contra la castidad; se le apareció María, púsole la mano encima, y le dijo: *Ahi tienes la pureza que me pides*, y quedó enteramente libre de la tentacion.

3.º *Adornar con flores ó de otro cualquier modo las imágenes ó altares de la Virgen María.* Un caballero cristiano tenia por esclavo á un moro á quien mandó que arreglase una corona de flores y la pusiese á una imagen de María; y sin embargo de que el esclavo obedeció de mala gana, agradecida de ello la santísima Virgen, le alcanzó la gracia de la conversion, y lo puso en carrera de la corona de la gloria. Una pastoreilla por haber adornado con flores una imagen de María, fue consolada por esta Señora en la hora de la muerte, y llevada al cielo su alma.

*Aquí se rezará nueve veces el Ave María y se dirá la oracion; Oh santísimo, etc., pág. 373.*

#### DIA OCTAVO.

*Hecha la señal de la cruz y el acto de contricion como en el primer día, pág. 373, se dirá la siguiente*

#### ORACION.

¡Oh Señor y Dios de las misericordias! que vinisteis al mundo en busca de los pecadores; que os vestisteis de la humana naturaleza para conversar con ellos, enseñarlos con vuestro ejemplo y celestial doctrina, padecer y derramar toda vuestra sangre para redimirlos; iluminad, Señor, á tantos pecadores que ciegos corren á precipitarse al abismo de todos los males, arrastra-

dos de sus pasiones, de las ilusiones de un mundo corrompido y de los engaños de Satanás. No permitais que se pierdan para siempre unas almas que habeis redimido con vuestra sangre: reducidlas al camino de la verdad y de la salud eterna. Mirad, Señor, que en su favor se interesa el compasivo Corazon de vuestra adolorida Madre; ella os pide su conversion, y ¿podréis Vos negársela? ¿por ventura podeis negarla cosa alguna? No, Dios mio; por lo tanto, confiando en su intercesion siempre eficaz, os pedimos que ilustréis á los pecadores todos, especialmente á los mas obcecados, para que vean que siguiendo los caminos escabrosos y difíciles, han de tener por término fatal una eternidad de tormentos. Moved sus corazones, para que venciendo todos los obstáculos, se resuelvan eficazmente á entrar en el camino de la salvacion. Haced, Dios mio, que como á hijos de vuestra cariñosa Madre, nos veamos todos juntos en su compañía alabándoos por toda la eternidad en la gloria. Amen.

#### JACULATORIA

*que se repetirá hasta tres veces.*

¡Oh Corazon purísimo y amantísimo de María! haced que nuestros corazones estén llenos del amor de Dios y de Vos.

#### OBSEQUIOS.

1.º *Abstenerse de algun vicio por amor de María.* Siendo María madre de los pecadores que quieren enmendarse, este obsequio le es muy

grato. San Bernardo dió á un noble vicioso el consejo de que se abstuviese por tres dias de sus deshonestidades en honor de María; y porque lo hizo, María le dió la gracia de abstenerse perpétuamente. Lo mismo puede hacerse absteniéndose de la blasfemia, de murmurar, mentir, enojarse, etc.

2.º Ofrecer á la santísima Virgen una guirnalda de flores espirituales, cuales son los actos de virtud; este obsequio lo practican tantos cuantos le son verdaderamente devotos, porque saben que el mayor obsequio que puedan hacerla es abstenerse de defectos y practicar é imitar sus virtudes. Voy á poner un ejemplo de esto, y sea la paciencia. La persona que quiere tejer á María una guirnalda de actos de paciencia, lo hará del modo siguiente: por la mañana le pedirá la gracia de tener paciencia en todo, y le ofrecerá el obsequio de abstenerse de decir palabras ásperas, con voz alta, ó altanera, ó de otro modo que indique enojo. Al mediodía observará qué tal ha cumplido este propósito: si lo ha cumplido dará gracias á Dios y á la santísima Virgen; y si hallare haber faltado, hará una cruz con la lengua en el suelo y dirá una *Ave María*. Además de abstenerse del mal, procurará hacer actos positivos de paciencia, y dirá estas ú otras palabras semejantes al ofrecérsele algun contratiempo ó incomodidad: *Vaya por Dios: sea en descuento de mis culpas: dadme paciencia, Virgen santísima*. Alguna de estas jaculatorias la dirá cincuenta veces que formarán la corona. En la tarde hará otro tanto hasta la noche. Y hé aquí explicado el modo de formar coronas ó guirnaldas de flores es-

pirituales de la virtud que se quiere regalar ó con que se quiere obsequiar á María.

3.º Ofrecerse á la santísima Virgen al entrar y salir del aposento; pedirle su santa bendición, y saludarla con una *Ave María*, ó con esta jaculatoria: *Ave María purísima*, que era lo que acostumbra el célebre Lanspergio, y lo que á su ejemplo han hecho y hacen muchos devotos de María.

*Aquí se rezará nueve veces el Ave María y se dirá la oración ¡Oh santísimo, etc., pág. 375.*

#### DIA NONO.

*Hecha la señal de la cruz y el acto de contrición como en el primer día, pág. 373, se dirá la siguiente*

#### ORACION.

¡Oh soberano Señor, infinito en todas vuestras perfecciones admirables! os adoramos, bendecimos y glorificamos por las incomparables gracias y excelencias que os habeis dignado comunicar al purísimo Corazon de María. Ella os ama mas que todas las criaturas juntas, y de aquí es que su Corazon fué el que mas ardió en celo de vuestra gloria y de la salvacion de todos los hombres. El entendimiento no alcanza á comprender la heroicidad de aquel su santo celo, que la condujo al templo á ofrecer al eterno Padre su Hijo santísimo para el sacrificio de la cruz, en que se habia de consumir la obra de la redencion del género humano. Su celo la hizo caminar hasta el pié de la cruz, para beber con su Hijo santísimo hasta

la última gota del amargo cáliz de todos los tormentos. Su celo y solo él pudo darla fuerzas para presenciar aquel horrible espectáculo capaz de conmover hasta los mismos peñascos, y estarse en pié con la mayor firmeza hasta la consumacion del sacrificio. ¡Pecadores!!!... ¡ah! fijad vuestra vista en aquel adolorido Corazon de María semejante en un todo al Corazon de Jesús: acudid á él, y en él hallaréis el remedio para vuestros pecados. Apoyados en ese Corazon santísimo, os pedimos, Dios mio, con confianza nos concedais la remision de todas nuestras culpas y pecados, la perseverancia en vuestra gracia y un celo ardiente de vuestra gloria, á fin de que habiéndoos servido en este mundo y venerado á vuestra Madre santísima, en compañía de ella os gocemos por una eternidad en la gloria. Amen.

JACULATORIA

que se repetirá hasta tres veces.

¡Oh Corazon purísimo y santísimo de María! haced que nuestros corazones estén fervorosos y perseveren en la virtud.

OBSEQUIOS.

1.º *En las octavas de las festividades de la santísima Virgen, decir cada dia treinta y cinco Ave Marias, en memoria de los dias que Jesús estuvo en las entrañas de María, y de los que María estuvo en las de santa Ana. Este obsequio se le enseñó á santa Gertrudis la misma Virgen María, prometiendo un premio muy grande al que se lo hiciera bien.*

2.º *Dar todos los dias gracias á María por los beneficios que de ella y por ella hemos recibido. San Bernardo afirma que todas las gracias pasan por mano de María.*

3.º *No dejar las devociones acostumbradas. Tomás de Kempis no fue tratado con el cariño que los demás condiseípulos cuando la Virgen los visitó, porque habia sido negligente en las devociones acostumbradas. San German Premonstratense habia aflojado en el fervor de sus devociones, y hé aquí que se le presentó una figura vieja y fea que le dijo: Tal soy yo en el entendimiento distraído y negligente, y lo dejó confuso y enmendado.*

*Aquí se rezará nueve veces el Ave María y se dirá la oracion ¡Oh santísimo, etc., pág. 375.*

COPLAS

EN HONOR DEL INMACULADO

**CORAZON DE MARIA.**

Ya que llenais de favores  
A todo el que en Vos confia,

*O Corazon de Maria,  
Socorred los pecadores.*

Puesto sois, Madre divina,  
De todos corredentora,  
De siglos restauradora,  
De salvacion rica mina,  
Hallan en Vos medicina  
Tantos prevaricadores.

*O Corazon, etc.*

Del que va errado sois guia,  
Ancora del naufragante,  
En Vos halla el navegante  
Sosiego, puerto, alegría;  
Sin Vos ¡ay! y qué seria  
Del mundo lleno de errores.

*O Corazon, etc.*

Por el pecador mostrásteis  
En el templo tal ternura  
Que por él la espada dura  
De Simeon aceptásteis;  
Así, Madre, consolásteis  
Nuestros llantos y clamores.

*O Corazon, etc.*

Jesús puesto en agonía  
Rica prenda nos legó,  
Pues por Madre nos dejó  
A Vos ¡oh dulce Maria!  
Sí; nacimos, Virgen pia,  
Mas ¡ay! de vuestros dolores.

*O Corazon, etc.*

Cuando su brazo irritado  
Levanta el divino Asuero  
Y al pecador con su acero  
Va á dejar exterminado  
Tierna Ester á Vos es dado  
Desarmarle en sus rigores.

*O Corazon, etc.*

Si Abigail la prudente  
A Nabal logró el perdon,  
Tambien Vos la remision  
OBTENDRÉIS DEL DELINCUENTE,  
Pues vuestro pecho serviente  
No interrumpe sus clamores.

*O Corazon, etc.*

Acordaos, ó Maria,  
Que nadie jamás oyó  
Que sin consuelo volvió  
Quien su cuita á Vos confia;  
Defiéndanos, Madre pia  
Ese Corazon de amores.

*O Corazon, etc.*

Por el dolor vehemente  
Que á vuestro pecho oprimió  
Cuando el buen Jesús murió  
De amor Víctima inocente,  
Sienta el mismo impenitente

De su culpa los horrores.

O Corazon, etc.

Los cofrades, que á millones

Junta la Archicofradia

Del Corazon de Maria,

Os hacen mil peticiones

Demandando conversiones

Siempre mas, siempre mayores.

O Corazon, etc.

Herejes, moros, paganos,

Incrédulos y judíos,

Dejando sus desvarios,

Que vengan á ser cristianos;

Qué gozo vivir hermanos,

Y alternar vuestros loores.

O Corazon, etc.

ESTRIBILLO.

Vida vive sin temores

El que dice cada dia,

O Corazon de Maria,

Socorred los pecadores.

ÿ. *Dignare me laudare te, Virgo sacra.*

Rl. *Da mihi virtutem contra hostes tuos.*

OREMUS.

*Concede nos famulos tuos, quæsumus, Domine Deus, perpetua mentis et corporis sanitate gaudere, et gloriosa Beata Mariæ semper Virginis intercessione à præsentibus tristitiis, et æterna perfrui lætitiis. Per Christum Dominum nostrum. Amen.*

ORACION

PARA CONSAGRARSE Y OFRECER LAS OBRAS AL CORAZON INMACULADO DE MARIA

¡Oh Corazon sacratissimo de Maria siempre puro é inmaculado! yo N. os consagro mi corazon con todos sus afectos, y os ofrezco todas las obras de este dia y de toda mi vida, y por vuestro medio quiero tributar á la Trinidad santissima y al Corazon adorable de vuestro Hijo el culto supremo de adoracion que le tributa el vuestro, aplicando estas obras por la conversion de todos los pecadores del mundo. Aceptad, ¡oh Virgen santissima! esta mi ofrenda y bendecidla. Amen.

### JARDIN ESPIRITUAL

DE DONDE LOS DEVOTOS COGERÁN FLORES DE VIRTUDES  
PARA TEJER GURNALDAS DE FLORES

#### Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

Cada una de las jaculatorias que se pondrán á continuación se repelirá hasta cincuenta veces; se puede cada uno servir del rosario para contarlas sin pararse en las decenas hasta llegar al número 50 en que se dirá *Gloria Patri*, etc. Si estas jaculatorias las rezaran dos ó mas juntos, entonces el uno dirá la jaculatoria y el otro ú otros responderán: *María Virgen y Madre de Jesús, ayudadnos*. Pero si fuere uno solo, él solo lo dirá todo.

Cada cual escoja lo que mas le plazca ó mueva á devoción, y si quiere, aquí encontrará una para cada día de la semana.

#### FLORES DE FE.

1.<sup>a</sup> Creo cuanto Dios y la santa madre Iglesia me manda creer, *dígase ó repítase hasta cincuenta veces*.

*Se responde: María Virgen y Madre de Jesús, ayudadnos; y estas palabras se responden ó repiten en cada uno de los actos.*

2.<sup>a</sup> Haré que mis obras den testimonio de mi fe. 50.

3.<sup>a</sup> Aumentad mas y mas la santa fe. 50.

#### FLORES DE ESPERANZA.

1.<sup>a</sup> Espero en los méritos de Jesucristo y en vuestra intercesion. 50.

2.<sup>a</sup> Espero que Dios me perdonará mis pecados por medio de una buena confesion que haré luego. 50.

3.<sup>a</sup> Espero en Dios; pero de mi parte haré cuanto pueda para alcanzar la gracia y la gloria. 50.

#### FLORES DE CARIDAD Ó AMOR.

1.<sup>a</sup> Jesús y María, os amo con todo mi corazón. 50.

2.<sup>a</sup> En prueba de que os amo, no os quiero ofender jamás: antes morir que pecar. 50.

3.<sup>a</sup> En prueba de que os amo quiero hacer siempre vuestra voluntad en cuanto lo conozca. 50.

#### FLORES DE HUMILDAD.

1.<sup>a</sup> Soy polvo y ceniza, y concebido en pecado: procuraré estar siempre humillado. 50.

2.<sup>a</sup> Se humillaron Jesús y María y los Santos: tambien quiero humillarme yo. 50.

3.<sup>a</sup> Jamás me alabaré ni me preferiré á los otros, antes me sujetaré á todos con gusto. 50.

#### FLORES DE PACIENCIA.

1.<sup>a</sup> Padeció Jesús, padeció María, padecieron los Santos: tambien quiero yo padecer. 50.

2.<sup>a</sup> En las penas y trabajos callaré, sufriré

con paciencia, con alegría y con deseo de padecer mas. 50.

3.<sup>a</sup> No tienen que ver las penas de esta vida con la gloria que me espera. 50.

FLORES DE ABNEGACION.

1.<sup>a</sup> No siendo en el pecado, en todas las cosas por pequeñas que sean preferiré la voluntad ajena á la mia. 50.

2.<sup>a</sup> Escogeré lo que mas repugne á mi natural, y trataré con las personas mas opuestas á mi genio. 50.

3.<sup>a</sup> Mi repugnancia la endulzaré con la paciencia, amor y alegría. 50.

FLORES DE CELO.

1.<sup>a</sup> Instruiré á los ignorantes con paciencia y amor. 50.

2.<sup>a</sup> Corregiré á los pecadores con celo y caridad. 50.

3.<sup>a</sup> Perdonad, Dios mio, á los pecadores; para obligaros á ello os ofrezco los Corazones santísimos de Jesús y María. 50.

Todo esto que se dice de palabra, procurará ponerlo por obra siempre que haya ocasion, y se evitará hacer cosas á ello contrarias, porque seria negar de hecho lo que se afirma de palabra, como dice san Pablo.

OTRO MODO

DE TEJER GUIRNALDAS, Ó DE REZAR EL ROSARIO DE ACTOS DE AMOR DE JESÚS PARA OBSEQUIAR Á MARÍA MADRE DE JESÚS.

En vez del *Padre nuestro* antes de cada decena, dirá: ¡Oh fuego que siempre ardes y nunca te apagas! ¡oh amor que siempre hierves y nunca te entibias, enciéndeme y enciéndasme enteramente, para que yo siempre te ame!

En vez del *Ave Maria* dirá por diez veces en cada decena: Os amo, Jesús amantísimo, os amo, bondad infinita: os amo con todo mi corazon, con toda mi alma y con todas mis fuerzas; y deseo amaros mas todavía: deseo que todo el mundo os ame, y que nadie os ofenda. Amen.

PIA Y APOSTÓLICA UNION

DE ORACIONES Y DE OTRAS OBRAS BUENAS PARA ALCANZAR LA CONVERSION Y SANTIFICACION DE LA ESPAÑA Y DE TODO EL MUNDO, BAJO LA ESPECIAL PROTECCION DEL SANTÍSIMO É INMACULADO CORAZON DE MARÍA, REINA DE LOS APÓSTOLES.

Entre las cosas divinas la mas divina es cooperar con Dios á la salvacion de las almas. (S. Dion. de Celest. Hier. c. 3).

Ha estimado siempre la Virgen santísima á todos los fieles cristianos; pero amó de una manera particular á los Apóstoles, porque trabajaban estos en salvar las almas que habia redimido su santísimo Hijo. Por lo tanto, los cristianos que quieran atraerse de un modo particular el afecto



de María santísima, que se reunan en número de doce en memoria de los doce Apóstoles, y que rueguen á Dios por la conversion de España y de todo el mundo en el modo que vamos á explicar.

I. *Fin y medios de esta pia Union.* El fin de esta pia Union es cooperar con Dios á la conversion y santificacion de España y de todo el mundo con toda suerte de obras buenas, especialmente con la *oracion*, medio el mas universal, mas facil y eficaz.

II. *Motivos.* Cooperar á la salvacion de las almas es: Primeramente la cosa que á Dios mas agrada: al Padre, que para eso las crió;—al Hijo, que para salvarlas bajó del cielo, se hizo hombre, trabajó treinta y tres años, padeció y murió;—al Espíritu Santo, que para eso se derramó en el corazon de los fieles y las quiere santificadas;—á María santísima, que cooperó con su Hijo para redimir las.

2. Es la cosa mas útil que podemos hacer para nuestro prójimo: 1.º por los muchos y gravísimos males de que le libramos;—2.º por los muchos y preciosísimos bienes que le procuramos.—Y eso no solo en esta vida, sino tambien en la otra.

3. Es la cosa mas ventajosa para los mismos que á ello cooperamos: 1.º por ser un medio el mas á propósito para satisfacer á la divina justicia, que hemos ofendido con nuestros pecados, especialmente los de escándalo;—2.º porque aseguramos nuestra salvacion cooperando á la salvacion eterna de los otros, como lo asegura san Agustin: *Animam salvasti, animam tuam prædestinasti: Has salvado un alma, has predestinado la tuya*; y el Espíritu Santo nos dice por el apóstol Santiago (c. v,

v. 19, 20): *Hermanos míos, si alguno de vosotros se desviare de la verdad, y alguno le convirtiere: debe saber, que el que hiciere á un pecador convertirse del error de su camino, salvará su alma de la muerte, y cubrirá la muchedumbre de sus pecados*;—3.º porque nos procuramos con esto una gloria particular en el paraíso.

III. *Formacion de la Asociacion.* Para que empeñen mejor su celo los asociados, y para proporcionarse una agradable variedad en el ejercicio de esta devocion, se repartirán en algun modo el trabajo, y se dividirán en diferentes compañías ó secciones. Cada una de ellas se compondrá de doce personas que sacarán por suertes una provincia de España y sus posesiones, y una parte del mundo, dividido todo en doce partes, como en otras tantas misiones en honor de los doce Apóstoles, y cada una tomará la que le toque. Conviendría que hubiese uno en cada docena que se tomase la pena de hacer los billetes, sacase las suertes todos los meses, y las repartiase á los demás; pero no hay inconveniente en que siempre tengan el mismo número ó billete.

IV. *Práctica.* Aunque se pueda conseguir el fin que se propone esta pia Union, ofreciendo á este objeto las oraciones y buenas obras que acostumbra hacer cada uno; sin embargo, para que tengan los asociados alguna práctica, que les sirva como de vínculo comun, se propone á todos el que recen cada día un *Padre nuestro* á la santísima Trinidad, una *Ave María* al immaculado y dolorido Corazon de María, y un *Gloria Patri* en honor de todos los otros protectores, tanto generales, como son los Angeles tutelares, san José, los san-

tos Apóstoles y san Francisco Javier; como particulares, como son todos aquellos que cada uno podrá elegir segun su devocion.

V. *Exhortacion.* Se suplica y exhorta á los asociados á que rueguen con frecuencia y ofrezcan al Señor para el mismo fin misas, comuniones, mortificaciones, visitas, rosarios, coronas y otras obras pias; que ofrezcan no solo sus aflicciones espirituales y corporales, sino tambien y de un modo particular sus acciones ordinarias; aplicándose para ello con mayor cuidado al exacto cumplimiento de los deberes de su estado respectivo, y uniéndolo todo á los infinitos méritos de Jesucristo, y presentándolo á Dios por las manos de María santísima. — Igualmente rogarán con especialidad por el Sumo Pontífice y por su Prelado, por los Cardenales y Obispos, por todo el Clero secular y regular, y singularmente por los católicos predicadores del santo Evangelio, por los príncipes temporales y por todas las otras personas que por su autoridad y posicion puedan influir mas para el bien de las almas. — Ofrezcan con frecuencia al eterno Padre la preciosísima sangre de su divino Hijo Jesucristo, quien por eso quiso derramarla toda en la cruz hasta la última gota. — Finalmente, ayudará muy mucho para el objeto de esta pia Union el excitar en sí y promover en los otros por medio de meditaciones, de buenas lecturas, de santas conversaciones, etc., etc., deseos eficaces de ayudar á la salvacion de las almas; no menos que el profesar una cordial devocion á los santísimos corazones de Jesús y de María.

Pero hemos de advertir: 1.º que todo eso se

entiende sin ninguna obligacion de conciencia.

2.º Bastará dirigir la propia intencion para eso una vez por siempre, mientras no se retracte.

3.º Para los asociados que se hallen agregados á la Propagacion de la Fe, el *Padre nuestro* y *Ave Maria* podrán tambien servir para ganar las indulgencias á ellos concedidas con tal que cumplan con las demás condiciones que les están prescritas.

4.º Si los asociados no llegan á doce, cada uno podrá tomar dos ó tres billetes. Si son algunos mas, podrán juntarse dos en un mismo número hasta que los haya suficientes para formar otra compañía ó docena.

5.º Para mayor comodidad de los asociados se ha formado un estado, donde se hallan repartidas en doce partes la España y sus posesiones, y todo el resto del mundo, número de almas que contienen, y protectores que le corresponden, y además una forma ó modelo de los billetes que se han de tirar en suertes cada mes.

Núme- ros.	MISIONES.	Millones de almas.
1	Castilla la Nueva y Mallorca. Europa católica. . . . .	120
2	Cataluña y Menorca. Europa protestante. . . . .	54
3	Aragon é Ibiza. Europa { cismática. . . . . } { mahometana. . . . . }	62
4	Valencia y Ceuta. Asia occidental. . . . .	42
5	Murcia y Gran Canaria. Asia meridional. . . . .	167
6	Reinos de Andalucía y Tenerife. Asia oriental ó China. . . . .	395
7	Extremadura y demás Canarias. Asia septentrional incluso el Ja- pon. . . . .	42
8	Leon y Puerto-Rico. Africa. . . . .	70
9	Galicia y Cuba. América septentrional. . . . .	25
10	Asturias é islas de Fernando Poo y Annobon. América meridional. . . . .	30
11	Castilla la Vieja y Filipinas. Oceanía. . . . .	30
12	Navarra y Provincias Vasconga- das y Marianas. Tierra austral y desconocida. . .	Dios lo sabe.

**PROTECTORES.**

San Miguel Arcáng. y los apóst. san Pedro y san Pablo.  
San Gabriel Arcángel. — San Andrés Apóstol.  
San Rafael Arcángel. — Santiago el Mayor, apóstol.  
Coro de Serafines. — San Juan apóstol.  
Coro de Querubines. — Santo Tomás apóstol.  
Coro de los Tronos. — San Felipe apóstol.  
Coro de las Dominaciones. — San Mateo apóstol.  
Coro de las Potestades. — Santiago el Menor, apóstol.  
Coro de las Virtudes. — San Bartolomé apóstol.  
Coro de los Principados. — San Simon apóstol.  
Coro de los Arcángeles. — San Tadeo apóstol.  
Coro de los Angeles. — San Matías apóstol.

ADVERTENCIAS.

1.<sup>a</sup> El que sacará el número doce rogará además por los navegantes y por todas las almas del purgatorio.

2.<sup>a</sup> Cada asociado dirigirá sus oraciones y obras buenas segun lo que esté marcado en el billete que le quepa en suerte, rogando primeramente por la provincia de España y parte de sus posesiones, en seguida por la parte del mundo que en él se note, y finalmente por todo el mundo.

3.<sup>a</sup> Segun los geógrafos modernos, á quienes hemos consultado para formar el cómputo de la poblacion del mundo, corresponde á las diferentes religiones en la forma siguiente:

Cristianos.. . . .	{ Católicos. . . . . 180 Herejes.. . . . 38 Cismáticos. . . . . 62	} 300.000,000
No cristianos. . . . .	{ Judfos. . . . . 5 Mahometanos. . . 100 Idólatras. . . . . 632	
		} 737.000,000

Poblacion total del mundo. . . . . 1,037.000,000

MODELO DE LOS BILLETES.

NÚMERO 1.

Rogará por

- 1 Castilla la Nueva y Mallorca.
- 2 Europa católica.
- 3 Todo el mundo.

Protectores.

- { San Miguel.
- { Los apóstoles san Pedro y san Pablo.

Á LA MAYOR GLORIA DE DIOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN<sup>®</sup>  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Barcelona 20 de junio de 1860.

Reimprimase.

D. JUAN DE PALAU Y SOLER, Vicario General Gobernador.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS


## ÍNDICE

### DE LO QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	<i>Pág.</i>
<b>AVISOS A UN MILITAR CRISTIANO. — Prólogo.</b>	3
Diálogo.	5
Advertencia.	30
Vida de Francisco Filibert.	31
Devotos ejercicios de un soldado cristiano.	59
Ejercicio del cristiano por la mañana.	60
Ejercicio del cristiano para la noche.	62
Oración para S. M.	64
Oración para antes de la batalla.	64
Máximas importantísimas distribuidas por los días de la semana, que todo buen militar debe tener muy presentes.	65
Remedios de los males morales que predominan en los tiempos presentes contra la impureza, vicio abominable, y que hace condenar mas almas él solo, que todos los otros vicios juntos.	67
Remedios contra la blasfemia, que es pecado de demonios.	68
Malicia y daños del pecado mortal.	68
<b>AVISOS A UN SACERDOTE.</b>	71
Fruto que de los ejercicios de san Ignacio puede sacar un sacerdote.	84
Reglamento de vida ó propósitos hechos en los santos ejercicios.	84
Oración á Maria santísima.	87
AVÉNDICE. — Explicacion de la parábola de los talentos.	92
<b>GALERÍA DEL DESENGAÑO.</b>	103
<b>EL RICO EPULON EN EL INFIERNO. — Prólogo.</b>	129
Voces ó ayes del rico Epulon, grande y poderoso del mundo.	131
Resolucion.	139
Desengaño de la vida humana, y memoria de la muerte.	142

REFLEXIONES á todos los cristianos, y los dos árboles.	151
En todas tus obras acuérdate de tus novísimos ó postrimerías ( <i>que has de morir</i> ), y no pecarás jamás.	151
Bienaventurado el hombre que me oye y que vela á mis puertas cada día... quien me ballare, hallará la vida y sacará salud del Señor.	157
¿Quién de vosotros podrá habitar con el fuego devorador? ¿quién de entre vosotros habitará con los ardores sempiternos?	161
Vida buena y mala del cristiano, simbolizada en el sagrado Evangelio por medio de dos árboles: uno que da fruto, y otro que no lo da.	167
Declaración de lo significado en la estampa.	167
RESÚMEN de los principales documentos que necesitan las almas que aspiran á la perfeccion, escrito bajo el simbolo de una paloma. — Explicacion de la paloma.	179
Método sencillo y fácil de exámen particular de conciencia.	188
Puntos del exámen particular de la humildad.	189
Exámen particular del amor de Dios.	193
Meditacion de los dolores de Maria santísima para los siete días de la semana.	196
<b>LÓS TRES ESTADOS DE UN ALMA.</b>	200
<i>Estado primero.</i> — Alma en gracia.	200
Diálogo.	201
<i>Estado segundo.</i> — Alma que cae en la tentacion.	204
Diálogo.	205
<i>Estado tercero.</i> — Alma en pecado mortal convidada al perdon.	208
Diálogo.	209
<b>RESPECTO A LOS TEMPLOS.</b> —Avisos á todos los cristianos para que tengan á los templos el respeto que se les debe.	211
<b>EL AMANTE DE JESUCRISTO.</b> — Dedicatoria del trauctor á todos los mortales.	223
Prólogo.	225
<i>Primera parte.</i> — Su vida oculta y solitaria.	225

<i>Segunda parte.</i> — Su vida pública y laboriosa.	244
<i>Tercera parte.</i> — Su vida paciente y su muerte.	266
Reflexiones sobre esta historia.	282
Avisos para los que aspiran á la perfeccion.	286
<b>LA ESCALERA DE JACOB.</b> — Introduccion.	293
Advertencias y corroboracion de lo que se ha dicho.	295
Súplicas á Maria santísima. — I. Para alcanzar gracias para sí mismo.	298
II. Para alcanzar gracias á favor de los pecadores.	300
III. Para alcanzar gracias por los justos.	304
IV. Por las almas del purgatorio.	308
Complacencias que deben tener los fieles y verdaderos devotos en las grandezas de Maria.	310
Fórmula para consagrarse á Maria santísima toda una familia.	314
Otra fórmula para consagrarse á Maria santísima cada uno en particular.	316
Aviso á las personas espirituales amantes de la perfeccion y de la verdadera devocion á Maria santísima.	318
<b>DREVE NOTICIA</b> del origen, progresos, gracias é instrucciones de la Archicofradia del Sagrado Corazon de Maria. — Introduccion.	323
§ I. Origen de la Archicofradia.	326
§ II. Rápida y prodigiosa propagacion de la Archicofradia.	335
§ III. Gracias alcanzadas por la Archicofradia.	338
<i>Ejemplo primero.</i> — Un jóven convertido.	338
<i>Ejemplo segundo.</i> — Una jóven convertida.	344
<i>Ejemplo tercero.</i> — Un jóven enfermo convertido.	351
<i>Ejemplo cuarto.</i> — Un gran pecador convertido y curado.	353
<i>Ejemplo quinto.</i> — Repentina curacion de una jóven.	355
§ IV. Modo de erigir la Archicofradia en cualquier parroquia.	359
§ V. ¿Quiénes pueden entrar en la Archicofradia, y qué obligaciones imponen á los cofrades?	364
Obligaciones.	366
§ VI. Indulgencias.	367
Indulgencias á los que llevan consigo la medalla millagrosa.	368


  
 BIBLIOTECA
   
 DEL ESTADO DE MEXICO

Indulgencias de la Sociedad de Maria contra la blasfemia.	369
NOVENA al santísimo é inmaculado Corazon de Maria. — Instruccion necesaria para hacer con confianza y fruto la novena al santísimo é inmaculado Corazon de Maria.	371
Modo práctico de hacer la novena. — Acto de contricion.	373
Oracion para el primer día.	374
Oracion para todos los días.	375
Día segundo.	378
Día tercero.	380
Día cuarto.	382
Día quinto.	384
Día sexto.	386
Día séptimo.	388
Día octavo.	390
Día nono.	393
Coplas en honor del inmaculado Corazon de Maria.	396
Oracion para consagrarse y ofrecer las obras al Corazon inmaculado de Maria.	399
Jardin espiritual de donde los devotos cogerrán flores de virtudes para tejer guirnaldas y ofrecerlas á la santi- sima Virgen Maria.	400
Flores de fe.	400
Flores de esperanza.	401
Flores de caridad ó amor.	401
Flores de humildad.	401
Flores de paciencia.	401
Flores de abnegacion.	402
Flores de celo.	402
Otro modo de tejer guirnaldas, ó de rezar el Rosario de actos de amor de Jesús para ásequiar á Maria madre de Jesús.	403
Pia y apostólica Union de oraciones y de otras obras buenas para alcanzar la union y santificacion de la España y de todo el mundo, bajo la especial pro- teccion del santísimo é inmaculado Corazon de Maria, rama de los Apóstoles.	403



FONDO BIBLIOTECA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

